GALERIA HISTORICA

DE

LAS MUGERES

MAS CÉLEBRES EN TODAS ÉPOCAS Y PAISES

ESCRITA POR LOS SEÑORES

D'ARAQUY, DUFAYL, ALEJANDRO DUMAS, DE GENRUPT, ARSENIO HOUSSAYE, MISS CLARKE.

RETRATOS DIBUJADOS POR G. STAAL

GRABADOS EN ACERO POR LOS PRIMEROS ARTISTAS INGLESES.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET.

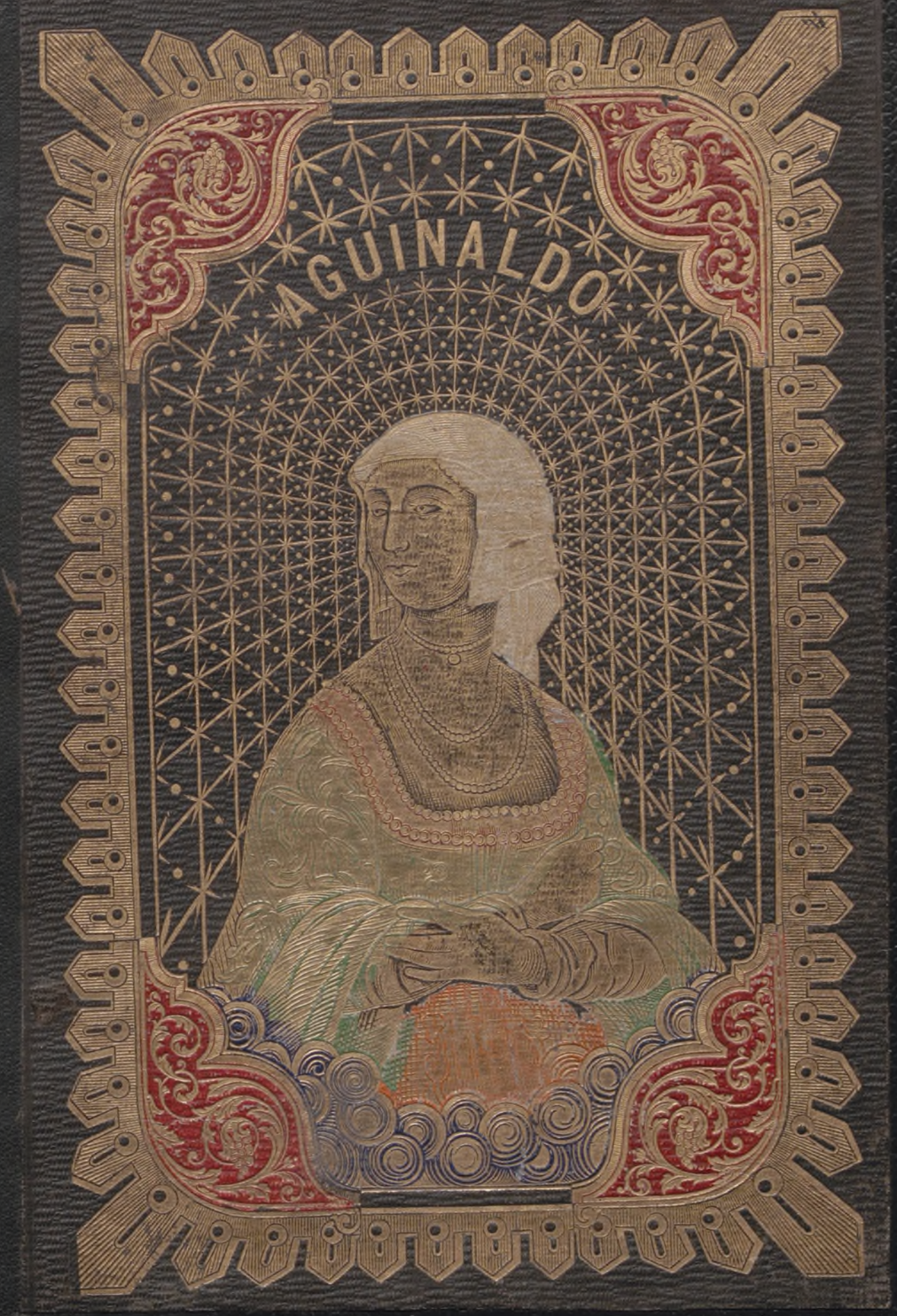
—

1858

Reg. 4919

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL MADRID

MCD 2022-L5



MUSEO ROMANTICO
a-VII
12

MCD 2022-L5

a-VII
12

MCD 2022-L5

GALERIA HISTORICA

DE

LAS MUGERES

MAS CÉLEBRES EN TODAS ÉPOCAS Y PAISES.

MCD 2022-L5

El derecho de traduccion al castellano es propiedad de los Editores, quienes perseguirán ante la ley al que reimprima esta obra sin su permiso.

POISSY. — TIPOGRAFÍA DE ARBIEU.

GALERIA HISTORICA

DE

LAS MUGERES

MAS CÉLEBRES EN TODAS ÉPOCAS Y PAISES

ESCRITA POR LOS SEÑORES

D'ARAQUY, DUFAYL, ALEJANDRO DUMAS, DE GENRUPT, ARSENIO HOUSSAYE, MISS CLARKE.

RETRATOS DIBUJADOS POR G. STAAL

GRABADOS EN ACERO POR LOS PRIMEROS ARTISTAS INGLESES.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET.

—

1858

Reg. 4919

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

INTRODUCCION.

Hase procurado reunir en el presente libro la memoria de aquellas mugeres que ejercieron en su país y en su época alguna notable influencia; ya directamente cuando su posicion social lo dió de sí, ya indirectamente cuando la tuvieron en hombres de los que por autoridad ó genio son llamados á conmover el mundo de las cosas ó el de las ideas.

Representa el Amor un gran papel en estas páginas, y con derecho, pues él es la palanca de que las mugeres se sirven para levantar pesos á sus fuerzas superiores. Verásele pues, bajo todas sus distintas formas: político y ambicioso en Reinas; ideal en castas heroinas en su honestidad encastilladas; culpable y arrepentido en las frágiles; calculador en las codiciosas; sensual y no mas en las que no lo purificaron al fuego de la Divinidad; y celestial, en fin, cuando siendo y llamándose el Santo Amor de Dios, se derrama sobre la humanidad entera en actos de caridad y abnegacion.

La accion del hombre sobre la sociedad es colectiva, en cuanto cada una de sus individualidades excepcionales por saber ó fuerza, atrae á sí las otras, las absorve, se las asimila, por decirlo así, y de tantos y tan diversos elementos constituye un todo potente y activo. Sucédele á la muger lo contrario : su accion no solo es casi siempre individual, sino además indirecta; porque, llamados los hombres á gobernar el mundo, ó al menos creyéndose á ello llamados, y estribando la fuerza femenina en el Amor, tiene este por necesidad que concentrarse para producir efecto en un solo individuo. Cuando el así preferido es, por cualquier concepto, un hombre de genio, bien puede decirse que una gran parte de su gloria se la debe á la muger que le amó, aun cuando á aplaudirle y admirarle se limitara — No hay medio pues de negar, por oculto que nos parezca, el poder real y efectivo de la muger; poder que comenzó á hacerse sentir en el primer hombre, y que no ha cesado desde entonces de existir y de imperar, resistiendo á todo género de tiranías, y burlando con su astucia todas las brutalidades de la violencia.

En presencia de tal poder naturalmente se inclina el ánimo á indagar la condicion de la muger en las diferentes épocas de la civilizacion que nos son conocidas y constituyen la historia del género humano.

¿ Quién duda hoy de que la muger es igual y compañera del hombre, si bien en la sociedad destinada á distintas funciones? Y sin embargo la antigüedad entera, desconociendo al parecer esa verdad inconcusa, nos ofrece el triste espectáculo de una mitad del género humano duramente tiranizada por la otra. Para el hombre la esclavitud no era algunas veces mas que puramente eventual; pues si el que libre naciera podia por la suerte de las armas verse á servidumbre reducido, era como cuando hoy un revés de fortuna nos reduce á la miseria del proletario: mas la muger, en el mero hecho de serlo, nacia, por decirlo así, predestinada al yugo. Acúsase con frecuencia al Islamismo de haber establecido el régimen de la claustracion femenina, y es un error: el Koran no hizo mas que consa-

grar una costumbre universal é inmemorial en el Oriente, donde las mugeres, meros instrumentos de placer para el hombre, tardaron poco en ser, en consecuencia, juguetes tambien de su vanidad, cuando no víctimas de sus estúpidos furores. Allí, nos dice Gibbon, y allí solo se veia al marido de tres mil mugeres que, celoso de todas ellas, degüella sin misericordia á tan desdichadas criaturas, para que en vida no las profane, ni con sus miradas, otro hombre: la muger, en resúmen, convertida en cosa, era en el Oriente propiedad de su dueño, que de ella usaba ó abusaba cómo y segun le convenia.

Puestos en íntimo contacto con los Orientales, ya por la guerra ya por el comercio, contamináronse presto los Griegos, y alteradas sus propias costumbres por la nueva civilizacion y las riquezas, adoptaron en cuanto á la muger las de aquellos, no sabemos si por espíritu de imitacion, por necesidad, ó porque les pareciese mas cómodo encerrarlas que comprar su fidelidad á precio de perseverante vigilancia, ó de galantes rendimientos. A la verdad, lo que en Asia la fuerza, hiciéronlo en Grecia las costumbres y conveniencias sociales, tanto ó mas eficaces muchas veces que las leyes; y por eso Pericles, en la arenga que Tucídides le presta, podia decir al terminarla de esta manera: — « Si en cuanto á las matro-
» nas que de enviudar acaban, me es forzoso decir algo relativo á lo que
» su virtud debe constituir, á muy pocas palabras reduciré los consejos
» que dárseles pueden. *Conteneos en los deberes impuestos á vuestro*
» *sexo: tal es vuestra gloria mayor; y esa la alcanzan aquellas de cuyos*
» *vicios y de cuyas virtudes mismas, se habla menos entre los hombres.* »

Como se ve, la gloria de la muger conquistábase entonces en el retiro y soledad del hogar doméstico, máxima que, segun su costumbre, simbolizaban los Griegos en los monumentos del arte, y que inspiró sin duda á Fidias cuando representó á Venus, en la estatua que de esa diosa le encargaron los de Eleonte, con la planta apoyada sobre una tortuga. Merced á tal aparente puritanismo, eran los Atenienses, fuera de sus casas, los hom-

bres mas libres del mundo, y aprovechábanse sin escrúpulo del privilegio en sus relaciones con las cortesanas; relaciones no, como quiera, efímeras y fortuitas, sino con el carácter de preferencias declaradas, y á veces tambien con el de una pasion verdadera; lo mas digno de notarse en todo ello es la singular contradiccion de principios, peculiar á lo que parece del Occidente y cuya causa vale acaso la pena de inquirirse, que se desprende de la conducta y sentimientos de los Atenienses en materia de relaciones con el bello sexo, segun que se trataba de la esposa ó de la manceba: pues celosos con la primera, resignábanse fácilmente á partir con otros los favores de la última. Otro tanto estamos hoy viendo á todas horas, sin que nos asombre: mas como quiera que sea, las *cortesanas* griegas brillaron radiantes, contribuyendo á ello no poco el contraste de la profunda oscuridad en que vivian envueltas las madres de familia.

Como en el Oriente y como en Grecia, vivieron las mugeres tiranizadas durante la civilizacion romana. En la mesa misma, íntima cotidiana asamblea de familia, una humillante distincion les recordaba su inferior categoría, pues que un raso taburete era su asiento, mientras que los hombres comian en lechos reclinados. Hoy todavía en las provincias meridionales de la Francia como en algunas de España y Portugal, y muy probablemente en Italia, donde quiera, en fin, que todavía el espíritu innovador del siglo no ha extirpado completamente las costumbres romanas, comen de pié las labradoras mientras que sus maridos y sus propios hijos adultos sentados á la mesa. Y nótese esto bien: siempre que la muger desempeña ocasionalmente funciones propias del hombre como trabajador, entra aquella á gozar de los privilegios de este, y se sienta con él. No hay ley seguramente que tal prescriba; la costumbre, la conveniencia social lo hace todo.

Sabido es cómo leyes y costumbres romanas trataban á la muger, comenzando por prohibirles el uso del vino, é imponiéndoles para garantizar la observancia de aquel precepto, la obligacion de besar en la boca á su marido, su padre, ó su hermano, siempre que de fuera entraba en

la casa alguno de ellos. Mugeres hubo repudiadas, segun Valerio Máximo, por haberse presentado en público sin velo : casadas, estaban bajo la tutela de sus esposos; viudas, volvian á caer bajo las de sus padres ó hermanos, viviendo así en perpetua infancia. ¿Quién no conoce la grosera filosofía, con que Metelo proclamaba que la muger no pasaba de ser un mal necesario? Pues todavía Caton, el antiguo, las trata con mas excesiva severidad diciendo: « Fuera del caso de divorcio, el » Marido es el Juez natural de su muger, y tiene con respecto á ella la » autoridad de *censor*: una autoridad ilimitada, que se extiende á casti- » garla si cometió accion reprensible ó vergonzosa; á sentenciarla si » consiente familiaridades de algun extraño... » Y en otro lugar añade: « —Si sorprendes á tu muger en adulterio, puedes impunemente matarla » sin forma de juicio siquiera : mas ella aun cuando á tí te sorprendiese, » no osaria tocarte con un dedo, porque no tiene derecho para ello. »

Tan horrible tiranía encontraba empero sus diques en las leyes mismas y en las pasiones de sus autores, haciendo de la *dote* de la muger, un antemural que hasta cierto punto la protegiese. Ella á la verdad no podia ni pedir el divorcio, habiéndose reservado al marido la iniciativa de aquel heróico remedio : pero como la disolucion del matrimonio llevaba consigo la devolucion de la *dote*, contando la muger con la avaricia de su esposo, haciasele impunemente insoportable.

Llenas están las comedias de Pláuto de las lamentaciones de aquellos tiranos esclavos; y sin embargo no era el indicado el único recurso que la muger tenia contra el conyugal despotismo. En efecto, como parte de su dote aportaba la muger al matrimonio cierto número de esclavos, que continuaban siendo suyos, y podia poseer un *peculio*, ó capital en dinero, sobre el cual no tenia su marido derecho alguno. ¿Ocurriale al esposo una urgencia de metálico? La muger, por medio de alguno de sus propios esclavos, le prestaba dinero; y desde aquel momento surgia en la familia una lucha verdaderamente cómica, entre la dignidad del esposo y el miedo

servil del deudor. Así el Moliere latino ha podido pintarnos á los señores del mundo tan humildes en sus casas, como altaneros en el foro. Probablemente muchas mugeres favorecian con sus préstamos, á sabiendas, los vicios de sus maridos, prefiriendo su propia independencia á la siempre dudosa fidelidad de un esposo: mas como solamente á la riqueza era dado adquirir la casi-independencia, cuyos resortes hemos indicado, comprén-dese fácilmente cuán numerosas debian de ser las víctimas que oscuramente gemian.

Los honores mismos, aunque grandes, que á las Vestales tributaban los Romanos, no prueban de su parte ningun sincero respeto á las virtudes femeninas; y en todo caso no parece que nunca tales honras fueran por las doncellas muy apetecidas, puesto que el cuerpo de las Vestales se reclutaba poco mas ó menos como entre nosotros el egército. Requeríase para ingresar en el santuario que vivieran el padre y la madre de la novicia, y que nunca hubieran ejercido profesion alguna de las reputadas ignobles, ni mucho menos sido esclavos; y en cuanto á ella misma, que no fuera tartamuda, ni sorda, ni padeciese enfermedad habitual, siendo de advertir que, así como hoy el soldado bajo las banderas dispensa á su hermano del servicio militar, en Roma la Vestal eximia á su hermana del sacerdocio. Mas en la ceremonia misma de su ingreso en el Templo, la violencia estaba, por decirlo así, confirmada por la fórmula que el Pontífice usaba, diciendo al tender la mano sobre la víctima — ¿cómo llamarla sinó? — por la suerte designada: — « Yo te tomo »! — Y en efecto arrebatábasela á su familia, *tomábala* como se toma cautivos en la guerra á los vencidos, y llevábasela como á estos consigo á sus reales.

¿A qué puede atribuirse ese desprecio profesado por una parte de la humanidad al resto de ella, durante toda la antigüedad, y tanto en el Oriente, como en el Occidente? Por nuestra parte no acertamos á asignarle otra causa á tan triste fenómeno, mas que á la preponderancia de lo físico sobre lo moral en el órden de las ideas y de los sentimientos, y

á la esclavitud, que de contino excita al fuerte á abusar de su fuerza con el débil, en el órden de los hechos. Reservada le estaba la gloria de abolir la esclavitud y de reintegrar á la muger en sus naturales derechos al Cristianismo solo, mal que les pese á escritores preocupados, y que, extraviados por un mezquino sistemático espíritu, se niegan á la evidencia de los hechos. Ciertamente de las ideas á los hechos, de la teoría á la práctica es larga la distancia; porque el interés lucha contra la moral, y tuerce la justicia. En verdad el Evangelio nada dice explícitamente en la materia: pero el Reino de Cristo no es de este mundo, y bastábale al Señor arrojar en los corazones la semilla, dejando á la fe el cuidado de hacerla en ellos fructificar. La Religion, por otra parte, careciendo de medios directos para extirpar la iniquidad que nos ocupa, hubo forzosamente de limitarse á combatirla con sus consejos y sin otra fuerza que la persuasion. ¿Qué historiador imparcial no reconoce que la Iglesia hizo lo que era de su deber y estaba en su mano, en la materia? — « La mayor parte de las fórmulas de *manumision* de los esclavos, en diferentes épocas (escribe Mr. Guizot) se fundan en algun motivo religioso; en nombre de ideas de ese órden, en virtud de esperanzas para el porvenir, y en consideracion á la igualdad religiosa, se otorga casi siempre la libertad á los esclavos. »

Por mas que se diga, y sea como lo es cierto, que los vestigios de la esclavitud, ó si se quiere de la servidumbre, se perpetuaron hasta fines del último pasado siglo, y aunque se añada que aun hoy existen en mas de un pueblo; por mas que se pretenda que la civilizacion moderna sola es la que en realidad ha extirpado aquellos males de la mayor parte del mundo civilizado: hay notoria injusticia en negarle al *Cristianismo* la gloriosa y radical parte que en ese triunfo del bien le toca. Toda civilizacion tiene su orígen en una idea religiosa; y no es mas que una *Idea* cuyas consecuencias se desenvuelven y á práctica se reducen. Porque las consecuencias sean complexas ¿hemos de olvidar su origen? — Si las

Teorías modernas tienen solas el poder que se les atribuye, y que yo no les disputo con tal que no se prescinda de sus fuentes : ¿ cómo los *Estados Unidos,* que es donde se han mas latamente aplicado, les niegan á los Africanos todos los derechos de hombres, porque son negros ? Ante un egemplo tan evidente y notable, las armas de los adversarios del Cristianismo tórnanse contra ellos mismos con irresistible fuerza; y considerando que los antiguos miraban al esclavo como un ser degradado, con indeleble estigma sellado, de quien era posible hacer un *liberto,* pero nunca un hombre *libre,* como una cosa, en fin, no como un ser racional, no hay arbitrio para negar que el dia mismo en que doce hombres desconocidos lanzándose al universo desde un ignorado rincon de Oriente osaron decirles á los hombres : — « *Todos sois hermanos* : *amaos los unos* » *á los otros* ! » — la esclavitud quedó abolida de derecho, ya que no de hecho por el momento.

Un pueblo solo se nos ofrece en la historia antigua, como excepcion en el doloroso espectáculo que presenta la humanidad repudiando á la mitad de sí misma ; y ese pueblo lo forman las hordas de bárbaros errantes en las selvas de la *Germania*, que viandantes mas que moradores de un áspero clima y de una tierra inculta, sin patria casi, y en la ignorancia completa, adivinaron, sin embargo, lo que la civilizacion habia de probarles mas tarde á todos. Ellos solos, entre todos los pueblos de la tierra respetaban á las mugeres ; así lo afirmamos aunque un grande historiador llama quimérica á esa opinion, fundada, dice, en una frase de Tácito. No negaremos ni la utilidad ni la prudencia de discutir las opiniones generalmente admitidas ; pero exagerar en ese punto el espíritu de exámen conduce directamente al error y á la paradoja. Segun el autor á que aludimos, el respeto á la muger, procede de la preponderancia de los hábitos domésticos, carácter esencial del sistema feudal ; y eso es cierto ; pero la *Feudalidad* misma, expresion tal vez exagerada de la independencia de la familia y del individualismo, vinieron á Europa con los Germanos, sus conquistadores,

en quienes el sentimiento *personal* dominaba imperiosamente. ¿Porqué la misma causa no pudo producir antes, los efectos que después se le reconocen? — Nadie ha visto, ni pretendido ver, en los Germanos la caballeresca galantería de la edad media; mas el respeto, como todos los demás sentimientos, puede manifestarse bajo distintas formas. Las costumbres de la última citada época ofrecen tanta semejanza con las que de los Germanos nos refiere Tácito que, no pudiendo ser copias de otras, forzosamente hemos de creerlas tradicionales. Para condenar á Tácito, á quien tantas analogías justifican, seria preciso probar que faltó á la verdad: no basta decirlo simplemente. Mientras eso no se pruebe, con fundamento puede creerse que aquel sentimiento á la antigüedad desconocido, hacia de los *Germanos bárbaros* un pueblo predestinado al Cristianismo y á la civilizacion moderna; y si invadieron el Imperio Romano ya porque, arrojados de su propio territorio, necesario les era buscar fortuna en otra parte, ya porque las tribus, como las olas del mar se empujaban unas á otras hácia Occidente, tales fenómenos son efectos y no la causa, que es preciso buscar en mas elevada esfera. El mundo antiguo habia corrido su carrera, moríase física y moralmente; y era forzoso que un nuevo cuerpo, en cuyas venas discurriese ardiente una sangre vírgen, se formara para recibir un espíritu regenerador.

Elevadas en fin á la categoría de compañeras del hombre, mostráronse de ello dignas las mugeres, por su generosa completa abnegacion, siguiendo á sus esposos á la guerra, curándoles las heridas, á veces con los labios mismos, excitándolos al combate, alentándolos en la lucha, conteniéndolos en la fuga, y mas de una vez obligándoles á dar frente al enemigo. Cautivas, preferian la muerte á la esclavitud: heroismo salvaje, sin duda, pero heroismo al cabo, del cual se encuentran, sí, ejemplos aislados en la antigüedad, pero nada parecidos á un sentimiento universal y espontáneo, fundado en la conciencia de la dignidad humana como entre las mugeres germanas

Luego, cuando la Religion, dulcificando las costumbres, suavizó las de la especie, cada sexo volvió á ocupar el lugar que la naturaleza le asignara, limitándose á las funciones propias de sus peculiares facultades. Vióse entonces á la muger, jóven y bella, retirarse voluntariamente del mundo, consagrarse á Dios; aquellas á quienes el cielo no llamaba al claustro, aprendieron á permanecer castas sin renunciar al deseo de agradar; la libertad les inspiró el valor y las fuerzas necesarias para defenderse á sí mismas; y el lazo con que cautivaban á los hombres cesó de ser el yugo que el acreedor le impone al deudor insolvente.

Al influjo de las ideas cristianas varió el amor de carácter, dejando de ser como entre los paganos la mera expresion de la necesidad y del sensualismo. Uno de los mas bellos trozos que la humanidad ha legado de su literatura es la Introduccion del poema de Lucrecio, en que pinta el amor con una gracia, con una energía, con una plenitud que ninguna traduccion ha reproducido ni acertará nunca á reproducir por entero. La naturaleza toda, por el fuego de Citerea estimulada, se conmueve agitada, y precipítase en la esfera de la voluptuosidad, cruzando los aires, abismándose en las aguas, triscando en las praderas, perdiéndose en las selvas, y aquí como allí y en todas partes sintiéndose los seres atraidos unos á otros por una magnética irresistible fuerza. Asiste la naturaleza inorgánica al gran misterio, favoreciéndole la tierra con sus flores, las auras con su aliento, las ondas con su murmullo; y para que nada falte da ejemplo á todos el Olimpo, mostrándoles el terrible númen de la guerra, postrado en el regazo de Venus, que enlazándole y envolviéndole en la morbidez de sus bellas formas, pero echando atrás la divina cabeza, fascinábale con los ojos, y con los labios le aspiraba el alma.

Dejábase el mundo llevar entonces por el instinto del placer, sintiendo que era dulce satisfacerlo, y pensando además que debia ser santo el imitar á los Dioses, á quienes llevaban los mortales la ventaja de no ser como ellos en sus adúlteros amores estériles.

Pero súbito, envia Dios al Arcángel Gabriel á un lugar de Galilea llamado *Nazaret*, en busca de una Vírgen, por nombre María, desposada con un Varon del linage de David, el santo José; y llegado el divino mensagero á presencia de la purísima doncella, saludóla diciendo: « Dios te » salve, María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres » entre todas las mugeres. » Turbada la Vírgen, procuraba inquirir el significado de aquella salutacion, mas el Angel le dijó: « — No temas, Ma- » ría, porque has hallado gracia ante el Señor; y concebirás en tus entra- » ñas y darás á luz un hijo, á quien llamarás Jesus! — ¿Cómo (replicó Ma- » ría), cómo puede ser eso, si yo nunca conocí varon? — El *Espíritu Santo* » (repuso Gabriel) bajará sobre tí, y la virtud del Altísimo te envolverá en » su sombra. »

El paganismo enlazaba al hombre con los dioses por medio del respeto y del temor; la nueva religion hacia bajar á Dios hasta los hombres, movido por la piedad y el amor, palabra que adquirió entonces un alto significado de que antes carecia, uniendo, por decirlo así, el cielo con la tierra. — Mucho fué perdonado á los que mucho amaran; amóse en nombre y por gracia de Dios; y un ardiente espiritualismo reemplazó en los escritos la sensualidad pagana, hasta tocar en el extremo opuesto, haciendo hablar al hombre como si cuerpo no tuviera.

La naturaleza, sin embargo, que nunca pierde sus derechos, restableció pronto el equilibrio entre el espíritu y la materia, reduciendo á entrambos á sus justos límites: mas antes el espiritualismo exagerado produjo mas de un funesto efecto sobre todo en las mugeres, que extraviadas por su ar diente imaginacion, pasaron mas de una vez por los sentidos, creyendo ir en busca del espíritu. No acusemos por eso el principio: el mal está en la flaqueza humana, que originalmente contaminada por el pecado, desnaturaliza hasta el bien mismo para satisfacer sus pasiones, y mintiendo á su conciencia, busca disculpa á sus faltas con insigne hipocresía.

La reaccion se ha hecho, y completa, y exagerada como siempre; he-

mos vuelto casi, por desdicha, á las costumbres paganas; y la filosofía se preocupa alarmada ya de ese moral gravísimo fenómeno. Moralistas audaces han llegado á proponer como remedio, convertir el matrimonio en un contrato á voluntad de los contrayentes disoluble, asegurando el hombre á la muger contra las contingencias onerosas de la maternidad : pero la sociedad, como de costumbre, se reformará por sí misma, dejando solo á sus legisladores el trabajo de sancionar y regularizar los hechos. En todo caso, si llegase á prevalecer la idea de sustituir á la santidad del matrimonio, una union voluntaria y efímera, la invencion se reduciria á resucitar la forma legal, aunque inmoral, con que los Romanos se figuraban conseguir la castidad del lazo conyugal.

En el matrimonio cristiano, y en él exclusivamente, estriban la seguridad del hombre, la dignidad de la muger, la estimacion recíproca, y el respeto de los hijos á sus padres. Los mas resueltos enemigos de esa santa institucion se ven reducidos á parodiarla, sustituyendo la realidad con la sombra, é imponiéndose todas las cargas sin gozar de los beneficios del Sacramento.

D'ARAQUY.

LA MUGER.

Cuando del negro caos surgió el mundo
A la voz del Señor, y el sol radiante
Vibró su luz al seno mas profundo
Del estrellado cielo rutilante;

Contemplando Jehová cómo Natura
Nace y alienta, á su querer sumisa:
« —Fáltale alguna cosa a su hermosura! »
Dijo; y bañóla en celestial sonrisa.

Bañóla, y fueron perfumadas flores,
Ondas soberbias, los dorados trigos,
Auras calladas, vientos bramadores,
Lagos y rios de la mar amigos.

Mas aun así, mirando cuál Natura
Bella se acrece á su querer sumisa.
» —¡Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

Y fueron el Leon de ancha melena,
El Aguila caudal, el Jilguerillo,
El Pez humilde y colosal Ballena,
Lento el Reptil y raudo el Cervatillo.

Mas aun así, mirando cuál Natura
Seres anima á su querer sumisa:
« —¡Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

Del barro entonces, á su imágen santa,
Al Hombre forma Rey de lo creado,
Al Hombre que hasta el cielo se levanta
En alas de su Ingenio arrebatado:

Mas aun así, mirando cuál Natura,
Un Rey acata, á su querer sumisa:
« — Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

Fundiendo del Amor al fuego ardiente
La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Dió vida á la *Mujer*, y á la doliente
Raza de Adan un Angel de bonanza;

Y entonces ya mirando á la Natura
Completa en fin y á su querer sumisa:
« — No falta cosa alguna á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

HECTOR DE CHARLIEU.

MCD 2022-L5

G. Staal

Imp. F. Chardon aîné, 30 r. Hautefeuille, Paris

F. Holl

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

LAURA DE NOVÉS.

Candida rosa nata in dure spine!
(PETRARCA, son. CCVIII, 2° cuarteto, verso 1°).

A la muerte del pontífice Bonifacio VIII, con quien habia estado en constante lucha, Felipe el hermoso (de Francia), receloso de los Italianos, y queriendo tener un Papa francés, aprovechóse de las divisiones intestinas de las familias de Roma, acaso tambien de la venalidad de algunos, y conquistando, en fin, ó comprando votos en el Cónclave, hizo elegir á Beltran de Got, Arzobispo de Burdeos, quien tomó al ocupar la Cátedra de S. Pedro el nombre de Clemente V. — Tiénese por averiguado que además de las condiciones ostensiblemente impuestas por el Rey al nuevo Pontícipe, pactóse entre ellos secretamente la de establecer fuera de Italia el trono pontifical. Lo cierto es que Clemente trasladó en efecto la metrópoli del Orbe cristiano, á la ciudad de Aviñon, donde permaneció establecida durante cerca de setenta años con harto dolor de la Italia que, humillada y celosa, comparaba aquel largo destierro á la cautividad de Babilonia. Ni la injuria, ni acaso la calumnia dejaron de prodigar los escritores italianos á la corte de Aviñon; y por desdicha las con-

MCD 2022-L5

diciones de casi doméstico vasallage á que se sometió Clemente con respecto al que Papa le habia hecho, daban pábulo mas que bastante á todo género de acusaciones. — Ora fuese que las costumbres italianas hubieran emigrado con los hombres; ora que estas, lejos de la ciudad eterna, se imaginasen menos obligados á los vínculos del deber (porque entre la idea de este y el lugar en que cumplirse debe hay mas conexion de lo que se piensa); la verdad es que la simonía, la codicia, el lujo, la gula y el desenfreno, infestaron la corte pontifical, como otras tantas llagas, sin que en compensacion al menos un poco de energía diese movimiento á aquel cuerpo valetudinario. Durante esa especie de interregno, el Pontificado, ausente de Roma, apenas fué mas que la sombra de sí mismo.— Así, movido sin duda tanto por el recuerdo de la pasada grandeza, cuanto por el dolor de la decadencia del momento, decia Bocacio: « *Roma, que como* » *hoy es la cola, fué en otro tiempo cabeza del Universo* » (1).— De los Prebendados á quienes, con no tener de eclesiásticos mas que el hábito y la tonsura, se confirieron entonces pingües beneficios, quiere Tiraboschi que procedan los *Abates* profanos y galantes que inundaron después la Francia: parécenos que es remontarse demasiado en la antigüedad para buscar el orígen del clero mundano que la Revolucion purificó con sangre. En Aviñon, sin embargo, en la corrompida ciudad, nació *Laura de Novés — candida rosa nata in dure spine*—Laura, cuya vida está con la de Petrarca tan ligada, que puede decirse que si ella aun vive, en él y por él es exclusivamente.

Habremos, pues, de comenzar diciendo algunas palabras sobre el orígen y juventud de aquel ilustre poeta, que llenó todo un siglo con el esplendor de su gloria y la fama de sus amores.

Su padre, Notario de la Reformacion, ó sea Archivero del Señorío ó Municipalidad de Florencia, era Guelfo y de la fraccion llamada de los *Blancos*. Comprendido, por tanto, en el mismo decreto de proscripcion que arrojó al *Dante* de la patria, retiróse con su familia á Arezzo, donde en la noche del 29 al 30 de Julio de 1304, nació *Francisco Petrarca*, á quien le debe ese apellido la celebridad de que goza. Durante algun tiem-

(1) *Roma che, comme oggi é coda, cosí fu gia capo del mondo.*

po los Guelfos blancos, unidos entonces á los antiguos Gibelinos, fundaron quiméricas esperanzas en el auxilio que se prometian del Emperador Enrique VII; pero fallidas esas, el padre de Francisco, desde Pisa, á donde primero se habia trasladado, pasó á establecerse en Aviñon, corte y residencia como sabemos de Clemente V.—Petrarca estudió las leyes sucesivamente en Carpentras, Montpeller y Bolonia; pero su vocacion le llamaba á las bellas letras. Huérfano de madre en 1325, y al año siguiente de padre tambien, regresó á Aviñon á encargarse de su modesta herencia. Tenia entonces 22 años: su juventud, su belleza, el esmero con que cuidaba de su traje y cabellera, le hicieron pronto notable en aquella ciudad consagrada á los placeres. Un año hacia ya que se deslizaba su existencia en esa vaga inquietud del corazon que es acaso el mayor de los encantos de la juventud, cuando, en fin, el 6 de Abril de 1327—fecha que no olvidó en su vida—vió á Laura por vez primera en la iglesia de las religiosas de Santa Clara.

El padre de Laura, Audibert de Novés, uno de los síndicos ó regidores (echevins) de la ciudad de Aviñon, habitaba una casa, que á principios del siglo XVI aun existia, cerca del convento de los Franciscanos (cordeliers), á la entrada del arrabal del mismo nombre, que mas tarde fué encerrado dentro de los muros de la ciudad misma. Allí ó en la aldea de Novés, distante dos leguas de Aviñon, nació Laura en 1307 ó 1308.

Cuando la conoció Petrarca era ya esposa de Hugo de Sade, descendiente de una antigua familia de la Provenza, y cuyos abuelos venian de siglos atrás ejerciendo en la ciudad las mas importantes entre las magistraturas municipales. Hugo solo tenia dos ó tres años de edad mas que Laura; y si él era inmensamente rico, el caudal de ella era tambien considerable; por manera que todo, inclusa la categoría elevada de entrambos en la sociedad aviñonense, todo parecia conspirar á la dicha de aquel matrimonio. Sin embargo, ni el uno ni el otro fueron dichosos. Laura, al parecer llevó libre el corazon á poder de su esposo, cuyo carácter excéntrico no era á propósito para conquistárselo. Ora fuese por natural aspereza, ora por celosa excitacion, si no por efecto de la situacion embarazosa y desairado papel que el declarado amor de Petrarca le imponia, el hecho es que Hugo ni supo apreciar á su muger, ni la amó nunca, puesto que á los

siete meses de viudo, y sin esperar siquiera el fin del luto, volvió á casarse.

En las obras de Petrarca es donde hay que buscar el retrato de la muger célebre que nos ocupa.

Era, pues, segun el poeta, de elevada estatura y de seductor magestuoso continente; blanco como el alabastro, su cutis trasparente teñíase de carmin cada vez que su corazon latia apresurado, y sus dorados cabellos con arte aderezados, aunque al parecer por negligencia sueltos, ondulábanle en torno de la garganta, donde *el viento* (dice el Petrarca) *á su placer los ataba y desataba*. Encarécenos el poeta la belleza de los brazos, y sobre todo de las manos de su dama, manos que ni los nudos de los huesos, ni el rastro de una sola vena, revelaban; y completa la descripcion de tan acabada hermosura con hablarnos del metal de voz encantador, de la irresistible sonrisa, de la mirada tan cristalina y serena, cuando tierna, como cuando airada y fulminante, y de aquel conjunto, en fin, inexplicable de la gracia que atrae, y de la dignidad tranquila que contiene. Si eran sus ojos negros ó azules, es lo que todavía no ha podido averiguarse; porque Petrarca nos habla de miradas que le flechaban *nel bel bianco e nel nero* (en lo bello blanco y en lo negro); y ese pasage pretenden unos que se refiere á la *negra pupila* del ojo, destacándose sobre su blanco globo; mientras otros sostienen que alude á unos ojos *azules* guarnecidos de negras cejas y negras pestañas.

Intelectualmente no debió Laura de ser inferior á ninguna otra muger de su tiempo, pues por una parte Petrarca llama á su pecho, *torre d'alto intelletto*, (alcázar de alto ingenio); y por otra su vida entera da testimonio de un gran sentido moral.

Cuando la vió por vez primera creyó Petrarca leer en sus ojos cierta expresion compasiva, muestra inequívoca de que habia echado de ver la amorosa turbacion del jóven; mas triunfando presto el sentimiento del deber de aquel simpático pasagero impulso, cuanto crecia el amor en él, tanto y mas en ella la severidad. Veinte años duró sin tregua en el llagado corazon del poeta, la lucha entre el amor y el respeto, entre el deseo de agradar y el temor de ofender, entre la necesidad de hablar y la obligacion del silencio.

Los jardines de la casa de Laura, que desde su casamiento habitaba en

Aviñon, yacian al pié de la roca sobre cuya cima edificaron los Papas su palacio. Desde aquella eminencia que le facilitaba espaciar la vista en el retiro de su amada, seguia el Petrarca, como perpetua atalaya, sus solitarios paseos durante los largos dias del verano, ó contemplábala en éxtasis sobre la piedra en que á sentarse acostumbraba *consigo misma conversando*. No siempre, empero, érale dado ni aquel inocente goce; mas cuando de él le privaba la suerte, recorria nuestro enamorado los lugares en que á su amada habia visto, ó íbase á llorar á la iglesia del convento de Santa Clara. Al cabo aquel amor que desahogarse en palabras no podia, estalló, por decirlo así, en los *sonetos* que á su autor, y á la que les dió asunto han inmortalizado. Si á Laura pudo lisongear la pasion que tan violentamente se exhalaba, su modestia debió tambien padecer no poco con aquella publicidad: mas segura de sí misma, y en su virtud fiada, no la hicieron los sonetos variar de conducta con el poeta, ni en bien ni en mal para este.

Sabemos que la honesta dama evitaba con esmero toda ocasion de oir una declaracion que escuchar no queria; y sin embargo, si la primera *balada* de Petrarca no es una ficcion, habremos de confesar que no fueron de provecho en esa parte sus buenas intenciones. En efecto, segun el poeta, declaróse resuelto, y altivamente desdeñado de palabra, *escribió*, enojando por ello á Laura, cuyo perdon no alcanzó sino después de largo y probado arrepentimiento. Verdad es tambien, segun él mismo confiesa, que no fué aquella su única desgracia, ni su sola falta de resignacion con los desdenes.

Como quiera que sea, la posicion social de su marido llamaba á Laura á la corte pontifical, donde Petrarca, ya conocido, tenia tambien libre acceso; y como su ambicion de amante era modesta, poca cosa bastaba para hacerle momentáneamente dichoso. Un benévolo saludo, una sonrisa, una mirada, una respuesta cortés aunque de fórmula, al mas rendido cumplimiento, eran contados por él como favores; y entre los mas altos, el que rara vez se le otorgaba, de oir la voz de su ídolo.

Brillaba Laura radiante de pureza en la mas corrompida de las cortes, y ese contraste, elevándola en la estimacion de su amante, aumentábale á él la pasion.

Dijérase, en verdad, que todo rubor era ageno á aquella sociedad esclava del vino, de la molicie, de la gula, y en la lujuria encenegada. Servia allí la benevolencia de máscara á la traicion; la pobreza primitiva mirábase por el lujo desterrada; y hasta el error, hasta la heregía misma, llegaron á levantar en aquel recinto la cabeza. En suntuosos festines viase á viejos asquerosos danzando trémulos con descocadas bellezas. Tantos escándalos provocaron la indignacion de nuestro poeta, que nos la revela en tres sonetos donde la severidad del pensamiento apenas es inferior á la violencia de las palabras. Si el cuadro que en ellos traza es á la verdad conforme, pintanos los vicios de aquella corte, y al propio tiempo su tolerancia.

Por huir de tan repugnante espectáculo, acaso con la esperanza de curarse de una pasion que era á un tiempo la dicha y el tormento de su vida, y cediendo Petrarca á las instancias de su amigo y protector *Santiago Colonna*, Obispo de Lombis, trasladóse á la residencia de aquel y pasó en su compañía algunos meses. Mas el recuerdo de Laura que le perseguia, volvió presto á llevarle á Aviñon, donde hallándola tan severa como antes, resolvió apartarse de nuevo de ella y á mayor distancia. Con tal objeto emprendió entonces un largo viaje, en el curso del cual atravesando la Francia visitó á París, ciudad de que se habia formado una alta idea, y que le pareció de cerca asquerosamente inmunda. De allí por la Flandes y los Países Bajos llegó hasta *Colonia*, y atravesando de regreso las Ardenas, dió la vuelta á Aviñon embarcado en el Ródano, al cabo de ocho meses de correrías inútiles, puesto que la ausencia ni á él pudo curarle, ni ablandar á Laura.

En tal estado tomó el peor de los partidos posibles para un enfermo de amores, que fué acogerse á la soledad, alquilando en la de las fuentes del rio Vaucluse, una reducida estancia en casa de cierto pescador, donde rodeado de libros, y recibiendo exclusivamente á sus mas íntimos amigos, se entregó completamente al estudio.

Mucho le debemos á Petrarca. Dotado de un entendimiento de sabio y de un espíritu investigador, en sus viajes escudriñaba las bibliotecas, de las cuales exhumó, salvándolos de la destruccion ó del olvido, muchos y muy preciosos manuscritos. Si la Italia no le hubiera colocado entre los

primeros de sus grandes poetas, diérale lugar el mundo civilizado entre los restauradores de las letras. Tres pasiones dominaban en el corazon de aquel hombre extraordinario: el amor á Laura, la aficion al estudio, y el culto á la antigua Roma.

Aquende los Alpes le tenia el corazon encadenado: mas trasportándose en espíritu á los campos de su cara Italia, llenábase su alma de amargura al contemplar á la soberbia Roma hecha teatro de intestinas luchas, y retrocediendo á su orígen, convertida en una amalgama de bandidos, que en el seno de la ciudad misma asediaban y demolian los edificios, y en sanguienta arena trocaban sus anchas vias y magníficas plazas. Naturalmente, pues, palpitó su corazon de gozo, de esperanza y de orgullo, como pudiera el de un Romano de los tiempos de la República, cuando Nicolás Rienzi, el último tribuno, trató de resucitarla. La voz de Petrarca resonó entonces entusiasta y patriótica en un himno al restaurador de libertad antigua; y patriótica hemos dicho porque si bien Florentino de nacimiento, nuestro poeta era Romano de corazon. Desdichadamente Rienzi tuvo mas de loco todavía que de tribuno; el rayo de esperanza que su tentativa habia hecho nacer, disipóse pronto; y Petrarca hubo de ruborizarse algun tanto de su fácil credulidad. — Desesperando en consecuencia del renacimiento de la Roma antigua, consolárase en gran parte, si la viese recobrar al menos la importancia que debió en la Era Cristiana á grandes Pontífices: pero tambien esa aspiracion fué vana. Murió en Aviñon Juan XXII á quien se suponia dispuesto á trasladar la sede pontificia á Italia, y su sucesor Benedicto XII, animado, segun la voz pública, de iguales deseos, tampoco pudo realizarlos.

Disipados así sus patrióticos ensueños, restábanle á Petrarca el Amor y el Estudio.

Prendado de la soledad de Vaucluse, porque estaba cerca de Aviñon, al cabo compró en aquel punto una casita con su jardin, y allí trabajaba en sus obras latinas, cuando el arribo á la ciudad de Simon de Siena, discípulo del Giotto, y encargado de decorar el palacio pontifical, le sacó de su retiro. Simon, á ruegos de Petrarca, hizo el retrato de Laura, encontrándola tan hermosa, dicen, que la reprodujo despues repetidas veces en sus diferentes obras. Pero ¿ fué un retrato original, ó una copia, lo que del

pintor obtuvo nuestro poeta? Tal es la grave cuestion que aun no han podido resolver los artistas. Si lo primero, esto es: si un verdadero original retrato, indispensable fué que Laura se prestase á ello, y tal complacencia amor ó casi amor supone..... Sea lo que fuere; en todo caso su felicidad no fué mas lejos.

El tiempo, el consolador por excelencia, lejos de amortiguar la pasion de Petrarca, parecia por el contrario vigorizarla.

Léanse sus sonetos atentamente, despójeseles de la exageracion poética, prescíndase de su culteranismo y alambicamiento de mal gusto, pecados mas bien de la época que del poeta; y se hallará en ellos trazada la marcha constante y ordinaria de las pasiones. Nuestro enamorado, ruega, se lamenta, llora, prorumpe en quejas y reconvenciones, de que luego se arrepiente y solicita el perdon; hasta que ya desesperado de tantos y tan inútiles esfuerzos, vuélvese á sus amigos, como diciéndoles: « ¡Consoladme! » — Aliviado así momentáneamente su corazon, torna presto á la que adora, para ensayar en ella el poder de los celos, llegando tal vez á las amenazas: « Si mi corazon, exclama, se rinde á *otra*, culpa será de » entrambos, pero vuestra mas que mia! »

Una vez, pero una sola, se nos muestra triunfante y de su pasion vencedor: en su *cancion* undécima (1), de propósito hecha por el autor en su conjunto ininteligible, hay sin embargo pormenores que no dejan duda alguna de lo que hemos indicado. La ironía, en efecto, rebosa en sus labios: « Laura es ceñuda y altanera; cuando para agradarle al poeta, » le basta á una muger amante con ser digna y reservada. Pena le causa » contemplar la virtud, aunque grande, por el orgullo sofocada. *Amor con* » *amor se paga*, es antiguo proverbio. Aprendan otros en cabeza » agena etc. etc. » — Todas esas máximas, como se ve, tienen declarado sabor de rebelion, y aun de pasagera satisfaccion de los sentidos: mas Petrarca tenia el yugo clavado en la frente, y su rebeldía como su libertad no podian durar, por tanto, mas que lo que en escribir su cancion tardase. — ¡Con qué placer vuelve á someterse á la coyunda! ¡Cómo bendice el dia, el mes y el año en que le fué dado conocer á Laura, que es

(1) « Mai non vo' piu cantar » (Edicion de Biagioli.—París 1821.)

« quien al bien le encamina, y quien entre la multitud le ha hecho » distinguirse! »

Y después vuelve á sus lamentos y á sus quejas, y tórnase á Dios rogándole que de tantas miserias le saque.

Marchitábase en vano la belleza de Laura; y en vano era que sus ojos perdiesen el brillo, y su esbeltez el talle, por una extraordinaria fecundidad desfigurado; en vano tambien que plateadas hebras matizaran el áureo cabello..... Petrarca la veia siempre tal como la contempló por vez primera en el templo de Santa Clara.

Si sus amigos intentaban rasgar el velo que así le ocultaba los estragos del tiempo, respondíales él generosamente : « ¿Cúrase la herida de la » flecha, porque el arco no esté ya tendido? »

A juzgar por el primer soneto (1), sin embargo, su tan constante como mal pagado amor, hizo incurrir á nuestro poeta en cierto género de *ridículo,* como hoy decimos, á los ojos de sus contemporáneos. Todavía entonces no se habia hecho la apotéosis de la *Muger de treinta años,* y Laura en el apogeo de su gloria, contaba de treinta y cinco á treinta y seis nada menos. Los extrangeros pues, á la corte de Aviñon atraidos por los versos del Petrarca, no podian contemplar sin sorpresa á la que segun el lenguaje de aquel tiempo, se llamaba la *señora de sus pensamientos,* y aun hubo uno, gran personage cuyo nombre calla la historia, que al verla exclamó grosero : » ¿Y es esa la famosa *hermosura* que á Petrarca » le trastorna el seso? »

Felizmente para Laura, ya de antemano un regio y público homenage la tenia vengada de aquel insulto. Carlos de Luxemburgo, que luego fué el emperador Carlos IV, hallándose en un baile á que Laura asistia, buscóla entre la concurrencia, apartó de ella con sus propias manos las personas que la rodeaban, y la besó en la frente y en los ojos. Aquel acto de cortesía, *un poco extraño* (dice Petrarca), inspiróle á este un soneto, y tambien amargos celos, sentimiento natural en un amante en tales circunstancias. Mas para los que no lo somos, lo que hay en el suceso referido es una prueba, entre muchas, de que al parecer todo el mundo se

(1) « Voi ch' ascoltate, » etc.

interesaba entonces en aquellos amores, procurando favorecerlos hasta los Soberanos mismos. El anciano Roberto, rey de Nápoles, por ejemplo, *regalando* una rosa á Laura, creyó oportuno darle otra al mismo tiempo á Petrarca. Admiremos, y nunca será bastante, la exquisita sensatez, y cándida rectitud de corazon de aquella muger, que acertaron á preservarla hasta de la accion deletérea de la lisonja, que es el mas seguro de todos los venenos.

Hasta el momento, ni el estudio habia hecho mas que arraigar el amor en el corazon de Petrarca, ni los viages conseguido distraerle de él siquiera: un acontecimiento, el mas importante de su vida, vino á dar treguas á su penar.

Quizá no se acordaba Petrarca, como lo pretenden Ginguené y con él otros muchos, de los *Juegos Capitolinos;* sino del *combate* del mismo nombre. Aquellos, los *Juegos*, instituyéronse en memoria del Capitolio salvado de los Galos; mientras que el *combate*, institucion mucho mas moderna, fué debida á *Domiciano,* y era simplemente un *Certámen* entre poetas.

Inflamada, nos dice Ginguené, la imaginacion del Petrarca, por la creencia en que estaba de que, segun la tradicion, Virgilio y Horacio habian en aquel combate sido laureados, aspiró ambicioso á ceñirse la misma corona. Por complacerle hicieron sus amigos renovar la antigua costumbre: Roma y París ofrecieron á un tiempo el laurel á nuestro poeta; y Roma obtuvo su preferencia, después de algun tiempo de vacilacion.

Salió pues de Aviñon para Roma por la via de Nápoles, en cuya capital su rey Roberto, príncipe docto y amante de las letras, no solo le acogió expléndidamente, sino que habiéndole hecho leer su poema del Africa, quedó de él tan pagado que en un rapto de entusiasmo quiso por su propia mano coronarle. Alegando el compromiso con Roma contraido excusóse Petrarca de aquella prematura honra, mas rogó al Monarca que le hiciese *examinar públicamente,* para que se viese si era ó no digno del triunfo que le esperaba. Tres dias duró el exámen, acreciendo sus resultados la gloria de nuestro poeta: mas aun así nos será lícito deplorar que, por un exceso de vanidad, creyera necesario probar de nuevo con palabras lo que tan probado tenia ya con sus escritos.

Diez dias después de su llegada á Roma fué al cabo coronado: mas

hubo entonces de convencerse de que así como la pasion saciada no aquieta el corazon, tampoco la ambicion satisfecha da paz al espíritu. Así se infiere claramente de su propia confesion en estas líneas.

« La corona no me ha hecho ni mas sabio ni mas elocuente : para lo » que ha servido es para desencadenar contra mí á la envidia, y para » privarme del sosiego de que antes gozaba. Desde que fuí coronado » vivo en contínua alarma; hánseme hecho enemigos hasta mis propios » amigos ; y sufro en fin la pena de mi presuncion y de mi audacia. »

Un solo corazon, acaso, se regocijó sínceramente en el triunfo del Petrarca : el de Laura; porque imposible nos parece que tanta ternura y tal constancia, que la abnegacion y delicada reserva del poeta, ya que no amor, al menos no inspirasen amistad. La verdad es que Petrarca ansioso de aparece en el explendor de su gloria, mas ante Laura que ante nadie, emprendió así que pudo la jornada á Aviñon, atravesando la Lombardía. Mas en Parma se detuvo á visitar á su amigo *Azzo Corregio,* quien á pretexto de dar la libertad á aquella ciudad acababa de someterla á su propio yugo. Azzo, quizá con la esperanza de ganarse quien, cantándole, le inmortalizara, no hubo seduccion á que, para fijar en Parma á nuestro poeta, no acudiese. Al hombre imbuido en las tradiciones de la antigua Roma, pintábale las mejoras que en la ciudad trataba de realizar, las reformas administrativas que proyectaba, los tributos que iba á suprimir, y la *libertad* que restableceria.... cuando las circunstancias lo consintieran. Al poeta mostrábale en perspectiva el lujo, la vida fácil, las larguezas seguras; y al amigo, en fin, ofrecíale una completa independencia.

No pudo resistirse Petrarca á la amistad de *Azzo;* mas, amante siempre de la soledad, si consintió en establecerse en Parma, fué á condicion de vivir retirado, comprando al efecto una modesta casa con su jardin regado por un arroyuelo. Allí dió la postrera mano á su poema del Africa.

Pero en su nuevo asilo, como en todas partes, el recuerdo de Laura le inquietaba. Tal fué el destino de aquel hombre, constantemente solicitado por dos amores : el de Laura, y el de su patria, entre los cuales osciló constantemente, sin acertar á fijarse en ninguno.

Un suceso político, que tal vez realizó las secretas aspiraciones de su corazon, vino á llevarle de nuevo á Aviñon. Acababa Clemente VI de ser

MUSEO ROMANTICO MADRID

MCD 2022-L5

elegido á la dignidad pontifical; y enviábanle los Romanos una diputacion para pedirle, entre otras gracias, que restableciese en la ciudad eterna la cátedra de San Pedro.

Petrarca, ciudadano romano en virtud de la coronacion en el Capitolio, fué uno de los diputados de Roma. ¡Iba pues otra vez á ver á Laura! — Abandonando en efecto, con dolor, nos dice él mismo, sus caros estudios, marchó á donde el cautiverio le esperaba, para imponerle de nuevo la antigua cádena, no menos indestructible, pero mas leve y flexible entonces que en otros tiempos. La auréola de gloria que á él le rodeaba, por una parte; y por otra la edad que á Laura habia envejecido y fortificado con la salvaguardia de una numerosa prole, y la confianza que inspiran una conciencia pura y una virtud probada, prepararon de consuno al poeta mejor acogida que de costumbre. Ya Laura no evitaba su presencia; antes en verle parecia complacerse, como gozar en sus triunfos: mas no por eso hubo entre ellos intimidad alguna. ¿Qué significaban, qué valian esos públicos favores para el hombre que habia dicho: « si tengo la » desgracia de veros envejecer, tendré tambien la osadía de revelaros » mis incesantes tormentos; y ya que sea pasado el tiempo de tempranos » amores, espero al menos algunos tardíos suspiros? »

Tenia Petrarca el espíritu flexible y apasionado, y por tanto ligero: á los que en el estudio moral del hombre se ocupan toca averiguar, si la constancia de corazon de que dió irrecusables pruebas, era ó no un contrapeso indispensable á la movilidad del espíritu.

Poco tardaron las circunstancias en dar nuevo pávulo á la actividad que le devoraba, con la muerte de Roberto de Nápoles, que dejó en pos de sí dos nietas, de las cuales la mayor, Juana, adquirió después tristísima celebridad con sus crímenes y sus desdichas.

A la edad de nueve años Juana fué desposada con Andrés, príncipe de Hungría, que contaba seis á penas: dicho se está cómo se entenderian aquellos esposos, que á la muerte de Roberto llevaban ya dos lustros de casados. Como soberano feudal del Reino de Nápoles, reclamó el Papa la tutela de Juana, y para representarle y sostener sus derechos eligió á Petrarca: mas como no entra en nuestro propósito referir de su vida mas de aquellos sucesos que directamente se enlazan con la de Laura, conten-

tarémonos con decir que, acabada su mision, regresó rebozando de júbilo á la ciudad que aquella habitaba. Por su parte Laura recibióle con tales muestras de alegría, que el eramorado hubo de concebir atrevidas esperanzas, y aun presumimos que de tratar de aprovecharse de aquel favor de la fortuna, pues que nuevos rigores vinieron á desengañarle dolorosamente.

Apoderándose entonces de su alma la negra misantropía, resolvió decir adios para siempre á aquella ciudad *bendita y maldita* á un tiempo, que ni habitar ni abandonar podia sin que el corazon se le desgarrase. Cuando se despidió de Laura, « vióla — dice Ginguené, que de las obras del mismo Petrarca extracta estos pormenores — vióla en cierta sociedad » de señoras á que habitualmente concurria, sin tocado ni adorno alguno, » seria y pensativa, mas triste que cuando por vez primera se separaron. » Petrarca, preñados los ojos de lágrimas, retiróse hondamente conmo- » vido, sin proferir palabra, y procurando en vano ocultar el llanto; » Laura le siguió con una mirada tan penetrante, tan tierna, que para » siempre quedó grabada en su corazon y en su memoria. Un triste pre- » sentimiento advertia á entrambos de que no volverian mas á verse, » y no les engañaba el corazon : su presentimiento era mas que fun- » dado ! »

Describenos Petrarca vivamente la inquietud que le atormentara durante los viages que hizo á diferentes ciudades de Italia antes de fijarse en Verona : pronto justificaron los sucesos aquel sentimiento.

Una horrible plaga, procedente segun la comun creencia de la China, y elocuentemente descrita por Bocacio, asoló durante dos años la Europa, despues de haber diezmado el Asia. Sus estragos comenzaron á hacerse sentir en el condado de Aviñon, en Enero de 1348 ; y desde que tal supo Petrarca, redoblaron en su corazon las augustias del fúnebre presentimiento, y ensueños siniestros le hicieron imposible el reposo... Sin embargo aun le alentaba la esperanza el 1° de Mayo cuando supo que Laura habia espirado el 6 de Abril á las seis de la mañana... El mismo dia del año y á la hora misma en que por vez primera la habia visto en la iglesia de Santa Clara.

Si aquella muger amaba en efecto ; si el deber solo sometió en su pe-

cho la pasion ardiente; si á Dios hizo el inmenso sacrificio de gozarse veinte años en su propio martirio; recibió en la muerte la sola recompensa á su virtud proporcionada, yendo á incorporarse en la tribu de los *Elegidos,* en la cual ya en la tierra la contaba el gran poeta llamándola « *Vera amica di Cristo et d'onestade* (sincera amante de Cristo y de la honradez).

Al terminar este boceto ¿ detendrémonos á refutar á los que han querido hacer de Laura, no como quiera la dama de Petrarca, sino una vil cortesana ? — No por cierto : hay hombres que, como las moscas, se complacen en empañar hasta los cristales.

Basta leer los sonetos de Petrarca para tener evidencia de la pureza de la que amaba; y no se diga que enamorado discreto quiso salvar el honor de su dama, porque si ese honor no estuviera intacto, vanos fueran sus esfuerzos. En tan largo tejido de imposturas — admitiendo el supuesto — ¿ á qué hombre no se le escapara una palabra, una frase, un verso siquiera, que partiendo del amor satisfecho, sobrara á revelarnos el engaño, y dar al traste con todo el hipócrita artificio ?

Pero hay en el asunto otra cuestion mas seria y que ha preocupado larga y hondamente así á los eruditos como á los críticos. ¿ Amó Petrarca realmente á Laura, ó no fué esta para él, como dice Voltaire, mas que un *Iris* en la atmósfera, un tema obligado de sus sonetos ?

Por nuestra parte hemos anticipadamente contestado á esa duda, probando que en el fondo de las poesías italianas de Petrarca se halla siempre el rastro animado de la pasion : pero preciso es confesar igualmente que el hombre desaparece con frecuencia en sus obras, eclipsado por el ingenio pretencioso. — Sin embargo, juzgar á los hombres de los pasados siglos, segun el espíritu del nuestro, seria mas que necedad, injusticia ; y si Petrarca, nutrido, por decirlo así, en el estudio de la antigüedad, abusa de la Mitología, ¿ cómo nos atreveremos á condenarle por ello, cuando apenas hace cuarenta años que de las deidades paganas nos hemos emancipado nosotros ?

Difícil es hoy, á la verdad, dejar de sonreirse leyendo en la *cancion primera* (1), cuando refiere que habiendo, como Acteon á Diana, sor-

(1) « Nel dolce tempo della prima etade » etc.

prendido á Laura en el baño, echóle ella agua al rostro, y sintió él (Petrarca) que en *ciervo iba trasformándose*; y la exageracion nos salta á los ojos, al oirle decir que *con sus lágrimas hizo una fuente* al pié de un haya, prodigio que al poeta mismo hace exclamar : « ¿Quién oyó nunca » decir que de un hombre real y verdadero naciera una fuente? »

Tales y tan exageradas metáforas, é imágenes de tan mal gusto, son el orígen y fundamento de las dudas de aquellos que superficialmente no mas han leido á Petrarca : pero dése de mano al oropel mitológico, olvídense los alambicados conceptos, prescíndase del eterno jugar del vocablo entre *Laura* y *Laurel*, búsquese al hombre, en fin, y hallarásele tan pronto desvelándose en agradar como descuidado hasta rayar en montaraz; siempre minucioso observador de cuanto puede alentar ó desanimar á un amante; de contino en busca de la que adora, ora fijándose en la piedra que á ella le sirvió de asiento, ora en el espacio á que dió sombra su cuerpo al atravesar la calle; ya por último, deduciendo faustos ó tristes agüeros, del velo que se alzó ó no se alzó al encontrarle, de una sonrisa, de una mirada, de un simple movimiento de cabeza.

Cuando á la imaginacion se le da rienda inventa mas, si no mejores cosas : las puerilidades que acabamos de enumerar no se fingen, son la historia del corazon, siempre sencilla por no decir monótona.—La juventud ardiente y sensual, leyendo el largo poema del amor del Petrarca, difícilmente dejará de impacientarse — y digámoslo claro — de aburrirse; mas su lectura conviene á las almas enfermas, que amaron, y á quienes hizo Dios la gracia de preservarlas de la ligereza de la vejez.

Fué pues el amor del Petrarca real, ardiente, profundo, y muy humano, queremos decir, nada platónico. Si en los límites del espiritualismo se mantuvo, atribuyámoslo á la castidad de Laura, á las santas preocupaciones de la maternidad, pues no tuvo menos de once hijos, y tambien, por mas que nos pese escribirlo, á la costumbre que en aquella época no consentia las visitas particulares. Mas no por esa última circunstancia nos parece menor el mérito de Laura : la costumbre que ella respetó, otras mugeres en su tiempo la salvaron; y siempre le queda la recomendacion no pequeña de *haber huido del peligro para no perecer en él.*

Falsa, á pesar de todo lo dicho, seria la idea que de ella se formara si,

tomando al pié de la letra las quejas del Petrarca, se creyese que fué su virtud de las nimiamente severas que hasta á la mas inocente galantería son inaccesibles. La sociedad en que Laura vivia era demasiado libre para que maneras tan rígidas no hubiesen puesto en ridículo á la muger que las afectara. Laura, pues, aunque gustaba poco de tratar de amores, hacíalo cuando á ello se veia obligada ya por la fogosidad de su enamorado, ya por maliciosas alusiones de las personas que la rodeaban, defendiéndose con el desembarazo propio de una muger de mundo; y en prueba de ello citaremos el hecho de haber en cierta ocasion reconvenido á su pretendiente acusándole de que la hacia servir de pantalla para ocultar otros amores.

¿Amó al Petrarca? — Conocióle jóven, bello, seductor; por ella se cubrió de gloria, y en ella supo fijar las miradas de toda la Europa literata; y sin embargo Laura resistió victoriosamente. Que las mugeres decidan ahora la cuestion.

Amar á un gran poeta, apasionado, elocuente, triunfador ebrio de orgullo y de gloria ambicioso; asociarse á su azarosa existencia, por el amor, la actividad, y la sed del saber alternativamente agitada; partir con él las penas, gozar de sus triunfos, alentarle ó consolarle ó moderarle á veces, y tener quizá que perdonarle con frecuencia: todo eso parece bello, y es seductor.... Pero, en realidad, y Dios sea loado, Laura anduvo cuerda y bien inspirada conduciéndose como lo hizo.

Digamos, para concluir, y en gracia de las almas compasivas que pudieran tener de nuestro poeta mas duelo del que en realidad merece, que no dejó de buscar compensaciones á las penas de su corazon; pues segun lo nota el sabio Tiraboschi, tuvo dos hijos naturales, un varon y una hembra, de dos distintas madres. El varon murió á la edad de veinticuatro años en Verona, donde perfeccionaba su educacion; la hija, casada con Francisco de Brossano, fué, dice un biógrafo, la inseparable compañera de su padre y el consuelo en la vejez de sus últimos dias.

El año de 1533, descubrióse en la Iglesia de los Franciscanos de Aviñon, donde Laura estaba enterrada, un sepulcro que se creyó ser el suyo, y que contenia entre los huesos, una pequeña caja de plomo, dentro de la cual encontróse un pergamino sellado con cera verde, y esta leyen-

da : *M. L. M. J.*, que al parecer significan : *Madonna Laura morta jacet.* En el pergamino se leia un mediano soneto atribuido á Petrarca. Hablóse mucho en aquella época del tal descubrimiento ; y en el mismo año en que tuvo lugar, pasando Francisco I° por Aviñon quiso ver el sepulcro de Laura. Visitóle, en efecto ; leyó el soneto ; volvióle á meter en la caja de plomo sin proferir palabra ; y escribió además el conocido epitafio que á continuacion copiamos, aunque en realidad sea una severa crítica del soneto arriba mencionado, de cuanto después dél se ha escrito sobre el asunto, y de las páginas que preceden igualmente. Dicen así los versos de Francisco I° :

En petit lieu comprins vous pouvez voir,
Ce qui comprend beaucoup de renommée ;
Plume, labeur, la langue et le sçavoir
Furent vaincus de l'amant par l'aimée.
Oh gentille âme ! étant tant estimée,
Qui te pourra louer qu'en se taisant?
Car la parole est toujours comprimée
Quant le sujet surmonte le disant (1).

E. D'ARAQUY.

(1) Para satisfacer la curiosidad de los que no conozcan la lengua francesa, hé aquí la imperfecta paráfrasis del epitafio de Francisco I° á Laura :

Mirad á breve espacio reducida
Suma de inmenso afan y eterna fama :
Pluma y saber y lira esclarecida,
Venció en su amante la dichosa dama.
¡Alma gentil! Tu incomparable vida
Silencio humilde, adoracion reclama,
Que mal la lengua se modula al canto,
Si el asunto al cantor excede en tanto.

G. Staal. Imp. F. Sherdon ainé, 10, r. Hautefeuille, Paris. W. Hall.

MCD 2022-L5

LUISA DE LA VALLIERE.

I

A tres períodos puede reducirse el reinado de Luis XIV, respectivamente dominados por tres influencias, — tres astros — tres mugeres.

El primero, época de una galantería mitad española y mitad francesa, personifícase en *Luisa de la Valliere*, la única muger á quien de veras amó Luis XIV, y la única tambien de sus damas digna de ser amada. Fueron aquellos regios amores una novela sentimental desenlazada en el claustro, como era natural en un tiempo en que, vivo aun el recuerdo de los caballerescos, inaugurábase un Renacimiento esplendoroso y fácil de confundir con la poesía de los siglos heróicos. Todavía entonces la quinta esencia del sentimentalismo perfumaba las voluminosas novelas de Scuderi; y ya *Berenice* (1) era el suave armónico eco de la sociedad, ya el *Cid* (2) le ofrecia varonil y vigoroso ejemplo Época, en suma, de juventud: aurora de aquel reinado.

En representacion del segundo período tenemos á la Marquesa de *Mon-*

(1) Tragedia de Racine.
(2) Tragedia de Corneille.

tespan, loca y valerosa muger, que atrevidamente cabalga, riéndose da á luz sus hijos, y audaz se goza en verse Reina por obra y gracia del amor. Con ella se inaugura la gran epopeya militar, con ella comienza la era de las conquistas; y á su influjo la época se encamina al materialismo del corazon, al paganismo de los sentimientos. Vanamente truena Bossuet desde la Cátedra del Espíritu Santo: su voz elocuente, aunque aplaudida, no alcanza á contener la marcha del siglo que desatinado corre á la gloria, á través de las galantes aventuras. Aquella fué la edad de la accion, de la madurez, de la fuerza: ni las mugeres ni las ciudadelas pudieron resistirse al victorioso Monarca.

Resúmese en Mme. de Maintenon el tercero y último período del gran reinado. A las pompas, á las hazañas de la antigua corte sucede un sensual misticismo; envejeció el siglo y hácese ermitaño; la gloria toma el velo. Llegó la hora de la decadencia, y todo en ella es sombrío: Luis XIV, rey por una muger regido, vase inclinando lentamente hácia la tumba; Bossuet triunfa, y su ortodoxia aniquila á un tiempo la influencia de Fenelon y la de Mme. Guyon, cuya piedad demasiado tierna é independiente, no acomoda al carácter de la *Maintenon*, secretamente con el rey casada. La iglesia galicana domina á Luis XIV por mano de su morganática esposa, que, hábil, intrigante y fuerte, mal puede avenirse con la Religion del *quietismo*. Reina en todo, menos en el nombre, la Maintenon supo llevar no sin dignidad la corona, por mas que al peso natural de la regia diadema, se agregase para ella el de los acontecimientos y el de los años. Su voluntad fué la norma y el alma, por decirlo así, de los últimos años de aquel reinado; y si nó, véase á Racine abandonando el teatro; véase á la Fontaine expiando bajo el cilicio el tan mortal como inmortal pecado de sus cuentos; véase, en fin, á la tragedia misma haciendo ejercicios en cuaresma en el convento de Saint-Cyr.

II

Llamábase Luisa de la Valliere, nombre y apellido que se han hecho inmortales; por el amor de Dios el primero, en virtud de la penitencia de

Sor Luisa de la Misericordia; y el segundo por el amor del rey, que con la *Valliere* hizo la mas bella de las novelas del siglo XVII—como el personage de Moliere *hablaba en prosa*, sin saberlo. Vió la luz en Turena (Touraine), patria de Inés Sorel, célebre dama de Carlos VII, y no lejos del castillo de Chambord donde tambien Francisco I supo crear duquesas por gracia del amor; pero no parecia Luisa destinada al nacer á la alta fortuna que tantos dolores habia de costarle. ¿No hubiera sido mas dichosa, viviendo lejos del sol de la corte, limitada á un estrecho horizonte, y perdida en el elegíaco laberinto de una pasion de provincia!

¿Estuvo ó no enamorada de Bragelonne? (1)—Diez y ocho volúmenes ha tenido que escribir Alejandro Dumas, para probar que nunca su héroe fué correspondido. Agradezcámosle á la Valliere que subiera los Alpes de la pasion, de cuya altura cayó despeñada, para poetizar el siglo de Luis XIV.

Como Semelé soñaba con Júpiter, Luisa en Blois se desvanecia imaginando á sus solas, los regios esplendores de la corte de San German, á donde no tardó en llevarla uno de esos hazares, que son la ley determinante de todas las existencias romanescas.

Oigamos aquí á un testigo presencial y que veia bien; á Mme. de la Fayette, que describe sus primeros pasos en la corte, de esta manera:

« Su fortuna (la de Luisa) era escasa. Su madre estaba casada en segun-
» das nupcias con Saint-Remy, primer *Maestresala* del Sr. Duque de Or-
» leans; por manera que hasta entonces habia la muchacha estado siempre
» en Orleans ó en Blois. Pareció bien generalmente, y muchos jóvenes tra-
» taron de conquistarla, señalándose mas que otro alguno el Conde de Gui-
» che, que parecia muy asiduo con ella, cuando el Rey la escogió, con otras,
» para deslumbrar al público (2). De acuerdo con la Duquesa de Orleans
» el Rey comenzó entonces á galantear ostensiblemente, no como quiera á
» una, sino á las tres que al efecto habia escogido, tardando poco sin embar-
» go en elegir entre ellas, y rendir el corazon á la Valliere, sin dejar de

(1) « Mademoiselle de Montalais fué en Blois confidenta de la Valliere, de quien parece que allí estuvo enamorado un tal Bragelonne. Mediaron cartas, y la madre llegó á saberlo: mas parece que todo ello fué cosa sin importancia. Sin embargo el Rey se mostró muy celoso de aquellos amores. (Madame de la Fayette).

(2) Luis XIV galanteaba entonces á su cuñada la Duquesa de Orleans.

» decirles flores á las otras, y aun teniendo relaciones entabladas con la » Chemerault, á quien se dedicó en realidad y asiduamente fué á Luisa. En » cuanto al Conde de Guiche, que no estaba lo bastante enamorado para » luchar contra tan temible rival, abandonóla riñendo con ella y diciéndola » al separarse cosas muy desagradables. Por su parte la Duquesa no pudo » ver sin pena que el Rey se prendara sinceramente de la Valliere; y si » bien no sintió lo que realmente se llaman celos, es indudable que hubiera » deseado que S. M. no se enamorase de veras, y que le conservara á ella » un afecto que, sin llegar á la violencia del amor, tuviera toda su compla- » cencia y todo su agrado. »

III

Estaba el Rey enamorado: cosa grave para un Monarca y para su reino, sobre todo siendo el tal Rey un Luis XIV y no siendo la Reina la muger á quien ama. Estaba, pues, el Rey enamorado cierto dia — como lo estaba todos los de la semana, sin descansar siquiera el domingo — de Enriqueta de Inglaterra, esposa de su hermano el Duque de Orleans, y á los ojos de S. M., por el momento, la muger mas bella de Francia. La corte á la sazon en Fontainebleau, solazábase juvenil y lozana ensayando la realizacion de todas las imaginaciones del Taso, del Ariosto... y de Bocacio además.

Segun Mme. de la Fayette, era allí la Duquesa árbitro soberano de las diversiones, que para el Rey no parecian tener mas atractivo que el placer que gozar veia á su cuñada. Era en el rigor del estío: la Duquesa iba á bañarse diariamente, en coche á causa del calor; mas para la vuelta montaba á caballo con sus damas, todas galantemente ataviadas con millares de plumas en la cabeza, y acompañábala el Rey tambien á caballo con todos los jóvenes de la corte. Cenábase, y después en ligeras calesas se iba á pasear todo el mundo á las orillas del canal, al son de melodiosas orquestas.

El Rey se aburria con la Reina.

La Duquesa se aburria con el Duque.

Un paso mas en la selva de Fontainebleau, y no les quedara mas que ha-

cer á la Reina y al Duque, que mirarse el uno al otro á la cara, y levantar las manos al cielo. Pero Luisa de la Valliere, camarista de la Princesa Enriqueta, á fuerza de empeñarse en imitarla en gracia, en trages, y en ingenio, se encontró, cuando menos lo pensaba, con que sintiendo tambien como ella, adoraba á Luis XIV.

Advirtiendo á poco que la corte comenzaba á darse por entendida, como no podia menos, de la pasion sobradamente visible del Rey por la muger de su hermano, la Princesa y el Monarca celebraron consejo, acordando en él que para deslumbrar al público convenia jugar con fuego, ó con el amor que es lo mismo. En otros términos: determinóse que el Rey se fingiera enamorado de una señorita cualquiera de la corte.

— Tomad, por ejemplo, dijo la Duquesa, los colores de la Valliere: una violeta que busca el olvido. Como es una de mis criadas me vereis por sus ojos, ó lo que es mas seguro, la vereis á ella con los mios.

— No, respondió riéndose el Rey; voy á poner en escesa resueltamente á la Chemerault, que es de la servidumbre de la Reina; con eso mi muger para apartarme de ella, me enviará á vuestros piés.

Ni el Rey ni la Duquesa, figurándose que tan fácil le es al hombre decidir de los destinos del corazon, sospechaban siquiera que aquella misma noche habia el Monarca de enamorarse, sin quererlo, de la única muger que verdaderamente fué dueña de su alma.

Aquella noche, pues, paseándose S. M. con Beringhen, Guiche y Buckingham en los jardines de Fontainebleau, vieron en ellos, como en las apariciones de los cuentos fantásticos, á tres jóvenes y lindas doncellas que, á paso largo para paseo y corto para quien sabe que le esperan, caminaban y caminaron hasta dar consigo al pié de cierta estatua de Diana.

Llegadas allí, una de las doncellas detuvo á sus compañeras y mostrándoles la efigie de la triforme diosa, que los rayos de la luna reflejaban en su tersa y blanquísima superficie, díjoles:

— Siempre fuí apasionada de Diana.

La que así hablaba era la Valliere.

— Pues yo, replicó la Chemerault, prefiero á Endimion!

— Ambas estais locas, repuso la señorita de Pons, pues que dais en amores fabulosos: los mios son reales y positivos.

— ¿A quién amais, pues? preguntó la Chemerault.

Habíanse en esto sentado al pié de la estatua las tres damas, sin advertir que ya de cerca las estaba acechando, con sus acompañantes, Luis XIV, quien al oir la pregunta « ¿A quién amais « ? — haciendo seña á los cortesanos para que en la alameda le esperasen, aventuróse solo á penetrar en la verde espesura que, por decirlo así, amparaba entonces los secretos de aquellos tres juveniles corazones.

Las señoritas de Pons y de Chemerault fueron pasando revista sucesivamente á toda la corte, encareciendo la belleza, el ingenio, el porte galan, la gracia en el baile de los caballeros mozos.

La Valliere callaba.

— Si yo, decia la de Pons, hubiera de amar á alguno, seria al Señor de Candale.

— Quiere decir, replicóle la Chemerault, que le amais ya. Por mi parte no estoy enamorada ; pero el marqués de Alincourt me gusta mucho, porque es el que mejor baila.

— La Valliere no dice nada, pero si pensara en alta voz, nos hablaria del Conde de Guiche.

No rompió Luisa aun el silencio, mas figurósele al Rey advertir en su pálido semblante una desdeñosa sonrisa al escuchar el nombre de Guiche.

— Su secreto, prosiguió la de Pons, lo sé yo ; fuera de que mas dice ella callando que nosotras con todo lo que hemos charlado.

— Mi silencio no dice cosa, replicó entonces la Valliere: pero no puedo ocultaros que me pareceis locas elogiando á toda la corte sin hacer mencion del Rey; cuando yo haria el elogio de la corte entera sin hablar mas que de S. M. ¿Hay, por ventura, aquí un solo hombre que pueda comparársele, ni siquiera para figurar en un baile (1)? »

— Estoy al cabo, dijo la Chemerault; prefieres al Rey, porque es Rey.

— Al contrario, replicó con viveza Luisa ; la corona es para mí su único defecto, pues que le excluye del número de los que amar podemos. ¡ Ah ! si no fuera Rey !

Al pronunciar Luisa esas palabras, sintiendo agitarse las ramas que las

(1) *Ballet* — Baile pantomímico — danza figurada.

ocultaban, huyeron despavoridas las tres jóvenes, como si se les hubiera aparecido un alma en pena; y era en efecto la del Rey que se arrojaba á los piés de la Valliere. Pero inútilmente, pues se halló por un momento solo al pié de la estatua.

—No quiere, exclamó, enamorarse del Rey! pues bien yo la haré que se rinda al amante!

Diciendo así disponíase Luis XIV á volver donde dejara á sus acompañantes, cuando advertió no sin gran disgusto, que Beringhen y Guiche, habian tambien penetrado en la espesura y como él escuchado la conversacion de las jóvenes.

—¡Y bien, caballeros! Parece que estais sorprendidos de mi feliz aventura, y de que se me puede amar como á un cualquiera! ¿Quién es esa jovén?

—No la he reparado, Señor: respondió Beringuen.

— Yo, repuso Guiche disimulando mal su despecho, yo no la conozco.

Andando el tiempo, Luis XIV dijo á Guiche en cierta ocasion: « No la « conocíais, Conde: pero la amábais! »

Por aquella noche S. M. comenzó por visitar á la Reina esperando reconocer entre sus camaristas, por el metal de la voz, á la que tan á su gusto se habia explicado: pero no estaba allí, y su corazon se lo dijo leal.

Del cuarto de la Reina pasó el Rey al de su cuñada la Duquesa: la Valliere, que de acababa entrar, estaba hojeando una novela.

« ¡Esta és! » dijo para sí el Monarca sin vacilar.

Era mas de media noche y todavía el Rey estaba en el cuarto de la Duquesa. Al verle tomar un sillon, habia querido la Valliere retirarse, mas la Princesa, á ruego de su real pariente, mandóla que se quedara, y leyese algunas páginas de la novela. Hízolo, en efecto, Luisa en voz tan grata como solia, y entonces además conmovida y penetrante: por manera que el Rey, que del libro no entendió palabra, decia después que aquella novela era la única que con placer habia escuchado.

IV

Increible parece, pero aquel gran Rey, para quien nada era dudoso, ni su propia divinidad; aquel Monarca que habia de someter gran parte de la Europa á sus leyes; el mismo que en su Parlamento entraba, como en un cuartel, con botas y espuelas, y el látigo en la mano en vez de cetro, condújose sin embargo con Luisa de la Valliere, como un héroe de novela hecho y derecho.

Durante un mes, solo con los ojos se atrevió á hablarla, y ni á sus ojos mismos les dió licencia para revelar siquiera la mitad del fuego que el corazon le abrasaba; y entre tanto proseguia asiduo siempre al lado de la Duquesa, quien como de razon y costumbre, fué la última en conocer que ya no era el Rey su cautivo. ¡Cuán lejos estaba la Princesa, al aconsejar á S. M. que se fingiese enamorado de su camarista, cuán lejos estaba de pensar que el Rey habia de amarla, en efecto y secretamente, y en su presencia misma! No le parecia posible á Enriqueta, que una muchacha de provincia, aunque educada en tan buena escuela, pudiera inspirar una pasion profunda; ni que aquella hermosura, por S. A. R. comparada á la de un cuadro *al pastel*, no se borrara y deshiciese con solo un rayo de los esplendentes que el regio sol lanzaba. Faltóle entonces á la Duquesa de Orleans su habitual penetracion, porque no se fijó sin duda en los bellos rasgados ojos de Luisa, por largas pestañas sombreados, húmedos de pudor pero tambien de voluptuosidad, y azules sí, pero como el ardiente cielo de Nápoles y de Sevilla (1).

(1) El Marqués de la Fare, describiendo los principios de esta pasion, nos dice. — « Cuando la Duquesa de Orleans (*Madame*) echó de ver que no eran ya por ella y para » ella las frecuentes visitas del Rey, y que estaba sirviéndole, por decirlo así, de pantalla » á la Valliere, indignóse contra esta y contra el Monarca, y por via de despique comenzó » á escuchar benévola al Conde de Guiche, primogénito del Mariscal Conde Grammont, » jóven, buen mozo, y que á una gran dosis de ingenio y valor, unia otra no menor de » audacia. Entonces tambien, la Condesa de Soissons, viendo al Rey prendado de la Va- » lliere, rindióse al amor de Vardes, quien con haber pasado ya los años de la primera » juventud, era por su amabilidad, por su talento, por sus maneras insinuantes, y hasta por

Mas al cabo preciso era que el Rey se declarase; y el cielo mismo se puso para que lo hiciese de su parte.

Paseábase la corte cierto dia en el parque de Vincennes: súbito estalla la tempestad y dispérsase toda la regia comitiva, buscando cada cual, como á porfía, un abrigo ya en las enramadas, ya en el castillo mismo: pero el castillo estaba lejos.

Dos personas fueron las que mas se mojaron aquel dia y mas relámpagos vieron: la Valliere que *cojeaba*, y el Rey que voluntariamente quiso *cojear del pié mismo* que la linda doncella, á quien S. M. acercándosele con el sombrero en la mano, ofreció cortesanamente el brazo. Apenas Luisa hubo apoyado su desnuda mano en el terciopelo que el regio brazo vestia, díjole el Monarca: « — Vámonos al castillo; » mas diciendo así tomó precisamente el camino que mas se apartaba del supuesto fin de la jornada. Habia cesado la lluvia, pero el viento sacudiendo las hojas de los árboles, rociaba sin embargo las frentes de la errante pareja.

— Mi corazon — dijo al fin palideciendo — esperaba con ansia esta tempestad. ¿No habeis echado de ver que os amo, señora?

su figura, mas amable que todos los jóvenes. Díjose en aquel tiempo que Vardes galanteó á la Condesa de órden del Rey, y que este fué su confidente: lo que parece cierto es que en efecto, aquel hábil cortesano obró mas bien movido por la ambicion que por el amor, y que no sintió menos que la Condesa y la Duquesa de Orleans, que la Valliere se apoderase exclusivamente del corazon del Monarca. Los cuatro personages, pues, que acabamos de nombrar, á saber: La Princesa; Guiche, como un aturdido que era, y por complacer á su real dama; la Condesa de Soissons, y Vardes su amante, conjuráronse para perder á la Valliere, y hacerse señores de la corte. Con tal fin, y partiendo del supuesto de que si por cualquier conducto llegaba la jóven Reina á saber las relaciones del Rey con Luisa, habia no solo de dar vado á su propio resentimiento, sino además de provocar el de la Reina madre, obligando así á Luis XIV, á deshacerse de su dama: fraguaron una carta en nombre del Rey de España, en la cual aparecia que aquel Monarca señalaba á su hija la infidelidad de su esposo. Vardes compuso en francés la carta, que fué vertida al castellano por Guiche, que se vanagloriaba de saber todas las lenguas, y que en todo caso la española la sabia en efecto. Llegó la tal epístola á su destino sin que nadie supiese cómo, y produjo, en parte al menos, el resultado que de ella se prometian los conjurados, porque la Reina que amaba con pasion á su marido, y se habia visto por él tambien amada durante el primer año de su matrimonio, sintióse desesperadamente herida por aquella nueva, y la Reina madre se puso resuelta de su parte. Todo ello dió al Rey grandes disgustos sin duda, mas no fué parte á separarle de la Valliere, reduciéndose el resultado de la conjuracion á que el mal humor de S. M. se desahogara y cebase en los propios autores de la trama, que habian osado herirle en lo mas vivo.

— ¡Silencio! — repuso Luisa ruborizándose — mirad que pudiera yo oiros y entenderos....

Satisfecho de aquella primera escaramuza, y resuelto á proseguir su campaña, hizo el Rey con el brazo un hábil y rápido movimiento, en virtud del cual la mano de la dama vino á hallarse enlazada con la suya. Si un rayo los hiriese entonces, no bastara á conmover á ninguno de ellos tanto como el simple contacto de sus manos lo hizo. Verdad es que la Valliere retiró súbitamente la suya, pero miróla el Rey con expresion de tan encarecida súplica, que sin ser poderosa á resistirlo, volvió la mano á donde estaba. ¿Cómo, tampoco, resistirse á Luis XIV, cuando con el sombrero en la mano suplicaba? — Uno á uno reveló el Rey á la jóven — que á tanto llegó su osadía — los amantes latidos de su corazon, sus ensueños todos de Monarca y de amartelado pastor; sus enamoradas congojas, en fin, desde la bienaventurada noche en que sorprendió el *secreto de Diana*. — Que *secreto de Diana* se llamó en la corte el de la Valliere, en memoria de haberlo revelado la pobre niña en presencia de la estatua de aquella diosa.

— Señor, exclamó súbitamente Luisa, hemos equivocado el camino.

— No, respondió el Rey, voy á donde ir quiero.

— Pero ¿no vé Vuestra Majestad cómo estoy mojada?

— Contad las gotas de agua que llevais encima, y os juro daros otras tantas perlas.

Una hora nada menos duró aquella loca correría en medio de la tempestad!

« Lo único que me sorprendió, decia Beringhen algun tiempo después, fué no hallarme á los dos amantes transformados él en Triton y en Náyade ella! »

V.

Sereno ya el cielo volvió la corte á reunirse, echando de ver fácilmente que llegaba al desenlace, y que Júpiter habia salido de la nube que hasta

entonces le ocultara. La pobre Luisa corrió á ocultar su amor entre los grupos mismos de los burlones cortesanos; y Luis XIV no advirtió que se habia quedado solo hasta verse rodeado de todos sus aúlicos.

No era probable que la tempestad renovase su complaciente ministerio. ¿Cómo pues componerse en lo sucesivo, para perder en los bosques el camino con la Valliere?

Lamentábase, celosa, la Reina; y celosa se deshacia en llanto la Princesa Enriqueta: difícil era sustraerse á la vigilancia de entrambas. — En tal conflicto acudió Luis XIV á la pluma, eligiendo á Beringhen para portador de sus amatorias epístolas. Romancesca fué la primera; tierna la segunda; y desesperada la tercera. Rehusó la Valliere recibir el primer papel, mas leyóselo Beringhen; guardó el segundo en el seno, *donde bien cabia*, acostumbraba á decir maliciosamente la Chemerault, aludiendo á lo escaso del pecho de su linda compañera; á la tercera carta contestó nuestra heroina.

Toda una noche pasó desvelada la pobre pensando en lo que habia de contestar.

A la mañana siguiente, el poeta *Benserade*, sucesor ó poco menos del bufon del Rey, y que en calidad de tal usaba y abusaba de su privilegio de entrar libremente en todas partes de palacio, sorprendió á Luisa, suelto el cabello, palpitante el seno, y preñados los ojos de lágrimas.

— Vais (le preguntó) á representar alguna tragedia?

— ¡Ah! señor Benserade, ¡soy muy desgraciada! Figuraos que hay un hombre que me ama, y bendigo á Dios por ello: pero me escribe que se muere de amor por mí, y no sé cómo responderle que viva dejando de amarme.

— Pues no hay cosa mas sencilla, replicó el poeta.

— No tan sencilla, pues que desde ayer la busco sin dar con ella. Responded vos por mí, que tendreis arte para decir *no*, como si dijérais *sí*.

Figurándose Benserade que todo esto se reduciria á una de tantas coqueterías como las mugeres usan para encadenarnos, diciendo: « Estais libre, » escribió, *calamo currente*, una respuesta en la cual de todo habia menos la pasion: pero cuando la Valliere, á sus solas, copió aquella

epístola, añadióle, quizá sin advertirlo ella misma, todo lo que el poeta habia omitido.

Todo en aquella aventura fué novelesco. Al dia siguiente llamó el Rey á Benserade, para decirle que deseando dar una fiesta en obsequio de cierta dama de la corte, y queriendo anunciárselo en versos era necesario que él rimase inmediatamente los pensamientos que en el acto se dignó trasmitirle. Hizóse así, resultando de ello que en un mismo dia la Valliere escribió al Rey la prosa de Benserade, y el Rey á la Valliere los versos de Benserade igualmente.

Fáltanos, empero, que referir lo mas cómico del caso.

La Valliere, acertando Benserade á pasar por delante de sus ventanas, hácele seña con cierto misterio para que suba, y el poeta que habia hecho mas de una conquista en sus tiempos, figúrase súbito que sus encantos habian seducido á la jóven camarista. Es de advertir que ni el Rey le habia revelado que era á Luisa á quien consagraba su fiesta, ni la Valliere dicho que el enamorado á quien contestar queria fuese Luis XIV. — Volviendo al poeta, claro está que sube en alas de sus esperanzas donde Luisa le sale al encuentro con una sonrisa de las que « turban á los hombres y á los dioses, » y que acabando de trastornarle el sentido le hace caer á sus plantas, prorumpiendo en sonetos y madrigales, que ya mas de una vez le habian servido en ocasiones semejantes.

— No se trata de eso, le responde la Valliere soltando la carcajada; sino de otra respuesta, porque han vuelto á escribirme.

Confuso el pobre poeta, afánase inútilmente en buscar un *concepto*, un equívoco cualquiera que atenúe al menos lo ridículo de su mala ventura; mas no hallándolo, dice sacando fuerzas de su flaqueza:

— Venga la carta y escribiré la respuesta.

La Valliere entonces púsole en las manos los versos que él mismo habia aquella mañana escrito: pero Benserade harto cortesano para confesarse su autor, tomó la pluma y contestó al Rey, como si tal poeta no hubiera en el mundo.

Llegó en fin el dia de la famosa fiesta, que se redujo, como todas las de la época, á una mitológica máscara en la cual pareció el Rey bajo la forma de Júpiter, y la Valliere en trage de Estrella. Como de razon des-

cubrió el Tonante á su lucero, entre nebulosos torbellinos, y dirigióle la palabra en estos versos, compuestos tambien por el poeta de cámara, Benserade :

« ¡A todos impone su ley la tristeza !
» La vuestra se esconde : mas clara se ve.
» ¿No os bastan, Estrella, la luz, la belleza,
» Que envidian los astros, que admiro á mi fe?
» Vivid satisfecha : no el gusto exquisito
» Del fuego radiante templando el fulgor,
» Los rayos eclipse, mostrando marchito
» Y en nubes envuelto, su claro explendor.
» Son altos destinos los vuestros, Estrella :
» De vuestras hermanas la historia inquirid ;
» Sabreis como alguna, cual vos, no tan bella,
» *De Reyes* un tiempo fué luz y adalid (1).

Y después de haber para ella hablado de esa manera, habló el Rey de sí, diciendo :

» No arrugo la frente, no muevo la planta
» Sin que mi grandeza no os haga admirar :
» Cada cual en torno á un Númen suplanta;
» Yo solo al que finjo me puedo igualar.
» Mas grande otra cosa no se halla en Natura
» Que el trono que ocupo, por fuero y razon :
» Quien mida la mia y al orbe su altura,
» Verá sobre el orbe mi gran corazon.
» ¡Vencéisme, no obstante, bellísimos ojos!
» ¡Cuán frágiles somos los héroes que así,
» Mortales gigantes, caemos despojos
» De un niño vendado, de un Dios baladí!
» ¡Troné! — El universo tembló estremecido!
» Fijé de la Fama la lengua fugaz,
» Y grande, invencible, lograr he sabido
» Que enlace á mis lauros su oliva la Paz.

(1) Como en las traducciones en verso la fidelidad absoluta es imposible por mas que se procure, y gustamos poco además de vestirnos con agenas galas, parécenos conveniente copiar aquí el textuo francés que dice así :

Chacun dans son état a sa mélancolie
Ne cachez point la vôtre : elle est visible à tous.
Être étoile ; pourtant, c'est un poste assez doux,
Et la condition me semble fort jolie :
Vous la deviez garder. Ce goût trop délicat
A votre feu, si vif et si rempli d'éclat,
Mêle quelque pensée, et sert comme d'obstacle.
Les étoiles, vos sœurs, vous diront qu'autrefois
Une étoile a suffi pour produire un miracle
Et pour faire bien voir du pays à des rois

» — ¡Mas ay! Que es tesoro de mí tan preciado
» La que me ha vencido, la que adoro fiel,
» Que amor, á mi cuenta, será el engañado,
»Si toma, por ella, mi excelso laurel (1). »

VI.

No le bastaba empero verla en las fiestas y en presencia de toda la corte, al enamorado Monarca, que á fuer de galan aventurero, y de la escuela de Don Juan Tenorio, lanzóse una noche á los tejados, corriendo de azotea en azotea, hasta dar con la ventana de la señorita de Antigny, vecina de alojamiento de la Valliere. Advertida ya por Beringhen, batidor de estrada en aquella expedicion, abrió al Rey su ventana la de Antigny, no sin sus antojos de que S. M. se detuviera en el camino; y resignándose á no poder mas con el papel de confidenta, condujo al enamorado hasta la puerta del cuarto de Luisa, dejándole en ella y diciendo: « Por mi parte » me labo las manos. »

Abrió el Rey la puerta con tanto amor como sobresalto: la Valliere que

(1) El texto dice:

Je ne fais point de geste, et ne fais point de pas
Qui ne soit de mon rang la preuve suffisante.
Le monde représente ici, ce qu'il n'est pas;
Moi, je suis en effet ce que je représente.

Il n'est rien de si grand dans toute la nature,
Selon l'âme et le cœur, au point où je me vois.
De la terre et de moi qui prendra la mesure,
Trouvera que la terre est moins grande que moi.

Je cède toutefois, vaincu par des beaux yeux:
Et la fragilité des héros que nous sommes
Est telle, qu'après tout le plus petit des dieux
Est plus à redouter que le plus grand des hommes.

L'univers a tremblé du bruit de mon tonnerre,
Et la postérité ne s'en taira jamais.
Avec beaucoup d'éclat j'ai partout fait la guerre;
J'ai fait bien plus encore, même j'ai fait la paix.

Mais ce m'est un trésor si doux et si touchant,
Que celle qui sur moi remporte la victoire,
Que je crois que l'amour n'en est pas bon marchand,
Si pour la lui payer il suffit de ma gloire.

Parece imposible llevar mas lejos el encarecimiento de la adulacion por parte del poeta,

precisamente con él soñaba, creyó no haberse despertado cuando abriendo los ojos al ruido de sus pasos le vió delante de sí. Levantarse del sillon en que yacia fué su primer movimiento, mas la emocion fué tal que inmediatamente cayó de nuevo desmayada; y al volver en sí volvió á ver al Rey arrodillado á sus piés y hablándola con tanta pasion como respeto, sentimientos que á la verdad poco tiempo viven en paz en un mismo pecho.

y por la del Rey, lo que podríamos llamar el cinismo de la vanidad: mas para que se vea que ni la bajeza del cortesano, ni el orgullo del Monarca estaban agotados ni mucho menos, cita sin duda el autor, los siguientes versos que en otra fiesta, tambien celebrada en honor de la Valliere, leyó S. M. que en ella representaba el papel *Sol*.

» Vais á oir, dijo Luis XIV á su dama, unos versos anónimos burlándose de mí el *Rey-Sol*:

« Sol que de gloria coronado brillas,
Yo te ensalcé constante
Mientras pude cantar tus maravillas:
Mas ya no hay alabanza al fulgurante
Raudal de tu hermosura;
No llega ya el incienso á tanta altura.
» Altivo ya fulminas sobre Reyes
Tus encendidos rayos,
Que antes ministros de benignas leyes,
Hoy en torno de sí siembran desmayos
Con fuerza irresistible,
Que pintar y sufrir es imposible.
» ¿Quién ya osará contigo lo que un dia
Faeton y Dafnae osaron,
Él loco de ambicion, ella de impía?
No eres tú como aquel de quien triunfaron:
No hay hombre que te guie,
Ninfa que te huya y en laurel se fie! »

El original francés, dice así:

Soleil de qui la gloire accompagne le cours,
Et qu'on m'a vu louer toujours
Avec assez d'éclat, quand votre éclat fut moindre,
L'art ne peut plus traiter ce sujet comme il faut;
Et vous êtes monté si haut
Que l'éloge et l'encens, ne sauraient plus vous joindre.

Vous marchez d'un grand air sur la tête des rois,
Et de vos rayons autrefois
L'atteinte n'était pas si ferme et si profonde:
Maintenant je les vois d'un tel feu s'allumer
Qu'on ne saurait en exprimer,
Non plus qu'en soutenir la force sans seconde.

Je doute qu'on le prenne avec vous sur le ton
De Daphné, ni de Phaëton:
Lui trop ambitieux, elle trop inhumaine.
Il n'est point là de piége où vous puissiez donner.
Le moyen de s'imaginer
Qu'une femme nous fuie, et qu'un homme nous mène!

MCD 2022-L5

Cien veces rogó la bella á su real amante que se fuera ; ciento tambien le ofreció el marcharse, y otras tantas se estuvo quedo. ¡Benserade, Benserade, aquella noche ya tu ministerio para nada se echó de menos!

Los primeros albores de la aurora llegaron á sacar á los dos enamorados de su divino ensueño. — ¿Dónde estaban? — Ni lo sabian.

« — ¿Estais en mi cuarto, Señor, estais conmigo.

— No, Luisa, no estoy con vos, pues no quereis entregarme mas que el corazon.

— Nunca tendreis de mí otra cosa, pero á ningun otro concederé jamás cosa alguna.

Retiróse el Rey dichoso y desesperado á un tiempo. Vino y vió, venció tambien, pero sin lograr el premio de la victoria.

Aquella noche hubo baile en el cuarto de la Reina, y el Rey, para deslumbrar á las gentes, no solo bailó con la señorita de Pons, sino que se eclipsó con ella. Desolada y con mil muertes en el corazon jura entonces la Valliere que en su vida volverá á ver al infiel : mas á la noche siguiente y en el momento en que iba á desnudarse aparecese el Rey á su ventana. Lanza ella un grito, y él precipitándose al cuarto pide humilde un perdon que se le niega diciéndole que se vuelva en malhora con la de Pons. Pero el culpable insiste alegando que hay en él dos fuerzas ó dos debilidades distintas : una el espíritu que es todo de la tierna la Valliere ; otra la *bestia,* que no se aviene á rendirse á quien se obstina en no ser mas que espíritu. Y no por eso Luisa se presta á inmolar su virtud, á menos que sea á condicion de morir en expiacion del pecado ; sacrificio que el Rey se niega á consentir naturalmente.

Volvióse pues por donde habia venido, mas no con precaucion bastante para que dejase de llegar la aventura á oidos de la Duquesa de Navailles, superintendenta de las camaristas, cuya severidad clamando en altas voces haber visto á un galan correr los tejados, hizo fortificar con rejas las ventanas de todas sus lindas subordinadas. Como no hay hierros sin embargo, que basten contra los enamorados, los nuestros, renovando á Pyramo y Tisbe, se hablaron al través de una grieta que en cierto tabique de tableros de pino habia el sol abierto.

Por entonces fué cuando Fouquet, el célebre superintendente de Ha-

cienda, que creia conocer á *la muger*, porque conocia muchas mugeres, y que ligeramente se dejaba decir : « Todas son unas, y no hay cintura » que desabrocharse no pueda, » se atrevió tambien á decirle á Luisa de la Valliere que conocia el precio de su virtud.

— ¿ Qué es lo que decís ? le preguntó ella sencillamente.

— Quiero decir que calculo en cincuenta mil libras el precio de la virtud de las demás camaristas, pero el de la vuestra, señorita, lo evaluo en tres veces tanto. »

Calló un momento la generosa jóven, no permitiéndole su justa indignacion responder, y prosiguió Fouquet.

— Pongo pues á vuestros piés cincuenta mil escudos !

La jóven mirándole entonces con soberano desprecio, mostróle el rubor que su rostro enardecia, y prohibióle que volviera en su vida á levantar hasta ella los ojos.

No contó Fouquet la aventura, ni la Valliere tampoco : mas súpola sin embargo el Rey, y no se la perdonó al Superintendente.

Como en la corte todo se sabe, por mas que el Rey se recatara, tomando todo género de disfraces, primero en secreto, luego en voz alta, comenzaron los cortesanos á decirse que la Valliere era la Dama del Rey. De palacio llevó la fama la nueva á París, donde, oyéndola una tia de Luisa, corrió presurosa á prevenir á la jóven que caminaba al borde de un abismo. Protestar enérgicamente de su pureza fué el primer movimiento de la víctima ; mas luego aterrada ante la voz pública, toma la enérgica y decisiva resolucion de retirarse á un convento de San Cloud.

Daba Luis XIV audiencia en San German, donde su corte á la sazon tenia, al Embajador de España, cuando acercándosele un page, entrególe un billete sin mas escrito que estas palabras : *¡ Adios ! ¡ Adios !* Leerlas y olvidarse del Embajador fué todo uno. — ¿ Qué importaban la paz ó la guerra, ni qué provincia mas, ó provincia menos, á quien perdia corazon, alma y vida ? — Dejó, pues, el Rey al Embajador con la palabra en la boca, para correr desatinado en busca de la Valliere, reclamándosela á todo el mundo, escandalizando en el cuarto mismo de la Duquesa de Orleans, y yendo en fin en persona á buscar un caballo á su real caballeriza, donde por el momento ni un solo criado habia.

—No importa (dijo entonces al page portador del *Adios* de la fugitiva): ensillad vuestro caballo que yo sabré ensillarme el mio.

Y diciendo y haciendo, ensilló en efecto su bridon, y seguido de Luzancy (el page) salió á carrera tendida para San Cloud.

Llega; da con el convento; llama á la allí recien llegada; y como al principio á comparecer se negase, prorumpe en tales amenazas, que al fin la dama se presenta, y cediendo á la *adoracion* del Monarca, déjase llevar triunfalmente á la corte. Cómo, no lo dice la crónica. ¿Nos será lícito suponer que el Rey la llevase á la grupa de su caballo?

Hay, sin embargo, otra version de la referida aventura, segun la cual, en resúmen tampoco le fué difícil al Rey decidir á su amada á huir con él del convento; pero que difiere en las circunstancias del caso, como vamos á verlo.

Yacia Luisa, (segun la version á que aludimos) sobre las losas del locutorio exterior, abrazada al pié de la Cruz santa, habiendo las religiosas rehusado recibirla. Así la encontró el Monarca, pálida como si ya la muerte la hubiera herido, y oyó de sus labios entre lágrimas y sollozos estas palabras:

—¡Busco el sepulcro!

A las cuales replicó el Rey, tambien en llanto anegado:

—Si me amárais, ni quisiérais morir, ni á mí me matárais!

Y arrebatóla en los brazos, y llevósela contra el corazon estrechada, añadiendo:

—He venido resuelto á todo: hasta á quemar el convento!

No era el Rey, sino el enamorado quien así hablaba; y por mas reservas que haya de hacer la filosofía contra el Monarca, y el marido infiel, no puede menos de perdonar aquí al amante, tanto en gracia de la sinceridad del sentimiento que visiblemente le dominaba, cuanto porque la pasion, aun cuando raya en los límites de la demencia, conserva todavía algo de carácter divino.

—No sois ya dueño de Vos mismo! —dijo en aquella ocasion la Reina madre á su hijo.

—Si no lo soy de mí propio —replicó el Rey —sabré serlo de los que ultrajan mi voluntad.

La Princesa Enriqueta, que hasta entonces no acertó á rendirse á la evidencia, incapaz ya de contener ni su cólera ni de ocultar sus celos, exclamó violenta:

— ¡Cómo! ¡Esa *coja* se me ha de poner á mí delante! ¡La *criada* ha de vencer á su *ama!*

— Sí, contestó Luis: vos sois sin duda la mas hermosa, pero no hay mas hermosura que la que se ama; y yo, señora, no os amo ya.

En resúmen, al cabo de un año de lucha, de pruebas y de lágrimas, la Valliere, dama declarada de Luis XIV, dejando de pertenecer á la servidumbre de la Duquesa de Orleans, tuvo su cuarto aparte y al lado del de la Reina; tan al lado, que María Teresa de Austria, para ir á misa, tenia precisamente que pasar por la habitacion de su jóven rival.

Un año próximamente era así trascurrido, de aurora en aurora, todas aun como tímidas, pero ya luminosas; un año de aquel amor para la Valliere eterno y que el corazon del Rey absorvió entero, cuando cierto dia á las doce de la mañana, hora habitual de la misa de la Reina, pasó esta por el cuarto de Luisa, que S. M. sabia hallarse indispuesta.

— ¡Comó! exclamó María Teresa — ¡cómo, querida! me dicen que estais enferma, y os veo con el lecho sembrado de tuberosas y flor de azahar... ?

— Para reconciliar el sueño, Señora... contestó la Valliere.

A la mañana siguiente, corre la voz y llega hasta la Reina de que la víspera habia la favorita dado un hijo á Luis XIV.

— ¡Imposible! dice María Teresa: anteayer la vimos en un baile, y ayer la he visto yo misma, medio dormida, en un lecho de flores de mortífero aroma para una muger en tal estado.

— Con todo eso, Señora, (insistió la Condesa de Soissons) anteanoche ha dado á luz una criatura que S. M. mismo se dignó recibir en sus brazos.

Precisamente en aquel momento apareciόse el Rey, imponiendo silencio con su presencia á todos menos á su esposa, quien después de una breve pausa dijo:

— ¿Será verdad, Señor, que llevais el amor á vuestros vasallos hasta el extremo de recibirlos cuando vienen al mundo?

Hízose el Rey el desentendido; y en el instante mismo fué anunciada y presentóse la Valliere, mas bella que nunca, con un trage de baile de nueva y tan primorosa hechura que cautivó la atencion de la parte femenina de la concurrencia, desmintiendo así solemne y victoriosamente la voz de la murmuracion.

Y sin embargo entonces no calumniaba la murmuracion; pues era verdad que Luisa habia dado á luz una criatura la víspera, y en presencia de Luis XIV, mas valiente en aquella jornada que lo fué en la del paso del Rhin.

Volúmenes no bastaran para referir los lances de la increible novela de aquellos regios amores: contentémonos pues con indicar que la corte, sublevada por la Princesa Enriqueta, tomó toda el partido de la Reina; que nada se perdonó para perder á la Valliere; y que habiendo en fin la Duquesa de Navailles osado levantar el estandarte de la rebelion, fué desterrada.

Quiso el Rey entonces que su dama tuviera casa propia, y dióle la llamada de *Byron*, que á poco llegó á ser el verdadero palacio del Monarca.

En aquella mansion, estaba un dia Luis XIV á los piés de Luisa, cuando se le ocurrió preguntarla si creia que se pudiese amar mas y mejor que él la amaba.

—Sí (respondió la dama); porque aunque os miro apasionado, amáisme porque os amo; y he tenido quien hasta la muerte me amara, sabiendo que nunca seria correspondido.

—¿Quién era ese hombre?

—Un simple oficial de Guardias, á quien acaso me destinaba el cielo: pero como su amor no era un crimen, no acerté á corresponderle. Escribióme, estando yo todavía en la servidumbre de la Princesa, algunas cartas, no tan discretas como las vuestras, porque el pobre no disponia de Benserade, pero en cuanto á la pasion obras maestras.

—¡Frases! repuso el Rey no sin despecho.

—¡Frases! es verdad, Señor, pero la última ha sido una estocada.

—¿Qué decís?

—Digo que esta mañana misma, sabiendo que soy vuestra dama, se ha atravesado el corazon con su propia espada.

—Ha hecho bien—dijo el Rey para concluir—y si yo fuera *simple oficial de Guardias* haria lo mismo.

VII

La guerra vino á interrumpir con serio y grave paréntesis aquella galante historia.

Antes, empero, de salir al campo, el Rey comunicó á su Parlamento un edicto creando Duquesa de la Valliere á Luisa, y reconociendo á su hija con el título de Mlle. de Blois. Nuestra heroina en vez de envanecerse con aquel título, humilló su cabeza para recibir la ducal corona.—«Tendré «que ocultarme algo mas entre la tierra»; escribia entonces á su tia.

Creíasela muy dichosa con ser madre de una *Hija de Francia* (1); la verdad era que para Luisa era un tormento proclamar así á la faz de toda la Francia que vivia fuera de las leyes de la moral y de la Iglesia.

Pasó la corte á visitar al Rey al ejército de Flandes, y la Valliere, aunque ni por el Rey ni por la Reina invitada, tomando como todos el camino del campamento, emprendió la jornada mas amante que nunca, y lisongeándose con la esperanza de no apartarse ya de su *Luis* ni aun en los campos de batalla. Tales eran sus propósitos cuando acertó á divisar las tiendas de los Reales, en cuya vista, perdiendo los estribos, como vulgarmente se dice, ó desbocándose su pasion que es lo mismo, dió órden á su cochero para que rebentara si era preciso los caballos, pero llegase al campamento antes que nadie. Y fué así: llegó en efecto la primera; y arrojándose en los brazos del Rey, díjole:

—Desterradme si quereis, Señor: pero que otra vez al menos sienta yo latir vuestro corazon contra el mio!

Escandalizóse en extremo la trashumante corte de tal atentado; trona-

(1) En la antigua monarquía francesa así se llamaba á los que en España *Infantes*: mas parécenos que no alcanzaba tal distincion á los bastardos.

ba llena de cólera la Reina; rebosaba la indignacion en los pechos de las damas todas, y mas que en el de ninguna en el de cierta recien casada, ex-camarista de la Princesa Enriqueta, que mirando enternecida á la Reina, decia:

— Dios me libre de ser dama del Rey; pero si tal desgracia tuviese, jamás llegaria mi descaro á adelantarme á la Reina!

La que así hablaba era la Marquesa de Montespan que muy pronto habia de *ponérseles delante* á su Reina y á la misma la Valliere.

¿Pintaré los postreros descoloridos rayos de aquel sol de amor próximo ya á ponerse en Dios, como todas las pasiones profundas que violentamente funden el alma en el corazon?

La noche del martes de carnaval del año 1671 habia baile de máscaras en la corte. — ¿Porqué y para qué la máscara? — Ya el Rey no se ocultaba, y la Montespan por su parte se habia quitado, mucho tiempo hacia, la careta. Placíala á su carácter camorrista, triunfar estrepitosamente y á la luz del dia; envanecíase de ser dama del Rey, como este de haber pasado el Rhin. — « Ser dama del Rey, decia, ¿no es decir que soy la mas hermosa, y que tengo el mundo á mis piés? »

Pero volviendo á la máscara, aquella noche el Rey buscando en vano á la Valliere, quitó la careta á mas de una Duquesa, envanecida tal vez de haber pasado un instante por la favorita, aunque lo fuese ya engañada. Al dia siguiente supo S. M. que Luisa se habia retirado al convento de las Religiosas de Santa María: pero en vez de *ensillar* un caballo, como lo hizo en San German, mandó primero al conde de Lauzun, que volvió solo; y despues á Colbert que trajo consigo á la fugitiva.

Al verla lloró otra vez Luis XIV como en los buenos tiempos de aquella gran pasion.

— ¡Llorais! le dijo Luisa con su encantadora sonrisa; llorais, y sin embargo si me negara á venir con Colbert, no me hubiérais enviado un tercer Embajador!

Razon tenia la Duquesa de la Valliere: aquellas lágrimas eran las últimas de la ternura de Luis XIV, cuyo corazon, ya insensible á los novelescos sentimientos de la juventud, hubo menester nada menos que tan inesperada fuga para conmoverse apenas.

VIII

Por mas desinteresada que apareciese la Valliere, por mas que se dijera que *amaba por amar solamente*, negábase el mundo á creer que su pena por la pérdida del amante, fuera tan grande á no ser el Rey á quien perdia. Puesta así en duda su sinceridad, « cierto es que se esconde entre la » yerba (se decia), mas es para ocultar su ambicion »; y juzgándola en todo severamente, mirábanse sus fugas al claustro como meros artificios. Madame de Sevigné escribiendo á su hija le decia: « La Duquesa de la Valliere » no habla ahora de reclusion ninguna: bastante es con haberlo dicho: » su doncella se la ha echado á los piés para que tal no hiciese: ¿Quién resiste » á eso? » Mme. de Sevigné mudó de estilo cuando fué á visitar en las Carmelitas á Sor Luisa de la Misericordia.

Entretanto la Marquesa de Montespan reinaba con violencia « abusando » de tal modo de su triunfo, nos dice Madame de Caylus, que afectaba » servirse de ella (la Valliere) como de una criada, cuya maña alababa di- » ciendo que no se encontraba nunca bien ataviada si *ella* no daba la » última mano al tocado y vestido! Prestábase á tal papel la Valliere, con » el celo que pudiera una sirvienta cuya suerte dependiese del agrado » de su señora; y en cambio la Montespan, mas avisada, burlábase de ella » públicamente, la trataba muy mal, y obligaba al Rey á que hiciese otro » tanto. Para ir al cuarto de la Marquesa era preciso pasar por el de la » Valliere, á quien S. M. tomó por costumbre echar un perrillo que » tenia, llamado *Malicia*, diciéndola: « Tened, señora, ahí os dejo esa » compañía que para vos es bastante. » Lo mas cruel del caso consistia en » que el Rey no hacia mas que pasar por allí para ir á ver á la Montespan. »

Pero Luisa de la Valliere, absolutamente entregada á su amor, á su pena, y á su arrepentimiento, soportaba paciente tantos ultrajes, dejando decir al mundo, y tornando á Dios los ojos.

Pidióle el Rey por entonces su retrato; y ella, llamando á Mignard para que lo hiciese, quiso que la pintara en figura de *Magdalena*:

— ¡De Magdalena, sí! — decia — pero por mas que yo le-

vante mis culpables labios no bajarán hasta ellos los piés del Señor!

Resuelta, en fin, á sepultarse definitivamente en la oscuridad del claustro, eligió por confidente á Bossuet, quien desde luego comenzó sin duda á componer la oracion fúnebre de aquel corazon pronto á renunciar á la mundana vida, para renacer en la eterna. A la verdad Luisa comprendia sin duda, que su sacrificio no podia llamarse ya tal realmente, pues que habiéndola el Rey dejado de amar, el convento iba á ser para ella un refugio que la eximiera de ver á su rival triunfante, hollando bajo la desdeñosa planta las imágenes de lo pasado.

Despidióse la Valliere de toda la corte, incluso el Rey, que no solo no lloraba ya entonces, sino que ni ver llorar queria.

¿ Quién hubiera dicho á Luis XIV cuando amaba locamente á la Valliere, cuando ensillaba él mismo su caballo para correr á buscarla á San Cloud, y ni aun cuando ya no enviaba en pos de ella á Chaillot mas que á su ministro Colbert; quién le hubiera dicho que habia de llegar un dia en que se asomara á la ventura con la Montespan para ver marcharse, y para siempre y camino de la tumba, á la mas bella, á la mas amada de sus favoritas? — Así aconteció, no obstante; y si la Duquesa de la Valliere hubiera alzado los ojos al subir por la vez postrera en su carroza, habria visto al Rey y á su nueva dama, divertiéndose en contemplar aquel espectáculo, como si á una comedia de Moliere asistiesen.

Ah! si Moliere viviera aun! ¡Ingenio, que tan bien como él conocia á los amantes y las enamoradas, cuán bello desenlace no hallara en aquel suceso para una intriga galante!

Un siglo mas tarde, de la historia de la Valliere al partir para el claustro habia de hacerse una segunda edicion. Luis XV que, jugando á los naipes, ve partir á la Pompadour para su entierro, exclama indiferente: « Mal tiempo le hace á la Marquesa para su viage! »

Así acaban los amores de los Reyes — y de los hombres!

IX

Aquí yace, la Duquesa de la Valliere! — Salió de ella misma otra muger únicamente conocida con el nombre de Sor Luisa de la Misericordia.

Voltaire nos habla de su conversion en los términos siguientes:

« Hízose Carmelita y perseveró. Vestir el cilicio, andar descalza, ayunar » rigorosamente, pasar las noches en el coro cantando en un idioma des- » conocido, todo eso no bastó á desanimar la delicadeza de una muger » acostumbrada á tanta gloria, á tanta molicie y á tantos placeres. En » tales austeridades vivió desde 1674 hasta 1710, bajo el solo nombre » de Sor Luisa de la Misericordia. A un Rey que de ese modo cas- » tigara á una muger culpable, le llamaríamos un tirano; y así, no » obstante, se han castigado á sí mismas, por haber amado, infinitas mu- » geres. »

Segun Sainte-Beuve, la víspera de dejar la corte cenó la Valliere en el cuarto de la Montespan, queriendo apurar el cáliz hasta las heces, *saborear*, como dice Bossuet, *las inmundicias del siglo*, hasta el último extremo de su amargura. Al dia siguiente, 20 de abril de 1674, oyó la misa del Rey que iba á marchar al ejército; después pidió perdon de rodillas á la Reina por las ofensas que la habia hecho; y montando en seguida en su carroza, encaminóse á las Carmelitas del arrabal de St. Jacques (Santiago), donde ya la esperaba, tendido en la carrera, inmenso gentío de pueblo. Al entrar en el convento arrojóse á los piés de la superiora, diciendo: — « Madre mia, hice siempre tan mal uso de mi voluntad que vengo á re- » nunciarla en vuestras manos. » En seguida, sin aguardar el dia de comenzar su noviciado, y el mismo que entró en el convento, hízose cortar el cabello, admiracion un tiempo de cuantos de su persona han hablado ó escrito. No quiso aquel árbol hechicero esperar al término de la sagrada estacion, en su afan de despojarse de su postrer corona.

Treinta años y no mas tenia al entrar en el claustro la dama de Luis XIV.

Antes de tomar el hábito, infiérese que ya la Valliere se habia avezado á las asperezas del sayal y del cilicio, de las palabras que ella misma dijo á Madame de Maintenon, contestando á la duda que esta la manifestaba de que bastaran sus fuerzas á soportar las austeridades del claustro.

— Andad, señora! — contestó en efecto la penitente — yo sé que no hay expiacion bastante para el crimen de haber amado desordenadamente; y además, si alguna vez padezco demasiado en el cláustro, bastaráme para consuelo recordar todas las penas que el Rey y su dama me hicieron sufrir en la corte.

¡La corte! El historiador de la Maintenon nos dice que toda ella quiso asistir al sacrificio, inclusa la Reina. « Nunca pareció tan amable la víctima como en el momento de ser inmolada. Su beldad sorprendió á todos; á nadie el sermon de Bossuet. Hasta los cortesanos lloraban! La Duquesa de la Valliere pronunció los votos que para siempre la encadenaban, con la misma gracia, el mismo anhelo, y la libertad misma de espíritu con que mil veces habia jurado á Luis un amor eterno.

« Desde aquel instante ni un pesar de haber dejado el mundo, ni un suspiro para el Príncipe que adoró; ocupóse exclusivamente en Dios y en llorar sus pecados, trovando el magnífico cántico en que David deplora extravíos harto mas criminales, pero con sentimientos de amor, de fe y de contricion, superiores á los del Rey pecador sin duda alguna, por mas que las debilidades de Luisa, fuesen mas dignas de perdon que las de Betsabé.

« Treinta y cinco años pasó en la penitencia, bajo el nombre el Sor Luisa de la Misericordia; mas grande á los ojos del cristiano y del Rey mismo bajo el cilicio, en la humillacion, y al pié de los altares, que cuando sentada junto al trono veia á una turba de aduladores mendigar solícita y temblando sus miradas.

« De aquellos placeres recogió inquietudes; del padecimiento en el cláustro cosechó inefables gozos. »

X

Luisa de la Valliere habia dicho: « *Ah! si no fuera Rey* » —Cuando á la Montespan le llegó la vez, exclamó: — « *Ah! si yo fuera la Reina!* »

La Valliere no amaba en el Rey mas que á su amante; la Montespan no amaba en su amante mas que al Rey.

Quizá al llegar la Marquesa ya no encontró mas que un Rey: el hombre, Luis, desvanecióse con la última caricia de la Valliere.

Toda la poesía, quiero decir, toda la juventud de aquel reinado, habíase escondido en el convento de las Carmelitas. Si la Princesa Enriqueta se habia llevado consigo á la tumba toda la alegría de San German y de Fontainebleau, la Valliere llevándose á su vez todo el amor de Versalles, no dejó en pos de sí mas que oraciones fúnebres. — « La Princesa se » muere. — La princesa ha muerto! » — Así exclamaba Bossuet elocuentemente, en las exequias de la Duquesa de Orleans, como diciendo:

Acabáronse las máscaras galantes, y los discretos diálogos que comenzando con un madrigal de *Astrea* (1), terminábanse en una carcajada de Moliere; no se repetirán aquellas cacerías en que al abrigo de los espesos y á veces atronados jarales, encontraba cada Endimion á su Diana; adios á las músicas y á las cabalgatas; despareció la encantada ínsula donde eran realidades los poemas del Ariosto y los cuentos de Bocacio!

¡La Duquesa de la Valliere se muere— la Duquesa se ha muerto! ómas bien, como lo dice ella misma, « ha arrojado su vida en el ataud de la » penitencia. »

¡Consumado está el sacrificio! Ya no perseguirá Apolo á Dafne en la pradera de violetas esmaltada! Racine no cantará mas á las *Andrómacas* y las *Berenices*, la Vallieres disfrazadas, que osan cantarle al Rey mismo las flaquezas de Luis de Borbon! Si Mignard quiere todavía pintar el Amor, será el de la Magdalena arrepentida, dando testimonio en la bóveda

(1) *Astrea*, novela heróico-sentimental muy á la moda en aquellos tiempos.

del Val-de-Grace (1) de la penitencia de Sor Luisa de la Misericordia.

¿Quién, si admiró aquel *fresco* de Mignard, no ha reconocido á la dama de Luis XIV, en la pecadora que á los piés de Jesús se postra, como anegada en su magnífica rubia cabellera ?

La belleza de Luisa de la Valliere consistia mas en lo hechicero de su expresion que en la simétrica regularidad de sus facciones. Ciertamente un escultor no hubiera podido cifrar en mármol con el cincel su hermosura ; pero si un pintor revelárnosla, aunque insumisa y fugaz, en la nitida trasparencia de sus ojos color de cielo, en la penetrante frescura de su sonrisa, en la diáfana blancura del cutis, y en el virginal colorido de su cabellera tal como las que nos ha dejado el pincel del Correggio. Al verla se encontró hecho Lafontaine su verso inmortal que dice :

« La grâce, plus belle encore que la beauté. »
(La gracia, mas beldad que la belleza).

Cojeaba la Valliere, mas hasta ese defecto era en ella una gracia, pudiendo aplicársele lo que de otra hermosura, en caso análogo, dijo no sé qué poeta de la antigüedad : « No cojeas, sino que al lado del amor te in- » clinas. » Si no andaba tan de prisa como María Mancini, era en la danza mas ligera que la señorita de Fontanges. ¡Cómo se hubieran consolado Shakspeare y Byron de sus cojeras, viendo pasar á la Valliere ! — Su hija, Mademoiselle de Blois, casada después con el Príncipe de Conti, hubiera podido envidiarla, con ser ella misma la *Ninfa* de quien dijo con razon La Fontaine !

L'herbe l'aurait portée ; une fleur n'aurait pas
Reçu l'empreinte de ses pas.

Lo que pudiera verterse en castellano diciendo :

La yerba la llevara;
Y tierna flor, sin abatirla, hollara.

(1) *Val de grace* — Advocacion de la Iglesia de uno de los mas antiguos hospitales de París.

La Reina dió á la Valliere el velo, sudario de su amor, Bossuet pronunció su oracion fúnebre.

Durante treinta y seis años vivió la Duquesa, ó mas bien Sor Luisa de la Misericordia, en las Carmelitas, siendo la mas humilde, y la mas inquieta por su salvacion de todas ellas, por mas que tambien fuese la que mas segun Dios se conducia.

No regó Magdalena con mas lágrimas el desierto que la Valliere su celda; y aun no satisfecha su alma con el llanto y la oracion, desahogóse en elocuentes páginas por su mano escritas sobre la misericordia de Dios (1).

(1) Para juzgar bien á la Valliere en su aspiracion al cielo, es preciso leer estas páginas de su libro: — « ¿Con qué os pagaré, Dios mio, el haberme devuelto la salud y la vida, el apartarme de las puertas del infierno, el conservarme el alma; tantas gracias, en fin, tantas misericordias como me prodigásteis á mí, vuestra humilde sierva? — ¿Será demasiado, Dios mio, para reconocer tantos beneficios; será demasiado devolvéroslos? ¿será demasiado, para reparar los escándalos de una vida en que no hice mas que ofenderos, consagrar la que me resta toda entera á serviros y honraros? ¿Será demasiado para satisfacer á vuestra justicia y haceros olvidar tantos placeres mundanos como á gozar me abandoné? ¿Será demasiado, y habré de abstenerme?—¿Es, en fin, demasiado, Señor, para preservarme de toda una eternidad desdichada, no aspirar ya mas que á la felicidad eterna, y á la posesion de Vos mismo, al torrente de las divinas bondades con que hartais las ansias de vuestros elegidos? — Ahora que vuestra luz ilumina mi razon y vuestra gracia penetra en mi corazon; ahora que el recuerdo del lamentable estado de que acabais de sacarme, me turba y me inspira, no obstante, confianza suficiente para dirigiros mis oraciones, no me dejeis, Señor, caer de nuevo en aquel letargo, y pernicioso olvido de mi salvacion que me hiciera dormirme sin inquietud ni remordimientos á la sombra de una funesta muerte! — Que la imágen de aquel momento postrero, de aquel momento horroroso en que habeis de juzgar nuestras justicias, y á que mi alma, sin penitencia ni confusion, se ha visto pronta á llegar para recibir el terrible golpe de muerte, no se borre jamás de mi memoria, como tampoco de mi corazon la bondad infinita que ha detenido vuestros rayos y aplacado vuestras venganzas. — Que no sea el gozo que siento por mi vuelta á la vida una funesta alegría que me prive de vuestra gracia, y arroje otra vez al mundo; que todos los vanos fantasmas, aun no bien disipados en mi espíritu, no usurpen en él jamás el lugar de las santas verdades que vuestra misericordia acaba de grabar en mi alma.

» Enseñadme, turbando mi espíritu y quebrantando mi corazon, cuál debe ser mi dolor de haber tantas veces ofendido á un Dios tan poderoso y tan bueno; y cuál la pureza de mi espíritu y de mi cuerpo para recibiros, huésped divino. — ¿Cómo ofreceros un sacrificio puro y á vuestros ojos grato, con el espíritu lleno de mundanas vanidades, y el corazon ocupado por la pasion? ¿Cómo alojaros sin profanacion en la morada misma de donde acabo de arrojar á penas á vuestros mas crueles enemigos? ¿Cómo, en fin, podrá una pecadora, sin penitencia ni amor, presentarse á participar de los méritos de Jesucristo por ella crucificado; si en vez de unirse con él por la comunion santa, no quiere cometer un espantoso sacrilegio? — Inspiradme, pues, un sincero alejamiento de todo pecado, firme resolucion de abstenerme de cuanto pueda desagradaros, y apasionados deseos de

Prolijo fuera referir, y no lo haré, todos los cilicios que á su alma como á su cuerpo impuso : débil era, acaso la mas débil de todas, pero el amor de Dios supo inspirarle valor para todo.

— Pobre muger! — la dijo un dia la señora de Armagnac, viéndola hilar estopa ; — en eso empleais manos que jugaron con un cetro!

— No hay porqué os asombre, respondió la Carmelita, ¿no fuí en la corte *criada* de la Marquesa de Montespan? Aquí no lo soy mas que de los pobres.

Todo Versalles quiso verla : y hasta á la Montespan misma le tocó la vez de ir á pedirla consuelos.

— Ah ! si el Rey viniera — solia decir en los primeros tiempos de su retiro — me ocultaria de tal modo tras de la oracion que le fuera imposible encontrarme ! (*Reconocerme,* pretenden otros).

« No tuvo que tomarse esa molestia, dice en sus memorias la Duquesa de Orleans, madre del que luego fué Regente durante la menor edad de Luis XV ; el Rey no fué nunca ; habiéndola olvidado tan completamente como si jamás la conociera.

amaros á Vos únicamente. Dadme, Dios mio, un corazon humillado y contrito de aquellos cuyos gemidos no desatendeis nunca ; quiero decir, Señor, inspiradme por vuestra santa gracia las mismas disposiciones con que la pobre Cananea (la muger adúltera del Evangelio) fué á postrarse á vuestras plantas. Miradme algunas veces, cuando á Vos me acerco; como aquella humilde extrangera ; digo, Señor, como una pobre perra (chienne), que se considera de sobra feliz, recogiendo las migajas que caen de la mesa, donde á vuestros elegidos festejais. — Mirad piadoso á esta pobre pecadora, que aun abrasada por el fuego de sus pasiones, os pide como la Samaritana, una gota de aquella agua purísima y vivificadora con que súbito extinguísteis en su alma la fuente y la sed del pecado. — Pero, sobre todo, miradme sin cesar como á Magdalena, y haced que, como aquella santa penitente, riegue yo vuestras plantas con mi llanto, y esforzándome en amaros apasionada borre la multitud de mis crímenes. — En nombre de aquellas tres santas mugeres, que podemos decir que son aun vivos testimonios de vuestra misericordia para con nosotros, y que nos enseñan tambien cuáles deben ser nuestras esperanzas en la bondad vuestra, concededme, Señor, antes de que me acerque á vuestra sagrada mesa y de que participe de vuestros divinos misterios, una fe viva, humilde y constante, en la cual se encierran el cumplimiento de vuestra ley, y los fundamentos indestructibles de mi salvacion! »

XI

Luis XIV iba á morir cuando falleció la Duquesa de la Valliere.

Entre nubes sombrías bajó al ocaso oscurecido el astro del gran Rey; mas antes de hundirse en la eterna noche acertó á brillar aun una vez con soberano esplendor, bañando su postrer horizonte en luz inesperada. Aquel que ya no sabia vivir, supo morir bien al menos; sin temor ni á la tumba, ni al juicio de Dios, ni al de los hombres, probó por última vez que era grande; y grande lo bastante para reconocerse á sí propio como nada. Frente á frente contempló á la muerte, y con sola una mirada, no de quien siente perderlo, sino de quien se despide, dijo adios á su palacio, nuevo Olimpo por él creado para albergue de su grandeza. Sus últimas órdenes fueron las de un hombre que va á emprender un viaje, no las de un Rey que se muere; tan olvidado parecia en aquel supremo instante de sus antiguos desvanecimientos de autoridad suprema.

« Mostró, nos dice la Duquesa de Orleans, la mayor firmeza hasta el postrer momento. Riéndose dijo á la Maintenon: « Habíanme dicho que » era difícil morir, y yo encuentro que es cosa facilísima. »

Para morir, sin embargo, entregóse todo á la muerte, y en vano las personas que le eran mas caras suplicáronle que les hablase aun otra vez: ya no estaba en este mundo; ya solo con Dios hablar queria. Durante veinticuatro horas de continuo estuvo hiriéndose en el corazon, gran pecador arrepentido, y sin cesar exclamando:

« — Dios mio: tened misericordia de mí! pronto estoy á comparecer » en vuestra presencia, Señor! ¡Qué os detiene para llevarme, Dios » mio! »

La Duquesa de la Valliere no habia muerto mas humilde á los piés del Salvador.

Cuando le anunciaron á Luis XIV, ya á la tumba cercano, que la muger á quien mas habia amado acababa en fin de subir al cielo, dijo á la Maintenon, sin enternecerse, que todo aquello le parecia fechar de tan

lejos, que ya no lo creia. Luis XIV, en efecto, habia vivido mas de una vida : pero por muy divorciado que estuviese ya entonces de la religion de su juventud, quizá encontrara aun una postrera lágrima que derramar, si le hubiesen dicho cómo habia muerto la Valliere.

Fué de sed, y hé aquí cómo :

Atravesando un dia el jardin del convento, vió que una jóven religiosa tomaba agua de la fuente con la palma de la mano y en ella la bebia, recordándole aquel sencillo cuadro una de las mejores jornadas de sus mas prósperos dias. Era en Fontainebleau : paseábase en el bosque con toda la corte, y como su inclinacion la llevaba siempre á meditar en la soledad, alejóse mientras los demás jugaban á la *Gallina ciega*. Pero el Rey, que no la habia perdido de vista, tardó poco en alcanzarla en la enramada, al pié de una fuente y precisamente en el momento en que Luisa se inclinaba para sacar agua de ella en la palma de la mano. Luis entonces, juzgando la copa digna de un Monarca, arrodillóse y bebió mas de una vez, diciendo que el agua se le trocaba en vino.

Olvidada, con otras muchas, aquella página de su novela, renovóse al cabo de medio siglo, mas poética que nunca en la memoria de la Carmelita.

— ¡ Oh Dios mio, exclamó ; perdonadme este recuerdo de tiempo tan funesto : mas pues que tanto placer tuvo el Rey en beber en mi mano, yo os hago voto en expiacion de aquel pecado de no beber mas en mi vida.

Cumplió su promesa ; cayó enferma ; y murió.

AQUÍ YACE
UNA MUGER QUE AMÓ
POR AMAR!

ARSENE HOUSSAYE.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA

No hay acaso época en la historia mas fecunda en acontecimientos que la segunda mitad del siglo XV, la cual, cerrando las puertas á la edad media, abrióselas á la era moderna; era en que habian de trasformarse, desquiciados, así el orbe político como el religioso. Al mismo tiempo que el horizonte intelectual de la humanidad se dilataba con la aclimatacion de las artes y las letras de la antigua Grecia en el suelo italiano, iba á extenderse tambien el terrestre material horizonte con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, que la ciencia en sus mas audaces ensueños ni sospechar habia osado hasta entonces. Excitado y sostenido por el feliz éxito de sus temeridades primeras, el genio del hombre sentia crecer por instantes su audacia como su fuerza; y singularmente en la Europa meridional vióse á los Italianos, Portugueses y Castellanos, rivalizar estimulados por la mas ardiente emulacion en conquistas mercantiles, políticas é intelectuales. — De todas estas naciones, la mas capaz y dispuesta para aprovecharse de tan singular concurso de circunstancias era entonces *Castilla*: Castilla, que mientras los otros pueblos, á su interés y no

mas miraban al emprender sus conquistas, no habia nunca peleado y vencido mas que por la *Fe* (1). Colocada entonces en primera línea entre los defensores de la Cristiandad, aislada por su posicion, y única en sus condiciones, concentrábanse en ella el interés todo del catolicismo, cuyas simpatías no podian menos de cautivar su prolongada lucha contra el Koran, y el celo ardiente con que en Europa y en su propio territorio, combatia con éxito por la causa misma que los Cruzados no supieron hacer triunfar en Oriente.—Y no solo aplaudia el mundo á los heróicos esfuerzos de los Castellanos, sino que, presintiendo que algo de grande habia de ser la recompensa de tan generosa fe, veia sin sorpresa, aunque con asombro, al cabo de siete siglos de division y fraccionamiento, reunirse bajo un solo cetro los cristianos reinos de Castilla, Aragon y Navarra, así como los moriscos de Córdoba y Granada, formando así la entonces mas opulenta y poderosa monarquía del Universo.—Y la mano de una muger fué la predestinada para humillar la Media Luna, y constituir la unidad española; porque el afianzamiento del Catolicismo, la difusion de las luces, la extension del territorio, la centralizacion del poder, y la restauracion de la autoridad legítima, obra fueron mas que de Fernando, de su ilustre esposa (2) De esta partieron las grandes ideas; y no solamente fué suya la iniciativa, sino que puede asegurarse ya las tenia, que ya eran en ella proyectos antes de ceñirse la corona, y antes tambien de dar su mano al Príncipe

(1) En efecto, Castilla peleó siete siglos por la *Fe*, mas tambien por la *Patria*: los Arabes eran tanto como infieles, conquistadores; y no tuvo menos parte el amor á la independencia nacional que el sentimiento religioso en aquella lucha sin ejemplo en la historia. (*N. del T.*)

(2) Disputar la inmensa superioridad de la grande y noble *Isabel* sobre su astuto marido, no puede ocurrírsenos siquiera; mas entre eso y despojar al Rey Católico de su mas merecido que, á nuestros ojos, glorioso título de sagacísimo profundo político, hay una inmensa diferencia, que aun no desempeñando aquí mas que el modesto papel de traductores, no podemos menos en conciencia de hacer al lector notar. La Reina Católica es una gran figura sea cualquiera el aspecto bajo que se la considere; y la nítida auréola de virtudes que, por decirlo así, con su luz la baña, hace de ella casi una divinidad en la historia, mientras que en su esposo la terrena levadura de Adan predomina con exceso indudablemente: pero fué un profundo político, volvemos á decirlo, y mucho mas importante en la época, dentro y fuera de España—fuera y en Europa con respecto á la Francia sobre todo—de lo que el autor de esta Biografía parece suponerlo. — Dejándole toda la responsabilidad de su escrito, hemos creido sin embargo que al trasladarlo al idioma castellano debiamos salvar la nuestra. (*N. del T.*)

de Aragon, Rey de Sicilia. Al atribuir en tan gloriosa herencia una gran parte á Fernando *el Católico*, olvidaron los escritores que tal hacen, que hasta aquel mismo dictado, decretóse únicamente para premiar el celo de *Isabel*, cuyo resplandor se refleja en su marido con imperecedero brillo. Fernando puede decirse que fué el brazo derecho, la espada de aquel reinado de que Isabel fué el espíritu y consejo.—No hay medio de estudiar la época brillantísima de la Nacion española á que aludimos, sin que el nombre ilustre de aquella gran Reina, noble figura entre las mas nobles de la historia, docta y guerrera heroina, que supo conservarse sencilla y pobre en medio del fausto de la Alhambra, como en la magnificencia de la corte y en los peligros de los campamentos; que, sin peligro para su modestia, acertó á recibir el merecido homenaje de admiracion y rendimiento de cristianos y alarbes caballeros, porque contra todo género de seducciones su piedad la protegia; es imposible, decimos, que estudiando aquella época, no se nos aparezca el nombre de Isabel la Católica, radiante en medio de una auréola de grandeza sin par, y de inmaculada gloria. — A Enrique III de Castilla, llamado el *Doliente*, sucedió en la tierna edad de dos años su hijo D. *Juan el segundo*, tan débil de espíritu como su progenitor lo habia físicamente sido. Fiestas y torneos, músicas y banquetes, la caza en fin, fueron las ocupaciones exclusivas de aquel monarca, bajo cuyo nombre reinó en efecto *D. Alvaro de Luna*, ministro de sus placeres (1),

(1) Habíamos resistido á la tentacion de protestar contra la dureza del fallo que sobre Don Juan II fulmina aquí el autor, aunque casi de justicia procedia recordar siquiera que el renacimiento de las bellas letras en España, data precisamente de su reinado: pero al ver que de *D. Alvaro de Luna*, se habla ni mas ni menos que como de un favorito vulgar, como de un abyecto *ministro de los placeres del Monarca*, creeríamos cometer una grave falta guardando silencio. D. Alvaro de Luna es una de las mas notables y elevadas figuras de la historia de Castilla, y un grande hombre en toda la extension de la palabra: su pecado fué nacer antes de tiempo, adelantarse á su época, y sobre todo servir á un Rey, ingrato y débil, que abandonándole en el momento crítico á merced de sus enemigos, se hizo á sí propio, y mas aun á la institucion que representaba, un daño incalculable. D. Alvaro de Luna, como Richelieu en Francia mucho mas tarde, aspiraba indudablemente á consolidar el poder monárquico en Castilla, á expensas de los privilegios de una aristocracia normalmente facciosa: hiciéronle traicion su Rey y la fortuna, y rodó su cabeza sobre un cadalso en la plaza *del Ochavo* de Valladolid: pero D. Alvaro no fué nunca un favorito de alcoba, un Mercurio regio, un barbilindo como los *Mignons*, de impúdico nefando recuerdo que la historia francesa atribuye á Enrique III de Valois. *(N. del T.)*

y por D. Juan elevado á la alta dignidad de Condestable de Castilla. Rivalizaba el Valido en lujo con su Señor, viviendo con toda la ostentacion de un Príncipe, con sus Gentiles-hombres, su servidumbre de etiqueta, sus cortesanos, sus poetas y hasta sus coronistas como cualquier soberano, pues sabido es que la Crónica de D. Alvaro hasta nosotros llegada, ocupa hoy un puesto de importancia entre las autoridades históricas. En daño de las fuerzas y de la *Fe* (1) de Castilla duró cerca de medio siglo el reinado de D. Juan el Segundo, quien al cabo en su lecho de muerte confesó su indignidad, deplorando, aunque tarde, no haber nacido en alguna ignorada choza, mas bien que para el trono que tan mal habia ocupado.—Dos veces contrajo matrimonio aquel menguado Monarca; la primera con D.ª María de Aragon en quien hubo al Príncipe D. Enrique; la segunda con D.ª Isabel de Portugal, de la cual le nacieron nuestra heroina y el Infante D. Alonso. — Enrique IV, renovando en el trono todas las debilidades de su padre, sometióse desde luego al yugo de un valido, D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, antiguo page del Condestable D. Alvaro de Luna, cuyo favor y elevacion parecieron en él renovarse. Exhausto estaba el tesoro público ya desde el reinado anterior, mas ni esto bastó á poner tasa en el presente á extravagantes munificencias y vergonzosas larguezas. Multiplicáronse los escándalos, y penetró, en fin, la corrupcion en las entrañas del Estado.

Apenas habia caido la losa funeral sobre el cadáver de Enrique III, cuando ya su primogénito y sucesor confinaba á la desconsolada Reina viuda

(1) ¿Porqué en daño de la *Fe*? Sin duda el autor quiere decir que por las revueltas y mal gobierno de Castilla en aquellos tiempos adelantó menos de lo que pudiera y debiera la guerra contra los Moros: pecado era aquel añejo, comun á casi todos los reinados, y no peculiar de Castilla, sino que alcanzaba á todas las demás monarquías españolas. Unidas, ó por lo menos coligadas estas perseverantemente en contra de los infieles, ¿qué duda tiene que se anticipara, siglos acaso, la expulsion de los Arabes de España? — Pero la fuerza de las cosas y el estado de la civilizacion sobre todo, se opusieron á que hubiera entre nosotros la unidad que en la Europa entera faltaba, sin embargo de no estar los demás pueblos en las mismas desfavorables condiciones que los Españoles. La verdad es que D. Juan el Segundo hizo guerra á los Moros como sus antecesores, y que llegó á verse al pié de los muros de Granada, que en tiempos de su gloriosa nieta habia en fin de reincorporarse á la monarquía. Por lo demás, el espíritu religioso no decayó en solo un punto durante el reinado de que se trata, antes, por el contrario, prosiguió en su marcha ascendente hácia el apogeo de su predominante influencia que tuvo lugar bajo los Reyes Católicos.

(N. del T.)

con sus dos hijos, D.ª Isabel y D. Alonso, en el Monasterio mismo de Arévalo, en que D. Pedro el Cruel habia encerrado á la infeliz Blanca de Borbon el dia inmediato posterior al de sus bodas. Cuatro años de edad tenia entonces Isabel: su hermano no habia aun salido de la cuna. Olvidada permaneció largo tiempo la triste familia en aquella soledad, y sin amparo en ella. Los reales huérfanos, careciendo de ciertas comodidades de que el hábito llega á hacer necesidades, padecieron todos los rigores de la miseria y aun de la indigencia relativa; mas para complemento de sus desdichas, agravada la melancolía de la viuda de Enrique III por el sentimiento de la penosa situacion en que con sus hijos se encontraba, acabó por exacerbarle el carácter y perturbar su razon. Desde entonces, repartiendo su ternura entre su madre y hermano, que ambos igualmente la habian menester, Doña Isabel aunque en una edad en que las demás criaturas dichosas con su imprevision y sintiendo que un solícito afecto vela por ellas, solo conocen de la vida los juegos, las alegrías y las caricias, comprendió que tenia en el mundo grandes deberes que cumplir. Los cuidados mismos á que su situacion la obligaba, y la dura necesidad en que se vió de entregarse á la reflexion en años tan tiernos, anticiparon la madurez de su juicio, dándole al mismo tiempo á su carácter un temple de vigorosa firmeza, una varonil energía que solo en el crisol de la adversidad se adquieren. — Presentáronsele en consecuencia y desde luego, las cosas de la tierra bajo su aspecto de frágil futilidad, y las grandezas humanas no pudieron ocultarle todo lo vano de su ser instable. ¿Qué leccion mas elocuente, mas sin réplica, que el espectáculo de su propia madre, ayer sobre el trono y rodeada de honores y adulaciones, hoy sin diadema, pobre, desterrada y demente? — Así desde sus primeros años reconoció la jóven Infanta, confirmándose cada vez mas en ello con la edad, que solo en Dios podia poner su confianza; así al entregarse á su Autor Soberano, sin reserva, con fe candorosa, recibió en premio de su completo abandono en manos de la Providencia, un don invisible superior á las regias grandezas: el don de Consejo y de Prudencia, que habia de ser su escudo y su brújula en aquella mar política erizada de escollos, en que acaso hubiera naufragado cualquiera otra de las hijas de los Reyes de la tierra.

Iba así arraigándose profundamente en el alma de nuestra ilustre Prin-

cesa, allá en el silencio y la oscuridad de su solitario destierro en Arévalo, el sentimiento religioso, su único recurso, y aun su única instruccion puede decirse, pues que al cabo de algunos años la ignorancia en que el Rey dejaba crecer á la Infanta y á su hermano, dieron lugar á que los Obispos, apoyados por una parte de la Grandeza, representaran enérgicamente contra tan culpable abandono. Enrique entonces, aparentando enmendar sus yerros, dispuso que los Infantes se trasladaran á su corte, so pretexto de velar personalmente en su educacion, mas en realidad para tenerlos como rehenes en su mano.—Trasportada así súbitamente desde la soledad y pobreza del monasterio de Arévalo á la deslumbradora escena en que la Reina su cuñada disipaba la vida en fiestas, cazas y torneos, esforzándose en ocultar bajo el manto del lujo la infamia de su privada conducta, no se dejó Isabel fascinar por su repentina elevacion, ni cedió al vértigo del orgullo. Corrompida estaba la atmósfera que respiraba; la lisonja la perseguia; con pérfidos consejos, enemigas tan graciosas como implacables procuraban extraviarla; la envidia acechaba sus pasos, y recogia hasta la menor de sus palabras, hasta la mas insignificante de sus miradas, procurando servirse de todo para enemistarla con su cuñada. Todo fué en vano: su prudencia, su penetracion sutil, su constante reserva, su amor al estudio, su silenciosa deferencia con el Rey su hermano, y aun con la Reina misma, y sobre todo su sincera ferviente piedad, la hicieron evitar cuantos lazos la perfidia cortesana le habia con infernal habilidad tendido.

Entretanto ni lo exhausto del Tesoro, ni la indigencia de los pueblos, contenian el despilfarro de la corte, que parecia querer ahogar el grito de la miseria pública en el estruendo de sus descabelladas fiestas. Movido por una loca vanidad, ó arrastrado por un imprudente ardor, lanzábase el Rey ya al escándalo ya á los peligros, pródigo de su insensato valor, hasta que, en fin, trocado en rebelion el descontento, abanderizáronse los nobles formando una confederacion que llamaron la *santa liga* con el fin de destronar á D. Enrique coronando en su vez al infante D. Alonso. Conseguido diestramente que el Rey mismo les entregase á su hermano, niño á la razon de once años, proclamáronle en efecto solemnemente en la ciudad de Avila, destituyendo con fórmulas de notable escarnio, y de in-

sólita audacia á D. Enrique, quien desatinado huyó con la Reina y la Infanta Doña Isabel á refugiarse en Salamanca.

A poco, y cuando ya Segovia habia abierto sus puertas á los del Infante, incorporóseles Doña Isabel, en cuya compañía pasó D. Alonso á Valladolid que tambien le reconoció por Soberano. Mas cuando ya visiblemente prosperaba su causa, ganando cada dia nuevos parciales, hallósele una mañana cadáver en su lecho. Atribuyeron unos tal desdicha á la peste entonces reinante: otros, empero, á causa menos natural y mas siniestra.

Retiróse inmediatamente Doña Isabel á un monasterio de Avila, á donde una diputacion de la Grandeza presidida por el Arzobispo de Toledo fué á ofrecerle la corona: mas ella respondió que ni el amor de hermana, ni el respeto que á su Rey profesaba consentian que tal proposicion aceptase. En vano otra diputacion de Sevilla, no menos importante que la presidida por el Arzobispo, insistió con encarecimiento en lo por aquella propuesto; nada pudo alterar el propósito de Doña Isabel, con quien al cabo el Rey, por tal fidelidad vencido, reconcilióse luego.

Diez y ocho años y no mas de vida contaba entonces aquella perfecta Princesa á quien el cielo tenia previstos tan altos gloriosos destinos: pero ya la madurez precoz de su claro ingenio la hacia comprender que, hallándose como estaba tan en las superiores gradas del trono, para ella la eleccion de un esposo no podia ser negocio de sentimiento exclusivamente, y que en su elevacion eran mas dignos de ser atendidos los intereses de una gran nacion que la tiranía de los afectos y aun que las exigencias de la doméstica felicidad. Asi pues entre todos los coronados pretendientes á su mano, fijó Doña Isabel su eleccion de acuerdo con lo indicado por las Cortes de Castilla en su primo D. Fernando, entonces Rey de Sicilia, y heredero del cetro de Aragon regido aun por su padre D. Juan el Segundo. D. Fernando de Aragon que, descendiente como Doña Isabel de la casa de Trastamara, reunió al enlazarse con ella los derechos de las dos ramas de la dinastía que desde principios del siglo XII venia reinando en Leon y las Castillas, era un Príncipe que habia ya entonces dado inequívocas muestras de superior capacidad y de gran valor, señalándose seis años antes (1463) en la victoria que, bajo los auspicios del Conde de Prades, y no teniendo mas de trece años de edad, ganó en Calfa contra los Catalanes, sometiéndolos en

consecuencia á la autoridad del Rey su padre que sacudir pretendian. Pero además de su ya gloriosa fama, contaba D. Fernando, para agradar á su prima, con la gentileza de su persona y lo noble de su porte. Aunque de mediana estatura era el Príncipe bien proporcionado, y su rostro, además, si bien al primer golpe de vista mas tenia de digno y de sereno que de simpático, animábase con facilidad y sin descomponerse, con la expresion ardiente de sus ojos, que penetrantes brillaban al través del velo de unas pestañas tan negras como la cabellera que á todo ello servia como de límite y cuadro. Doña Isabel era, por el contrario, rubia y blanca por extremo, ofreciendo en la combinacion de sus facciones la mas grata mezcla de magestad y dulzura que imaginarse puede; y si bien de la no muy elevada estatura que comparadas á las mugeres del Norte tienen en general las de Castilla, suplia ventajosamente lo que en esa parte le faltaba, con su noble gracioso porte. Físicamente el contraste mismo entre sus personas, hizo que los dos príncipes se agradasen recíprocamente; luego la conformidad de ideas y de inclinaciones, fortificó la primera simpatía, sin que faltara además, para unir estrechamente sus corazones, la proporcion en la edad, puesto que Doña Isabel solo un año mas tenia que D. Fernando. Aunque elegido desde luego, el dichoso Rey de Sicilia no llegó sin dificultades á gozar de tal ventura; porque el Rey de Castilla, de aquel enlace enemigo, habia dado órdenes y puesto en movimiento tropas que cruzaban incesantemente los caminos, para apoderarse de la persona del Infante, si en los dominios de D. Enrique penetrar osaba. Arrestado á todo sin embargo, D. Fernando, sin lujo y sin comitiva, penetró furtivamente en Castilla con dos de los personages de su mas íntima confianza, disfrazados estos de mercaderes y pasando él por criado de entrambos. Así llegó hasta la antigua ciudad de Osma donde con algunos parciales contaba, y desde allí ya con algun mas decente aparato trasladóse á Valladolid, en cuya metrópoli de Castilla, el Arzobispo de Toledo, autorizado por las Cortes de Castilla, consagró el 1° de Octubre de 1469, la union de la Infanta Doña Isabel con D. Fernando, Rey de Sicilia, y Príncipe heredero de la corona de Aragon. — Quizás nunca se unieron en tanta pobreza dos regios vástagos: toda la dote de la Infanta consistia en la incierta perspectiva de su viudedad, y el Príncipe tuvo que pedir prestada la modesta

suma indispensable tanto para los gastos de su viage como para los de la boda misma. Sin recursos para pagar su propia servidumbre, ni menos para aumentar el número de sus parciales armados, viéronse reducidos á contar exclusivamente con el tesoro del Arzobispo de Toledo, rico sin duda, pero tambien mas pródigo de bendiciones que de moneda, y de condicion en la materia no tan blanda que á veces no rehusara, y muy duramente algunas, las llaves del arca. Dependientes pues del Prelado, y experimentando en mas de una ocasion lo pesado de las obligaciones que con los inferiores se contraen, los jóvenes y recien desposados Príncipes tardaron poco en sufrir las naturales consecuencias de su falsa posicion. De dia en dia mermaba el número de sus parciales; y hasta la misma Valladolid, ciudad hospitalaria y de su union teatro, tardó poco en abandonarlos, sometiéndose de nuevo á D. Enrique. Obligados entonces por la necesidad á refugiarse en la villa de Dueñas, hallábanse en ella no sin grave inquietud á causa de los declarados proyectos que contra sus personas con razon suponian á D. Enrique, cuando este se trasladó inopinadamente al Alcázar de Segovia, del cual era gobernador el esposo de Doña Beatriz de Bobadilla, compañera ya de la Infanta en el destierro de Arévalo, y de entonces para siempre su constante amiga y mas leal servidora. Quiso la suerte que el Marqués de Villena, valido del monarca, estuviera ausente de Segovia; y Doña Beatriz, aprovechando resuelta tan propicia ocasion, osó hablar á D. Enrique de su hermana, y lo que es mas, precipitar temerariamente la reconciliacion. La Infanta, en efecto, avisada por su amiga, traladóse en el acto y sin mas compañía que la del Arzobispo, á Segovia donde, arrojándose á los piés de su hermano, rogóle que la perdonara el matrimonio que contra su voluntad habia contraido. La sorpresa por una parte, la natural facilidad de su carácter, y quizá mas que todo el afecto que no le era posible dejar de tener á tan seductora Princesa, hicieron que el Rey abriese los brazos á su hermana en el acto mismo.

Pocos meses después murió Villena, y no tardó en seguirle al sepulcro el fácil Monarca, llevando en pos de sí el odio ó el desprecio de sus vasallos. El 11 de Octubre de 1474 comenzó el reinado de Doña Isabel Iª de Castilla.

Cristiana antes que todo, comenzó la Reina, como fiel vasalla, haciendo

pleito-homenage de su corona al Dueño y Soberano de todas ellas, implorándole para que se dignara hacer que su reinado redundase en gloria del Salvador del mundo, y en bien de sus vasallos. Como la Iglesia para todos los Príncipes cristianos, pidió Isabel singularmente á Dios el don de justicia; y en efecto desde aquel mismo instante el espíritu de equidad que, como en un tabernáculo, habitaba en el casto seno de la Reina, revelóse constantemente en todas sus resoluciones y sus actos todos.

Con el trono de Castilla heredó Doña Isabel el funesto legado de las dilapidaciones y de los vicios que en los dos reinados anteriores, al abrigo de la mas escandalosa impunidad, se multiplicaron. En lo interior bandos y rebeliones; en lo exterior una invasion portuguesa inminente, quizás favorecida por un ataque de la Francia, y con seguridad propicia á las incursiones de los Moros siempre á la lucha dispuestos: tal era el triste cuadro de la situacion de Castilla en aquella época. Y ¿qué podia esperar la Reina de los Aragoneses? ¿Qué de su esposo? — De los primeros la neutralidad cuando mas por el momento; del Príncipe dificultades desde luego de no pequeña monta. D. Fernando, que hasta entonces no habia aportado en dote á Castilla mas que acreedores y enemigos, pretendia sin embargo gobernarla por sí y en su propio nombre, ora alegando derechos personales á la corona, ora queriendo que prevaleciesen entre Castellanos las leyes aragonesas que excluyen á las hembras de la sucesion al trono. Cinco años llevaban ya de union los dos Príncipes, y en ellos aunque haciéndole dueño por entero de todo su afecto, Doña Isabel habia estudiado y comprendido perfectamente á su esposo. La muger era y fué siempre obediente y sumisa al marido, la Reina de Castilla no consintió que ni un solo instante el Príncipe, luego Rey de Aragon, fuese árbitro de los destinos de sus súbditos. Justa apreciadora de la agudeza del ingenio y de la laboriosidad asidua de Don Fernando, la Reina, sin embargo, no dejándose deslumbrar por su aptitud para las sutilezas diplomáticas, nunca le creyó capaz de empuñar solo y con segura mano las riendas del gobierno de todas las monarquías españolas, cuya fusion y unidad habia ya audazmente concebido el femenino colosal genio de Isabel. — Suplicaban pues los Castellanos á la Reina que defendiera sus derechos; mientras que los Aragoneses excitaban á D. Fernando á que ni en lo mas mínimo renunciase á sus

pretensiones. Para dirimir el conflicto fueron elegidos jueces árbitros el Cardenal Mendoza y el Arzobispo de Toledo, quienes en presencia de los Grandes del reino pronunciaron su fallo, declarando que á Doña Isabel exclusivamente pertenecia el derecho de gobernar á Castilla. La indignacion del Príncipe fué tal entonces que llegó hasta el punto de amenazar con que se apartaria de la Reina volviéndose á los dominios de su padre. Doña Isabel, empero, con la superioridad de razon que en todos sus actos resplandecia, acercóse al irritado Príncipe, y tomándole la mano, díjole con su acento, naturalmente cariñoso y persuasivo, palabras tan amantes y prudentes que la historia ha creido de su deber perpetuarlas. En aquel solemne y para la futura suerte de España decisivo instante, las palabras de la Reina fueron como súbitamente y de consuno inspiradas por el deber y la ternura. Pocas frases le bastaron para demostrar que entrambos ganarian en gobernar cada cual con independencia sus dominios, auxiliándose, sin embargo, reciprocamente, y uniendo dos nombres, dos tronos y dos cetros en una voluntad sola. «El Rey — añade un cándido coronista— » maravillado de la prudencia de la Reina, alabó mucho sus razones, con- » cluyendo con decir que no solo en Castilla, sino sobre el mundo entero » era digna de reinar. » Al rendir así homenage al mérito eminente de su augusta esposa, D. Fernando pronunció un fallo que la historia há sancionado, y que se perpetúa en los archivos de la memoria y del agradecimiento de la nacion española.

Y, en efecto, no solo de reinar era digna aquella ilustre Señora, sino que por el mando supremo parecia nacida. En la persuasion de que todo poder procede de Dios (1), y sabiendo que la responsabilidad de los Soberanos es

(1) Mas de un error histórico y de una apreciacion en nuestro concepto desacertada, hemos dejado y dejaremos aun pasar sin comentario en esta Biografía, de que somos meros traductores, ya por lo mismo, ya porque nos faltan el tiempo y en parte los documentos necesarios para entrar en controversia. Declinamos pues toda mancomunidad en la materia : pero aun así nos es imposible dejar aquí de protestar contra la inteligencia que pudieran darle algunos á la frase que promueve esta nota. Si el autor quiere decir que Dios es el orígen y autor del poder político, como lo es de cuanto existe y existir puede, estamos y no podemos menos de estar de acuerdo : mas si interpretando el *per me Reges regnant* como cierta escuela política, entiende afirmar el *Derecho divino* de los Reyes, debemos protestar y protestamos contra una doctrina diametralmente opuesta á las que profesamos. *(N. del T.)*

proporcional á su mismo poderío, teníase Isabel siempre dispuesta á responder de sus actos ante la posteridad y ante el Eterno.

Imposible nos parece negar que era la Reina infinitamente superior á su marido así en saber como en elevadas miras, tanto en la eleccion de personas cuanto en la de medios, y sobre todo en la inflexible rectitud de sus designios: mas como los altercados de D. Fernando con la Francia y la Italia, con los Paises Bajos y con el Austria, le pusieron en contacto con la diplomacia europea, y como además ocupó solo la escena política durante once años despues de la muerte de su esposa, pudo engañarse y engañóse la historia atribuyéndole mayor parte de la que en realidad le cupo en las grandes empresas consumadas en el que la historia llama reinado de los *Reyes Católicos*.

A la verdad el nombre de D. Fernando precedia al de Doña Isabel en el encabezamiento de todas las leyes, reales cédulas y decretos; y en los sellos y monedas figuraban juntas las efigies de entrambos augustos consortes: mas no por eso es menos evidente que la Reina gobernaba personalmente, y segun su propia exclusiva voluntad, los reinos de Castilla, de tal manera que los Españoles no decian, *el Rey y la Reina*, sino *los dos Reyes*, ó sencillamente *los Reyes*, para designar á sus dos Soberanos.

Sin embargo de todo, la Reina viuda de Enrique IV no habia renunciado de ningun modo á ceñir con la corona de Castilla las sienes de su hija *Doña Juana*, reconocida como legítima por el Rey en sus últimos instantes, á despecho de los antecedentes escandalosos, de sus declaraciones de oficio, y de la pública opinion que al nacer la desdichada Princesa, habianla calificado unánimes con el infamante apodo de la *Beltraneja*, alusion de sobra trasparente al favor de mala especie que á *D. Beltran de la Cueva* se le suponia con la Reina. Propúsose esta desde que enviudó desposar á su hija con el Rey de Portugal, hermano de la una y tio carnal de la otra: pero la muerte atajó sus designios en Madrid, el 3 de Junio de 1475. No obstante D. Alfonso V de Portugal, llamado *el Africano* por sus triunfos en la costa berberisca donde conquistó, entre otras, la ciudad de Tánger, prosiguiendo y con ardor el proyecto de su hermana, tanto ó mas que en interés de su sobrina en el suyo propio, penetró en Castilla al frente de un ejército de veinte mil hombres. Pero desvanecido

con su africana gloria, procedió en su marcha con lentitud pasmosa, perdiendo el tiempo en festines como quien triunfa, en vez de aprovecharlo como quien de conquistar trata, y no curándose de las armas castellanas mas que si no existiesen; porque, en efecto, el Rey de Portugal era sabedor de que Doña Isabel, por su invasion sorprendida apenas ocupado el trono, carecia de dinero, de tropas, y de aliados que la defendieran. Mal conocia D. Alfonso á su intrépida rival.

A caballo los dias, dictando órdenes y escribiendo cartas durante las noches, multiplicábase Doña Isabel para reanimar el celo de villas y ciudades, mientras que Don Fernando por su parte reunia presuroso algunas tropas. Ella misma, trocando los femeniles atavios por los marciales arreos, vistióse la coraza y cortadora toledana espada, obra maestra del armero *Antonio*, cuya flexible hoja estaba unida á una sencilla empuñadura de acero bruñido, de estilo arabesco, y en la cual se leia, de una parte: « *El honor busco siempre!* » ; y de la otra: « *Guarda! que estoy en vela!* » — Así dispuesta púsose Doña Isabel al frente de las huestes de Segovia; pero con mas abundancia de armas que de dinero, con mas copia de soldados que de víveres; porque habiéndole enviado al Rey diez mil marcos de plata que le facilitara Doña Beatriz de Bobadilla, habíase quedado sin un solo ducado para atender á los gastos de su propio ejército. En tal conflicto, la Reina, que desde los dias de su destierro en Arévalo habia siempre encontrado consuelo y apoyo en los Obispos, resolvió apelar de nuevo á su patriotismo, y convocadas, en efecto, las *Cortes* para Medina del Campo, pidióles el donativo de una parte de la plata de las iglesias. El clero, lleno de adhesion á su piadosa Soberana, apresuróse á otorgarle el donativo. — Alzáronse entonces soldados de todas partes; los Castellanos tomaron la ofensiva, y al fin, después de varios combates parciales, la decisiva y gloriosa batalla de *Toro* en que Fernando é Isabel triunfaron, aseguró para siempre en las sienes de esta la corona de Castilla y de Leon, con el Señorío de Vizcaya, de Alava y Guipuzcoa, cuyos *Fueros* juraron guardar aquel mismo año los dos Monarcas, so la frondosa copa del árbol de Guernica. La victoria de Toro fué la base y punto de partida de la reunion, ya que no por entonces de la *fusion* completa de los Reinos de Castilla y de Aragon, que aumentados

luego con el de Navarra, constituyeron la gran monarquía española; si bien cada pais conservó largos años aun sus *fueros* y *privilegios*, y hasta cierto punto su forma de gobierno especial, prescindiendo del Derecho Civil harto diferente en las dos orillas del Ebro.

Poco después de la batalla de Toro hízose dichosamente la paz con Portugal, y aquel mismo año, habiendo D. Fernando heredado, por muerte de su padre, la corona, hubo de pasar á sus dominios para ser proclamado y jurar en Zaragoza los fueros de Aragon, en Barcelona los de Cataluña, y en la Ciudad del Cid los de Valencia; verificado lo cual regresó á Castilla.

A las virtudes brillantes que distinguen á las heroinas, unia Isabel la ciencia de gobierno, el golpe de vista firme y exacto, la capacidad para los negocios, la energía de voluntad y la superioridad de razon, y el genio organizador, que constituyen á los grandes políticos. Así la paz á que sus pueblos debieron el reposo, fué para ella ocasion de redoblar su actividad y de revelar al mismo tiempo las nobles y maravillosas dotes de su corazon é inteligencia. Libre de enemigos exteriores, consagróse á extirpar los del interior del reino, combatiendo sin tregua preocupaciones inveteradas, y vicios hasta cierto punto legitimados por la incuria de los precedentes gobiernos, cómplices realmente en los desórdenes que á reprimir no acertaron por falta de resolucion ó de fuerza.

Era preciso, en primer lugar, proveer á la seguridad de los caminos, á la proteccion de las personas y de las propiedades, y á la ejecucion de las leyes con el establecimiento de jueces íntegros y capaces; era preciso que cesaran los incendios de las granjas y caseríos, el saqueo á los mercaderes y traficantes, los robos y los homicidios en todas partes: era preciso, en una palabra, establecer ya que no digamos fundar, el órden social que apenas existia fuera de los muros de las ciudades (1). Para tales y tan im-

(1) El *Autor* sienta, no sabemos con qué autoridad, que la *Santa Hermandad*, fué conocida en Aragon dos siglos antes que en Castilla, equivocando sin duda las muchas *Hermandades* ó confederaciones, entre ciudades y pueblos de que en nuestra historia hallamos recuerdo, con una institucion enteramente diversa, en su orígen, en su organizacion, en sus medios y en sus fines. El verdadero objeto político de los Reyes Católicos fué el de acabar con el régimen feudal, sometiendo el conocimiento de todos los delitos á la jurisdiccion real, privando á los grandes y aun á muchas ciudades de la suya privi-

portantes fines el genio de Isabel, auxiliado poderosamente por la habilidad administrativa y por el honrado perseverante celo de su tesorero Alonso de Quintanilla, inventó y supo tan breve como enérgicamente, plantear una máquina poderosa de compresion y sumaria justicia en la *Santa Hermandad*, institucion que, con un nombre antiguo en España, fué sin embargo en el fondo una completa y trascendental novedad en nuestras leyes. Cada pueblo de Castilla daba de entre sus vecinos cierto número de *Cuadrilleros* que, soldados á un tiempo y ministros de justicia, corrian el pais á las inmediatas órdenes de un *Alcalde de la Hermandad*, asistido por lo comun de su *Escudero*, en persecucion de todo género de delincuentes y singularmente de bandoleros, salteadores y asesinos. Donde quiera que los criminales se refugiaran, tenia derecho y obligacion la Santa Hermannad de perseguirlos; y una vez aprendidos, en el campo mismo, al pié de un *Arbol*, el Alcalde y el Escribano juzgábanlos verbal y sumariamente, y á su vista y en el acto, los *Cuadrilleros* ponian en ejecucion la sentencia ya con el dogal, ya con la saeta. Tan severa y expeditiva manera de hacer justicia, que fuera en nuestros dias un insulto á la humanidad, fué en aquellos tiempos, sin embargo, indispensable: no solo el castigo y aun extincion de cierto género de crímenes la justifica, sino además y sobre todo, el haberse por su medio humillado el orgullo de los Grandes, oponiendo una insuperable barrera á sus injustas pretensiones, y arrebatándoles el que mas preciaban de sus privilegios: el de oprimir impunemente al que tenia la desdicha de incurrir en su enojo. La Reina auxiliada, volvemos á decirlo, por la clara inteligencia y virtuoso celo de Quintanilla, organizó en breve tiempo hasta dos mil ginetes en *cuadrillas* prontas siempre á ejecutar los fallos de la sumaria justicia de la Santa Hermandad.

legiada, y sobre todo del derecho de *Asilo*, á cuyo favor no solo quedaban impunes los crímenes sino que reclutaban los *Ricos-homes* sus huestes de verdaderos bandidos, terror de las comarcas y fautores de la mas espantosa de las anarquías posibles. Así la *Santa Hermandad* fué en la esencia la alianza del trono y del pueblo, contra la Aristocracia feudal; en la forma una institucion jurídico-militar de carácter monárquico-democrático ejercida por *Alcaldes* y *Cuadrilleros*, todos del estado llano, y legislada por las *Juntas Generales de la Hermandad misma*, mas frecuentes y acaso mas importantes en aquel reinado que las de las *Cortes* que se reunieron poco, y las mas veces sin el concurso de los Grandes ni del alto clero. Hános pues parecido indispensable sustituir en este pasage lo que la historia dice á los errores involuntarios sin duda del biógrafo. *(N. del T.)*

Orillado negocio tan importante, trasladóse la Reina á Sevilla, para dar á los jueces ejemplo de imparcialidad, de celo, y aun de una saludable inflexibilidad. Debíale á Dios Isabel el don de justicia, que ardientemente le habia pedido, profusamente aumentado por la munificencia del Eterno, con el abstracto instinto de la legislacion y de la organizacion judicial, con la penetrante lucidez y la sutil rectitud que saben distinguir los verdaderos principios del derecho, aun allí donde complicados accidentes hacen nacer la duda, y la perplejidad engendran en las mas seguras inteligencias. Vióse entonces lo hasta allí inaudito: á una muger codificando las leyes, reorganizando los tribunales, eligiendo magistrados, y juzgando á jueces, corregir sus sentencias, y reformar sus acuerdos, hasta dejar en toda España y en sus diversas gerarquías asentada la justicia de sus legítimas bases.

Todos los viernes, en memoria de la pasion y muerte de Nuestro Salvador, la piadosa Reina facilitaba el acceso al pié de su trono á los padecimientos morales y las miserias de sus súbditos, dándoles audiencia pública, para oir las quejas de los débiles y desamparados. Mas si misericordiosamente acogia á pobres y oprimidos, tambien, inflexible y justiciera, llenaba de terror y espanto el corazon de los culpables. Por su mandato se recopilaron, por una junta de hábiles jurisconsultos, diferentes leyes y pracmáticas del reino, publicadas después de cuatro años de ímprobo trabajo, en un código bajo el nombre de *Ordenanzas Reales*.

Reina tan celosa por los intereses de la justicia no podia mirar con indiferencia los de la Religion: así, viendo en el clero todo relajadas las costumbres, y la ignorancia apoderada no solo del secular sino de los claustros mismos, acudió solícita á la conservacion de la fe en toda su ortodoxia, y al restablecimiento de la disciplina y con ella de la dignidad de la Iglesia. Algunos monasterios que obstinadamente se opusieron á la reforma de ciertos abusos con que la molicie se hallaba harto bien avenida, sintieron el peso de la regia autoridad; y el episcopado, antes con sobrada frecuencia premio de serviles adulaciones, ó cebo á políticas ambiciones, fué bajo el cetro de Isabel recompensa exclusiva del saber, de la virtud y de la pureza en las doctrinas.

Mas no satisfecha todavía con haber fundado la justicia y purificado el

santuario, quiso la Reina preservar á sus súbditos de las poéticas seducciones de la civilizacion arábiga que lentamente habia ido filtrándose en las costumbres castellanas. Para ello era preciso comenzar dando importancia al saber, empresa difícil en aquella época: mas Isabel para alentar á los demás con el propio ejemplo, dedicóse ella misma al estudio del Latin, en el cual hizo tan rápidos progresos, que al cabo de un año se halló capaz no solo de entender sermones, tesis y arengas de los Embajadores en aquella lengua, sino de contestarles tambien en el idioma de Ciceron y de Tácito, que era entonces el usual en la diplomacia. Los felices resultados de la aplicacion de la Reina, por una parte estimularon la de los ingenios cortesanos, y por otra inocularon en el reino una maravillosa emulacion para estudios largo tiempo olvidados, ó mas bien desdeñados, singularmente por la nobleza que, honrando solo el ejercicio de las armas, despreciaba cátedras y libros.

Con tan sabia economía tenia la Reina distribuido su tiempo que, despues de presidir el Consejo, dar audiencias, revisar fallos, conferenciar con Embajadores, y despachar con sus ministros y secretarios, cumplir con sus devociones y piadosos ejercicios, y atender á la educacion de sus hijos, todavía le quedaba vagar para *coser la ropa blanca del Rey* su esposo. Para aquella incomparable muger las excursiones en la clásica profana antigüedad, y el estudio de los libros santos, lejos de ser parte á que desdeñase las humildes labores de la aguja, aumentaban el placer que tenia en dedicarse á tal género de útiles tareas tan propias de su sexo, y que por deplorables preocupaciones, por frívolos gustos, y por efecto de una educacion mas brillante que sólida, años ha que entre nosotros cayeron en un descrédito tan pernicioso en sus consecuencias, como en sus causas inmotivado, sobre injusto.

La cualidad en Isabel predominante, su peculiar instinto, puede decirse, era el de un santo pudor, que constantemente le conservó vírgen el alma, en medio de los peligros y seducciones que la rodeaban. Ni en las mas graves enfermedades pudo el dolor adormecer un solo instante la vigilancia de su castidad inmaculada; y tal era en aquella noble muger el poder de la voluntad, que para evitarle al pudor ciertos compromisos que inevitables parecen, en mas de una ocasion supo sobreponerse á la natu-

raleza misma. Fiel á su máxima de enseñar con el ejemplo, y convencida de que es mas eficaz cuanto de mas alto parte, jamás recibió en su servidumbre muger alguna cuya fama no fuese todavía mas limpia que su noble sangre. Rodeábala, pues, continuamente una falange escogida de damas que, alojadas en su palacio, y en su mesa de estado alimentadas, trabajaban juntas durante muchas horas del dia, y cuya conversacion formaba á un tiempo el corazon y el ingenio de las jóvenes doncellas de ilustre linage que la Reina tenia siempre consigo, para educarlas sin que, por decirlo asi, de ello se apercibiesen. Merced á tal superioridad de carácter, y á tan justamente admirada infalibilidad de conducta, Doña Isabel hizo de su corte una verdadera escuela de honor y virtud, donde el nacimiento, la poesia y la gloria, se vian realzadas por el involuntario respeto que la virtud impone, y por el entusiasmo que en su sublimidad inspira la modestia.

La concentracion del poder, la regularizacion de la fuerza y medios ejecutivos, imprimen al reinado de Isabel un carácter de magestad y poderío hasta entonces desconocido.

Tal era la situacion de España cuando, por los años de 1483 la Reina Católica de acuerdo con su esposo, estableció normalmente en sus dominios el Tribunal del *Santo Oficio de la Inquisicion* con el fin de extirpar las semillas de los errores y heregías sembradas por los Moros y por los Judíos en la Península. Podia tal contagio, en efecto, perjudicar al catolicismo, y dificultar la ejecucion del hereditario pensamiento de los Reyes de Castilla, de expulsar los Moros de España; y no debemos extrañar en consecuencia que Doña Isabel y D. Fernando impetraran de la Santa Sede la autorizacion necesaria para plantear en sus Estados tribunales capaces de conservar en ellos la unidad de fe y de culto, *reconocida* (1) como la mas segura prenda de reposo en toda sociedad.

(1) No hay propósito que baste á contener la pluma ante tal y tan singular panegírico del mas ominoso de los Tribunales que la historia recuerda, de la mas opresora é inhumana de las tiranías que el genio infernal del despotismo acertó á inventar.

Ni queremos, ni pudiéramos entrar aquí á discutir la *Inquisicion*, mucho menos la *intolerancia absoluta* que el autor erige en principio por sí y ante sí. Bástenos protestar contra semejante social y política heregía ya por la razon universal definitivamente condenada. En cuanto á la *Reina Católica* todo lo que en su abono pudiera decirse,

Deseaba Isabel extirpar en Europa el *Koran*, de siete siglos antes en sus Estados floreciente: avara, empero, de la sangre de sus vasallos como una buena madre de la de sus hijos, no hubiera sido nunca la primera en romper las hostilidades: felizmente los Moros por su propio orgullo cegados, prepararon ellos mismos su ruina.

Fundado en 1238 por Mohamed Ben-al-Ahamar, el reino de Granada, ya único resto del kalifato y poderío de los Moros en España, abarcaba un espacio de ciento y setenta millas de territorio en el litoral del Mediterráneo, habiéndole reducido tanto sus intestinas discordias cuanto las invasiones castellanas á menos de ochenta millas en latitud máxima.

Imperaba por entonces en aquel reino el Príncipe Aboul-Hacem, en sus mocedades famoso como valiente y como enemigo de los cristianos sobre todo, á quien la inminencia del peligro que le amenazaba pudo ocultársele ciertamente; mas despreciólo á punto de que, habiéndole Castilla reclamado cierto tributo, respondió arrogante: « Que donde los Moros » fundian la moneda forjaban tambien las armas para rechazar á sus ene- » migos. » No obstante esa brabata, solicitó á poco el Moro la próroga de una *larga tregua* que entre él y los cristianos de espirar acababa; pero debe suponerse que lo hiciera solo con ánimo de adormecer á sus enemi-

para atenuar la sombra, única en verdad, pero negra tambien, que en el resplandor de su gloria dejó impreso el establecimiento del *Santo Oficio*, es que aunque grande, era mortal criatura al cabo, y en consecuencia á las flaquezas humanas mas ó menos sujeta. En su tiempo y mucho después, muchísimo después, hay que confesarlo, la *Intolerancia religiosa* era un principio inconcuso para todas las sectas que, triunfantes perseguian, como vencidas eran víctimas de la persecucion. El fanatismo y la fe, además, no podian menos de confundirse en un país desolado durante siglos por una guerra incesante y con el doble carácter de nacional y religiosa; y de hecho el sentimiento popular en Castilla pudo ser favorable á la Inquisicion, al menos contra los *Moros* que eran el enemigo comun; y quizá tambien contra los Judíos, aborrecidos, aunque solicitados al mismo tiempo, como los únicos banqueros de la época. Que la Inquisicion tuvo además de su fin católico, su objeto político, es indudable: la unidad por entonces imposible en el gobierno, y en la administracion sobre todo, quiso buscarse en las creencias y en el culto: pero la eleccion del instrumento fué tan desacertada y funesta, como sus efectos lo demostraron y por desdicha nuestra están todavía acreditándolo en España. — De buena fe se engañó Isabel, de buena fe sin duda, pero engañóse lastimosamente para su fama, y para el bien de los Españoles. De *Sócrates* se ha dicho, no recuerdo ahora dónde, que « si á la muerte no » sucumbiera, tuviérasele por divino; » con mas razon acaso pudiera decirse de la *Reina Católica* que « *si la Inquisicion no fundara*, debiera declarársela y adorársela como á » Deidad coronada. » *(N del T.)*

gos, pues entonces mismo, súbito, sin declaracion de guerra y por sorpresa, sus armas se apoderaron de la plaza de Zahara, cuya posicion sobre una escarpada roca la hacia pasar por intomable. Tan pérfida agresion no quedó impune: la gloriosa toma de Alhama, la ciudad de los magníficos baños, fué la respuesta que al desafío de los Moros dieron los cristianos. De entonces mas prosiguió la guerra, si bien con la intermitencia, accidentes, y poca regularidad consiguientes á la topografía como al clima de aquellas regiones y á la recíproca situacion de los beligerantes. Habíase propuesto Isabel, una vez obligada á empuñar las armas, no deponerlas hasta obligar con ellas á la Media Luna á trasponer el español horizonte; y cumpliólo en efecto. La rica y nueva armadura de que para aquella guerra se proveyó, figura hoy en la Armería Real de Madrid, llamando singularmente la atencion entre sus demás prendas la espada, mucho mas larga que la por la Reina usada en su campaña contra Portugal, y tambien á la misma superior en magnificencia. Pomo y guarnicion son dorados; la vaina de terciopelo azul celeste bordado en plata. El monograma de Isabel adorna el casco; y un gracioso floreado dibujo la superficie de brazales y coraza.

Antes de comenzar la campaña, pidió Isabel sus oraciones á la Iglesia; porque el verdadero fin que en aquella se proponia era el triunfo social de la Cruz. Por una parte su humanidad queria economizar sangre; su proselitismo, por otra, la salvacion de las almas y no el exterminio de toda una raza. Para tales fines sugirióle su claro ingenio un plan de guerra, de muger propiamente, y segun el cual la paciencia, la habilidad, y el valor personal, supliendo al número de un poderoso ejército, eran agentes que debian asegurarle el triunfo de sus armas. Reducíase, en suma, su proyecto, á utililizar las rivalidades intestinas de los contrarios, para dividirlos; el debilitar sucesivamente al enemigo, arrebatándole una á uña sus plazas fuertes, para dejar en fin sola á Granada, y atacar entonces aquella soberbia ciudad, orgullo del Islamismo en el Occidente. El plan de Isabel puede decirse que consistia principalmente en aparentar que ninguno tenia, en no formular sistema estratégico: mas en la intimidad solia decir, jugando ingeniosamente del vocablo: « *Grano á grano, es como se come la Granada.* »

Llegó un dia en que aquella capital con su reducido término, era ya lo único que restaba del poderoso imperio por Abderramen fundado en la

Península. Yace Granada, cuyo aspecto en conjunto ofrece notable semejanza con el entreabierto fruto cuyo nombre lleva, en la confluencia de los ríos Darro y Jenil, sobre dos colinas en cuyas cumbres insisten sendos Alcázares: de una parte la *Alhambra*, el *Albaicin* de otra, se miran en la feraz y tan poética como histórica *Vega* que al pié de los cerros que de asiento les sirven, se tiende llevando sus límites al Occidente. Atraviesa el *Darro* con su humilde caudal por entre las dos colinas, y desagua en el *Jenil* al salir de la ciudad, en la época á que nos referimos ceñida con doble muro, por formidables torres flanqueado. La *Alhambra*, á un tiempo fortaleza y palacio de los Reyes moros, insiste sobre la mas alta de las dos colinas, y por su extension asemejábase entonces á una pequeña ciudad; el *Albaicin*, mas modesto, era el centro del barrio popular, y estaba por un muro especial dividido del cuartel aristocrático. Pretenden algunos autores que Granada llegó á contar cerca de cuatrocientas mil almas en su recinto: pero lo probable es que no encerrase mas de cien mil cuando se vió reducida á luchar sola contra las fuerzas reunidas de toda España.

Ya entre los Moros mismos corria la voz de que era llegado el término fatal de su dominacion en la Península; ya los Fakires aterraban la ciudad con sus funestas y harto fundadas predicciones. Los Arabes granadinos en efecto, que desde el reinado mismo de D. Enrique IV de Castilla venian experimentando considerables reveses, contaban solo para resistir á los Reyes Católicos, con algunas plazas, fuertes por su natural asiento, pero sin fosos (1), sin obras exteriores, sin mas defensa que un simple muro; y con una brillante *caballería*, ejercitada en lanzar la azagaya, y tan pronta á cargar, como á huir pronta igualmente (2). Del Africa nada podia esperar: eran ya pasados los tiempos en que innumerables hordas de *Almohades y Almoravides* podian invadir la Península. En

(1) Parécenos que el autor se engaña: las fortalezas de los Moros, en general, eran tan buenas como las mejores de aquel tiempo; y el *foso* además es un elemento primitivo del arte de la fortificacion: estamos por decir que es la primera de las naturales defensas. *(N. del T.)*

(2) *Los Caballeros* granadinos en nada cedian, absolutamente en nada, ni en valor personal, ni en destreza en las armas, ni en generoso ardimiento, ni en firmeza en los reveses, á los justamente célebres *Caballeros Castellanos* que los vencieron. ¿A qué, pues, hacer de las huestes de Granada una copia de los *Partos*, ó de los Africanos de Yugurta? —Cedieron al número, cedieron á la fuerza de las circunstancias, á la inevitable

cuanto al Soldan de Egipto, limitándose á enviar al Guardian del Santo Sepulcro para que con D. Fernando intercediese en su nombre por los Granadinos, olvidó bien pronto negocio para él tan lejano, para atender al inmediato riesgo con que los Otomanos le amenazaban muy de cerca.

En venganza de la toma de Zahara, como dijimos, y estimulados por su ilustre Reina, sola autoridad á quien obedecer querian, invadieron los Castellanos el reino de Granada, con valerosas huestes en que ya figuraron los futuros vencedores de Oran y de Cerinola: Pedro Navarro, y Gonzalo de Córdoba. En el discurso de once años los cristianos, dueños ya de Alhama, baluarte de Granada, conquistaron á Málaga, vehículo principal del comercio entre España y Africa; después á Baza, ciudad de ciento y cincuenta mil habitantes; y llegaron, en fin, con ochenta mil hombres á sentar sus reales en torno de Granada misma, entonces entregada á todas las iras de la mas furiosa discordia. Dentro de sus muros luchábase de hermano á hermano, y de padre á hijo; Boabdil y un tio suyo, el *Zagal*, habianse repartido los restos de aquella moribunda soberania; y el último, para que nada faltase, ni á la desdicha ni á la ignominia, vendió su parte á los Castellanos, á trueque de un opulento condado. Quedó, pues, solo en el trono Boabdil, que ya antes se habia reconocido vasallo de Castilla, y que mas bien obedecia al ciego obstinado furor de su pueblo, que en realidad lo capitaneaba.

Nueve meses duró el sitio; nueve meses durante los cuales primero intentó un moro asesinar á los Reyes, y luego un incendio devoró casi todo el campamento, poniendo en riesgo la vida de la Reina, involuntaria ocasion de aquel terrible accidente. Doña Isabel, en efecto, que tenia la costumbre de emplear en la lectura una gran parte de la noche, descuidóse una con la luz, y esta prendió fuego á su tienda, comunicándose el incendio rápidamente al resto del campo. Dichosamente salvóse la Reina, y no solo se salvó, sino que supo hacer de un suceso que pudiera reanimar las

ley de la Providencia en cuyos designios habia sonado ya la hora de la emancipacion y de la unidad española: pero individualmente considerados los Moros de Granada, no eran ciertamente inferiores á sus adversarios; y mas diremos: si las divisiones intestinas, si la guerra civil no la redujese como la redujo á la mas deplorable anarquía, Granada, como estado político, nada tuviera que envidiar en civilizacion á Castilla, y Granada como entidad militar, pudiera aun resistir no poco tiempo á las armas católicas. *(N. del T.)*

esperanzas de los sitiados, motivo por el contrario para hacerles perder las pocas que ya conservaban. En vez del campamento quemado Doña Isabel mandó levantar una ciudad que, con el nombre de *Santa-Fe*, fué en ochenta dias edificada, haciendo así comprender á los Moros que el asedio habia de durar tanto al menos como su desesperada resistencia.

Sobre Granada pesaban en tanto todos los horrores del hambre, mientras que sus muros, con vigor batidos por los fuegos del enemigo, hábilmente dirigidos por Gonzalo de Córdoba, el futuro Gran Capitan, entre otros entonces todavía mas ilustres caudillos, desmoronábanse sucesivamente, sembrando el desaliento ó la desesperacion en el ánimo de los Moros. Boabdil, testigo de los destrozos que la muerte hacia en las valerosas tribus de Zegríes y Abencerrages, de Gomeles y de Mazas; y sin soldados ya para la defensa de tan anchas como numerosas brechas, aceptó en fin una capitulacion que para siempre puso término á la dominacion de las Arabes en España. El dia 2 de Enero de 1492 tremólose el estandante de la Cruz en la *Torre Bermeja*, y sobre los muros de la Alhambra.

Al amanecer del dia al de la capitulacion siguiente, Boabdil hizo salir de la ciudad á su familia por el camino de las Alpujarras, y tan luego como el son de los clarines y atambores le hizo saber que el ejército cristiano se acercaba, adelantóse él mismo á su encuentro seguido de todos los Walids, ó ministros, y de cincuenta caballeros granadinos. « Tuyos » somos — dijo á D. Fernando al encontrarle y besándole en el » brazo derecho — tuyos, Rey potente y glorioso: entregámoste nues- » tro reino puesto que Alá así lo quiere; y esperamos que usarás de la » victoria con generosa clemencia » — Dichas esas palabras, entregó el Rey vencido al vencedor las llaves de la ciudad, y tomó el camino de la sierra, sin querer entrar de nuevo en la que ya no era ni su capital, ni su patria siquiera. Dicen que al llegar á la cumbre del monte *Padul*, detúvose en cierto sitio, desde entonces llamado el *Suspiro del Moro*, por lo que á decir vamos. Desde aquella altura descúbrese á una parte el mar, término probable de la triste peregrinacion del infortunado Monarca; á la otra, Granada, el Jenil, la Vega, el sitio de los reales católicos, los cipreses que lúgubremente daban sombra á los sepulcros de los antiguos y modernos héroes granadinos. ¡Qué mucho que al contemplar tal es-

pectáculo en tales momentos, no fuese poderoso el infeliz Boabdil á contener el llanto que de sus ojos brotó al cabo en copiosos raudales! Pero su madre, la Sultana *Aixa* que en la emigracion con algunos de los antiguos personages de la granadina corte le acompañaba, díjole con generosa indignacion: « Bien es que ahora llores como muger, ya que como hom» bre no supiste defender tu corona y patria. » Descendieron los emigrados la montaña y despareció para siempre Granada á sus ojos.

Aunque el ejército castellano habia desde luego ocupado los muros y fortalezas de la ciudad conquistada, los Reyes no hicieron en ella su entrada solemne hasta el 6 de Enero, fiesta de los Santos Reyes; dia solemne para todos, pero de luto eterno, como el postrero de Granada, para los musulmanes que en el silencio y retiro de sus casas le lloraban amargamente, mientras que de triunfo y gloria para los cristianos que con gran pompa é insólito aparato militar y religioso instalaban á sus Católicos Monarcas en el palacio de la Alhambra. En él, y pocos dias después recibieron los Reyes al inmortal genovés *Cristóbal Colon*, que aquel mismo año habia de hacer á España señora de todo un *Nuevo Mundo*. Dícese que los Españoles lucharon setecientos años contra los Moros; lo que debiera decirse es lo contrario: que los Moros lucharon siete siglos contra los Españoles. En tres años conquistaron los Arabes la España: siete siglos costó el arrancársela de entre las manos. (1)

La Alhambra reveló entonces sus tesoros á los ojos de Isabel y de Fernando; tesoros de artístico primor y de inimitable elegancia, tales y tan sorprendentes, que aun hoy hacen de aquel encantador edificio, una especie de realizacion de las maravillosas fantásticas imaginaciones de las Leyendas Orientales. Alcázar y palacio á un tiempo mismo, extiéndese aquella deliciosa regia mansion sobre una vasta superficie de terreno, ofreciendo

(1) Precisamente porque cuando comenzó la lucha eran los Moros señores de toda España, se dice muy propiamente que los Españoles lucharon contra ellos durante siete siglos. Por lo demás, la rapidez de la conquista es un hecho que tiene su explicacion histórica, incontrovertible á nuestro juicio. Los Arabes vencieron en dos, que no en tres años á los *Godos*, como los Normandos en Inglaterra á los Sajones: el pueblo Español estuvo poco menos que neutral en la lucha, entre sus opresores cristianos, y los conquistadores musulmanes; y no comenzó ni en Asturias, ni en los Pirineos de Aragon á tomar parte en la contienda, hasta que ya la ruina de los Godos se habia consumado. *(N. del T.)*

á la vista en su aspecto exterior un conjunto irregular de diversos edificios, cuya arquitectura no se aparta menos del arte clásico de los Griegos que de la florida que gótica se llama, y que contrasta además notablemente con el órden simétrico y armónicas proporciones de su interior mismo. En los artesonados techos admíranse el primor del estuco y de los mosáicos, la viveza de los colores, la profusion del dorado, y el buen gusto que á todo ello preside; y en patios como en columnatas, en fuentes como en baños, encuentra que admirar el ánimo cosas nuevas cada vez que los ojos las miran. El paisage, que desde sus balcones y galerías se descubre, es en todás direcciones admirable : donde quiera que la vista gire se encuentra, ya con jardines á que dan sombra árboles de aromáticas flores y deliciosos frutos, ya con risueñas colinas, ya en fin con amenas y fecundas vegas. No extrañemos pues, que aun hoy suspiren los Moros por las *delicias de Granada,* y que hagan sin tregua votos al cielo para que otra vez los ponga en posesion de la *Ciudad* que es para ellos un terreral Paraiso.

Nunca pueblo lloró tan amargamente la pérdida de sus hogares, que tan mal defendió sin embargo: pero la historia nos ha conservado con piadosos colores el recuerdo de la profunda tristeza de los Moros, sin atreverse á infamarlos por su flaca resistencia. Hizo bien la historia : no fueron vencidos por cobardes. En verdad, aunque se hubieran mostrado tan prudentes y previsores, como probaron que eran valientes, todo lo que consiguieran fuera aplazar su ruina por algunos años. Abandonólos el Africa cobardemente ; la superioridad castellana habia llegado á ser ya irresistible; y por fin, en el progreso como en la decadencia de los pueblos, hay, bajo la diestra omnipotente que inclina y dirije á su arbitrio la naturaleza inerte como á la voluntad libre, hay, decimos, una *fuerza de las cosas* que se burla de todos los cálculos, y hace estéril la prudencia humana. — Imperio en que la division encarna, perece : esa es ley indeclinable entre las que presiden al gobierno de las cosas humanas : por eso, cuando apareció en la escena el venturoso D. Fernando, inspirado por el generoso espíritu de la magnánima Isabel, que sola en el mundo osó no dudar de *Colon;* y apoyándose ya en la invencible espada de los héroes precursores del gran Gonzalo de Córdoba, ya en la inteligencia

política del gran Cardenal Mendoza, ó en la voluntad profundamente razonada y enérgicamente sostenida de otro Cardenal todavía mas grande, de Gimenez de Cisneros, que mas tarde gobernó las Españas, como él decia, con su cordon de San Francisco; cuando apareció, decíamos, D. Fernando ante los muros de Granada, hizo la Providencia (1) que la encontrase medio vencida ya por sus propios furores y por el vértigo indudable que, como delirio de la agonía, se apoderó en los momentos supremos de todos los corazones y de todas las cabezas. ¡Singular espectáculo, en efecto, el de Granada dejándose morir entre juegos y fiestas, entre amores é intrigas! Devorada en lo interior por la discordia civil, destrozada al mismo tiempo por formidables exteriores enemigos, siempre armada y siempre en hábito de fiesta, juega, por decirlo así, con la fortuna y la muerte, y pasa con prodigiosa mobilidad de los sangrientos debates de las facciones á la pompa de las públicas ceremonias, como si ocultarse quisiera á sí propia el sentimiento de sus desdichas. Singular y melancólico espectáculo el de aquel pueblo, en su orígen grave y mesurado, pero que, trasformándose en apasionado y violento al acercarse el momento que va á privarle de su patria y sus altares, corónase de flores y se embriaga de delicias en el borde mismo de la tumba.

Mas todavía puede el filósofo examinar el suceso de que nos ocupa desde mayor altura; todavía puede parecerle mas digno de estudio, si en él considera la ruina de un célebre imperio, el fin irrevocable de una nacion generosa y valiente; si en él escucha el último suspiro del caballeresco espíritu en Europa; y todo eso en el siglo mismo de los prodigios, en el siglo en que otros Musulmanes destruian el trono de Constantino, Colon descubria el Nuevo Mundo, Gama el camino á las Indias Orientales, y Guttemberg inventaba la imprenta.

Considerada en sí misma y bajo su aspecto político, la invasion de los Arabes fué ciertamente una profunda calamidad para los Españoles, puesto que en ella perdieron sus hogares y vieron á los infieles entre sí repartirse

(1) Nadie como nosotros ve y adora en todo la mano de la Providencia: pero bueno es recordar aquí que la política, artera y nada escrupulosa, del Rey Católico venia de muchos años atrás promoviendo, fomentando, y *pagando* sobre todo, la discordia que indudablemente facilitó la conquista. *(N. del T.)*

el suelo de la patria : pero la historia debe hacer á los invasores la justicia de confesar que no dejaron en la tierra por ellos conquistada rastro que útil y glorioso no fuese. Las grandes y memorables obras de que sembraron el suelo español, son aun para él de público beneficio. Los monumentos de Córdoba y de Toledo, de Sevilla y de Granada; las soberbias mezquitas, los palacios que por las Hadas parecen construidos; los elevados y ligeros pórticos cuya duracion desafia los siglos; los mosáicos de indestructibles colores; los baños de mármol; los jardines deliciosos en que el arte prodigó sus maravillas; los atrevidos aéreos puentes, los acueductos monumentales, las fuentes de alabastro, las cisternas, las acequias, las obras hidráulicas, en fin, manantiales inagotables de riqueza agrícola, son otros tantos magestuosos testigos de la grandeza de los Moros, que enorgullecen aun á España, aunque debidos á sus reveses; son además la causa y fundamento de que aquel país sea considerado, en la esfera de las artes, como una tierra clásica que visitarse debe, como la Grecia y como la incomparable Italia.

La conquista de Granada, realizando el constante anhelo de los Soberanos de Castilla y de Aragon, fué el complemento de su derecho al apellido de *Católicos*, que el Papa Alejandro VI les confirió en efecto, así para ellos como para sus sucesores el año 1496. El astro de la monarquía entonces llegaba al zenit de su esplendor, y nó fué sola la expulsion de los Moros la causa de su elevacion, no; que pronto el Océano, de límite que era de dominios españoles, vióse por el genio de Colon trocado en mar para ellos mediterráneo. El ilustre Genovés, marino ya antes de su descubrimiento, experimentado si no célebre, habia en vano corrido las cortes de Portugal y de Inglaterra : ni en ellas ni en su país natal fué comprendido; en todas partes se graduaron de locas quimeras sus colosales elucubraciones. Llevóle su destino á Santa Fe y á la presencia de los *Reyes Católicos*, mas fué la primera vez friamente acogido por aquellos Monarcas que, atentos exclusivamente, por una parte, al asedio de Granada, y por otra casi exhaustos de recursos, que lo prolongado de aquella guerra agotara, ni estaban para atender á los discursos del sabio geógrafo, ni se mostraran prudentes distrayendo un solo maravedí de su escasísimo tesoro. Pero cayó Granada; y cuando ya Colon, desesperado,

abandonaba la corte castellana, llamóle á ella de nuevo su protector y amigo *Fr. Juan Perez*, Prior del Monasterio de la Rábida, que supo adivinar al grande hombre, y que apoyándose en el valimiento del Tesorero Alonso de Quintanilla, y de Luis de Santángel, Receptor de las rentas eclesiásticas de la corona de Aragon, supo interesar á la Reina, ponderando en su presencia las probabilidades del éxito de aquella temeraria empresa, y los beneficiosos resultados que de ella debian esperarse tanto para la Religion en las ignoradas regiones propagada, cuanto para el engrandecimiento y gloria de la Monarquía española.

Naturalmente accesible á toda gran concepcion, Isabel dejóse fácilmente conmover por los elocuentes persuasivos argumentos del ilustre navegante, á quien admitió á su presencia; y á tal punto llegó su entusiasmo, que para subvenir á los gastos de la expedicion, sin esperar á que el Tesoro se aliviase de las cargas de la guerra, quiso empeñar sus propias personales joyas. Evitóla *Santángel* el tener que valerse de tan extremado arbitrio, prestando el dinero á Colon necesario que ascendia en suma á cuatro mil doblones, ó sean próximamente diez y seis mil pesos fuertes de nuestra actual moneda.

Una vez dueño de aquella insignificante cantidad invirtióla Colon sin perder tiempo en equipar su escuadrilla, compuesta de las tres famosas históricas caravelas, y el dia 3 de Agosto de 1494, después de haber confesado y comulgado en el Monasterio de la Rábida, hízose á la vela, con ochenta hombres de tripulacion, partiendo del puerto de Palos de Moguer, en busca del Nuevo Mundo que iba á ser para el antiguo un manantial de riquezas y de científicos descubrimientos, mas fecundo de lo que era entonces posible preveerlo.

Todo pues parecia, dentro y fuero del reino, sucederles á Fernando é Isabel á medida de la ambicion y del deseo, cuando una pérdida cruel, vino á llenar de luto su brillante corte, arrebatándoles la mas querida de sus esperanzas. La muerte agostó en flor al primogénito de los Reyes Católicos, D. Juan, Príncipe de Asturias, que vivió solos diez y nueve años; y algunos meses despues (1497) sucumbió tambien su hija Doña Isabel, Reina de Portugal, al dar á luz un Infante, que á su vez en 1500, fué á reunirse en la tumba, con la madre á quien habia costado la vida, la brevísima que le tocó en suerte. De entonces hízose objeto predilecto de la ternura y cui-

dados de Isabel y D. Fernando, la Infanta Doña Juana, dos años hacia casada ya con el Archiduque Felipe de Austria, hijo del Emperador Maximiliano, y Gobernador de los Paises Bajos. Ambos esposos cediendo en 1502 á las vivas instancias de los Reyes Católicos, dejaron á Flandes y trasladáronse á España, donde en Toledo las Cortes de Castilla á 22 de Mayo, y en Zaragoza las de Aragon á 28 de Setiembre, les reconocieron y juraron á ellos y sus naturales sucesores por legítimos herederos del trono de aquellos reinos.

La gloria de sus armas consoló por un momento á D. Fernando de sus pesares domésticos: Gonzalo de Córdoba con la victoria de *Cerinola* aseguró en las sienes del Rey de España la corona de Nápoles: mas poco tardó la suerte en acibarar aquel triunfo con mayor desdicha que las anteriores. No habia, en efecto, Doña Isabel hallado, como su esposo, una saludable distraccion á los dolores del alma en el éxito afortunado de sus políticas empresas: era madre, y al pesar inmenso de la pérdida del Príncipe de Asturias primero, y de la Reina de Portugal mas tarde, agregóse para acabar de rendirla al peso del infortunio, el miserable estado en que veia á su hija Doña Juana. Esta naturalmente exaltada y de razon flaca, enamoróse perdidamente de su marido, *Felipe el Hermoso*, que infiel ó por lo menos indiferente, acabó por hacer que el juicio perdiera la infeliz Princesa. Con fundamento pudiera la Reina Católica lamentarse de que sus pesares de Madre, igualaban ya que superiores no fuesen á sus glorias de Reina (1): mas aunque resignada con la voluntad del cielo suprimiese toda queja, acabaron las penas por destruir del todo su constitucion ya minada por una enfermedad orgánica efecto de su excesivo ejercicio á caballo. A la edad de cincuenta y cuatro años falleció Doña Isabel en el de 1504, á 26 de Noviembre, tan justa como amargamente llorada por la universalidad de sus súbditos, tanto por su talento como por su virtud, y no menos por su carácter que por su grandeza. Ella con su dulzura, su generosidad y su clemencia, supo templar los férreos rigores del insensible D. Fernando; ella fué siempre

(1) Así es la verdad: los dos primeros hijos de la Reina Católica murieron en temprana edad: Doña Juana loca y enclaustrada; y la mas que todos ellos infeliz Catalina, esposa repudiada de Enrique VIII de Inglaterra en destierro, en abandono y pobreza. *(N. del T.)*

MUSEO NACIONAL MADRID

MCD 2022-L5

protectora del saber y del ingenio; ella sola se resolvió á dar aliento con su liberalidad á las empresas de Colon; y la historia ha unido para siempre su nombre al descubrimiento del Nuevo Mundo, y á las hazañas del Gran Capitan, como á la conquista de Granada con que gloriosamente coronó la unidad española.

Tanto los autores de Isabel contemporáneos como los personages mismos de su corte, hanse felizmente deleitado en dejarnos muy al por menor escrito el doble retrato, moral y físico, de aquella ilustre y santa Señora que supo ser al mismo tiempo acaso el mas grande de los Reyes de España. — « Era la Reina (nos dicen) de mediana estatura, pero admirablemente » proporcionada de miembros y facciones. La indecible elegancia de sus » formas no parecia cosa de la tierra; tras de la flexibilidad de aquel gracioso cuerpo ocultábase la insólita fuerza de sus músculos; y la magestad » sola de su porte bastara á revelar quién era, cuando no hubiese hasta » en su andar mesurado un aire de autoridad irresistible. Eran sus cabellos, largos y sutiles, de la color del oro y refulgentes; mate la blancura » de su tez que en el rostro arrebolaban rojas y frescas tintas. Admirábase » en sus ojos aquel raro matiz que del azul pasa al verde trasparente; y » la lucidez de su mirar, animado por la expresion de su penetrante agudeza, bañaba, por decirlo así, en nítida luz aquellas mejillas, en las » cuales no bastaron á extirpar las rosas, ni las tareas de la Reina, ni la » fecundidad de la madre. Castamente cerrados, ocultaban sus labios, la » belleza y perfeccion de una blanca dentadura; entrambas sienes ocultaban á medias sendas trenzas de su dorado cabello los lineamentos de » las orejas, no pequeñas, pero sí bien contorneadas; y en suma, la serenidad de su alma respiraba en la púdica gracia de aquella figura, en la » cual el vigor de la expresion se unia á la belleza de la forma. — Y no » consistia la hermosura de Isabel tanto en la regularidad de las facciones, ó en la magia del colorido, como en la pureza de aquel conjunto, » tan armónicamente análogo á la tranquila expresion de los pensamientos que la animaban. Fué la Reina siempre por su esencia, un modelo » angelical de constancia y de castidad perfecta: por eso aquellas facciones en que iba, por decirlo así, impreso el sello de su alma, parecian no » ser mas que su exterior revestimiento, y tenian poco que temer de los

» estragos del tiempo. Así se explica cómo al perder la juvenil frescura,
» y con ella la voluptuosa morbidez de los párpados, la viveza de los colo-
» res, la floreciente armonía de los contornos que son el universal encanto
» y el comun secreto de la belleza en las mugeres, nada perdió Isabel de
» su gracia, siendo toda la diferencia que la gracia con el espíritu ma-
» durase juntamente.

« Al prestigio de la juventud iba insensiblemente sustituyéndose el
» de la Magestad; el poder de dominacion no se alteraba. — Revelá-
» banse en la correccion y firmeza de sus actitudes, lo enérgico de su exis-
» tencia y el heróico temple de su carácter; su voz sonora y de claro
» timbre, era en fin clara y firme como su razon. La Reina Católica, en
» resúmen, con razon llamada por M. de Montalambert, *la mas noble*
» *criatura que jamás reinó sobre los hombres,* era un tipo maravilloso
» de perfeccion y de gracia, tanto en la belleza plástica, como en las raras
» prendas de su corazon y de su entendimiento. »

Oigamos ahora al bueno del Cura de los Palacios, Andrés Bernaldez, exclamar, en su crónica manuscrita, lleno de cándida y piadosa admiracion: « ¿Quién podrá enumerar las perfecciones de aquella cristianísima » bienaventurada Reina, digna como ninguna de perpetua alabanza? Ella, » prescindiendo de su castidad por excelencia y de su noble orígen, supo » hallar en las muchas y buenas dotes que á Dios plugo otorgarle, medios » para exceder y eclipsar á cuantas Reinas fueron antes, no solo en España, » sino en el mundo entero! » — Bajo el aspecto de la fe, compárala con Santa Helena, madre de Constantino; recuerda su celo por la Iglesia, su reforma del clero y de las órdenes religiosas, su piedad síncera, su veracidan íntima, su lealtad política, su sumision á los mandatos de su real esposo, su munificencia con templos y monasterios; llámala, en fin, la segunda Santa Isabel (1). Primero trata así el coronista de las virtudes de la Reina, y solo después se ocupa en describir la belleza de la muger, sus admirables proporciones, su noble continente, y su inimitable apostura.

(1) Nunca hemos acertado á explicarnos todavía cómo la Iglesia no ha canonizado á la Reina Católica, siendo tantos y tales sus servicios al catolicismo, á la cristiandad, y sus virtudes tan grandes y resplandecientes, que ni la calumnia misma osó nunca mancillarla con la sombra de una sospecha, ó con el amago de una acusacion. *(N. del T.)*

Obispos y religiosos, que son los mas acreditados historiadores de aquella época, agotan las fórmulas de la alabanza para celebrar aquella incomparable muger á quien llaman « cifra de la felicidad de las Españas, suma » del honor nacional, y compendio el mas bello de todas las virtudes. » Mas la autoridad misma de tan graves testimonios palidece ante la del hombre verdaderamente extraordinario, que conservó su amor á la pobreza en la cumbre del poder y de los honores, sin dejar por eso de ser un gran Prelado español, gran Gardenal de la Iglesia, gran Ministro en lo político y hasta gran Capitan en los campos de batalla : del sabio Franciscano, Fr. Francisco Gimenez de Cisneros.

Aquel hombre mas que ilustre, en efecto, después de referirnos todas las sublimes prendas que en la Reina concurrian, todas las virtudes de « un alma que con admiracion reverenciaba ; » nos dice terminantemente, « que nunca en los orbes de nuestro sistema planetario, alumbró el sol » criatura que á Doña Isabel se igualara ; » y no hay para qué encarecer de cuánto peso sea tal afirmacion pronunciada por un hombre que habia con la Reina gobernado á España, siempre segun sus miras y obedeciendo á sus órdenes, asistídola con sus consejos, escudriñado los secretos de su conciencia, y conocido por tanto, así el fervor de su piedad y la pureza de sus intenciones, como la prodigiosa profundidad de sus miras políticas. Con los años la virtud creció en ella de punto, ennoblecióla el dolor, y los padecimientos la consagraron.

Viva personificacion del espíritu caballeresco de su nacion y de su época, supo Isabel mas que ninguna otra muger sobre el trono, unir la sinceridad de la fe á la mesura de la prudencia, realzándolo todo con la lealtad mas acrisolada. La bendicion del Cielo santificaba con evidencia todos sus proyectos, sus actos todos, justificando con el éxito mas completo sus nobles empresas. Viósela así extender los límites de sus Estados hereditarios, que encontró al subir al trono en abyeccion profunda, y dejó al morir figurando entre las potencias de primer órden. Dios, suscitando en torno de ella y para servirla, altas capacidades y ministros de lealtad sincera, permitió sin embargo que su propia personal sabiduría sobrepujara á la de sus ilustres consejeros.

Por Isabel fué consumado el hecho culminante del XV° siglo : la expul-

sion de la Media Luna del continente occidental de Europa; y con Isabel tambien realizóse el mas prodigioso de los acontecimientos de la historia humana: el que duplicando su terrenal dominio, centuplicó el horizonte de sus científicas investigaciones.

La Reina en su testamento nombró á D. Fernando de Aragon tutor de su hija Doña Juana, incapaz por su estado mental de ejercer el gobierno; mas para darle todavía á su esposo otra prueba mas de su conyugal afecto, si no para estimularle á que en memoria y agradecimiento de tales beneficios ejerciera con mas tierna solicitud la tutoría, lególe á mayor abundamiento la mitad de los rendimientos que de las Indias Occidentales se obtuvieran, y las rentas enteras de los grandes Maestrazgos de las Ordenes Militares recientemente incorporados todos á la Corona.

Nadie como Colon debió llorar la muerte de Isabel, ocurrida precisamente cuando el inmortal navegante terminaba su tercera expedicion, cuyo resultado fué el descubrimiento del continente americano. A su regreso á España, de una parte redobló la furia de la persecucion de sus enemigos, y de otra encontróse sin el único escudo bastante poderoso á preservarle de aquellos envenenados tiros; porque de D. Fernando ¿qué habia de esperar Colon, cuando el Rey siempre le habia rehusado su apoyo hasta entonces? — Los pesares y la ansiedad acabaron de minar una vida casi toda ella pasada en luchar contra los elementos, contra la ignorancia, contra el malquerer y la ingratitud de los hombres; y el 20 de Mayo de 1506, fiesta de la Ascension, á mediodía, en su posada de Valladolid, el que nos reveló el Nuevo Mundo, postrado en el lecho del dolor, asistido por algunos religiosos franciscos, y rodeado de sus dos hijos y de siete oficiales de su casa, entregó su alma á Dios, mostrando en los últimos instantes de su existencia la misma grandeza de alma y los mismos sentimientos religiosos que le distinguieron en toda ella. La muerte del hombre que habia duplicado los ámbitos de la tierra, no pareció dejar en ella ningun vacío, no dió lugar siquiera á la pública tristeza. La ciudad en que tuvo lugar, presenciólo impasible; mas indiferente aun el resto de España; y fuera de sus límites permaneció ignorada. Antes que su última hora para él sonase, ya aquel hombre extraordinario estaba en el mas completo aislamiento; así su salida del mundo no causó

sensacion, ni menos fué como una gran pérdida considerada ; así dejó de ser oscuramente el que habia hecho don á la España de la mitad del globo, sin que hubiera para él ni honores, ni oracion fúnebre, ni monumento, ni epitafio.

No hubiera podido D. Fernando, apesar de toda su habilidad, gobernar á los últimos Castellanos, sin el auxilio del confesor y ministro de Doña Isabel, el célebre Cardenal Jimenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, en quien Castilla admiraba un gran político, reverenciando al mismo tiempo un Santo.

Del claustro humilde de San Francisco sacóle el primer Arzobispo de Granada para dársele por confesor á la Reina, en cuya corte fué grande la sensacion que al aparecer produjo aquel hombre del desierto « cuyo pá- » lido rostro y austero continente recordaban á los Pablos y los Hilariones. » Nunca, en el seno mismo de las grandezas, se apartó de la rigorosa observancia de la estrecha regla de su órden : á pié caminaba mendigando el sustento ; y nada menos que un formal precepto del Papa fué necesario para que aceptase el Arzobispado de Toledo, y viviera, en lo exterior al menos, como lo requerian la elevacion y opulencia de la sede primada de las Españas. Aun así, resignóse á vestir la púrpura archiepiscopal, mas bajo de ella ciñó siempre á sus carnes el grosero sayal de Francisco ; y si en su cámara consintió que figurase un magnífico lecho de aparato, nunca reclinó el cuerpo mas que en la desnuda tarima propia de la celda de un cenobita. Vida tan humilde como austera fortificó en él naturalmente la altiva perseverancia de carácter con que supo humillar el orgullo de los Grandes, obligándoles, no obstante su despecho, á que admirasen la resolucion indomable del que así los vencia.

Olvidaban los Castellanos que á D. Fernando obedecian, viendo renovarse el heróico espíritu de la gran Reina que lloraban en Cisneros, merced á quien los últimos años del reinado de aquel Príncipe, fueron laureados con las conquistas de Navarra y Berbería. Para reprimir las correrías de los Africanos que infestaban las costas de España, el Cardenal propuso, pagó y condujo en persona una expedicion contra Oran, lugar, entre otros, donde seguro asilo hallaban los piratas. La toma de aquella ciudad, que en presencia del mismo Cisneros conquistó el célebre Pedro

Navarro, inventor de las Minas, y luego Conde de Veirito, produjo la rendicion de Trípoli, y la sumision de Argel, Túnez, y Tremecen. Dos años despues la reunion de Navarra, de cuyo trono arrojó D. Fernando á Juan de Albret, completó en fin la unidad española. Pero la muerte que nada respeta atajó el curso de tantas prosperidades hiriendo al Rey en la villa de Madrigalejos, á los sesenta y cuatro años de su edad el dia 23 de Enero de 1516. Su cuerpo fué sepultado juntamente con el de la Reina Católica en la capilla de la Catedral de Granada, que al intento habian ambos mandado edificar.

Fué D. Fernando V el mas consumado y feliz político de su época; mas aun así debióle mas á su incomparable esposa que á sí mismo el haber enriquecido los anales de España con el mas glorioso de los reinados cuya memoria en ellos se conserva: tan glorioso, que ni el siguiente acertó á eclipsarle á pesar del brillo con que en la historia resplandece el gran nombre de Carlos V.

AUGUSTO DE GENRUPT.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

CLEOPATRA

REINA DE EGIPTO.

L año 41 de la Era Cristiana, Marco-Antonio que al repartir el Orbe con Octavio y Lépido se habia reservado para sí el Oriente, hallándose en Tarsis mandó á Cleopatra, por medio de su lugar-teniente Delio, la órden de comparecer en su presencia á dar cuenta de su conducta. Porque, en efecto, la Reina de Egipto habia prestado auxilio á Bruto y á Casio contra Octavio y Antonio, en la guerra civil que acababa entonces de terminarse con la muerte de los dos primeros en Filipos.

Un mes habria que la órden era dada, cuando hallándose el Triunviro administrando justicia en su tribunal, movióse súbito en torno dél insólito rumor.

Corrian las gentes, desde las orillas del rio, hablando entre sí con la rapidez y viveza familiares propias de los Orientales; mostrábanse unos á otros el horizonte, y parecian todos preocupados por alguna cosa inaudita.

Preguntó Antonio qué acontecia:

— Venus Astarte, le dijeron, viene para dicha del Asia á visitar á Baco.

MCD 2022-L5

Escasa fué la explicacion para Antonio; y sin embargo bastante á excitar tal curiosidad en la muchedumbre, que en breve se le dispersó el auditorio, corriendo unos á sus casas para dar la alarma á sus familias, y los restantes al punto indicado.

Quedóse Antonio solo en su tribunal.

¿Quién alcanzaba á producir la soledad en torno del poderoso Procónsul?

Antonio iba á saberlo.

Al son de armónicos cantos, y envuelta en nubes de perfumes, vogaba una galera, de oro la popa, las velas de púrpura, y de plata los remos. Reclinada en ella y bajo un pabellon del mas espléndido oriental brocado, veíase á una muger magníficamente vestida; aventábanla blandamente con abanicos de pluma de pavon y avestruz, niños medio desnudos, tales como los pintores figuran á los Amores; y cien esclavas ó sirvientas, unas en trage de Neréidas, y como las Gracias ataviadas otras, andaban repartidas del alcázar al aparejo de la nave. Entrambas orillas del rio embalsamadas con el aroma de los pebeteros, veíanse cubiertas por una innumerable muchedumbre caminando en pos de aquella deidad que, de un mundo desconocido, era venida á buscar altares é imponer rendimientos; y caminando así en pos de la diosa, no por precepto de esta, sino por voluntad propia y por ansia de verla y de admirarla.

Aquella muger, aquella deidad, aquella Venus Astarte, era en resúmen Cleopatra, Reina de Egipto, que llamada á recibir órdenes de Antonio, venia á dárselas.

Diez años antes habia ya hecho ensayo de su poder en un hombre harto superior á Antonio: en César.

Y ¿cómo la muger que á seducir á Antonio se preparaba, habia antes seducido á César?

Digámoslo; pues de otro modo no fuera completo nuestro retrato de Cleopatra.

Siguiendo los consejos de Teofanes de Lesbos, Pompeyo vencido en Farsalia huyó á Egipto: mas antes de desembarcar en sus playas creyó prudente dar aviso de su llegada al jóven Rey Ptolomeo.

Hallábase aquel á la sazon en Pelusa haciendo la guerra á su hermana

y á su esposa: Cleopatra era á un tiempo su hermana y su esposa.

Quince años apenas tenia entonces Ptolomeo; y diez y ocho Cleopatra, quien en virtud de su derecho de primogenitura quiso apoderarse de la autoridad suprema. Promovieron contra ella una sedicion los confidentes de Ptolomeo, y alejáronla de su esposo: de ahí la guerra.

Sabido es que al pisar la tierra de Egipto fué Pompeyo asesinado.

César, que seguia de muy cerca á su rival, dícese que lloró cuando el Embajador encargado por Ptolomeo de cumplimentar al vencedor, desenvolviendo el manto dejó rodar á sus plantas la cabeza de Pompeyo.

Las lágrimas de César fueron la sentencia del asesino.

— Aquí — dijo el conquistador de las Galias hiriendo con el pié el parage mismo en que la cabeza de su rival acababa de rodar sobre la arena; — aquí levantaré un templo á la Indignacion!

Acto continuo intimó á Ptolomeo y á Cleopatra, cada uno de los cuales tenia su ejército, que los licenciasen ambos, y acudieran á exponer ante él mismo sus respectivos derechos.

Habíase apenas César instalado en Alejandría, á donde era ido para esperar los efectos que de sus órdenes se prometia, cuando le anunciaron que un hombre pedia la gracia de ofrecerle un tapiz tal como nunca podia haberlo visto.

Accedió César: entró el postulante, que era un retórico llamado Apolodoro, con un tapiz al hombro; descargólo en el suelo, soltó la correa que lo sujetaba, y desarrollándose la alfombra por sí sola, salió de ella... una muger! Cleopatra en persona!

Aquella travesura de modista encantó á César.

No era Cleopatra precisamente hermosa, sino que lo vale mas: hechicera. Pequeña de cuerpo, pero admirablemente bien formada, era una muger llena de gracia, de coquetería, de agudeza. Lo mismo que la lengua egipcia, hablaba la griega y la latina, y las de la Siria y del Asia. La oriental magnificencia de sus hábitos enlazaba á cuantos la veian con cadenas de oro y de diamantes: era en fin la realizacion de la fábula de la Sirena, con la diferencia de tener todo su cuerpo de muger.

! Y qué muuger la que debe á la historia el nombre de la *Víbora del Nilo!*

Es de presumir que no hizo penar mucho á César, pues cuando al dia siguiente de su singular presentacion llegó Ptolomeo, parece, segun nos dice Dion Casio, que desde luego, y de ciertas familiaridades que advirtió entre el gran Romano y su hermana, dedujo que tenia el pleito perdido.

Disimuló, no obstante, el muchacho con la astucia de un raposo, no dando muestra de lo que presumia; hasta que cuando menos se pensaba, dijo adios al palacio, echándose á gritar por las calles de Alejandría que era un hombre perdido.

A los clamores de su Rey armóse el pueblo y asedió á César, quien con Cleopatra retiróse al teatro que convirtió en ciudadela.

Aquella guerra hecha por amor de unos lindos ojos, fué en lo antiguo lo que en la edad moderna la llamada de la *Fronde* en Francia.

Gran riesgo corria César en la improvisada ciudadela, de verse con Cleopatra sepultado bajo sus ruinas, faltándole la armada que en parte el enemigo, y en parte él mismo incendiaron; mas sacóle del apuro Mitridates de Pérgamo su lugar-teniente, apareciendo inopinadamente á retaguardia de los sitiadores. El ejército egipcio fué completamente derrotado, y ahogóse Ptolomeo en su fuga.

Entonces casó César á Cleopatra con otro de sus hermanos de solos once años de edad; que no fué darse un marido muy temible. El porqué, concíbese fácilmente; César estaba cada vez mas enamorado de Cleopatra; pero como durante aquellos amores estuvo el mundo á punto de deslizársele de entre las manos, hubo de resignarse á dejar á Egipto y regresar á Roma.

A los ocho meses de la partida de César dió Cleopatra á luz un infante que recibió el nombre de *Cesarion*; y seis meses mas tarde pasó á Roma con su marido, el de los once años, que no le disputaba, como el primero, el ejercicio de la autoridad suprema.

Recibiólos á entrambos César en su palacio, hízolos admitir en el número de los amigos del pueblo romano; y en el templo por él erigido á *Venus victoriosa* en memoria de la batalla de Farsalia, mandó frente á la de la diosa colocar la estatua de Cleopatra, en oro, fundida tambien por su mandato.

Tales honores tributados á una extrangera, y además *Reina*, desagra-

daron altamente al pueblo romano, tan enemigo de los *Reyes*, como lo prueba el hecho de haber sido asesinado César mismo así que el título de Rey tomar quiso.

Revelóse aquel descontento en forma tan amenazadora, que el Dictador se vió en la necesidad de hacer que Cleopatra regresara á Egipto.

Y no volvió mas á verla.

Durante la guerra contra Bruto y Casio, favoreció la Reina, como ya dijimos, á los dos republicanos.

¿Quién pudo inspirar tal simpatía á una muger como Cleopatra, por dos hombres como Casio y Bruto?

Un tercero en discordia.

Reinaba entonces en el Mediterráneo un seductor pirata, ser entre fantástico y pintoresco, que con dos mil bajeles la surcaba, vistiendo una túnica azul como las olas que ondulan de Corinto al Cyrenáico, y diciéndose, para inspirar mayor confianza á sus marinos, hijo de Neptuno.

Era aquel hombre el jóven Sexto Pompeyo.

Vióle Cleopatra en el alcázar de su *Trirrema* (galera) y parecióle bello; él por su parte encontróla encantadora; y ya que no hiciese olvidar á César, sucedióle por lo menos.

Naturalmente Sexto Pompeyo era aliado de Bruto y Casio, partidarios del Gran Pompeyo; y de ahí la simpatía de Cleopatra por los que fueron llamados *los últimos romanos*.

De ahí tambien la órden de Antonio á la hermosa Reina, mandándola comparecer á dar razon de su conducta en la ciudad de Tarsis.

Cómo llegó á ella y qué efecto produjo su llegada ya lo hemos dicho.

Desde su tribunal, donde solo y en pié le dejamos, Antonio tendia su vista sobre el conjunto del espectáculo que hemos descrito, sin discernir en él cosa alguna. Poco á poco fueron los objetos aislándose, y sus ojos se fijaron sobre la galera, centro de todo aquel inmenso movimiento. Mas así que con Cleopatra encontraron, ya no pudo Antonio apartar de ella sus miradas.

Como todos los Bárbaros—y Antonio era una especie de Bárbaro—dejóse cautivar por los ojos.

Antes de que Cleopatra le hablase ya estaba rendido.

Dijéronle á ella quién era Antonio mostrándole su persona; lanzóle una perezosa mirada, y sin mas siguió hablando con Charmione su confidente.

Dió fondo la galera; y de su costado á la orilla, tendióse un puente cubierto con una magnífica alfombra.

Levantóse entonces como á duras penas Cleopatra, y caminando perezosa y muellemente, cual si el andar le fuese insólita y exorbitante fatiga, saltó en tierra apoyada en el brazo de su peinadora.

Apenas desembarcada, llegó un mensagero de Antonio á convidarla á cenar con su dueño; mas rehusó el convite, diciendo que preferia recibirle en el palacio que para ella se habia hecho preparar.

Dicho eso prosiguió su camino sin inquietarse de si Antonio iria ó no iria. Antonio fué y quedó deslumbrado.

Sabia Cleopatra hacer de cuanto la rodeaba un cuadro admirable.

La magnificencia del salon en que recibió al Procónsul parecióle maravillosa aun á aquel hombre que creia haber visto ya todas las magnificencias del Oriente.

Del estrado llevó la Reina á su huesped á la sala del festin.

Allí una mano mágica habia sembrado las luces; por do quiera brotaban sus llamas en cifras misteriosas y en caprichosos dibujos; hubiérase dicho que era aquello la realizacion inesperada de un ensueño de algun oriental poeta.

Hasta el alba estuvo Antonio en el lecho del festin, saboreando desconocidos vinos y manjares cuyos nombres mismos ignoraba, y al separarse de Cleopatra, rogóla que á su vez quisiera ir á cenar con él; y otorgóselo la Reina.

Convocó en torno de sí el Procónsul á cuantos creyó capaces de servirle de consejeros en materias gastronómicas, inclusos bufones, cocineros, y adornistas: mas presto reconoció que todo era inútil.

Llegada la noche hubo de confesar y confesó, burlándose de sí mismo, lo grosero y mezquino de su festin; y dándose en fin en todo por vencido, postróse á los piés de Cleopatra para recibir de sus manos vencedoras la cadena del cautiverio.

MCD 2022-L5

A su vez Cleopatra en aquella entrevista hízose pronto cargo de quién era Antonio, y descubriendo en él un soldado Moro á groseras agudezas acostumbrado, descendió de su trono de diosa para bajar al nivel mas que prosáico del alma del Triumviro.

Separóse de ella Antonio loco de amor.

Olvidóse de todo: de Roma, de Octavio, de Fulvia, de la guerra de los Partos. Todo lo olvidó por amar y para seguir á Cleopatra hasta Egipto.

Hizo la Reina su entrada en Alejandría con su leon encadenado: tal era su manera de *triunfar*.

Completamente sumiso al poder de la encantadora que, sucediendo á Reyes que apenas hablaban el egipcio, sabia expresarse elegantemente en las lenguas etiópica, troglodita, hebrea, árabe, siriaca, media, griega y latina; rejuverecido al calor de su jóven amada, que á su vez supo hacerse para su Hércules una Bacante, para su soldado una vivandera, gozó Antonio con ella dias de loca embriaguez,—á que llama Plutarco *la vida inimitable* — cazando, jugando y bebiendo. Por la noche, la Reina y el Procónsul disfrazándose en trage de esclavos, corrian las calles de Alejandría, llamaban á deshora á las puertas de las casas, insultaban á los ciudadanos, aporreaban, eran aporreados, y retirábanse en fin al salir la aurora, cada vez con mas amor, por parte de Antonio cuando menos.

Durante el dia ya vogaban sobre el lago, ya iban á Canope; ora flechaban el arco, ejercicio en que Antonio era muy diestro, ora se entretenian en la pesca, arte para el Triunviro desconocido.

Por eso, impaciente en cierta ocasion, de su torpeza en él, mandó secretamente un buzo que cogiera ó se procurase algunos peces vivos, y que sumergiéndose entre dos aguas, se los clavara oportunamente en el anzuelo. Antonio tuvo entonces el placer de que tres veces se hundiera el corcho de su sedal flotante, y de sacar á la orilla otros tantos magníficos peces.

Felicitóle Cleopatra por el triunfo; pero sin caer por su parte en el anzuelo, dió tambien sus órdenes secretas, en virtud de las cuales, al cuarto hundimento del corcho de Antonio, sacó este del agua, un *arenque salado*. El buzo de Cleopatra habia sido aquella mas veloz que el de Antonio. Ganas se le pasaron á este de enfadarse seriamente, mas ella con su voz

melodiosa como un cántico, y en el dulce idioma jónico que debió ser el de la Diosa de la Voluptuosidad, díjole :

— Emperador (*imperator :* general), déjanos la caña y el anzuelo á nosotros que reinamos desde el Faro hasto Canope : la pesca para tí propia es la de tomar ciudades, vencer Reyes, y conquistar reinos.

¿ Porqué — ¡ mal pecado ! — porqué era preciso renunciar á tanta dicha ?

Porque habia que firmar en el cabo Miseno la paz con Octavio y Sexto Pompeyo — que hacen la guerra á los Partos — y además, habiendo muerto Fulvia (muger de Antonio) de un acceso de celosa cólera, que casarse con una hermana de Octavio.

Antes de partir, empero, queriendo el Procónsul formar á Cleopatra un reino, que mas tarde se proponia acaso regir con ella, reunió al Egipto toda la cuenca del mar de Siria, es decir, todos los paises marítimos y comerciantes del Mediterráneo oriental, la Fenicia, la Celesiria, la isla de Chipre, una gran parte de la Cilicia, el canton de la Judea que produce el bálsamo, y la Arabia de los Nabatienses por donde transitan las carabanas del Africa á la India.

Tan evidente adopcion de los vencidos, tan clara idolatría por una Reina, revelaron contra Antonio á los Romanos, que con supersticioso terror le vieron además sentarse al par de su *Isis* con todos los atributos de *Osiris.*

Porque, en efecto, sobre un estrado de plata hizo erigir Antonio dos tronos de oro, uno para él, y otro para Cleopatra con *Cesarion,* á quien declaró hijo de César; y aun no contento con eso, dió el título de *Reyes de los Reyes* á los dos hijos — Alejandro y Ptolomeo — que en la Reina hubo, dotanto al primero con la Armenia, la Media, y el Reino de los Partos que conquistar se proponia, y al segundo con la Fenicia, la Siria y la Cilicia.

Entrambos fueron por Antonio presentados al pueblo : Alejandro, el mayor, vestido con la túnica médica, y tocado con el gorro puntiagudo, que llamar Cydanis, y que fué siempre la corona de los Reyes medios y armenios; Ptolomeo, el menor, con ancho manto, doradas babuchas, y gorro con diadema, es decir, con el trage de los sucesores de Alejandro.

Desde el mismo dia Cleopatra llevó por su parte el trage de *Isis.*

Motivos bastantes habia en todo eso para que Octavio declarase la guerra á Antonio : pero Octavio, como hombre prudente que era, supo esperar.

Preparábase Antonio á combatir á los Partos, y podia muy bien sucederle lo que á Craso. No le faltó mucho para que así fuese.

Húboselas el Procónsul con un nuevo Rey, de quien algo podia esperarse, pues que habia comenzado asesinando á Phraates, su propio padre, y á veintinueve de sus hermanos : Antonio fué derrotado por él en efecto; pero mas discreto que Craso, en vez de retirarse por lo llano, acogióse á las montañas, salvando así de los cuarenta mil hombres con que entró en campaña, hasta diez y seis mil, segun la historia.

La ocasion era oportuna para romper con él, y Octavio se apresuró á aprovecharla.

Acusó pues á Antonio :

De haber desmembrado el Imperio;

De haber introducido á Cesarion en la familia de César ;

Y de haber hecho llevar á sus soldados — ¡ soldados romanos ! — la cifra de una Reina en los escudos.

Pintóle además siguiendo á pié la litera de Cleopatra confundido entre sus eunucos ; interrumpiendo sus tareas en el tribunal, ante Reyes y Tetrarcas, para leer los amorosos billetes que en planchas de cristal y cornalina le enviaba Cleopatra ; y dejando, en fin, cierto dia con la palabra en la boca á Furnio, un Patricio Romano, que ante él alegaba, para ir á reemplazar á un esclavo de los que llevaban la litera de la Reina.

En consecuencia y obedeciendo á Octavio, destituyó el Senado á Antonio del poder triunviral y declaró la guerra á Cleopatra.

Tal decreto fué simplemente declararse en guerra el Occidente con el Oriente, y jugar el mundo á la vuelta de un dado.

Antonio marchó contra Octavio con doscientos mil infantes, doce mil caballos, y quinientos bajeles, llevando consigo á los Reyes de Cilicia, Capadocia, Paflagonia y Tracia en persona, y cuerpos auxiliares de los ejércitos de los Monarcas del Ponto, de los Arabes, de los Judíos, de los Gálatas, y de los Medos. Un ejército de Getas estaba en marcha para incorporársele.

MCD 2022-L5

Tomó Octavio la inciativa cruzando el mar con doscientos cincuenta bajeles y desembarcando en Accio al frente de cien mil hombres.

En favor de Antonio estaba la superioridad numérica, mas en contra suya los presagios. Pisauro, colonia por él fundada en las orillas del mar Adriático, hundióse en las entrañas de la tierra; en Alba, una estatua de mármol en honra suya erigida, apareció durante muchos dias bañada en sudor tan copioso que atajarlo no fué posible ni con secarlo repetidamente; un rayo hirió en Patras el templo de Hércules, de quien Antonio se pretendia descendiente, estando en la ciudad el Procónsul mismo; al mismo tiempo derrivaba el viento en Atenas la estatua de Baco, y Antonio se llamaba á sí propio el moderno Baco como á Cleopatra la moderna Isis. El último, empero, y el mas amenazador de todos los siniestros signos, tuvo lugar en la Galera Capitana de Cleopatra, á la cual puso la Reina el nombre de *Antoniada:* ciertas golondrinas que bajo la popa habian anidado, fueron de allí violentamente arrojadas por otras que en la pelea dieron muerte á los hijuelos de las primeras.

Queria Antonio pelear en tierra: mas Cleopatra prefirió la mar para campo de batalla.

En tierra, decia, fué Pompeyo vencido en los campos de Farsalia, y derrotados Casio y Bruto en los de Filipos: mientras que en la mar *Duilio* deshizo la flota cartaginesa, César la armada de los Vénetos, y Agripa los bajeles de Sexto.

Si la flota se perdia, quedaba un gran recurso en el ejército que era duplo del de César: mas derrotado el ejército la flota solo para la fuga aprovechaba.

Era Cleopatra, por lo visto, tan consumada en la historia, como en la estrategia docta.

Obedecióla Antonio; y el Oriente vino á las manos con el Occidente en las aguas de Accio.

Durante cuatro dias la inquietud de las ondas aplazó la batalla; mas al quinto, cayendo el viento, avanzáronse una contra otra las dos armadas.

Regia Antonio con Publícola el ala derecha de la suya; la izquierda mandábala Celio.

Tambien Octavio iba al frente del cuerno derecho de su escuadra, habiendo confiado el izquierdo á Agripa.

Grande era la confianza del futuro Augusto, pues aquella misma mañana al ir á embarcarse en el bajel en que pelear debia, encontrándose con un hombre caballero en un asno, y habiéndole preguntado su nombre y el de la bestia, oyóse responder de esta manera:

« Yo, Señor, llámome *Eutycho*, y mi pollino *Nicon*. »

Respuesta que Octavio agradeció á los dioses como venturoso presagio, pues *Eutycho* quiere decir *feliz*, y *Nicon* equivale á *victorioso*.

Cleopatra con sesenta bajeles ocupaba el centro de la línea de batalla de Antonio.

Trabóse el combate, y en lo mas recio dél, dudosa aun la victoria, súbito y sin que la menor apariencia de peligro motivase una retirada, Cleopatra, haciendo desplegar las velas de su nave, emprendió la fuga atravesando por en medio de los combatientes.

Vióla huir Antonio y desfalleció su corazon.

Como lo ha dicho el poeta griego, el enamorado tiene su corazon en cuerpo ageno.

Todo lo olvidó Antonio, todo: su fama, la victoria, y el imperio del mundo; y olvidólo por seguir á Cleopatra.

Huyendo de la batalla perdióse á sí propio, y dióle el universo á Octavio.

Por la tercera vez declaráronse aquella los dioses propicios al Occidente y del Oriente enemigos.

En el proceder de Cleopatra hubo tanto ó mas que de fuga, de traicion.

Realmente la coqueta que habia sido ya dama de César y de Antonio no hubiera sentido serlo tambien de Octavio.

Su reaparicion en Alejandría asemejóse á un triunfo: las popas de sus bajeles iban coronadas de flores.

Antonio por el contrario, sombrío y silencioso, procurando evitar entonces la suerte de Pompeyo asesinado, suicidándose á ejemplo de Bruto, mandó á Octavio un mensagero ofreciéndole darse la muerte, si le prometia respetar la vida de la Reina.

Cleopatra en tanto mandaba tambien al vencedor un mensage; mas

ofreciendo abrir las puertas de Pelusa y entregar á Antonio. Como preliminar hizo poner en manos de Octavio la corona y el cetro de oro.

Habiase Antonio retirado á una fortaleza por él erigida con el nombre de Torre de Timon : mas Cleopatra, temerosa de los efectos de la desesperacion en la soledad, porque vivo y no muerto habia prometido entregarle, fuéle á sacar de allí, y llevóle de nuevo á su palacio.

Renovar en él las voluptuosas horas de la *vida inimitable*, no era ya posible; pero en compensacion inventó entonces la Reina la *Sociedad de los inseparables en la muerte!* — Esperar entre fiestas y placeres la tempestad que del Norte venia, y cuando estallase dejarse fulminar por sus rayos : á eso estaba reducido todo.

El corazon de Antonio presagiaba, empero, otro riesgo para él mas temible.

— ¡Si te perdona! si de tí se enamora! decia á Cleopatra.

Mas ella para tranquilizarle jurábale morir; y al fin de sus banquetes, ante las ánforas y los vasos, en medio de las flores y entre los perfumes, ensayaba en sus esclavas todos los venenos conocidos, para ver si al cabo daba con alguno que voluptuoso fuera.

Acercábase Octavio en tanto que eso sucedia.

Antonio recobrando el valor al escuchar los ecos de la voz de su rival, reune los restos de su ejército, le sale al encuentro, pelea con él á las puertas de Alejandría con el corage de un leon furioso, y rechaza en fin las fuerzas enemigas.

Corre en seguida á los brazos de Cleopatra, y aunque la encuentra consternada por su aparente triunfo, obstinándose aun en confiar en ella preséntale los que mas se señalaron entre sus guerreros.

Al siguiente dia la fortuna le vuelve la espalda : su caballería deserta al enemigo, su infantería es destrozada, y la escuadra egipcia se incorpora á la de Octavio.

Solo y vencido acaba de entrar en Alejandría cuando las esclavas de Cleopatra, deshechas en llanto le salen al encuentro, diciéndole que su amada acaba de suicidarse.

« Entonces, exclama Antonio, ahora me toca á mí la vez de morir, » y llama en el acto á un esclavo á quien habia dado la libertad á condicion

de que le matara cuando se lo ordenase : mas llegado el momento, el liberto, en vez de obedecerle, suicidóse.

Antonio se clavó en el pecho su propia espada; y supo entonces que Cleopatra le habia engañado, que vivia aun, y que estaba retirada con todos sus tesoros en un fortificado Mausoleo que de antemano se habia hecho construir.

Queriendo el enamorado moribundo espirar en brazos de su amada, ó á sus piés á lo menos, ordenó que á su presencia le condujeran: mas negóse Cleopatra á que se abrieran las atrincheradas puertas del Mausoleo, y hubo el infeliz herido de ser izado con cuerdas por las esclavas hasta una ventana desde la cual hiciéronle bajar hasta el fondo de aquel sepulcro.

Al descansar en él su cuerpo espiró Antonio : su postrera mirada fué de amor, su última palabra un consuelo.

Penetraron en tanto los soldados de Octavio en el Mausoleo, por la misma ventana que habia dado ingreso al moribundo Antonio.

Al verlos hizo ademan Cleopatra de herirse con un puñal que en la cintura llevaba siempre : detuviéronla el brazo, y fué lo que deseaba, siendo su intento que el César supiera que matarse habia querido.

Nada temia mas Octavio, en efecto, que la muerte de Cleopatra, pues por una parte parecíale que era aun bastante bella para figurar admirablemente en su triunfo, y por otra sabia que era inmensamente rica, y que se habia encerrado en el Mausoleo con todos sus tesoros.

Y advirtámoslo ; los tales tesoros yacian sobre una gran cantidad de aromáticas combustibles maderas, envueltas en una capa de estopas y cinamomo. Una chispa sola, y todo se le iba al César de entre las manos!

Solicitó pues una entrevista ; y Cleopatra que no deseaba otra cosa concedióla al punto.

Curiosa debió de ser aquella conferencia en que los dos mas astutos mortales entonces conocidos, se las hubieron cuerpo á cuerpo.

Cleopatra á los piés de Octavio, puso en juego todos los recursos, los encantos todos, que tan bien le probaron con César y con Antonio : pero Antonio y César eran hombres, mientras que Octavio... Octavio se ignoraba lo que era.

Como quiera, primero vagamente, luego con mas claridad, y positivamente al fin, ofrecióle á Cleopatra que le dejaria reino y poder; y retiróse en seguida.

Respiraba ya Cleopatra creyendo haber vencido á su vencedor, cuando Dolavela, uno de los tenientes de Octavio, que la habia visto y enamorádose de ella, la arrojó por la ventana un papel en que iban escritas estas palabras:

« Nada creais de lo que os ha ofrecido Octavio: dentro de tres dias os lleva consigo á Roma para que figureis en su Triunfo. »

Mostrando Cleopatra ese billete á Charmione y á Iras,—« Está visto, les dijo, que es preciso morir. Haced lo que he dicho. »

Dió entonces á una de ellas una carta para Octavio, y á la otra le dijo solamente:

—Vé y avisa al rústico que sabes, que quiero comer higos.

Obedecieron las esclavas.

En su carta á Octavio solicitaba permiso la Reina para ir á hacer las libaciones fúnebres de costumbre en el sepulcro de Antonio; concedióselo el vencedor sin recelar en ello peligro alguno.

Hízose en consecuencia Cleopatra llevar en una litera al lugar de la sepultura, que era una bóveda subterránea, bajo la cual y apresuradamente se habia erigido el túmulo.

Arrojándose á él, y en presencia de todas sus esclavas y servidoras, dijo la Reina:

— Cuando hace apenas algunos dias, mi amado Antonio, te depositó en este último asilo, aun era libre; hoy, ya esclava, hago con centinelas de vista estas libaciones sobre tus míseros restos. Temen sin duda que con mis propios golpes desfigurase yo este cuerpo destinado á glorificar la victoria de Augusto: no temas tú por tu parte que yo lo sea en la solemne pompa que para triunfar de tí se prepara. Mientras vivimos nada alcanzó á separarnos: hoy la muerte va á alejarnos á entrambos de los lugares en que nacimos. Tú, Romano, descansarás en el seno de la tierra de Egipto; á mí, Egipcia, recibiráme la de Roma, siéndome, Antonio mio, postrer consuelo el de que seré sepultada allí donde tú viste la luz por vez primera. Si algun poder, si alguna fuerza tienen los Dioses en tu patria,

ya que los mios nos han hecho traicion, consigue de ellos que tu espíritu no me abandone; no sufras que de tí se triunfe, llevándome á mí atada al carro del triunfador. Ocúltame aquí; dame lugar en la tumba y á tu lado; porque entre las infinitas penas que me abruman, es la mayor y mas intolerable, el breve tiempo que obligada me he visto á vivir sin tí!

Habiendo así desahogado su dolor, besó Cleopatra el sepulcro, coronóle de flores, y mandó que le preparasen un baño, tomado el cual sentóse á la mesa en que le fué servido un opíparo banquete.

Mientras Cleopatra cenaba, presentóse á la puerta del Mausoleo un rústico del campo procedente, pidiendo ver á la Reina; y como los centinelas le detuviesen, él mostrándoles un cestillo que en la mano llevaba, hízoles ver con levantar las hojas que le cubrian, que iba lleno de magníficos higos.

— Llevo, les dijo, frutos para los postres de la Reina.

Con que los soldados le dejaron pasar.

— Aquí está el hombre; murmuró Iras al oido de la Reina.

Palideció Cleopatra, mas volviéndose para buscar al rústico que apenas visible permanecia en el sombrío dintel de la puerta,—Acércate —le dijo.

Obedeciendo el campesino adelantóse hasta entrar en la esfera luminosa que á la Reina circundaba.

— ¡Conque eres tú! exclamó Cleopatra suspirando.

— Yo soy, respondió el hombre.

—¿Y los higos?

—Aquí están.

Mandó entonces la Reina poner el canastillo sobre la mesa, y no sin vacilar decidióse á levantar ella misma las verdes hojas con que la fruta iba encubierta.

Entre dos higos movia un *áspid* su cabeza aplastada y negra, tan horrorosa como pequeña.

—¡Ah! exclamó Cleopatra, al fin viniste!

Y acercó su brazo al venenoso reptil, que le mordió en el acto.

— Ya es tiempo, dijo entonces, de llevar á César mi segunda carta.

En ella anunciaba Cleopatra á Octavio su muerte, y le pedia que con Antonio la hiciera sepultar.

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

El primer impulso del César fué el de correr á informarse y ver con sus ojos la verdad del hecho: pero temiendo caer en algun lazo, decidióse á enviar primero algunos de sus soldados.

Ignoraban cuanto ocurria los que las puertas del Mausoleo custodiaban.

Los enviados por César penetraron presurosos en el fúnebre recinto.

Cleopatra, revestida de su regio traje, estaba cadáver ya sobre un trono de oro; Iras, que de espirar acababa, yacia á sus plantas; y Charmione espirante aderezábale á su señora en la frente la diadema que en las convulsiones de la agonía se le torciera.

— ¡Oh! exclamó uno de los enviados del César, esto es bellísimo, Charmione!

— Bellísimo sin duda, y digno de una muger descendiente de tantos y tan grandes monarcas!

Respondió la esclava, que fiel hasta mas allá de la muerte, rodó cadáver á los piés de su señora, apenas dichas esas palabras.

Así vivió y murió Cleopatra, Reina de Egipto.

ALEJANDRO DUMAS.

G. Staal. W. H. Mote

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

CATALINA SEGUNDA.

No tuvo el siglo XVIII dos soberanías que tan soberanas fuesen como las de Voltaire y de Catalina II; y entrambos parecian sentirlo así reconociéndose recíprocamente grandes. Mientras que el filósofo se engalanaba con los viriles arreos de la Emperatriz, esta en su parque imperial Czarsko-Zelo, mandaba edificar una copia de la Quinta de Ferney. Tal en la epopeya de Virgilio vemos á la desterrada Andrómaca complacerse en contemplar en Pérgamo una Troya en miniatura, y plantando en las orillas de un arroyo sin nombre los arbustos mismos que daban sombra á las sagradas márgenes del Simoente.

A Catalina II hay que mirarla desde muy alto y de lejos como á todas las grandes reputaciones, como á todos los edificios monumentales; no convienen á la historia los personages en mangas de camisa, ni la verdad desnuda; por eso sin duda alguna llama Byron á Clio, *la descarada embustera.*

En la corte de un Rey, dice Horacio Walpole, gobiernan las mugeres; y los hombres en la de una Reina. Horacio Walpole no supo adivinar á

Catalina, que supo conservarse siempre Emperatriz, aun sucumbiendo á sus pasiones en el torrente de sus amantes. Detrás y dentro de la muger, habia en ella un hombre, que era el que en conversacion familiar con su filósofo favorito, Diderot, allá al amor del fuego en la que llamaba su *ermita*, solia decirle, si vacilaba el Enciclopedista en dar rienda á su francesa y no muy púdica facundia: « Adelante, Diderot, adelante; que » aquí estamos *entre hombre solos!*

Precisamente el genio de Catalina consistia en ser *filósofo* con Diderot y Voltaire, Rey con Federico II y con José II, *matemático* con Euler, *soldado* con Sowarof, *cortesano* con los grandes señores, *diplomático* con los Embajadores, y *muger* (Byron lo dice mas claro todavía) con Poniatowski, Gregorio Orloff, Wasilictschikoff, *Potemkin*, Zawadoffsky, Rymsky Korzakoff, Zoritz, Lanskoï, Yermoloff, Momonoff, Platon y Valerio Zouboff, y todos los demás cuyos nombres calló la historia.

Citemos, por egemplo, la historia de Mitrowitch, comenzada como un idilio pastoril á imitacion del de Dafnis y Cloe, y desenlazándose en el cadalso como un drama romántico. — Ivan IV habia sido enterrado en vida con dos esbirros á quienes se dió órden de matarle si alguien intentaba sacarle de allí, y muy especial sobre todo, de no dejar con vida á los que tal intentasen. Mitrowitch acometió la empresa, fiado sin duda en el amor de la Emperatriz, y los ministros de esta cumpliendo la primera parte de las órdenes recibidas con dar muerte á Ivan, no osaron sin embargo asesinar al favorito. Rindió este tranquilamente su espada esperando tal vez recibir en cambio de la diestra imperial otra guarnecida de diamantes; pero Catalina que no tenia el amor agradecido, rasgó impúdica la última página del pastoril idilio, arrojándola friamente en la sangre del amador infeliz. Mitrowitch, condenado á muerte, perdió la vida en el cadalso diciendo como cierto filósofo de la antigüedad: « — No lo entiendo!! » — « ¡No lo entiende! decia para sí Catalina sintiendo los desordenados lati- » dos de su ardiente corazon. ¡No entiende ese hombre que yo tengo vida » para cien pasiones, y él una sola que darme! »

A pesar y en medio de todas sus fragilidades, Catalina no quiso nunca desprenderse de su soberanía: daba su persona, jamás su poder. Isabel

entregaba la Inglaterra á sus amantes (1), y tenia que decapitarlos para recobrar el cetro : Catalina no se vió nunca en la necesidad de cortarles la cabeza, porque teniendo por una parte la intuicion perfecta del despotismo, y por otra pleno conocimiento de la tiranía del amor, se guardó siempre muy bien de celebrar consejo de ministros en su alcoba. — La Semíramis del Norte — que como la oriental tuvo tambien que habérsela con la ensangrentada sombra de Nino — acordábase del Asia sin duda al abrir sus manos de tesoros llenas, para anonadar bajo el peso de sus dones á los que nunca acertaron á llenar el inmenso vacío de su corazon insaciable.

Oigamos sobre ese punto á Byron, cuando para presentarle á su *D. Juan*, la pone en escena.

« Preguntábanse unos á otros los Embajadores de todas las grandes Potencias, quién era aquel recien llegado mancebo, que segun las muestras iba á ser *grande*, en pocas horas; lo cual es muy rápido, por mas que la vida sea corta. Veian todos ya su habitacion inundada por un argentino diluvio de rublos, sin contar las condecoraciones, ni el don de algunos millares de siervos.

» Catalina era generosa, como lo son todas las mugeres de su especie. — El Amor, — que es el gran clavero del corazon y quien tiene el secreto de abrir todas las vias que á él conducen, de cerca como de lejos, todas las barreras y portazgos que en el camino se encuentran — el Amor á pesar de su maldita pasion por la guerra y de no ser la Emperatriz tampoco un modelo de esposas, á menos de que por tal tomemos á Clitemnestra ; y sin que esto sea decir que no valga mas que uno de los esposos muera, que arrastrar entrambos las cadena — el *Amor* habia aconsejado á Catalina que enriqueciera á todos sus amantes, en lo cual se diferenciaba de nuestra *semi-casta* Isabel (de Inglaterra), cuya avaricia resistíase á todo género de gasto, si dice en esto verdad *la descarada embustera,* que llamamos *Historia*. En todo caso, y aunque estuviera demostrado que el dolor

(1) Parécenos que el autor procede en este juicio con alguna precipitacion ; Isabel no por ser menos impúdica, cuando menos que Catalina, se mostró mucho mas *amante*, mucho mas tierna que Catalina. El amor no fué nunca mas que una debilidad física en entrambas. *(N. del T.)*

de haber hecho decapitar á uno sus favoritos (Essex) abreviase la vejez de *Isabel*, todavía su vil y ambigua coquetería, no menos que su tacañería, la hacen el padron de su sexo, y la mengua de su alta clase. »

El siguiente curioso *Presupuesto de Gastos* de los amores de Catalina dará una idea de su generosidad con sus favoritos.

	Rublos.
A los cinco hermanos Orloff, además de regalarles 45,000 siervos, les dió en palacios, joyas, vajilla y dinero.	17.000,000
A Wissensky, Oficial de Guardias, en dos meses próximamente que estuvo en favor.	300,000

	Rublos.	Rublos.
Wasiclitschicoff, Teniente y no mas de la Guardia Imperial, recibió en los veintidos meses que duró su gracia :		
Una finca con 7,000 siervos valuada en.	600,000	
En dinero.	100,000	
En joyas.	60,000	
En vajilla.	50,000	
Un palacio amueblado.	100,000	
Una pension de 20,000 rublos ; su capital próximamente.	200,000	
Es decir, además de la cruz de San Alejandro-Newski, una suma de.		1.110,000
Potemkin, en los dos primeros años de su reinado recibió, unos 9 millones de rublos, acumulando despues inmensas riquezas en la adquisicion de grandes propiedades en Polonia y en todas las provincias de la Rusia. Tenia además un armario lleno de oro, de pedrería, y de billetes de los Bancos de Londres, Amsterdam y Venecia. Calcúlase su caudal en.		50.000,000
	Suma	68,410,000

		Suma anterior 68.410,000
	Rublos.	
Zawadoffski, en diez y ocho meses que fué favorito obtuvo: en Polonia una finca con 2,000 siervos, otra en Ukrania con 6,000, y varias en Rusia con 18,000. Estímase el valor de todas ellas en la suma de.	1.000,000	
Recibió en dinero.	150,000	
En vajilla.	50,000	
En joyas.	80,000	
Y una pension de 10,000 rublos anuales.	100,000	
Todo lo cual importa como se ve.		1.380,000
Total.		69.790,000

Para abreviar la vergonzosa cuanto elocuentísima adicion de los tesoros prodigados pero vanamente arrojados por Catalina para saciar su torpe apetito en el festin de lo que ella amor llamaba, digamos de una vez que no baja de 400 millones de rublos la suma de lo así derrochado. Al Cupido de servicio hacíale siempre su ministro *interino* de Hacienda; y como la *interinidad* nunca fué larga, parece que los agraciados se daban prisa para aprovechar el tiempo.

Catalina fué hermosa largo tiempo, ó por mejor decir, lo fué siempre: hermosa no solamente por la dominadora belleza que en las altas inteligencias resplandece, sino tambien, aunque de orígen aleman, por la pureza y correccion de las formas, si hemos de dar crédito á su busto hecho por el escultor Falconet, á un cuadro del Museo de Versalles, y á Diderot, en fin, que era un retratista de mano maestra. Como acostumbraba á vestir alternativamente con el propio de su sexo el traje del nuestro, necesitaba y tenia una figura á propósito para representar airosamente ambos papeles. Y en efecto, lo que de altivo pudiera en su perfil tacharse, templábalo con lo hechicero de la sonrisa, y la voluptuosidad de los ojos azules, que la blancura de sus dientes no desmentia. Su porte, siempre

airoso, era el de Juno en los campos de batalla, el de Diana en los sombríos bosques de su Ermita. De escasa estatura la habia hecho la naturaleza, mas Catalina tenia el arte de parecer alta; ó mas bien la magestad, de que no prescindió nunca, serviale de pedestal y levantábala. Eran negras sus cejas, y con el contraste mismo, realzaban la trasparencia de sus ojos celestes; el cabello, de color indeciso, siempre empolvado, y algunas veces de lentejuelas de oro sembrado, flotábale en rebeldes ondas en torno del cuello. — Ordinariamente era su tocado, una especie de cofia pequeña y de piedras preciosas cubierta; y casi nunca se la veia sin un magnífico collar de perlas, y unas arracadas de diamantes de deslumbrador efecto. Arrebolábase el rostro, segun la moda de aquel tiempo, mas aborreciendo de muerte ciertas narices rubicundas, diz que por efecto de excesivos sacrificios á Baco, casi nunca probaba el vino. Verdad es que la *mesa* no era su pasion favorita, ni mucho menos. Desayunábase, en efecto, con los ojos mas que con la boca, limitándose á aspirar el parfume de la caza de sus imperiales parques, y á engañar el apetito, ya con fruta de la estacion, ya con la conservada, y tomando para postre un bizcocho, cuando mas, mojado en chocolate ó en vino de Chipre. A mediodía probaba de todo, pero de nada comia; y por la noche asistiendo á la cena, ora de un amante, ora de un personage convidado, rara vez tomaba asiento á la mesa. Aquella hora era la de las ambiciones ocultas, cuando no la de las habituales voluptuosidades.

Byron, que nos ha descrito á Catalina en el cenit de su hermosura, nos la pinta de ojos *azules ó pardos;* Rulhiere nos dice que eran *castaños.* ¿Porqué los llama negros el Príncipe de Ligne? En mi sentir los tuvo realmente verdes, pero de ese verde mar, indeciso y tornasolado, que pasa del azul al negro, segun que el espíritu tambien pasa de los tranquilos lagos y constantes vientos, al cabo de las tormentas. Minerva, Mesalina y María Estuarda tenian así los ojos, y por ellos y con ellos triunfaban.

Déjase Byron ir, con su Don Juan, á detallar con delectacion morosa las bellezas de Catalina, comparando sus formas á frutos sazonados que ya por sí mismos de la vid se desprenden: pero no le seguiremos nosotros cuando osadamente entreabre un hechicero jubon á manera de casaca de terciopelo verde, por la Emperatriz misma dibujado, ni menos en sus

mas que temerarias cuanto voluptuosas incursiones, á encantados sitios que á describir se atreve.

Émula de Luis XIV y tan gran Rey como él, tuvo Catalina tambien su Trianon y su Marly, en la quinta de la *Ermita*, que era al palacio imperial moscovita, lo que aquellos reales sitios al de Versalles. La tal Ermita, en resúmen, era un verdadero jardin de Armida, poblado de exóticas flores de Italia y Francia importadas, lleno de prodigios del arte en pintura y escultura, de igual procedencia; con teatro, en cuyo *patio* se aglomeraban héroes y filósofos; tal y tan seductor, en fin, que viageros, príncipes y poetas, en pisando sus umbrales, creíanse en un palacio encantado, y una vez dentro, deslumbrados por tanta magnificencia, y por tantos prestigios cautivados, ni buscaban ni veian la puerta para salir del mágico recinto. Catalina ostentaba en aquel palacio lo que pudiera llamarse el lujo del lujo, comenzando por el vestíbulo, verdadero museo de pinturas, ó mas bien de obras maestras; y concluyendo en los dos salones y en el comedor, únicas piezas de aparato de su mansion favorita, y que si bien en número al parecer escasas, y en proporciones no muy extensas, como nunca la Emperatriz convidaba mas que la flor y nata de la corte. y á ningun criado le estaba permitido mostrarse para nada en aquel privilegiado cenáculo, ni aun para servir á la mesa, jamás le faltó sitio para espaciarse á sus anchas á la ilustre concurrencia. A una señal, como la de costumbre en los teatros, surgia del piso aderezada y florida una mesa que Lúculo envidiara, y á la mas sibarita de las modernas Aspasias de París tentara: faltaban empero siempre en el servicio los postres, las regaladas frutas de mas favorecidos climas, lo cual disculpaba Catalina diciendo: « Lo siento; » pero no comereis fruta, hasta que yo tenga una casa de campo en Cons- » tantinopla. » Diciendo así, levantábase de la mesa, y seguida por todos sus convidados, pasaba á su jardin de invierno, en el cual, por mano de hábiles jardineros ó mas bien lisongeros cortesanos, estaban las cuatro estaciones como encadenadas. Cada cual cogia de la vid el racimo, del árbol el fruto, y el milagro estaba hecho.

Mas no eran solas las producciones vegetales del Occidente y Mediodía las que en la Ermita se encontraban; sino que tambien se habian allí aclimatado las mas lozanas plantas de la inteligencia europea. A la apasionada

declamacion de Diderot, sucedia la lectura de una carta del Rey de la Filosofía, Voltaire; en los intermedios el Príncipe de Ligne, discreteaba ingenioso, ó el Conde de Segur cantaba alguna cancion; para fin de fiesta Bernardino de Saint-Pierre (en San Petersburgo el *Caballero de* Saint-Pierre) leia, para seducir á cierta Condesa polaca, algun trozo de sus *Armonías de la Naturaleza*, con lo cual la seducida era toda la concurrencia.

Nadie sabia ordenar una fiesta como Catalina, que en esa parte se dejó muy atrás á Fouquet en Vaux, á Luis XIV en Versalles, y á Francœur en la ópera. ¿Citaremos, como ejemplo, las que celebró para obsequiar al Príncipe Enrique de Prusia?—Dos mil trineos, precedidos por uno colosal, tirado por dieciseis caballos, y cuyos prismáticos espejos reflejaban la deslumbradora blancura de la nieve, y ocupados por una *comparsa* monstruo, (y decimos comparsa porque sin careta y dominó á nadie se recibió en la fiesta) trasportaron á Catalina, al Príncipe y á los cortesanos, en realidad casi á las puertas de S. Petersburgo, mas en la apariencia á darle vuelta al mundo. Sembrado el camino de pirámides y arcos triunfales, ofrecia de cuarto en cuarto de legua, á los bienaventurados viageros el descanso y regocijo de campesinas fiestas, variando de una á otra los trages de los supuestos aldeanos, el aspecto de chozas, tabernas y caseríos, y el género de bailes y de juegos, como si entre estacion y estacion mediase la distancia que separa á los flamencos de Teniers y de Rúbens, de los árcades imaginarios que pintaron Watteau y los de su escuela.

Una circunstancia, sin embargo, debemos señalar por idéntica en todos aquellos fantásticos lugares: la de tener en todos ellos la alegría el carácter de libertad y elástico desenfado, en que buscaban los Soberanos del siglo XVIII, una compensacion á los afanes del reinar inseparables.

Citanse del Príncipe de Prusia en aquella ocasion dos observaciones que, la una por picante, hizo sonreir á Catalina; y la otra por voluntaria ó casualmente profunda, pudo darle en qué pensar, y mucho. — En cada país, observó en efecto Enrique, hay su modo especial de levantar la pierna en las danzas, y el brazo bebiendo; pero en todos es idéntica la manera de besarse. La Emperatriz, que lo entendia, encontró que el dicho era filosófico; en cambio halló político el que á referir vamos. — Dignóse la Emperatriz en un alto, bajar del trineo para bailar con sus esclavos— todavía

la discípula de Voltaire no les habia intimado que no queria tener mas que súbditos — y, en efecto, entregóse sin reserva á la compasada alegría de la *Polonesa*, especie de marcha coreográfica, todavía muy en favor en la corte de los Czares. Concluida la danza dijo el Príncipe á la Emperatriz : « Nada sienta tan bien á V. M. como el dirigir la Polonesa (polaca). » Quizá Catalina, mientras bailaba, habia estado pensando mas en la *Polonia* que en la Polonesa ; y el cumplimiento de su ilustre huésped, fué para su ambicion un rayo de luz, que reflejándose en el mapa de Europa, le sugirió la idea de reformarla próximamente. ¡ Quizá despues de bailar juntas la Rusia y la Prusia, resolvieron sentar tambien ambas la planta en la infeliz Polonia !—De hecho, algunas de las cartas de Federico II que han visto la luz pública recientemente, dan á nuestra leyenda un gran carácter de probabilidad y aun de certidumbre.

¡ Debilidad singular la que á señalar vamos ! Catalina, con ser dos veces Reina, una por sus gracias, y por su corona la otra ; no pudiendo olvidar nunca que si de la mas pequeña de las cortes de Alemania habia pasado á ocupar el trono de todas las Rusias, debíaselo exclusivamente al gran Rey del ingenio, Federico II, imaginóse que ignoraba las leyes de la etiqueta cortesana y que era incapaz de reinar en los salones del gran mundo. Mezquina preocupacion que la llevó á escribir personalmente y pidiendo instrucciones para dirigir su Academia de Fieras moscovitas, á una Madama de Geoffrin, gran profesora de ceremonias á la sazon en París — ¿ Para que necesitan las Catalinas y los Napoleones, á los maestros de ceremonias ? La naturaleza les ha enseñado cuanto necesitan para que toda la grey cortesana, de grado, y por fuerza la que no lo es, se doble flexible ó vencida en su presencia.

No nos aventuraremos ni en la *Iliada* ni en la *Odisea* de Catalina ; en ambos poemas abundan con exceso, como en los de Homero, los falsos Dioses y las Nieblas, y hay dos Olimpos que es demasiado para un cielo. Digamos, pues, sencillamente en primer lugar, que no se llamaba Catalina, sino Sofía-Augusta-Dorotea de Anhalt-Zerbst, y que nació en Stettin, el año 1729, hija del Príncipe Cristiano-Augusto, pariente cercano del Rey de Prusia. Este, de acuerdo con la Emperatriz de Rusia, Isabel, en las mocedades de entrambos diz que su amada, preparó ó mas bien conspiró

la union de su sobrina, con Carlos, Duque de Holstein-Gottorp, sobrino tambien, y además presuntivo heredero de la Czarina. Los dos contrayentes, nacidos en la secta luterana, hubieron de renunciar á ella por el dogma griego, y al ingresar en el gremio de aquella cismática Iglesia, tomaron los nombres, ella de *Catalina Alexiowna,* y él de *Pedro Federowitch.* — Hízose la boda, mas bajo tristes auspicios : hay quien pretende que no fueron para el esposo las primicias del amor de la desposada ; y de todas maneras esta tardó poco en tener por notorio amante á Soltikoff, de quien no nos aventuramos á decir que fuese el primero,

A la muerte de la Emperatriz Isabel, permitió Catalina á su marido Pedro III, que ciñera la imperial diadema, proponiéndose desacreditarlo antes de herirle. A la verdad para conseguirlo bastaba él solo ; pero á mayor abundamiento, ¿ cómo habia de tardar en caer despeñado cuando las Princesas vendian sus favores á precio de la traicion contra el Emperador, y cuando la Emperatriz misma no escrupulizaba en pagarle adelantado á Gregorio Orloff, el diezmo de su futuro y ya inminente encumbramiento? La tempestad estalló sobre la cabeza del desdichado Pedro III. Catalina de uniforme, y á caballo al frente de las tropas insurrectas, hizo ver á la Rusia que en el matrimonio que ocupaba el trono, ella era el verdadero soberano. — Trabóse la batalla de poder á poder ; huyó Pedro en el primer lance; confesóse vencido y pidió misericordia luego á los vencedores: pero Catalina no supo ni quiso perdonar al hombre que no habia sabido enamorarla. Pedro, reducido á prision, fué por Alejo Orloff y por Teploff emponzoñado ; mas como el veneno no obrase tan activamente cual se deseaba, Baratinski, en un arrebato de celo por la Emperatriz, ahorcóle con una servilleta. Catalina que hizo noche en Peterhof, la de la catástrofe, no perdió, como se ve, la jornada.

Para anunciarle la muerte de Pedro al vulgo que, si no lo cree siempre todo, tiene las mas veces que contentarse con lo que se le quiere decir, publicóse á son de trompa por todo el imperio, la curiosa proclama que á continuacion copiamos.

« Al séptimo dia de nuestro advenimiento al trono imperial, avisósenos » que el ex-Emperador se hallaba atacado de un violento cólico, como en » tiempos anteriores solia con frecuencia acontecerle. Por tanto, para no

» faltar á la obligacion que nos impone la Religion de Cristo, ni á la santa » ley que nos prescribe conservarle la vida á nuestro prójimo, ordenamos » que se le enviara inmediatamente cuanto pudiera ser conducente á pre- » venir las consecuencias de enfermedad tan peligrosa, y á procurar el in- » mediato alivio de sus padecimientos. Ayer, sin embargo, hemos sabido, » con sincero dolor y gran pesar nuestro, que le plugo al Omnipotente ter- » minar su carrera; hemos en consecuencia dispuesto que su cuerpo sea »depositado en el Ministerio de Newski, y allí tenga sepultura.—Al mis- » mo tiempo exhortamos á todos nuestros fieles súbditos á que den al di- » funto el último adios, olvidando lo pasado, y rogando á Dios por su alma; » así como tambien á ver en el inesperado fallo del Todopoderoso, un » efecto de los inexcrutables designios de su Providencia en cuanto á *Nos*, » á nuestra corona imperial, y á nuestra cara patria. »

La misma muger que, con tan odioso desenfado, escribia esa *esquela* dando parte á su pueblo y á la posteridad, del por ella asesinado consorte, enterneciase, algunos años después, al recibir el postrer adios de Diderot. Catalina, en verdad, no sabia amar mas que lo grande: pero aunque Pedro III tuvo para ella el crimen de ser un hombre adocenado, no por eso es menos atroz, ni menos infame, la culpa de la adúltera homicida.

Si cabe la grandeza donde la virtud falta, Catalina fué grande como Soberano; y no solo se hizo la continuadora del *gran Pedro*, sino que podria llamársela *su Catalina*, en vista del perseverante afan con que procuró realizar hasta los ensueños de aquel Hércules de la civilizacion moscovita. Así, al poner el viagero la planta en San Petersburgo, lo que mas vivamente le impresiona, lo que mas hondamente le conmueve, es leer en el zócalo del colosal monumento á la memoria del grande hombre erigido, esta inscripcion, lacónico resúmen de la historia de dos importantísimos reinados:

« A Pedro Primero
» Catalina Segunda. »

El luminoso espíritu de Pedro el Grande ardia, en efecto, en el fecundo seno de la que fué por sus contemporáneos llamada la *Madre de la Patria;* y que, segun el Príncipe de Ligne, llevaba siempre, á manera

de talisman consigo el retrato de su glorioso predecesor modelo, sacándole del seno cuando quiera que algun acontecimiento notable ocurria, y preguntándose á sí misma : « ¿Qué haria, qué diria, si viviese y aquí estuviera? »

No aspiraba á menos aquella ambiciosa muger que á coronarse, émula de la remota magestad de Irene, Emperatriz de Oriente, en Constantinopla : pero faltóle tener á mano un Carlo Magno. La imaginacion se pierde en lo inmenso de la gloria posible, si anticipándose á los tiempos floreciera entonces el Carlo Magno de la edad moderna, y el Universo en dos Imperios otra vez dividido, se unificase y pacificara en todos sus ámbitos (1) bajo la generosa influencia de Catalina II y Napoleon I. Si Catalina no subió á tales alturas, abrió por lo menos mas de una via á sus sucesores para que á la cumbre de su ambicion llegaran, designándoles además claramente cuál debia ser el blanco á que dirigiesen sus tiros, y enseñándoles la manera de no perderlos. La toma de Otzakoff y la de Ismail, la division de la Polonia, la táctica diplomática con los Gabinetes de Inglaterra y Francia, la invasion de la Crimea, y todos los actos así políticos como militares de su largo reinado, acercaron indudablemente á la Emperatriz á los puertos del Bósforo, cuya adquisicion tanto recomendara á sus Nietos el guerrero civilizador del Norte.

Ya la hemos llamado Semíramis : pero ¿no tuvo algo tambien de *Cleopatra* nuestra Catalina? ¿No contrastan, y ventajosamente acaso, con las maravillas de la navegacion por el rio Cidno, los prestigios del romanesco, aunque en el fondo político tambien, viage de Crimea? — Por la sangre de Ifigenia estaban consagradas las playas que atravesó la imperial comitiva, los Aquiles no faltaban en ella, y por Agamenon llevaron siempre la heróica sombra de Pedro el Grande : mas sobre ese fondo oscuro de las severas amonestaciones de la historia, destacábanse en vivos colores las fantásticas visiones de las Mil y una Noches. — Leamos, para comprenderlo bien, una página del Príncipe de Ligne, el mas gracioso de los *Tristanes* de la moscovita *Tabla redonda*.

« Durante muchos dias (dice) caminamos por interminables desiertos,

(1) Dejamos al autor los goces todos, como la responsabilidad moral de sus fantasías; por nuestra parte no le deseamos *Dueños* sino libertad al Universo. *(N. del T.)*

» primitivamente habitados por hordas de Tártaros; acampando al fin » de cada jornada en tiendas todas con las armas de S. M. blasonadas, y » en los cuales hallábamos siempre, amen de opíparos banquetes, todo » el refinamiento del lujo asiático. A cada ciudad por donde pasó, hízole » la Emperatriz regalos por valor de cientos de millares de rublos; leguas » enteras de los campos resplandecian iluminadas artificialmente; cada » noche teníamos un baile, ó una fiesta de pólvora. Mi oficio, fué, » durante los dos últimos meses, arrojar dinero á la multitud por la » ventanilla del coche; y en eso se han invertido por mi mano muchos » millones! »

El Duque de Lauzun, entusiasta de Catalina y apasionado de *María Antonieta,* quiso inspirar á la Reina por medio de la Emperatriz; y en efecto esta, figurándose que las almas grandes nunca mueren, creyó tambien que podria trasmitir su propio trascendental pensamiento, á la hija de la gran *María Teresa,* en aquella época de trasformacion social en que la Providencia, propicia á los pueblos, no habia dejado en todos los tronos mas que sombras de Reyes.

La Reina infeliz de Francia, que estaba por su desdicha predestinada á no ser grande mas que al morir en el cadalso, ó no quiso escuchar, ó no supo comprender, desvanecida con los idilios de Trianon, los sabios consejos del oráculo del Norte.

Catalina, la muger que reinó sobre quinientas cuarenta ciudades ó villas, cuarenta y dos vastas provincias, innumerables islas desde Kamtchatka hasta el Japon, y ochenta millones de esclavos (que esclavos eran realmente); murió sin embargo sola, absolutamente sola, sin que un siervo siquiera la asistiese para sostenerle en su agonía aquella cabeza, en que, aun al helarse sobre la montuoria almohada, bullian ardientes las visiones por Pedro el Grande concebidas, y ante Nicolás al espirar desvanecidas (1): Constantinopla rusa, y el Mar Negro convertido en un lago mediterráneo moscovita, y solo para el solaz marítimo de algun futuro Patemkin reservado.

Sí, Catalina murió en la soledad: pero al menos sin la intervencion y

(1) Deseamos que así sea: pero en verdad no nos parecen tan definitivos como al autor los resultados de la campaña de Crimea. *(N. del T.)*

asistencia de los verdugos que ahorcan como á su marido Pedro III, ni de los sicarios que con el puñal asesinan como al Príncipe Ivan en Schlusselburgo.

¿Quién veudrá á hablarnos ya de la infalibilidad, del origen divino de los presentimientos en el corazon humano? Aquel dia, el de su muerte, Catalina se levantó alegre; y después de tomar el café, como su amigo Voltaire, habia leido un distico de su general Souwaroff, recien llegado á la corte triunfante y glorioso de la horrible matanza de Ismail, cuando cayó súbito á impulso de un fulminante ataque de apoplegía. Así murió tambien el Duque de Orleans, Regente de Francia; pero ese tuvo al menos á su lado á Madama de Falaris, *su confesor de cámara,* mientras que al lado de la Emperatriz no se hallaron ni Valeriano Zouboff, favorrito de servicio, ni su médico Rogerson, ni confesor de ninguna especie, que para la ilustre alumna de los enciclopedistas era inútil tal oficio.

Hase dicho que Catalina protegia á los literatos, por amor de su propia gloria, no por amor á las letras; y parécenos no se ha dicho con razon, pues si bien no escribia con la perfeccion de Madama de Sevigné, por lo menos revélase en cuanto de su pluma ha salido, la cultura del ingenio, y cierto sabor al arte, propio solo de los iniciados en los misterios de las Musas. Sus cuentos, recopilados por Grimm, no son despreciables; y su traduccion del Belisario prueba evidentemente que tenia todo el valor literario que se necesita para tan prolija tarea. Si la *Enciclopedia* se viera proscrita, parece indudable que hallara cordial asilo en el palacio imperial, pues con evidencia hubiera Catalina preferido tener cerca de si á los resueltos obreros de la Filosofía, y calentarse directamente con el calor de su ciencia, que verse como lo estaba limitada á contentarse con el lejano reflejo de las llamas de aquella inmensa fragua de las Revoluciones.

Todo el mundo sabe la exquisita delicadeza con que se condujo al comprarle á Diderot, necesitado, su Biblioteca, para pagarle el precio convenido, y no privarle son embargo de sus libros. Una Emperatriz no podia hacer menos, pero bien pudo no haberlo hecho tan bien como lo hizo.

Hay además otra prueba irrecusable de que la predileccion de Catalina recaia realmente sobre la Filosofía misma, mucho mas que en los Filósofos; y es la oferta de cien mil francos anuales que le hizo á d'Alembert,

para que fuese ayo y preceptor de su hijo. — Rehusó el ilustre personage, por *filosofia,* segun dijo : pero engañóse lastimosamente, pues lo que como verdadero filósofo debia hacer, era aprovechar la rara ocasion que se le presentaba de inspirar sus doctrinas á un futuro Emperador, y hacer de él tal vez un Marco-Aurelio. Y la correspondencia de Catalina con Voltaire — la famosa correspondencia que la Emperatriz anteponia á todos sus negocios, á todos sus placeres — ¿ no es tambien irrecusable testimonio de su aficion á los ejercicios del ingenio ? — « Mi *Catalinota* » (Catau), sola decir en sus momentos de buen humor el filósofo de Ferney — » es » amiga de los Filósofos : su marido aparecerá culpable á los ojos de la » posteridad ! » (1)

Nada le era imposible á la Soberana del Norte : ella, como Napoleon, hizo un código; ella creó Academias y escribió cuentos filosóficos; ella

(1) Como muestra de la correspondencia entre Catalina y Voltaire copiamos á continuacion dos cartas ; una; la primera, del autor de la Jaira (Zaire) á la Emperatriz; la segunda de la Czarina al filósofo. — Escribia Voltaire : « Dia vendrá, Señora, siempre lo digo, » en que toda luz nos venga del Norte : por mas que V. M. I. se resista, yo la declaro » *Estrella*, y estrella es, y estrella será. Las tinieblas *cimmerienses* (*), limitaránse á » España (**) y aun allí acabarán por disiparse. No será V. M. ni cebolla, ni gata, ni » becerro de oro, ni buey Apis, porque no pertenece al género de los dioses que se » comen, sino á la especie de los que dan de comer á los mortales. Haceis, Señora, cuanto » bien os es posible, dentro y fuera de vuestros dominios; por eso os harán á Vos, en vida, » el apotéosis los sabios, y por eso vivireis largos años, lo cual vale mas que divinizarse. » Si quereis hacer milagros, obrad el de que la Rusia tenga un clima templado siquiera ; » y en verdad que cuando considero todo lo que V. M. está realizando de prodigios, estoy » por creer que por pura malicia solamente no verifica ese cambio que yo le pido interesa- » damente, lo confieso, pues así que vuestro Imperio baje del grado 60, que próxima- » mente ocupa, aunque no sea mas que al 30o, tengo pensado solicitar la venia de V. M. » para ir á terminar mis dias bajo su amparo. Mas donde quiera, Señora, que yo vegete, » seré vuestro admirador, mal que os pese. »

La Emperatriz escribia á Voltaire, de este modo.

« ¿ No quereis paz, caballero ? pues tranquilizaos : nadie habla de tal cosa. Convengo con vos en » que la paz es una excelente cosa; y cuando la teniamos llegué á creer que era el *non plus ultra* de » la bienaventuranza : pero va ya para dos años que estoy en guerra, y veo que á todo nos acostum- » bramos. En verdad la guerra tiene sus goces, si bien le encuentro el gran defecto de que en ella » no es posible ni cumplir con el precepto de amar al prójimo como á sí mismo, ni dejar de infringir » el que nos prohibe hacer daño á nuestros semejantes. Lo último, sobre todo, me repugnaba. Pero » consuélome hoy de ello, diciéndole á Mustafá : « Tú lo quisiste, tú te lo ten; » y quédome, hecha esa » observacion, tan tranquila como antes lo estaba. Si las conquistas nunca me tentaron, los grandes » acontecimientos siempre me agradan — no me parece á mí tampoco que el momento de hacer la

(*) Cinmerios, *que pasan por ser la raiz de los Cimbrios* : habitaban cerca del Mar de *Azoff* (Palus Meótides), y fueron segun parece los primeros ocupantes de la *Crimea*. (*N. del T.*)

(**) *Voltaire*, escribia en el siglo pasado, cuando aun pesaba sobre España el absolutismo por una parte y la Inquisicion por otra. Tenia, pues, razon sobrada. (*N. del T.*)

descubrió ignoradas tierras; y ella puede decirse que edificó provincias. Unas veces replicaba á Volney, el autor de las *Ruinas de Palmira;* otras procuraba consolar al inconsolable d'Alembert, cuando por segunda vez perdia á su amada Mlle. Lespinasse; y en sus momentos perdidos era magníficamente caritativa, reparando, por ejemplo, la arruinada fortuna de Mme. de Epinay de quien solo sabia la Emperatriz alguna agudeza que Grimm delante de ella refiriera. A propósito de la favorecida dama, cuéntase que en cierta ocasion exclamó: — «¿Quién ha llevado nunca tan lejos como Catalina el gran arte de los Reyes, que principalmente consiste en saber *tomar* y tambien dar?» Sin duda Mme. d'Epi-

» paz esté muy cercano. — Tiene gracia, pero la del ridículo, que se trate de persuadir á los Turcos » de que no podremos sostener largo tiempo la guerra; y solo la pasion que las ciega, explica que » esas gentes se olviden de que Pedro el Grande luchó treinta años seguidos, ya contra los Turcos » mismos, ya contra los Suecos, ora con los Polacos y ora con las Persas, sin que por eso sintiera » agotadas sus fuerzas. Lejos de ser así, la Rusia al salir de esas guerras se ha encontrado siempre » mas floreciente que antes de ellas; la guerra ha sido el principal de los agentes que han iniciado » entre nosotros el movimiento industrial; y cada guerra, en fin, dió á luz en el Imperio algun nuevo » recurso para dar vida y estímulo á la circulacion y al comercio.—Vuestro proyecto de paz, caba- » llero, paréceme muy semejante, en la parte que reservais á vuestra favorita, al reparto que imponia » el Leon de la fábula á sus compañeros de caza. No debe excluirse de nuestro tratado á las legiones » de Esparta: después hablaremos de los Juegos ístmicos — Dejad hacer al Soldan Aly-Bey, y ya » vereis cómo se crece con la toma de Damasco (el 6 de Junio); así vuestra amada *Grecia*, en vez » de limitarse como lo hace á estériles votos, desplegará tanto vigor como el Señor de las Pirámides, » que entonces pronto dejará el Teatro de Atenas de ser huerto, y el Liceo tambien de ser cuadra.—Si » esta guerra se prolonga, mi jardin Czarsko-Zelo va á convertirse en un juego de Bolos; porque á » cada funcion de guerra de alguna importancia hago levantar en él un monumento. La Batalla de » Kogul, en que diecisiete mil de mis soldados batieron á ciento cincuenta mil enemigos, ha produ- » cido un obelisco cuya inscripcion solo dice el hecho y el nombre del 'general victorioso; de resultas » del combate naval de Tchesmea surgió en cierto gran estanque una columna rostral; perpetuará » otra mayor columna la memoria de la ocupacion de Crimea; y otra, en fin, nuestra invasion de la » Morea y la toma de Esparta. — Todos esos monumentos están construidos con mármoles de tan pere- » grina belleza, que los Italianos mismos los admiran; y proceden unos de las orillas del Lago de » *Ladoga*, y otros de Catherinemburgo en Siberia. Haylos de casi todos los colores imaginables; y » empleámoslos, como veis. — Pero á mayor abundamiento he dispuesto que en un bosque, á espaldas » del jardin, se erija un Templo á la *Memoria*, cuyo forzoso ingreso ha de ser un Arco de Triunfo. » Todos los hechos importantes de la presente guerra tendrán en ese templo su respectivo *Medallon*, » que contenga en concisas frases escritas en nuestro idioma (el Ruso), un recuerdo del suceso, su » lugar y fecha, y el nombre de quien le acabara. Un excelente arquitecto Italiano, hoy á mi servicio, » se ocupa en trazar el proyectado edificio, que me prometo sea bello, de buen gusto, y que resuma en » sí la historia de la guerra pendiente. Complázcome mucho en esta idea, y creo que no ha de pare- » ceros inoportuna. Hasta que me persuada de que el paseo que me proponeis por el clásico Esca- » mandro, ha de serme mas grato que los que doy por mi bello Neva, habreis de permitirme que al » último me atenga. ¡Me son tan gratas sus aguas! — Renuncio tambien á la reedificacion de Troya: » tengo por el momento que reedificar aquí todo un Arrabal por un incendio devorado la última pri- » mavera... Vuelvo á tomar la pluma para rogaros que os sirvais de las pieles que os envio, contra los » aires colados, y el frio de los Alpes — cuando vayais á visitarme á Constantinopla (la Emperatriz se » creia ya en Bizancio!) cuidaré de enviaros con la anticipacion conveniente un elegante trage griego, » forrado con los mas ricos despojos de las cacerías de Siberia. El trage griego es mucho mas » cómodo, y sobre todo mas bello, que los angostos mezquinos vestidos europeos, que ningun » escultor se atreve á ponerles á sus estatuas por el justo temor de que aparezcan con ellos » ridículas. »

nay hablaba así, y tenia razon de hacerlo, despues del beneficio recibido.

Catalina, en resúmen, cometia los crímenes con el mismo desembarazo que ciertas virtudes practicaba; por eso nosotros miramos con cierta indulgencia todas sus culpas, menos la de haber dado asunto y pretexto á un diluvio de *Melodramas*, amen de un torrente de piezas cómicas; y por eso sin duda la llamaba Voltaire Catalina *el Grande*.

Catalina el Grande, en efecto; pues que supo ser mas Emperador que Emperatriz á despecho de los Reyes que hasta el último título intentaron vanamente escatimarle. *Catalina el Grande*; pues si tarde se recogia y con el sol madrugaba, no era ciertamente en beneficio de sus placeres.

Lo que á la noche robo
Al dia se lo aumento,

Dice de sí el protagonista de cierto poema; de Catalina podrá decir el historiador que lo que á Orloff y á Potemkin les economizaba, dábaselo á los intereses de la Rusia, y á la gloria del siglo XVIII.

» — *Bastante hemos charlado*, solia decirle á Diderot; *ahora me toca* » *ir á ganar el pan cotidiano.* »

No puede hacerse mas cabal elogio de un Soberano que decir que ganó siempre su pan cotidiano.

ARSENIO HOUSSAYE.

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

G. Staal. Imp. F. Chardon aîné, 30, r. Hautefeuille, Paris. W. H. Mote.

JUANA DE ARC.

Hácia fines del mes de Febrero de 1429, cuando de todo su reino apenas le quedaban á Carlos VII tres provincias; cuando con mas ardor estrechaban los Ingleses el asedio de Orleans, y cuando tan desesperado parecia todo que ya el Rey pensaba en si se refugiaria ó no en Escocia: súbito comenzó á decirse que Dios hacia un milagro en favor de la Francia, y que la Profecía de *Merlin*, anunciando que una Vírgen salvaria el reino, iba á realizarse. Y en efecto el Señor de Baudricourt, capitan de la hueste de Vaucouleurs, habia avisado al Rey de la aparicion de la Vírgen salvadora en su distrito, pidiéndole al mismo tiempo su venia para presentársela. Hallábase á la sazon Carlos en Chinon con toda su corte,—¡y qué corte!—reducida en resúmen á unos cuantos próceres que fieles le permanecian, la Reina su esposa, y Yolanda de Anjou, su madre política, muger de gran tacto que patrocinó á Juana de Arc, y puso en escena á Inés Sorel.

A la verdad, la nueva de que una aldeana iba, por Dios conducida, á salvar el reino, no podia inspirar al Rey gran confianza entonces, porque

precisamente acababa de salir fallido otro igual anuncio en la persona de María de Aviñon. Esa, tambien apoyándose en la citada profecía de Merlin, solicitó y obtuvo una audiencia de Carlos VII, para revelarle, decia, secretos de la mas alta importancia; mas una vez en presencia del Monarca, todo lo que acertó á decirle fué que se le habia aparecido un Angel y presentádole ciertas armas, á cuya vista fué tan grande su miedo que el celeste nuncio se apresaró á declararla que no eran para ella aquellos militares arreos, sino para otra muger predestinada á salvar la Francia. — Reduciase, pues, la cuestion á saber si la anunciada por Baudricourt era ó no la prometida libertadora, para averiguar lo cual habia un medio bien sencillo, á saber: que el Rey, al recibirla, se confundiese entre sus cortesanos, cediendo á cualquiera de ellos su lugar preeminente. Si Juana caia en el lazo tomando por verdadero al falso personage, era inútil proseguir en mas averiguaciones; pero si á pesar del disfraz reconocia y señalaba al Rey entre la muchedumbre de los áulicos confundido, no seria ya racional dudar de que estaba inspirada, y en consecuencia debia no solo de admitirse, sino de fomentarse su intervencion en la guerra.

En todo caso, contábanse de ella cosas extraordinarias y tales que, si no para tenerla por una profetisa, al menos daban fundamento para calificarla de una santa Doncella.

Veamos lo que en realidad era, y qué habia de verdad en lo que de ella se contaba.

Nació Juana la tercera de los hijos de un labrador llamado Jacobo de Arc, y de su muger Isabel *Romera* (Romée), apellido que en la edad media adoptaban con frecuencia los que habian *peregrinado*, á Roma, á Jerusalen, ó á otros santos lugares, y del cual parece inferirse con visos de probabilidad que nuestra heroina tuviese en su ascendencia materna algun piadoso peregrino á la ciudad santa. Sus madrinas fueron dos: una de quien recibió el nombre de Juana; y otra llamada Sibila. Sus hermanos fueron tambien dos: Jacobo y Pedro.

Vino al mundo durante la noche de la Epifanía (6 Enero) del año de 1412, en los límites de la Lorena y de la Champagne, en el lugar de Domremy, delicioso valle que yace donde parten términos los antiguos territorios de Neufchateau y Vaucouleurs. Para distinguir hoy el lugar del

nacimiento de nuestra heroina, de otros seis ó siete que llevan en las cercanías el mismo nombre, llámasele *Domremy-la-Doncella*; y á mayor abundamiento la casa en que vino al mundo se distingue por una estatua de la gloriosa mártir que la representa de rodillas en actitud de orar, y por tres escudos de armas en la fachada esculpidos. De estos el primero ostenta el blason de Luis XI, que fué quien hizo restaurar aquella choza; el segundo las armas que se otorgaron á un hermano de la Doncella, con el apellido *Lis*; y en el tercero figuran una Estrella y tres rejas de arado.

Hubiera Juana sido *sierva* de la Abadía de Domremy, si naciera tres siglos antes; y de los Señores de Joinville con anticiparse un siglo: mas como ya en 1335 habia Carlos V obligado á aquellos magnates á cederle el territorio de Vaucouleurs, hallóse nuestra heroina al entrar en la vida vasalla directamente de la corona.

A tres leguas de Domremy se hallaba la última aldea *borgoñona*, aquende la cual todo el pais seguia las banderas de Carlos VII; y no estará de mas advertir que entonces á tales fronterizos territorios se les llamaba *Marcas*, de donde *Marqueses* á sus defensores.

Disputada de muchos años atrás la posesion de aquella *Marca francesa*, por el Rey y el Duque de Lorena, ambos la devastaban sucesivamente. Ninguno tenia el brazo bastante largo para protegerla, y en consecuencia sus infelices habitantes veíanse expuestos á todo género de vejaciones, y sin mas amparo ni gobierno que el de la divina Providencia. Dios, suscitando entre ellos á Juana, mostró que su misericordia se acuerda siempre de los que el mundo olvida.

Pasó Juana sus primeros años en medio de las terribles augustias de la guerra; sus recuerdos de la infancia era el toque á rebato, las sorpresas nocturnas, los horizontes por el incendio de campos y aldeas siniestramente iluminados. Cuando á su pobre hogar llegaban, y era con harta frecuencia, algunos desdichados fugitivos, nadie mas solícitamente cumplia con ellos los deberes de la hospitalidad, que la predestinada Juana, la cual cedia siempre su propio lecho á la desgracia, refugiándose en cualquier granero. — Su vez de huir le llegó tambien: quince dias anduvo errante con sus padres, ocultándose ya en los bosques, ya en los canteras; y cuando al fin regresó á Domremy la desolada familia, encontróse saqueada la

aldea, robado cuanto poseia, y asolada hasta la iglesia. — De ahí el horror que Juana tuvo siempre á los enemigos de la Francia.

En los vanos intérvalos de tranquilidad que permitian á los labradores entregarse á sus habituales faenas, los padres de Juana encomendáronle la guarda de sus ganados; y notóse que nunca la jóven pastorcilla perdió ni oveja ni cordero. Si alguna vez se le extraviaba, era bastante que ella la llamase para que al redil se volviera; si el lobo se mostraba en los linderos de los bosques, Juana con su cayado, con la rama de un árbol, á veces con sola una flor en la mano, salíale al encuentro, y la fiera volvíase á sus guaridas presurosa; si, en fin, su humilde familia se vió como todas por las desdichas visitada, fué siempre, como andando el tiempo llegó á notarse, estando de la casa ausente la *Doncella,* cuya presencia, como divino talisman, ahuyentaba, por decirlo así, todo mal del hogar paterno.

Predestinada á serlo ella misma, moraba Juana en el país clásico de las *Leyendas;* pues Domremy dista poco de la gran selva de los Vosgios (Vosges); y desde el dintel de la puerta de la casa de su padre, divisábase el antiguo bosque llamado *de las Encinas,* residencia habitual de un pueblo de *Hadas.*

En lo mas intrincado de aquel bosque alzábase en efecto una Haya magnífica, que propia de las Hadas era para la popular credulidad, y de cuyo pié brotaba un abundante cristalino manantial de agua. Los niños del país iban todos con frecuencia á suspender coronas de flores del Haya misteriosa, en ofrenda á las *Damas del Bosque,* y á cantar allí ciertas baladas con que las invisibles, decíase, se deleitaban en extremo: pero el Párroco de Domremy, teniéndolas por espíritus malignos, acostumbraba á decir todos los años una Misa cabe la fuente, y terminábala con una descarga cerrada de exorcismos contra las pobres Hadas.

Juana, no obstante, amábalas, asegurando que eran las Damas del Bosque inocentes espíritus que ningun mal hacian. Juana iba con frecuencia á entregarse á la meditacion, á soñar despierta, ó á gozar del sueño, bajo la copa frondosa del árbol de las Hadas.

Un dia de verano, y de ayuno, el 17 de Agosto de 1424, atravesando

Juana el jardin de su madre, vió súbito delante de sí un metéoro luminoso, á cuyo inesperado espectáculo detúvose llena de espanto; mas de lo interior de la abrasada nube salió una voz diciendo :

« Eres nacida Juana para obrar maravillosos hechos; porque á tí, vír-
» gen, te ha elegido el Señor, para restaurar en su trono al Rey Carlos.
» En trage de hombre, y como tal armada, serás caudillo en la guerra,
» y todo en el reino se hará segun tus consejos. »

Aun no se habia Juana de su sorpresa recobrado, cuando ya cesando la voz y desapareciendo el metéoro, dejáronla muda, inmóvil, y el corazon de santo temor henchido.

Mas tarde, cuando ya Juana habia cumplido su celeste mision, notóse que el cielo la visitara con una vision idéntica, á la que de referir acabamos, el dia en que tuvo lugar la batalla de Verneuil, en que fué vencido el ejército de Carlos VII, con pérdida tan grande de ilustres próceres y buenos caballeros que, en sentir de muchos, no fué menos funesta aquella sangrienta jornada que las tristes de Crecy, de Poitiers y de Azincourt.

Vuelta al cabo en sí, corrió Juana en pos de su rebaño, que por el momento habia en abandono dejado; y hallólo todo espontáneamente reunido so el Haya de las Hadas. A su inmediacion pasó la doncella el resto del dia, trenzándoles coronas á Santa Catalina y á Santa Margarita, santas de su particular devocion : pero suspendiéndolas, una vez terminadas, del árbol á las Damas del Bosque consagrado, sin duda para conciliar el poético con el cristiano afecto.

Cuando llegó nuestra heroina á la edad de doce años, sus padres advirtiendo que iba haciéndose ya una linda zagaleja, resolvieron que en el oficio de pástora la reemplazase su hermano Pedro, que tenia un año menos. Desde entonces, cesando Juana de correr los campos, dedicóse al lado y bajo la direccion de su madre á instruirse en las labores propias de su sexo, y aprovechando en ellas lo bastante para poder decir con verdad, al responder á cierta pregunta de su interrogatorio que « habia
» aprendido á coser con su madre, y no temia que en ello le llevase ven-
» taja ninguna de las mugeres de la ciudad de Ruan (Rouen). »

Las faenas domésticas, sin embargo, nunca desterraron de su ánima

el pertinaz recuerdo de su vision en el jardin : la voz misteriosa resonaba de continuo en sus oidos, y ponia su alma en ardiente conmocion. Cierto domingo, como se hubiese quedado sola en la iglesia, cuando ya todos sus convecinos se habian de ella retirado, oyó el celeste acento que por su nombre la llamaba, y levantando los ojos parecióle que entreabriéndose la bóveda del templo daba paso á una nube de oro, en cuyo seno resplandecia un bellísimo mancebo desplegando gracioso las blancas alas que de su espalda partian. Cierta entonces de que era un Angel del Señor quien se le aparecia, preguntóle modesta y de santo gozo penetrada :

— ¿Sois vos, Señor mio, quien me ha llamado?

— Sí, Juana, respondió el Angel; yo fuí.

— ¿Y qué es lo que quereis de vuestra sierva? volvió á preguntar la doncella.

— Que seas, replicó el Nuncio, como hasta aquí has sido, una virtuosa criatura; y cuando llegaren los tiempos avisarémostelo Santa Catalina, Santa Margarita, y yo; porque entrambas bienaventuradas te han tomado grande amor en pago de la singular devocion que tú les profesas.

— Cúmplase la voluntad del Señor, dijo la niña, y disponga él de su sierva cuándo y cómo le plazca.

— *Amen*, » exclamó el Angel desapareciendo en el seno de la dorada nube que, á su vez, huyóse como era venida, atravesando la bóveda del templo.

En los tres años siguientes no volvieron á reproducirse las santas visiones de Juana; mas creció en cambio y desarrollóse fresca y lozana como una flor silvestre; y oyósela con frecuencia decir, durante aquel tiempo, que se sentia de la gracia de Dios interiormente penetrada. Con frecuencia tambien aconteciala, estando á solas, oir, á su juicio, la melodía de los coros angélicos, y por ella inspirada soltar la propia voz al canto en tonos que después le era imposible recordar cuando la misteriosa música cesaba. Otras veces en lo mas crudo del rigor del invierno y cubierta la tierra con el blanco sudario de la nieve, Juana salia de su casa y marchábase al campo, anunciando que iba en busca de flores para *sus Santas*, viéndosela, con universal asombro, regresar en efecto á la aldea con una corona tejida de violetas, de primulas y de botones de oro, cosechados :

¿Donde? — Imposible averiguarlo; pero la doncella decia, que en las márgenes de la fuente, y al pié del tronco del Haya de las Hadas.

Mas sobre todos esos prodigios, sorprendia al pueblo, que hasta los animales mas salvages se mostraran con ella domésticos y sumisos, viéndose ora al corzo montaraz, ora al asombradizo cervatillo, triscar retozones y serenos á sus piés; y ya al tímido gilguero, ya á la aturdida calandria, posársele en los hombros, y prorumpir en melodiosos trinos, como si en la verde selva sobre alguna flexible elevada rama estuvieran.

Durante aquellos tres años la causa del Rey de Francia habia ido siempre de mal en peor: hasta las orillas del Loira era el reino un vasto desierto; los campos estaban yermos; los lugares arruinados.

La tercera vision de la Doncella verificóse entonces, con la reaparicion del Angel de la segunda, diciéndole:

— Juana, el momento es llegado: parte al socorro del Rey de Francia y devuélvele su reino.

Sobrecogida y trémula replicó la heroina:

— Yo no soy, Señor mio, mas que una pobre muchacha. ¿Cómo he de montar á caballo y acaudillar guerreros?

La voz repusó:

— Vé en busca del capitan Baudricourt á Vaucouleurs; él te llevará al Rey. Santa Catalina y Santa Margarita serán en tu ayuda.

Al oir tal precepto, quedóse Juana atónita y amargamente afligida, como si ya en aquella aurora de su heróica vida, entreviese la hoguera que habia de terminar su horizonte.

Era, por otra parte, preciso apartarse del lado de su madre, perder de vista el hogar paterno, abandonar el huertecillo á que daban sombra los muros de la iglesia cuyas campanas deleitaban su oido con su metálico son desde que en el mundo estaba; decir adios, en fin, á la selva y sus fieras, y sus avecillas, teatro y compañeros de su existencia hasta entonces! Pero Dios venció. Verdad es que de momento en momento iba haciéndose mas crítica la situacion de la Francia, y creciendo en consecuencia los públicos lamentos.

Juana escogió por confidente á un tio suyo, buen hombre si nunca

los hubo, llamado Durand; y este fué en nombre de su sobrina á verse con el Sr. de Baudricourt, de quien fué muy mal recibido y peor despachado con la declaracion de que la Doncella era una loca, y el consejo de reintegrarla en poder de sus padres, despues de corregirla manualmente como merecia.

La Doncella, empero, siempre por sus visiones estimulada, lejos de darse por vencida ante el brutal arranque del capitan, exclamó:

— Yo le veré; yo le hablaré; y él me escuchará.

Y el pobre del tio, no acertando á resistirse á tanta obstinacion, no tuvo mas recurso que acompañarla á Vaucouleurs, donde Juana, todavía con su mistico, grosero, y rojo trage de campesina, presentóse en casa de Baudricourt y díjole resueltamente:

— Señor Capitan: vengo á vos de parte de Dios para preveniros que aconsejeis al *Delfin* (Carlos VII) que se mantenga y defienda á todo trance; y sobre todo que no ofrezca la batalla á sus enemigos, porque el Señor le socorrerá al mediar la Cuaresma.

Luego añadió:

— Porque á pesar de sus enemigos el Delfin será Rey, y yo soy quien ha de llevarle á consagrar.

Atónito el capitan del aplomo y confianza con que le hablaba la muchacha misma á quien poco antes juzgaba solo digna de alguna correccion manual, hizo llamar al Cura del pueblo para consultar con él tan extraño caso: pero el sacerdote no menos perplejo que el soldado, no supo acertar con otro expediente que el de intimar á Juana que se retirase si era el enemigo comun quien la enviaba.

Dudaba el capitan, y dudaba el Cura: mas no así el pueblo en su fe mas sencillo; y de todas partes corrian las gentes para ver á la inspirada Doncella. Entre los visitantes, cierto caballero díjole:

— ¿Conque por lo visto, buena moza, perderá el Rey su corona, y tendremos que hacernos todos Ingleses?

— Así será, respondió Juana, si el Sr. de Baudricourt me estorba que llegue hasta el Delfin. — Dichosamente nadie puede estorbármelo, y antes de mediada la cuaresma he de verme en su presencia, aunque para ello haya de quedarme sin piernas. — Y sin embargo (añadió melancó-

licamente), pluguiérame mas quedarme á hilar al lado de mi madre, que no es propio de mi estado ni conviene á mi sexo acaudillar guerreros: salgo de mi casa y pelearé porque así lo ordena mi Señor.

— ¿Y quién es vuestro Señor? preguntó el caballero.

— ¡Dios! repuso humilde la Doncella.

Con lo cual enternecido su interlocutor exclamó asiéndole la mano:

— A fe de caballero, Juana, si el capitan Badricourt se niega á llevaros, yo con la ayuda de Dios os acompañré en persona á la presencia del Rey.

Commovido á su vez el capitan por tanta perseverancia, envió por fin á pedir al Rey su venia para presentarle la Doncella. Vacilaba Carlos: pero la Reina Yolanda de Anjou, venció su repugnancia, con el auxilio sin duda de la gran derrota que, sobre tantas, acababan de sufrir los Franceses en Harengs.

Los vecinos de Vaucouleurs, que tenian gran fe en Juana, escotaron para regalarle un caballo que costó diez y seis francos; y la liberalidad del capitan Baudricourt se extendió á hacerle don de una espada.

Era pues la santa y noble criatura que hemos descrito la esperada en Chinon, vencida la repugnancia del Rey á recibirla, con una pompa calculada acaso para desconcertar á la humilde aldeana.

Recibiósela de noche en un salon iluminado por cincuenta antorchas, á cuyo resplandor ostentaban sus galas hasta trescientos Señores y Caballeros que componian entonces el séquito de Carlos VII. Este, cediendo su puesto á un cortesano que ocupaba el trono, estaba confundido con el resto de la concurrencia, participando como todos de la ansiedad con que generalmente se esperaba á la que ya unos llamaban la *Hechichera*, mientras que otros la *Inspirada*.

Nuestra heroina entró serena pero modesta cual convenia á una pobre pastorcilla, y dejando á un lado el trono, con un significativo movimiento de cabeza al pasar delante, buscó y halló en medio de la muchedumbre cortesana al verdadero Rey, hincando ante él la rodilla y diciéndole:

— Dios os otorgue larga y gloriosa vida, gentil Delfin.

— Os engañais, Juana, (respondió Carlos), yo no soy el Rey; lo es el que está sentado en el trono.

—Por Dios santo (repuso la Doncella) no querais engañarme, Príncipe mio; Vos sois el Delfin, Vos y no ningun otro.

Un murmullo universal de asombro se hizo oir en la concurrencia; y Juana prosiguió:

—¿Porqué no me daiscrédito, gentil Delfin? Yo digo á Vuestra Alteza, y tenga fe en mis palabras, que el Señor se ha apiadado de Vos y de vuestro reino, porque San Luis y Carlomagno están de hinojos ante su trono orando por Vos. Y además, Señor, yo os diré, si os place, tales cosas que conozcais que debeis creerme.

Carlos entonces, llevándosela á un oratorio vecino á la Sala del Consejo en que la habia recibido, díjole.

— Ya estamos solos, Juana; habla.

— No pido mas, Señor, contestó ella; pero, si os digo cosas tan secretas que solo Dios y Vos podais saberlas, ¿tendreis en fin confianza en mí, y creereis que es el Dios del Cielo el que me envia?

— Sí, Juana; le respondió el Rey.

— Pues bien, Señor, prosiguió la Doncella, el último dia de Todos los Santos, estando solo en vuestra capilla del castillo de *Lodges*, ¿ no pedísteis á Dios tres gracias?

— Así es la verdad, Juana; acuérdome de ello perfectamente; contestó Carlos.

— ¿Habeis revelado á alguien, á vuestro confesor siquiera, lo que entonces pedísteis?

— Nunca.

—Pues bien, Señor, yo voy á deciros qué tres gracias fueron las que de Dios solicitásteis.

La primera fué pedirle á Dios que, si no érais el legítimo heredero de la corona de Francia, os privara del valor necesario para proseguir la guerra que tanto oro y tanta sangre está costándole á vuestro desdichado reino.

Pedísteis, por segunda gracia, que si las calamidades que están asolando la Francia, procedian de vuestras culpas y pecados, se dignara el Señor indultar al mísero pueblo que está inocente de ellos, y recayera en Vos solo todo el castigo, aunque este fuera una penitencia perpetua ó la muerte misma.

Solicitásteis, en fin, Señor, que si era el pueblo quien ante Dios habia pecado, se dignara el Omnipotente recibirlo á misericordia, apiadándose de sus padecimientos y poniendo término á las amarguras y tribulaciones que doce años ha le vienen abrumando.

Oidas esas palabras quedóse el Rey por largo espacio meditabundo, bajando unas veces, para meditar, la cabeza; y levantándola otras para fijar la vista en la Doncella: mas al cabo exclamó:

— Verdaderamente, Juana, estais por Dios inspirada; pues cuanto habeis dicho es cierto.

Quedó, pues, convencido el Rey: mas como eso no bastaba, hizo Dios un milagro para que lo quedaran los demás tambien.

Al salir Juana del Consejo, un soldado, hombre grosero y brutal á quien le pareció bella, dejóse ir sin freno á expresar su mal pensamiento con licenciosas palabras y un sacrílego juramento.

— ¿Cómo te atreves, desdichado (exclamó la Doncella con tristeza), á renegar así de tu Dios, estando tan cercana la hora de tu muerte?

Pocos instantes despues, llevando su caballo al abrevadero, cayó al agua el blasfemo y ahogóse en efecto.

No satisfecha aun con tal prodigio la general incredulidad congregó el Arzobispo de Rheims, Canciller de Francia, una Junta de Doctores y Maestros en Teología, con otros varios eclesiásticos á fin de examinar á Juana que, al efecto, compareció ante ellos, como un reo ante sus Jueces, y fué minuciosamente interrogada. Al oir los Doctores la relacion de las varias visiones de nuestra heroina, arguyóla un Dominico de esta manera:

— ¿No decís, Juana, que Dios quiere libertar la Francia?

— Sí lo digo, respondió la preguntada.

— Pues si tal es la voluntad de Dios, prosiguió el fraile, para que se cumpla no ha menester soldados.

— Los soldados, dijo la Doncella, pelearán: pero Dios será quien les dé la victoria.

— ¡Está bien! exclamó convencido el Dominico.

Mas descontentadizo que el primer argumentante, cierto Lector de Teología en la Universidad de Poitiers, preguntóle en el abominable dia-

lecto de la provincia de que es capital aquella ciudad, qué lengua hablaba la vision celeste.

— Mejor que la vuestra, contestó Juana; con lo cual, furioso el Teólogo replicóle:

— Dios no puiere que creamos en tí, á menos de que nos muestres un signo evidente de su inspiracion.

— Yo no he venido aquí (le repuso la heroina) á obrar prodigios: el signo que daré de mi inspiracion será hacer levantar el asedio de Orleans: que me den soldados; marcharé á su frente; y los Ingleses levantarán el sitio.

Doctores, Jueces y Abogados acabaron por decir al Rey llorando como mugeres:

— Seguid, Señor, los consejos de esta Vírgen; porque verdaderamente creemos que Dios es quien la envía.

No habia tiempo que perder: Orleans ponia el grito en el cielo pidiendo socorro; y Dunois, defensor de la ciudad, enviaba correo tras correo para que le mandasen á Juana, en quien habia persuadido á los sitiados que su salvacion estribaba.

La personal comitiva de nuestra heroina componíase de un valeroso caballero de los del sequito del Conde Dunois, ya de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad con el nombre de escudero, su nombre Juan Daulons; un page; dos heraldos; un maestresala; dos mozos de á pié; su hermano Pedro; y un confesor, Fray Juan Pasquerel, ermitaño del órden de San Agustin.

Dijimos á su tiempo que el capitan Baudricourt habia hecho don á Juana de una espada; mas no quiso servirse de ella, diciendo que solo debia servirse de un acero bendito, ó mas bien determinadamente de una *tizona* que dijo se hallaria, y se halló en efecto, enterrada detrás del altar de Santa Catalina en Fierbois.

Así provista ya de cuanto habia menester partió Juana armada de punta en blanco, como novel caballero sin adornos ni divisas, gineta en un negro corcel, ceñida la espada de Santa Catalina; pendiente el casco del arzon de la silla para que se viese su dulce femenino rostro; en

la una mano una hacha de armas; y en la otra un estandarte blanco sembrado de flores de lis, y en el cual, Dios con el mundo en la mano, y á cada uno de sus lados un Angel con la flor de lis, era el único blason, pero magnífico y piadoso blason que se ostentaba.

— No quiero, decia Juana, servirme de la espada para matar á nadie; y aunque estimo mucho mi espada, prefiero mil veces mi estandarte.

Al pasar delante de la iglesia clamó en voz robusta aunque de femenino timbre:

— Sacerdotes y Clérigos: haced procesiones y orad á Dios; y vosotros, hombres de armas, adelante; adelante, que voy á hacer levantar el sitio de la noble ciudad de Orleans.

Advertido Dunois de su llegada salió á recibirla, y ella conociéndole, como al Rey habia en Chinon conocido, adelántose hasta él y díjole:

— Os traigo, ilustre bastardo, el mejor de los socorros que á hombre nacido se mandó nunca; el socorro del Rey de los Reyes.

El 23 de Abril de 1429 entró en la ciudad sitiada la Doncella; el 5 de Mayo siguiente ya el sitio estaba levantado, y los Ingleses en completa derrota. Juana prohibia seguirles el alcance: pero dispuso que, estando aun el enemigo á vista de las murallas, se alzase en ellas un altar y allí se celebrara una misa. Los vencidos pudieron ver al pueblo dando gracias á Dios de haberlos por mano de una muger humillado. Carlos hizo su entrada solemne en Rheims el 15 de Julio y fué consagrado el domingo 17 del mismo mes; la Doncella que hasta entonces le llamara siempre *gentil Delfin*, llamóle siempre Rey en adelante. Y en efecto, segun las creencias de aquellos tiempos, solo desde aquel momento era verdaderamente Rey, y siéndolo, tambien el único legítimo. Poco importaba ya que los Ingleses hiciesen consagrar á su Enrique; el ungido Normando no pasaria nunca de ser una parodia del verdadero Monarca.

Terminada apenas la ceremonia de la consagracion de Carlos VII, arrojóse á sus plantas, bañada en amargo llanto la Doncella, y díjole:

— ¡Oh mi buen Rey! Ahora está ya cumplida la voluntad de Dios que me ordenó levantar el sitio de Orleans y conduciros á Rheims para ser ungido, á fin de á todos fuera notorio que á Vos os pertenece solo el reino de Francia: dejadme, pues, ya que hice lo que era la voluntad del

Señor que hiciese, dejadme partir, ó sin duda me acontecerá alguna desdicha.

Mas desoyendo el Rey sus ruegos guardóla junto á sí mal que á ella le pesara; y en efecto aconteciόle á Juana una terrible desdicha; pues que á principios del año de 1430, fué delante de Compiegne hecha por los Ingleses prisionera.

Apenas se vió cantiva comprendió Juana cuál iba á ser su suerte: verdad es que aun antes la presentia. Así, cuando el Rey se obstinó en que á su lado permaneciese decíale á menudo:

— Empleadme, Señor, que duraré solo un año ó poco mas.

Y muchas veces solia tambien decirle á su confesor Fray Juan Pasquerel:

— Encargadle al Rey, padre mio, que funde capillas en sufragio por las almas de los que mueran en defensa de su reino.

La víspera del dia en que habia de caer en manos de sus enemigos, despues de comulgar en la iglesia de Santiago de Compiegne, apoyóse melancólicamente contra uno de los pilares del templo, y dirigiéndose á las buenas almas y á los niños que en gran número allí estaban, apostrofóles de esta suerte:

— Mis buenos amigos y queridas criaturas: en toda verdad os digo que hay un hombre que me ha vendido, y que pronto seré á la muerte entregada. Rogad, os suplico, rogad á Dios por mí, que de hoy mas no podré ya servir ni al Rey, ni al noble reino de Francia.

Al escuchar tales palabras prorumpió la muchedumbre en lágrimas y sollozos, pidiendo á Juana que nombrase al traidor si le conocia para que de él se hiciese pronta justicia: pero la Doncella, sin darles otra respuesta que un melancólico gesto, salió del templo para regresar á su posada hasta cuyas puertas la siguieron cuantos la habian oido, deteniéndose allí largo tiempo con la esperanza de verla aun otra vez.

Nuestra heroina pasó el resto de aquella triste jornada en oracion, como el Salvador sobre el Monte Olivete, bebiendo sin duda tambien el amargo cáliz que por algun Angel le seria llevado. Al siguiente dia, conforme á las órdenes que ella misma habia dado á su hueste, presentóse

sobre las cuatro de la tarde Pothon, un soldado de Borgoña, á anunciarle que la gente estaba ya dispuesta para seguirla, segun lo convenido, en una salida contra el enemigo.

Vestida estaba Juana como de costumbre, esto es, armada como un caballero de punta en blanco, con una sobrevesta de terciopelo carmesí, y ceñida una formidable tizona conquistada en Lagny á un Borgoñon; porque habiéndosele roto la espada de Santa Catalina de Fierbois, no quiso desde entonces servirse mas que de las que á los enemigos tomaba y de su hacha de armas. Así aderezada, y montando á caballo tomó el estandarte de manos de su escudero, hizo una ó dos veces la señal de la Cruz, y recomendando de nuevo á los que la miraban que rogasen á Dios por ella: — Marchemos! dijo á Pothon, y partiendo á galope, cayó en la llanura, como un rayo, hiriendo en los cuarteles del Señor de Noyelles, precisamente en el momento que Juan de Luxemburgo con algunos de sus ginetes acababa de llegar á ellos para observar la ciudad desde mas cerca.

Lo completamente inesperado de aquella salida hizo terrible su primer efecto: serprendidos é inermes los soldados del Señor de Noyelles, solo Juan de Luxemburgo á la cabeza de sus ginetes pudo oponer la resistencia indispensable para dar lugar á que le llegase el socorro que un mensagero partió á pedir en sus propios cuarteles, corriendo á rienda suelta. Entre tanto el escuadron francés acuchillaba implacablemente cuanto se le oponia, penetrando hasta el alojamiento de Sir Jhow Montgommery: mas como en consecuencia resonara el clamor de: *¡ La Doncella! ¡la doncella!* (1); de uno á otro extremo del campamento, cuantos en él eran acudieron presurosos á las armas, y en breve los de la plaza viéndose acometidos en diferentes direcciones por escuadrones diversos, cada cual diez veces en fuerza superior á la propia, hubieron de resolverse á emprender la retirada. Como en el ataque habia sido la primera, combatió Juana siempre á retaguardia de su reducida falange durante el mo-

(1) Nuestros antiguos escritores, los Españoles, acostumbran á llamar á Juana de Arc ó de *Arco*, como ellos dicen, generalmente la *Doncella* castellanizando así la voz francesa *Pucelle*: pero como esta significa literalmente *Doncella*, no veo necesidad de servirme del señalado y viejo neologismo. *(N. del T.)*

vimiento retrógrado, dando frente al enemigo siempre que muy de cerca la hortigaba, y obligando siempre á la innumerable masa de sus contrarios á retroceder ante su estandarte. Mas al llegar á las puertas de la ciudad, el afan de cada cual en ser el primero á entrar por ellas, introdujo inevitablemente cierto desórden en las filas francesas; y Juana, comprendiendo que si no les daba tiempo á sus soldados para rehacerse, la mitad de ellos parecerian ahogados en las puertas mismas, y la otra mitad por los Ingleses arrojados de lo alto del puente á lo profundo del foso, volvióse, otra vez mas — y fué la tercera — para cargar al enemigo, que retrocedió como las otras. Siguióle el alcance la heroina al frente de un centenar de hombres, poco mas ó menos, que componian la retaguardia de su hueste: pero cuando quiso volverse á la plaza hallóse con que los Ingleses la habian cortado el paso interponiéndose entre su persona y las fortificaciones.

Proporcionando entonces el esfuerzo á la gravedad del peligro, desenvainó la Doncella su tizona por vez primera en la jornada, y cargando desesperadamente á los contrarios, hízolos abrirle paso mal de su grado. ¡Tanto pudo el corage de los mas arrestados de la pequeña tropa, por su valerosa capitana dirigido! Llegó en efecto la Doncella con los suyos á tocar los muros de Compiegne, y á llamar á sus puertas: mas sus clamores allí fueron vanos y nadie acudió á levantar al rastrillo. Reducida á la triste necesidad de combatir otra vez en campo abierto, pronunciόse la heroina en retirada, dirigiendo su marcha por entre la plaza y el inmediato rio, con el fin de lanzarse á lo interior del país, ó de penetrar en Compiegne por cualquiera otra puerta si se la abrian. Al verla, empero, abandonada y sin mas fuerza que la ya mermada de un excaso centenar de soldados, recobrando el ánimo hasta los mas cobardes de sus enemigos, cayeron sobre ella por vanguardia, retaguardia y flancos, rodeándola por completo, y obligándola en consecuencia á suspender la marcha para defender la vida. Larga y terrible fué la desesperada lucha; Pothon, el de Borgoña, hizo prodigios de valor, y Juana mas que milagros, hasta que, en fin, un arquero, natural de Picardía, que por entre los piés de los caballos habia logrado impunemente acercársele, asió la sobrevesta de terciopelo, y tiró de ella con tal violencia que desarzonando á la heroina hízola caer en tierra. La gloriosa vírgen, sin embargo, apenas caida, le-

vantóse y tornó á combatir con nuevo ardimiento hasta que agotadas sus fuerzas, aunque entero su corazon, cayó de nuevo sobre las rodillas y casi exánime. Tendió entonces en derredor la vista, y advirtiendo que cada uno de los valientes que la seguian, aun viviente, luchaba solo en su propia defensa, convencióse á un tiempo de que no tenia ya que esperar socorro humano, y de que era en fin sonada la hora fatal que las misteriosas celestes voces le tenian predicha.

Rindióse por tanto entregando su espada al caballero *Lionel,* bastardo de Vendome, que hubo de parecerle la persona de mas cuenta entre los enemigos que la rodeaban.

Oyóse entonces un inmenso grito que partiendo del campo borgoñon, resonó pronto en los ámbitos de la Francia entera:

— Juana, la doncella de Orleans, esta prisionera!

Aconteció aquella catástrofe el 28 de Mayo de 1430.

Presa y entregada á los Ingleses, claro estaba que la cuestion se reducia á encontrar una forma legal para asesinar á la desdichada criatura; y, en efecto, comenzósele el proceso el 9 de Enero de 1431, y el 31 de Mayo siguiente fué condenada al fuego.

Llegado el dia, á un tiempo se notificó á Juana tan atroz sentencia, y que inmediatamente iba á ponerse en ejecucion. ¿Qué mucho que, por un momento, flaquease aquel gran corazon! ¿Quién osará censurarla implacable que al verse súbito inicuamente condenada á tan cruel suplicio, descompusiérase como nunca, y mesándose los cabellos, prorumpiera en sollozos y amargas quejas!

— ¡Ay mé, cuitada! (exclamó en efecto). ?Será verdad que tan cruelmente se me trata, que mi cuerpo entero y desnudo, mi cuerpo inmaculado ha de ser hoy mismo por las llamas abrasado y á cenizas reducido? — ¡Ay! ¡Ay de mí! — Mas quisiera ser siete veces decapitada que perecer así en una hoguera! — ¡Oh! Yo apelo al Juez Supremo, á Dios Omnipotente, de la cruel injusticia con que los hombres me tratan!!

Mas, una vez así desahogado el justo exceso de su dolor, volviendo Juana en sí, confesóse y pidió que se le administrara el Sacramento de la Eucaristía.

Comenzaron sus verdugos por rehusarle la Comunion, y no sin lógica, puesto que para llevarla á la hoguera alegaban contra ella en su sentencia,

MCD 2022-L5

los crímenes de hechichería, doctrinas cismáticas, é idólatras prácticas: pero el Obispo, mas caritativo que como juez se mostrara, ó menos escrupuloso que como prelado debiera, dijo que *bien podia administrársele el Sacramento, y cuanto pidiera;* y en efecto comulgó la víctima.

Al retirarse del altar, viendo Juana, entre otras personas en su prision presentes, al Obispo Cauchon, que era quien la habia sentenciado, no pudo menos de exclamar:

—Ah, Señor Obispo, Señor Obispo! ¿Conque sois vos quien me mata?

Y luego tornándose á Fray Pedro, uno de los religiosos que la habian á bien morir exhortado, interpelóle así.

— ¡Ah Fray Pedro! ¿Adónde estaré yo esta tarde?

— ¿No teneis confianza en Dios? repuso el predicador.

— Sí á fe, repuso la sentenciada; y con el favorde la Providencia espero verme esta tarde en el paraiso.

En esto avisaron á Juana de que la *carreta* que habia de conducirla al suplicio, la estaba esperando.

Acababan de dar las nueve de la mañana, y sin que se lo dijeran sabia Juana que la fatal carreta era venida, puesto que de ella la habian avisado el ronco sonar de sus ruedas, y el lento inmenso murmullo de la muchedumbre que á la prision subia continuo y profundo como el sordo bramido del Océano en el movimiento de sus mareas.

Estaba, por tanto, ya de pié cuando en el calabozo entraron los ministros de aquel inicuo sacrificio: dos de ellos la desembarazaron de las cadenas que su cuerpo aprisionaban; otros dos la presentaron un trage femenino de que ella fué, humilde y modesta, á vestirse en el mas oscuro rincon de aquel recinto.

Mudado el traje atáronle las manos, y pusiéronle en las piernas sendas argollas de hierro, ambas á una misma cadena unidas.

En la carreta sentáronse á sus dos lados de una parte su confesor Fray Martir l'Advenu, y de otra un hugier ó alguacil de cámara llamada Massieu. Un religioso Agustino, el hermano Isambert, que se habia mostrado con ella muy bueno y caritativo, no quiso tampoco abandonarla en aquel duro trance.

Juana habia siempre hasta entonces fundado mas ó menos esperanzas de salvacion, ya en algun esfuerzo del Rey en su favor, ya en la posibilidad de un milagro obrado por sus Santos patronos : pero una vez en la carreta, no hallando ya medio de ocultarse á sí propia que cielo y tierra la abandonaban, dijóse ir al llanto y á los lamentos, aunque sin acusar á nadie, y diciéndose solamente, con su nativa dulzura :

— ¡Oh Ruan, oh Ruan! — ¡Conque en tus muros voy á morir!

En la plaza vieja del Mercado (place du vieux marché) lugar para la catástrofe final de aquella gran tragedia elegido, levantáronse tres grandes cadalsos : sobre el primero ostentábase la regia silla episcopal del Cardenal de Inglaterra, rodeada de otras de menor importancia para los demás Prelados sus inferiores ; el segundo dispuesto para que lo ocupasen el predicador, los Jueces y el Bailío ; el tercero en fin era el brasero.

¡Y qué brasero! Una elevadísima pirámide de leña, para que el suplicio de la víctima se prolongara con todo el tiempo á las llamas necesario para llegar desde la base á la cúspide de la hoguera ; para que el verdugo mismo solo á las capas inferiores alcanzase, no fuera que, apiadándose de la paciente, abreviara sus padecimientos ahogándola como estaba en costumbre hacerlo ; para que, en fin, la pobre mártir fuese realmente quemada á fuego lento, poco á poco, á fuerza de tiempo, pues de ese modo, quizá lo intolerable del dolor, y la esperanza de algun alivio en el horror de su muerte, la decidieran á renegar de su Dios, ó maldecir á su Rey!!!

Con la llegada de Juana á la plaza del mercado, comenzó la ceremonia por un sermon cuyo texto fué el signiente : « Cuando un miembro de a Iglesia está enfermo toda la Iglesia padece ; » de donde lógicamente se inferia que siendo la pobre Juana de Arc, causa de los padecimientos de la Iglesia, el medio mas sencillo de que esta sanase era quemar viva á aquella.

Al terminar su plática dijo el predicador :

— Id en paz Juana !

Lo cual queria decir :

— Juana, subid á la hoguera!

Entonces el Obispo de Beauvais que era quien la habia juzgado y sentenciado, quien la *mataba*, en una palabra, púsose á exhortarla á que de su alma se ocupara, y recordando todos sus pecados, contritamente se

arrepintiera de ellos: pero ya Juana, sin escucharle, estaba de hinojos invocando con piadoso fervor á la Vírgen Santísima, al Arcángel San Miguel, y á las bienaventuradas Santa Catalina y Santa Margarita; perdonando á todo el mundo; pidiendo á su vez perdon á todos; y pidiendo en fin al pueblo que rogase á Dios por su alma.

Todo eso lo hacia y decia la pobre mártir con tanta dulzura y tan tierna devocion; tal y tan honda impresion produjo en los circunstantes todos que, sin ser poderosos á evitarlo, el Obispo de Beauvais mismo dejóse ir al llanto, prorumpió en sollozos el de Boulogne, y los Ingleses mismos pusiéronse á llorar como todos los presentes.

Abandonaba de todos, sin esperanza ya de socorro humano, refugióse Juana en Dios, y pidió una cruz para morir con ella abrazada. Un soldado inglés formando aunque groseramente, con dos leños que el acaso le deparara, el signo de nuestra redencion, pasóselo á la mártir, que agradecida besóla, y apoyóselo después contra el pecho. Mas como lo que en realidad Juana deseaba era una Cruz por la Iglesia consagrada, el Agustino Isambert y el hugier Massieu no sosegaron hasta conseguir que le llevasen en efecto la de la parroquia del Salvador.

No faltaba, entre tantos, quien en vez de enternecerse se impacientara con tales contemplaciones: murmuraban los soldados, y sus capitanes comenzaron á clamar:

— ¡Vamos, curas! Acabemos, verdugo! ¿os habeis propuesto que comamos aquí?

Ante consideracion tan importante, ¿qué arbitrio quedaba mas que el de proceder al suplicio ya sin demora? — Apoderáronse los esbirros de la víctima, y poniéndole en la cabeza una *coroza* donde se leian estas palabras: *Hereje, Relapsa, Apóstata, Idólatra;* arrastráronla hasta el pié del suplicio, donde se la arrojaron en los brazos al verdugo, diciendole:

— Haz tu oficio.

Cuando desde lo alto de la funesta pira vió Juana á sus piés una apiñada muchedumbre, y en torno tendiéndose la ciudad que desde todas sus venturas tenia en ella fijos los ojos, no pudo menos de exclamar, aunque no en son de amenaza:

— ¡Oh Ruan! ¡Oh Ruan! Mucho temo que caiga sobre tí mi muerte!

Atóla el verdugo á la estaca en la hoguera clavada, y en seguida púsole fuego por la base: la víctima entonces exclamó:

— Vosotros cuantos me estais mirando y creeis en Dios: orad por mi!

Voces diversas salieron del pueblo respondiéndole.

— Animo, Juana; valor, que Dios te ayudará!

Y ella repuso:

— ¡Gracias, buenas gentes, gracias!

Diciendo así hirió su vista por primera vez la llama; y como todavía estuviera el confesor á su lado, díjole con entereza:

— En nombre de Dios, padre mio, mirad por vos; el fuego va á prender en vuestros hábitos; bajad pues, pero mostradme siempre el crucifijo.

Como impulsado por la justiciera mano de Dios, levantóse en aquel momento de su silla el Obispo de Beauvais, para llegarse hasta el pié del brasero; y viéndole Juana:

—Obispo, le dijo; por vuestra culpa muero.

Al sentir la primer mordedura de las llamas que, creciendo subian siempre, clamó la víctima:

— ¡Agua bendita! ¡Agua bendita.

Envolvióla un instante el humo; mas disipándose luego dejó ver á la heroina en medio de las llamas, clavados los ojos en el cielo y el santo nombre de Dios invocando.

Oyósela, en fin, por vez postrera, pronunciar distintamente el dulce nombre de Jesús, prorumpió luego en un grito desgarrador de agonía, y selláronse para siempre sus labios.

El Cristo de la Nacionalidad Francesa, acababa de proferir su *Eli, eli, lamma sabachtani!!*

Temeroso el Cardenal de Inglaterra de que, si alguna reliquia quedaba de Juana, se obrasen por ella milagros, dispuso que el mismo dia de su atroz suplicio, se le entregase á él el corazon de la víctima, que se halló entero y lleno de sangre á pesar del aceite, del azufre y del carbon que sobre el pecho le habia aplicado el verdugo á la Doncella; y que las ceni-

MUSEO NACIONAL MADRID

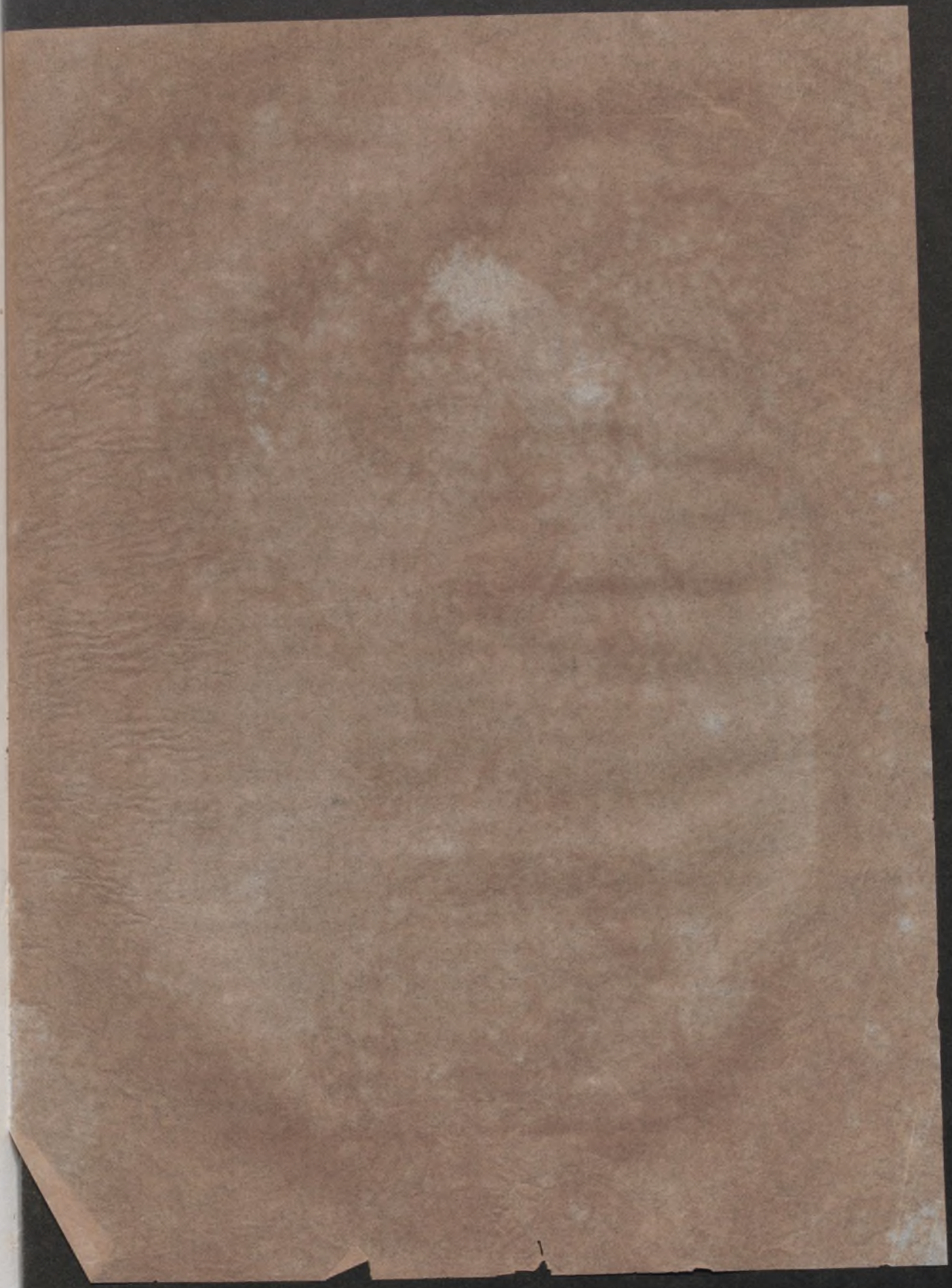
MCD 2022-L5

zas de su cuerpo con las del brasero confundidas se arrojasen desde lo alto del puente de Ruan al rio Sena, á fin de que este las llevara á perderse en la inmensidad del Océano.

Sucedió lo que de referir acabamos, como dicho queda, el trigésimo dia del mes de Mayo del año del Señor de 1431.

ALEJANDRO DUMAS.

MCD 2022-L5



MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

SANTA CECILIA.

El 17 de Diciembre de 1854, visitando el *Transtevere*, barrio de Roma que yace á la márgen derecha del Tíber, detúveme ante los restos del Puente *Palatino*, tambien llamado *Ponte rotto*, porque lo está y mucho, en efecto. Radiante y puro estaba el cielo, y la atmósfera con aquella trasparencia propia sola de templados climas, que hace tan gratos los paisages de la campiña romana, prestándoles vigor y firmeza á los contornos de las montañas, y destacando con fuerza del fondo azul del celage los perfiles de las gigantescas obras del arte. Cuanto me rodeaba, edificios y ruinas, vegetacion y accidentes topográficos, todo me traia á la memoria las vicisitudes de Roma, desde el Rey Evandro hasta el Pontífice Pio IX.

Alzábase á mi espalda el *Monte Janículo*, donde diz que el padre *Jano* tuvo su choza; donde Anco Marcio, cuando Rey de Roma, hizo edificar una fortaleza para proteger la navegacion del Tíber; donde el Príncipe de los Apóstoles fué crucificado, cabeza abajo, de órden de Neron; donde murmura la Fuente de *Paulina*, cuyas aguas corren para llegar á ella doce leguas por acueductos que son otros tantos arcos triunfales; donde en fin

el 3 de Julio de 1849, desde la cumbre de la *Villa Pamphili* brilló á los ojos de Roma, un momento republicana, la espada de la Francia entonces tambien efímera república, como en otros tiempos la de Breno, para pesar decisiva y funestamente en la balanza de sus destinos. Casi á mi fuente contemplaba el Velabro, lugar ocupado veinticinco siglos ha por el pantano en que fueron expuestos Rómulo y Remo; la embocadura de la *Cloaca Maxima*, maravilloso monumento levantado por los Tarquinos, y desafiando aun al tiempo y las revoluciones; mas lejos, el gracioso Templo de Vesta con sus columnas corintias de mármol blanco; y terminando el cuadro por aquella parte, el Monte *Palatino*, cuna de Roma, y durante largos años su brillante tumultuoso centro. Allí los cinco primeros Monarcas de Roma tuvieron, á imitacion del buen Evandro, sus modestas chozas; allí después moraron los tribunos, los oradores y los capitanes de la república, los Gracos y los Clodios; Catilina y Lucio Craso, Hortensio y Ciceron y Marco Antonio; allí tambien se edificaron los Césares un palacio, tan extenso como una ciudad, y del cual nos quedan imponentes y pintorescas ruinas al pié de los Jardines de Farnesio, y de la Villa Palatina.

A mi derecha tenia el Puente *Sublicio*, donde el ejército de *Porsenna* fué por el heróico valor y magnánima abnegacion de Horacio Cocles detenido; y que muchas veces reedificado, pero mas destruido, solo cuando las aguas del Tíber descienden notablemente deja ver de su antigua existencia algunos informes vestigios. Tambien á la misma parte cae el Monte Aventino, célebre como refugio del famoso *Caco*, el semi-dios de los ladrones, y mas justamente famosa por haber muchas veces servido de asilo y ciudadela al pueblo en sus desavenencias con el Senado. Hoy es la mas desierta de las *Siete colinas:* mas en sus buenos tiempos cubriéronle bellos edificios, magníficos templos y soberbios palacios. — A mi izquierda se miraban los Puentes de Graciano y de Fabricio que unen el resto de la ciudad con la Isla del Tíber ó de San Bartolomé; en lontananza, en fin, el *Capitolio*, sangriento nido de aquellas Aguilas que tendian su vuelo sobre la tierra toda haciendo presa en Reyes y Pueblos, y regresaban á la ciudad eterna altivas, triunfantes y con los despojos del enemigo entre sus garras.

Aquellos nombres y recuerdos de tantas glorias y tantos siglos; aquellos

monumentos de una elegante civilizacion, y aquellos ruinosos, mutilados edificios; aquel azulado cielo y aquel sol radiante que sobre mi cabeza se sonreian; aquel puente, en fin, mal seguro, desde cuyo pavimento contemplaba yo el desigual precipitado curso del Tiber, hablábanme de las cosas humanas en un extraño lenguage, que en ninguna otra parte me fué tan comprensible, mostrándome bajo su mas sorprendentes aspectos el móvil cuadro de este mundo con el cual seres y cosas elévanse para caer, y renacen para morir de nuevo, siempre renovándose y no rehaciéndose nunca. Pareciame ver salir de su tumba, y desfilar ante mí, á las generaciones que sobre aquel teatro representaron la prodigiosa tragedia de su historia: primero los compañeros de Rómulo luchando con los moradores del Lacio; luego la plebe abanderizada por sus ambiciosos tribunos; despues aquellos patricios que orgullosos oprimian al propio pueblo y el universo dominaban á fuerza de valor y de genio; en pos los Procónsules con los laureles por sangrientos crímenes mancillados, y las vencedoras manos por el pillage infamadas. Resonaban en mis oidos la dura imperiosa voz de los amos juntamente con los ayes de sus esclavos á las canteras arrancando el mármol para edificar palacios á sus tiranos y á sí mismos cárceles; el estrépito de las marchas triunfales; el fragor de las civiles contiendas; el tumulto de las asonadas pretorianas al hacer y deshacer los Césares; los lamentos y sollozos de Roma saqueada por los Bárbaros sus vencedores, en justa venganza del universo por las Aguilas humillado; el inmenso funeral crujido, en fin, de aquel vasto imperio, al desplomarse sobre sus propios cimientos con la sangre y las lágrimas de todos los pueblos amasados.

Tantas y tales vicisitudes, tan trágicos acontecimientos, llenábanme de tristeza, y al contemplar aquella amalgama de grandezas y crímenes, de glorias y padecimientos, desbordaban en mi alma irresistibles melancólicas emociones:

Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt.

Apartándome, en fin, no sin trabajo del ***Ponte rotto*** y su magnífico pintoresco panorama, tomé la primera calle que á mi izquierda comenzaba, cerca del lugar donde se vió largo tiempo el sepulcro de Numa Pompilio por el Tiber en sus crecidas insultado, como nos dice Hora-

cio (1); pocos centenares de pasos habria caminado cuando noté, á mi mano derecha, un gran patio en cuyo fondo se deja ver una iglesia, ocupando el sitio en que segun es fama estuvo en otro tiempo el templo de *Furrina*, especie de diosa cuyas funciones hasta el erudito *Varron* mismo confiesa que no conoce á punto fijo. Como quiera que sea, lo cierto es que en el tercer siglo de nuestra Era, ocupaba la casa de la jóven patricia *Cecilia*, el sitio que hoy la iglesia bajo su advocacion consagrada; iglesia que, excitando mi curiosidad al pasar ante sus puertas, visité en el acto con el mas vivo interés, tomando notas que reproduciré aquí, después de referir la sencilla cuanto patética historia de la hermosa bienaventurada.

Durante el primer tercio del siglo III de la Era Cristiana y bajo el cetro de los Emperadores Septimio y Alejandro Severo, floreció Cecilia, nacida de nobles padres, y en cuya ascendencia figuran, entre otras ilustres matronan, Caya Cæcilia Tanaquila, esposa de Tarquino Prisco, á la cual Roma en muestra de su profunda estimacion y para eterno ejemplo de su sexo erigió una estatua en el Capitolio; Cæcilia Metella, hija de Metello el Dalmático, muger primera de Emilio Scauro, y después de Sila, sobre quien ejercia tan notoria influencia, que en cierta ocasion creyó el pueblo conseguir por su intercesion, y pidiósela en efecto públicamente, la gracia de los desterrados secuaces de Mario, que el terrible Dictador rehusaba obstinado; y finalmente la segunda Cæcilia Metella, hija de Metelo el Crético, esposa de Craso el Triumvivo, y cuyas cenizas reposan en el magnífico sepulcro que aun hoy ostenta, sobre la Via Apia, su extensa base cuadrangular, su cilíndrico elegante cuerpo, y las almenas con que fué coronado trece siglos después de su fundacion, al convertirse en 1299 en fortaleza para aquellos tiempos inexpugnable.

Prolijo fuera nombrar todos los Cónsules, Dictadores, Generales y Pontífices que durante la república ilustraron los linages de los Cecilios y de los Metelos, juntando en ellas á los lauros militares el decoro de las mas

(1) Vidimus flavum Tiberim, retortis
Littore etrusco violenter undis,
Ire dejectum monumenta regis
Templaque Vestæ.
Horacio. Lib. 1°, oda 2a.

altas magistraturas. Tambien bajo el Imperio obtuvo con frecuencia los honores del Consulado la antigua noble raza *Cecilia*, como lo acreditan Cneio Cecilio Simplex y Cecilio Clásico, á quienes las *Haces* del consulado cupieron en suerte respectivamente imperando Vitelio y Trajano: ninguna, empero, de las enumeradas glorias por grandes que se las juzgue, ninguna alcanzará ni en los recuerdos ni en el corazon de los hombres tan preeminente lugar, como lo merece y logra la memoria de Cecilia, vírgen y mártir, por la Iglesia universal venerada en público imperecedero culto.

Hemos dicho el linage de Cecilia, cuyos padres no habian abierto los ojos á la luz del Evangelio, aunque ya en sus tiempos eran grandes los progresos del Cristianismo en Roma: pero probablemente no creian tampoco en los dioses, ya que en el resto del Imperio largo tiempo hacia estaban completamente desacreditados. Ya en el siglo III no creian las gentes sensatas en las divinidades crapulosas y malvadas, con que la imaginacion de los poetas poblara el Olimpo, y que si existencia real tuvieran y hoy viviesen, no podrian dar un solo paso en la Europa culta, sin caer en manos de los tribunales y ser, cuando menos, á la deportacion sentenciados. Sin embargo ni los filosofos, ni los jurisconsultos, ni los políticos de aquella edad tenian ideas distintas y positivas de la Divinidad: antes por el contrario sobre no estudiar profundamente la cuestion, lo poco que de ella sabian era tan confuso como incierto. Sin embargo observábanse las prácticas exteriores de la religion pagana, y los gobernantes procuraban conservar por medio de la fuerza brutal lo que ya carecia de raices en la conciencia pública; porque, en efecto, así que doce pobres pescadores de la Judea, repartiéndose el mundo entre si partieron resueltos, con la mas pura fe en los corazones y la oracion siempre en los labios, á notificar á los falsos dioses que su tiempo era ya pasado, vacilaron los ídolos en sus ya desprestigiados altares, y abandonándolos comenzaron á desaparecer cobardes. Asombrado de una proscripcion de tan bajo orígen y cuyos efectos en la suprema altura se hacian sentir terribles, desenvainó el Imperio la espada, aquel formidable acero que tantos tronos habia destrozado, y con sus sangrientos destellos á tantos pueblos aterrado; y con él descargó feroz despiadados innecesarios golpes sobre millares de hombres inermes,

de flacas mugeres, de tímidas vírgenes, jóvenes y bellas, puras é inofensivas como la luz del alba, santas y suaves como la oracion. ¡ Inútil crueldad! La revolucion que estaba entonces en la sociedad operándose no era de aquellas que, afectando solo intereses, pueden con el filo de la espada contenerse, sino el advenimiento de un principio por Dios mismo enviado á conquistar el mundo. Por eso sucumbió al cabo, reduciéndose pronto sus sectarios á un corto número de filósofos, y á los mas extraños al movimiento civilizador entre los campesinos (1). Poco mas tarde el Emperador Juliano, vistió el luto por la muerte del antiguo culto, á cuyo cadáver dieron por sudario los sofistas de la época, algunos fragmentos de ampulosas disertaciones.

No nos dice la historia á influjo de quien renunció la jóven Cecilia al error en los pechos de sus padres arraigado, para adoptar la fe de Cristo y consagrarse á Dios por su amor y el de la pureza, en un siglo en que el libertinage todo lo habia invadido, todo con su crápula lo infestaba. Acaso alguna de sus abuelas, tal vez su nodriza, iniciaron á la jóven patricia en los misterios de la Religion sublime que de dia en dia iba aumentando sus prosélitos en Roma, hasta contarlos ya en el seno mismo de la imperial familia. Por ternura ó por indiferencia los padres de Cecilia no se opusieron en manera alguna á su vocacion; y ella consagraba al nuevo culto su corazon tan por entero, que incesantemente atesoraba en él la intuicion de las cosas celestes, pudiendo decirse de ella como de los primeros cristianos, que en sí llevaba siempre el libro santo de los Evange-

(1) Sabido es que el culto de los falsos dioses tomó entonces el nombre de *Paganismo*, precisamente porque ya no contaba con fieles sectarios mas que entre la poblacion rural, entre los labradores ó aldeanos llamados en latin *pagani*, de *pagus* que vale tanto como cortijo, lugar, ó *pago*, segun todavía se llama á ciertos sitios rústicos en España. Es notable que la parte mas retrógrada del Imperio se compusiera de dos elementos tan heterogéneos como los filósofos, por una parte, y lo mas ignorante é iliterato del pueblo, por otra; y no lo es menos que, si hoy encuentra apologistas la obstinacion pagana, es entre los que se dicen mas partidarios del Progreso. *(N. del A.)*

El ilustrado autor de la Biografía de Santa Cecilia, nos permitirá que le observemos, que en la nota precedente confunde á los *filósofos* con los *sofistas* de la antigüedad, así como en lo moderno á los hombres del *progreso* con los de las paradojas y de las *utopias*. No entramos en el fondo de la cuestion, pero forzoso nos ha sido protestar, aunque de paso, contra un aserto que tiende á inculpar gravemente la escuela político-filosófica á que pertenecemos. *(N. del T.)*

lios. Los divinos oficios celebrados en las tumbas de los mártires enseñáronle los peligros qne amenazaban á los confesores de la Fe: el culto tributado á la Vírgen María, hízole conocer el alto precio en que el Cristianismo estima la castidad de los sentidos como la pureza del espíritu. Familiarizada, pues, con la idea del martirio, Cecilia habia ofrecido á Dios no aceptar nunca ningun mortal esposo.

Mas los padres de la santa doncella sin curarse de sus votos, ó quizá no comprendiéndolos, eligiéronle por esposo á un varon llamado Valeriano, que tenia un hermano por nombre Tiburcio. Atendida la constitucion de la familia pagana, difícil si no imposible le fuera á Cecilia sustraerse, sin notable escándalo, á la voluntad de sus padres y al apasionado ardor de Valeriano: hubo pues, siguiendo prudentes consejos, de recurrir á medios entonces prescritos por la Iglesia, y de que los cristianos se valian siempre cuando en circunstancias críticas hay conflicto entre las exigencias sociales y los mas altos intereses del alma. Bajo la púrpura y el oro de su externo traje, vestia la vírgen el duro cilicio, á fin de acrecer las fuerzas del espíritu mortificando el cuerpo, y de atenuar con el sufrimiento los seductores atractivos del placer que de ordinario nos tiraniza á los hijos de Eva. — Pedíale además á Dios Cecilia que iluminase su conciencia y su valor alentara; porque nunca como en las ocasiones en que el miedo y la incertidumbre asaltan, sienten las criaturas la necesidad que tienen de invocar el auxilio de aquel poder supremo que los destinos del orbe rige.

Llega por fin el dia en que el dichoso Valeriano va á ser dueño de la mano de Cecilia: todo es júbilo en el palacio de sus padres; clientes y libertos de las dos familias que se enlazan, ocupan en apiñada muchedumbre el vestíbulo y hasta la via pública refluyen; los amigos y los parientes penetran en el atrio y llegan á la basílica ansiosos de felicitar á los novios, y de saludar en su union la esperanza lisongera de ver continuarse entrambas ilustres prosopias en una progenie digna de ellas. Incomparablemente bella estaba Cecilia, realzados los encantos de su hermosura y juventud — solos quince años tenia — con los galanos aunque sencillos atavíos de desposada; porque, en efecto, segun la antigua severidad de las antiguas costumbres romanas, tradicional entre los Cecilios, vestia nuestra heroina una modesta blanca túnica, sin adornos ni

guarniciones, sin lujo alguno, como las que, al decir de Plinio, hilaba por sus reales manos la ilustre Caya Cecilia (1). En seis trenzas repartidos, y con ellas en la parte superior de la cabeza formado un rodete á manera de torre, por un ramo de flor de sándalo coronada, los cabellos de la novia tocábanla al uso de las Vestales, como para mostrar que del gremio de las vírgenes iba á despedirse; un velo color de amarillenta llama, cubria su lindo rostro, en torno de él ondulante, cual ligera trasparente nube: y no estará de mas que digamos primero que esa parte del trage de las desposadas era copia del de la *Flaminica Dial*, sacerdotisa de Júpiter, á quien estaba vedado el Divorcio; y en segundo lugar que del rito de velar á las vírgenes para casarlas, procedió el nombre de *Nupcias* (2) dado á las bodas de los patricios.

Cecilia, hasta entonces extraña á los paganos ritos, tuvo en aquel dia que someterse á ellos en la apariencia al menos; primero á la ofrenda del vino y de la leche, aunque la vírgen volvió á otra parte los ojos por no verla; luego á que, rota, en señal de union y alianza entre los contrayentes, una torta de harina de flor, fuera su trémula mano enlazada con la de Valeriano, en presencia de emtrambas familias y de los diez testigos que la ley exigia para la validez del matrimonio aristocrático ó por *conferraecion*. Todo, pues, parecia consumado: pero en verdad la esposa de Cristo acababa de dar el último paso para la fe que prometida tenia peligroso.

Al caer el dia fué, segun la antigua costumbre, conducida la ya esposa al hogar doméstico, á la mansion de Valeriano, sita en la region trastiberina de Roma, y en la *Via Salutifera*, precisamente donde hoy se levanta la Iglesia de Santa Cecilia, modesto edificio que viendo desaparecer en torno de sí palacios y termas, pórticos y templos, orgullo un tiempo de aquel barrio de la ciudad eterna, consérvase por la sangre de la mártir consagrado, como para proclamar al través de los siglos la inmarcesible gloria de su fidelidad al Crucificado.

(1) Plinio: *Hist. Nat.* Lib. 8, cap. 74. Todos los pormenores siguientes están tomados fielmente de los diversos Autores que tratan de las ceremonias del Matrimonio romano, y de los cuales puede verse un interesante análisis en la obra de M. Ch. Dezobry, titulada *Roma en el siglo de Augusto*, tomo 3° (*N. del A.*)

(2) De *Nubere*, velar, viene *Nupliæ*, bodas. (*N. del A.*)

Precedido de algunos libertos con antorchas encendidas en las manos, procede el acompañamiento de Cecilia, atravesando la compacta bulliciosa muchedumbre que ya aplaude batiendo las palmas, ya prorumpe en jubilosos gritos, y ya entona alegres cantares, hasta la casa nupcial, en cuyo pórtico, ornado de blancos paños y de verdes floridas guirnaldas, detúvolo Valeriano, preguntando á Cecilia: — « ¿Quién eres? » — La vírgen entonces, conformándose al rito, respondióle — « *Donde tú Cayo,* » *seré yo Caya!* » — Tal era le fórmula usada y necesaria entre los que al desposarse se constituian recíprocamente herederos; y conviene, para que bien se entienda, recordar al lector de que *Cayo* en ella, queria decir *señor*, amo de la casa, jefe de la familia; y la novia al llamarse *Caya*, declarábase por consiguiente igual y compañera de su esposo, comprometiéndose al propio tiempo á vivir con él en íntima union, é indisoluble lazo diríamos, si el divorcio no fuera en Roma tan frecuente y fácil. Mas, volviendo al asunto, es de advertir que en el caso que referimos, la respuesta de la desposada debió conmover mas que en los ordinarios al auditorio como á los contrayentes, pues la pronunciaban los labios de una vírgen descendiente de la ilustre *Caya Cæcilia*, tan venerada como dijimos en Roma, y de quien, como acabado tipo de las domésticas virtudes de sus matronas, procedian así la tal fórmula, como la costumbre de vestir la novia una simple túnica blanca de lana. Nuestra cristiana Cecilia procuraba, empero, imitar á mas perfecto modelo, ateniéndose á la bellísima descripcion de la Muger fuerte, que habia en la Sagrada Escritura encontrado; y presto iba para Valeriano á ser un hecho evidente en su esposa realizado, aquel oráculo divino que dice: « Son la fuerza y la gracia sus atavíos; y en su hora postrera verásla son- » reir. — Abrióse su boca y habló por ella la sabiduría: la ley de la » caridad sale de sus labios. — Levantóse su esposo y colmóla de ala- » banzas. »

Iba Cecilia ya á hollar con su lindo pié, de elegante coturno color de azafran calzado, los umbrales del conyugal domicilio, ó mas bien de pisar su dintel hacia el amago, cuando, segun la costumbre, suspendiéronla levantándola por los brazos sus acompañantas, y así en vilo la llevaron hasta dentro del atrio, al son de melodiosas flautas que armónicas acompañaban

el canto vivaz de un coro cuyas voces proferían cientos versos, mas alegres que honestos, llamados *Fesceninos*, y de rigor sin embargo en semejantes ceremonias.

Durante el espléndido festin que reune á los parientes y amigos de entrambas familias, de flores coronados en señal de alegría, otro coro de mancebos y doncellas, jóvenes todos y hermosos, entona en mas suave ritmo y mas casto metro el himno epitalámico. Tambien canta Cecilia, pero allá en lo íntimo de su corazon, diciéndole al Señor, con el Rey Profeta: « Conserva siempre, ¡oh Señor! la pureza de mi corazon y de mis » sentidos, y libra mi pudor de toda mancha! » — Las Iglesias cristianas, que cada año repiten esas palabras de la ilustre vírgen el dia de la conmemoracion de su triunfo, conservan fielmente su memoria, y en honra del sublime concierto de Cecilia con los celestes espíritus, en testimonio de la superioridad inmensa de aquella divina melodía sobre todas las posibles en la tierra, saludáronla para siempre como Reina y Patrona de la Música.

Terminado el banquete, que los desposados presidieron sentados en el *triclinio*, lecho ó mas bien sofá capaz de tres personas, cercando las matronas á Cecilia, guiaron sus trémulos pasos al aposento nupcial, adornado con todo el lujo romano, y solemne además entonces por el silencio y la oscuridad que en él reinaban. De cerca la siguió Valeriano; mas apenas se vió la vírgen con él á solas, cuando, inspirada por la grandeza de su propia fe que la hacia adivinar el alma de un hermano en la del hombre que por esposo se le diera, y queriendo asociarle á su bienaventuranza, como ella acababa de ligarse á su destino, díjole estas cándidas y dulces palabras: — « Jóven y tierno amigo: tengo un secreto que confiarte, mas » júrame antes que lo guardarás fielmente. » Prometió Valeriano lo que se le pedia, y Cecilia entonces revelóle sus votos, hablándole de la fe cristiana, y del Dios que reina en los cielos y en la tierra, y cuyo juicio nos aguarda mas allá de los límites de la tumba, con una devota uncion, con una sobrenatural elocuencia, de esas que la humana retórica no explica, porque estriban en la sinceridad de la fe, en el ardor del celo, en la divina gracia sobre todo, y que por ella auxiliada vencen á veces las mas obstinadas resistencias, y pocas dejan de rendir á la fuerza de la verdad, las

conciencias timoratas, los corazones leales, y los ánimos despreocupados.

Conmovido por lo que de oir acababa, y dominado por un sentimiento que ni á evitar ni á retistir acertaba, consintió el esposo en avocarse con un anciano que le designó Cecilia: con el Papa Urbano, entonces refugiado en las Criptas (bóvedas subterráneas) de la Via Apia, para sustraerse á los rigores, mas ó menos declarados, de la persecucion del gobierno imperial. Ocupaba entonces el trono de los Césares Alejandro Severo, personalmente á los cristianos favorable; pero que tan débil como benévolo, ya que el mal no hiciese, dejábaselo á sus ministros hacer impunemente. Digamos sin embargo, en honor de la verdad, que un Príncipe que empuñó el cetro á las trece años de su vida, y perdióla antes de cumplir los veinte, ni pudo dejarnos testimonio de lo que tal vez fuera en edad madura, ni sustraerse á la influencia de sus consejeros, legistas expertos entre los cuales floreció Ulpiano, pero tambien peligrosos enemigos de la Religion Cristiana. Como quiera que fuese, mártires hubo en el reinado de Alejandro Severo, y el riesgo parecióle entonces bastante grave al Pontífice Urbano, para exigir prudentes precauciones.

Lo que la dulzura de Cecilia habia comenzado terminólo con su grave palabra el Sumo Sacerdote: convencido fácilmente Valeriano de las verdades cristianas, tardó poco en recibir el bautismo.

Rejuvenecióle, por decirlo así, el maravilloso Sacramento, penetrando su alma del íntimo gozo que en todas engendra el acercarse á su Creador; y como el fuego de la beatitud es de suyo expansivo, imposible le fué á Valeriano dejar de procurar comunicárselo á su hermano Tiburcio. Con afectuosas razones comenzó, en efecto, por ablandarle el corazon preparándole así á recibir lá regeneradora semilla; mas Cecilia, que quiso naturalmente asociarse á la buena obra de su esposo, fué quien con inspirado acento supo demostrarle á Tiburcio la falsedad de la religion pagana, y lo absurdo de un culto á inanimados ídolos rendido. Rindiéndose al cabo á la elocuente crítica, hubo el catecúmeno de confesar un dia que « no » habia medio en efecto de pensar cosa buena de las Deidades del Olimpo »; oyendo lo cual, abrazóle Cecilia tiernamente, exclamando: — « Ahora » sí que verdaderamente te reconozco por hermano. » — Llevado Tibur-

cio ante el Papa, tardó poco en seguir el ejemplo de Valeriano recibiendo á su vez el bautismo.

Probablemente por efecto de la guerra contra las Persas, tuvo Alejandro Severo que salir de Roma en la primavera del año 230; y aprovechándose de su ausencia y alejamiento el Prefecto de la Ciudad, Turcio Almachio, entregóse sin freno á perseguir á los Cristianos, haciendo perecer á un gran número, y llevando la barbarie hasta el punto de prohibir que se diera sepultura á los cuerpos de los mártires. Ni Valeriano ni Tiburcio se conformaron con tan absurda providencia, resultando de ello, como no podia menos, que ante el tribunal del Prefecto fuesen á comparecer citados.

Mas dispuesto á intimidarlos que por el momento á castigarlos, Almachio limitóse al comenzar su procedimiento contra los dos hermanos á reprenderlos por las simpatías que mostraban en favor de una secta legalmente proscrita, así como por el mal uso que de sus riquezas hacian empleándolas en dar sepultura á los ajusticiados.

Procediendo en seguida al interrogatorio, entablólo sin acritud ni amenazas, pero las resueltas contestaciones y la valerosa profesion de fe que los acusados hicieron, dando presto al traste con su mentida moderacion, lleváronle al habitual camino de todos los perseguidores cuando son los mas fuertes: el de la violencia. Su primera sentencia contra Valeriano, por el delito de haber probado que Júpiter, segun los mitos paganos, estaba muy lejos de poder compararse á ningun honrado, fué condenarle á la fustigacion por mano y con las varas de los líctores: mas, advertido á tiempo por su asesor Tarquinio, y comprendiendo que si retardaba aun la pena capital, las riquezas de los dos hermanos estarian ya en poder de los pobres cuando quisiara el Fisco reclamarlas, enmendó y suplió en el acto su primer fallo condenando á los patricios Valeriano y Tiburcio, á ser degollados. En el momento supremo acudió Cecilia á sostener con su presencia y palabra á emtrambos héroes, cuyas gargantas segó á su vista la cuchilla de los verdugos, dejando en libertad á sus almas para que, libres ya de los caducos lazos, volaran al cielo donde la vírgen-esposa del uno, y del otro hermana, les ofreció con ellos reunirse en breve. Tenia razon Cecilia: eran demasiadas las circunstancias que sobre ella llamaban la

atencion pública para que Turcio, una vez ya en la senda de la crueldad tan adelantado, dejase de hacerla blanco de sus rigores. Comenzó el Prefecto, no obstante, su persecucion con cierta timidez, como si recelara la desaprobacion del Emperador, y que aquel pudiera un dia acusarle de haber llevado las cosas al extremo dando lugar á un trágico desenlace. Así pues, su primer paso fué mandar algunos ministros de justicia á que exigieran de Cecilia un homenaje cualquiera, por insignificante que fuese, en obsequio de los Dioses del Imperio: mas la heroina respondió á la intimacion con tal firmeza, habló con tal energía, que conmovidos unos y arredrados otros, obligólos á todos á otorgarla un breve plazo moratorio, de que ella se aprovechó para hacer bautizar por el Papa Urbano á los que de convertir á la fe acababa, y sustraer sus bienes á la rapacidad del Fisco.

Llegado en fin el dia de su comparecencia en el Pretorio, vamos á ver cómo se condujo ante el implacable Turcio, quien entabló el interrogatorio, preguntándola:

— ¿Tu nombre?

— Cecilia me llaman. Mas tengo mejor nombre: soy Cristiana.

— ¿Tu condicion?

— Matrona Romana y de noble linage, ilustre raza.

— Tu nobleza es notoria; por tu religion, es por lo que te pregunto.

— Mal lo haces entonces, puesto que tu pregunta exige dos respuestas.

— ¿Quién te da valor para responderme así?

— Mi conciencia tranquila, y mi fe sincera!

Así continuó el interrogatorio no muy en gloria de Almachio ciertamente, hasta que ya cansado de la falsa posicion en que la rectitud y dignidad de las contestaciones de Cecilia le habian colocado, exclamó iracundo:

— He despreciado filosóficamente tus injurias, mientras á mí las dirigiste: mas ahora ofendes á los Dioses, y eso no puedo ya tolerarlo.

Temeroso sin embargo de condenar á público suplicio á la jóven, bella y noble vírgen, cuyos discursos interesaban todos los corazones, dió ostensiblemente la órden de llevarla á su propia casa, y en secreto la de hacerla

morir sin escándalo en la Estufa (1), ó sala de baños calientes del palacio mismo. Todo el resto de aquel dia y su noche entera resistió Cecilia milagrosamente la mortal influencia de la abrasada atmósfera en que sus verdugos la encerraron; y como á la mañana siguiente la hallasen aun con vida, mandóse á un líctor que con el hacha le dividiera la cabeza de los hombros. Obedeció el sayon; mas turbado y torpe, hirió tres veces á la inmaculada vírgen, sin concluir quitándole la vida con sus terrenales padecimientos; y como la ley no permitia mas de tres golpes, abandonó á su víctima espirante y en su propia sangre bañada, sin osar rematarla.

Así, despues de una larga agonía, y rodeada del pueblo cristiano que con su Pontífice acudió, aunque en vano, á cerrar sus heridas, espiró al fin Cecilia, en medio de la veneracion y del llanto de sus hermanos, encomendando al cuidado del Pastor Supremo los pobres, cuyo amparo fué ella misma mientras de este mundo fué habitante. A la noche siguiente, el Papa mismo ofició asistido de los diáconos, en los funerales de la Santa, depositando sus mortales restos en el cementario Prætexto, de la Via Apia, entre Pontífices y gloriosos mártires. Un mes mas tarde, tambien Ulpiano obtuvo la palma perdiendo valerosamente la vida por confesar la fe de Cristo.

Tales fueron la vida y la muerte de Cecilia, una parte de cuya historia está escrita con elocuentes caracteres en la Iglesia de su advocacion, que ocupa, he dicho al principio, el solar mismo que en otro tiempo la casa de la Santa patricia. Su fecha data, cuando menos del siglo V.; reedificóla el Papa Pascual 1º á principios del IX; y en la época del renacimiento hiciéronse en ella reparos de consideracion y embellecimiento, completados en 1740 y 1847. El aspecto general de aquel templo es imponente. Su pórtico, que ostenta cuatro columnas de granito rojo y mármol africano, fué construido en el siglo XVIII, segun planos de Fernando Fuga; y tiene un carácter grandioso, que completa y corona dignamente un campanario de

(1) Llamábase en latin *Caldarium* ó *Sudatorium* con mas propiedad; y los baños que allí se tomaban eran de vapor. Nada mas fácil, atendida la construccion de aquellos baños, que asfixiar á cualquier persona en ella encerrada. Véase á Mazois *Ruinas de Pompeya*; y Vitrubio, *De architectura*, lib. 5º. cap. 1º. (*N. del A.*)

ladrillo, venerable resto de la piedad de los primitivos tiempos de la Iglesia romana.

Dentro del templo, á derecha é izquierda de su ingreso, dos cardenales, de los siglos XIV y XV, parecen sobre sus marmóreos sepulcros centinelas vigilantes de aquel lugar santo : pero dejélos sin que el paso me estorbaran, y despues de hacerme cargo de un crucifijo pintado al fresco, tomando la nave de la derecha entré en un corredor á manera de claustro, cuyas paredes están cubiertas de paisages tambien al fresco pintados por Pablo Brilli. Condújome aquella especie de vestíbulo derechamente á un oratorio ó capilla, llamado el Baño de Santa Cecilia, y que es en realidad un elocuente testimonio del genero de martirio que puso término á su santa vida.

Al través de una verja, en efecto, contemplé aquella Estufa, algo mas pequeña que las Termas públicas; el *Hipocausto* (hornillo) con su caldera aun por la accion del tiempo incompletamente oxidado; la cañería en fin de barro cocido y de plomo, que daba paso al vapor, amparada por unas planchas de cobre en las paredes clavadas. En el altar de la capilla vese un cuadro en que el pincel elegante de Guido Reni ha representado el martirio de la Santa.

Dejando el oratorio ví al paso el sepulcro del Cardenal Sfondrate, que reparó la iglesia á fines del siglo XIII; un San Andrés y una Magdalena de Baglioni; y detúveme al cabo á examinar el mosáico del crucero bastante bien conservado, y aunque ya sin el prístino brillo de sus ricos esmaltes. En su centro figura la imágen del Redentor, revestido de un áureo manto; á su izquierda San Pedro, y en pos de él Valeriano y Cecilia, esta con una corona compuesta de dos hileras de pertas en la mano, sujeto el cabello con una cinta á la manera de las ínfulas griegas, y en el cuello tres hilos de perlas por collar; á la derecha del Señor se ve á San Pablo, á Santa Agata, y al Papa Pascual; á una y otra parte, terminan el cuadro, finalmente, sendas palmeras de fruto cargadas. En la alto de la bóveda del crucero mismo se lee el monógrama de Pascual; y al pié una inscripcion latina que contiene su dedicatoria á Santa Cecilia de aquel suntuoso monumento del arte bizantino.

Acerquéme en seguida al altar mayor, consagrado tambien á la Santa,

y al contemplarlo apoderáronse de mi espíritu una emocion y un sentimiento indescriptibles. — A la verdad la magnificencia de su ornamentacion es mas que digna de la atencion del curioso inteligente, cuya vista debe deleitarse contemplando cómo se armoniza la riqueza de profusos adornos de bronce con las elegantes formas de todo el monumento; cuán bien parece bajo una bella cúpula de mármol por cuatro soberbias columnas de igual materia talladas, la oblonga hornacina radiante con los reflejos del alabastro, del lapislázuli, de infinitas preciosas piedras á cual mas rara. Mas no es eso, sin embargo, lo que sorprende y conmueve; el arte cautiva, la riqueza deslumbra : pero lo que al alma llega es la bellísima estátua de la Santa, obra del cincel de Estéban Maderno. Cecilia yace sobre el lado derecho, como si durmiera; caidos los yertos brazos ante el cuerpo; la cabeza, en gran parte velada, en una postura llena de encanto; toda la escultura, en fin, tiene una gracia y respira una modestia incomparables una y otra. Tal fué encontrada Cecilia, y el artista no ha hecho mas que reproducir su efigie tan fiel como hábilmente, cuando se abrió, el año de 1559, el féretro en que reposaba trece siglos habia, con su ropa de brocado de oro, aun de su noble sangre salpicada.

Largo tiempo después de salir de la Iglesia duraban aun en mí las impresiones en ella recibidas; mas de una vez ocupa mi memoria el recuerdo, y conmovió mi alma el ejemplo de las virtudes de la que, descendiente de los Reyes de Roma, hija de ilustres patricios, esposa en la tierra aunque de nombre solo de un Valeriano, y en el cielo realmente de Jesucristo, á su fe en el Crucificado sacrificó valerosa cuanto en el mundo puede satisfacer el orgullo é interesar el corazon de las criaturas mortales. De corazon pues, y espontáneamente consagro hoy estas líneas á Santa Cecilia : la Arquitectura le ha elevado monumentos en magníficos templos, como la catedral de Albi, por egemplo; la Escultura produjo en honra suya la obra maestra de Estéban Maderno; citaríamos aquí á David (1), si no hubiera rebajado á la Santa hasta hacer de ella una graciosa pero profana Musa; mas no por eso se queda atrás la Pintura que, sobrepujándose á sí misma para reproducir el mágico conjunto de virtudes

(1) El pintor francés. *N. del T.*)

y perfecciones de nuestra heroina, dió de sí las obras inmortales de Pablo Veronese, Tempesta, Guido Reni y Carlo Dolci, las maravillas del Dominiquino en el colegio de San Luis de los Franceses, en Roma, y Rafael en fin, cuyo admirable cuadro de la Santa para el Museo de Bolonia, fué el que hizo prorumpir al Corregio en su famoso y profético grito : *Anch' io son' pittore!*

Pero hay un arte que reconoce y honra á Santa Cecilia como su especial patrona, uniéndose á la Iglesia que por las causas que dejamos explicadas la proclamó Reina de las armonías cristianas. Poniendo bajo la guarda de la bienaventurada vírgen las inspiraciones, confiesa el Arte música, que en todos los géneros hay que buscar en el cielo el tipo de la belleza, y que el superior sentimiento de la armonía, sobre todo, de un corazon puro puede solo emanar, y al cielo debe elevar el alma, como en su magnífica oda á Santa Cecilia lo dice el poeta inglés en estos versos :

Of Orpheus now more let poets tell,
To bright Cecilia greater pow'r is giv'n ;
His number rais'd a shade from hell,
Her's lift the soul to heav'n. (2)

POPE.

(2) No mas, Poetas, ya del Trace Orfeo :
¡Venciôle de *Cecilia* el dulce encanto !
¡Si él una sombra arrebató al Leteo,
Ella el Eden nos abre con su canto!

G. Staal. Imp. F. Chardon aîné. Se r. Hautefeuille. Paris. W. H. Mote

MARGARITA DE ANJOU.

La celebridad parece ser cosa inherente á las Princesas que llevaron el nombre de Margarita: apenas hay una de ellas que no se haya hecho famosa por sus culpas ó por sus desdichas, ó que no brille ya por sus virtudes, ya por su talento. Sirva de ejemplo el retrato que vamos á bosquejar, en compendio, de *Margarita* hija del Rey Renato, llamado el *bueno* y vástago de la ilustre casa de Anjou, cuyas ramas tendiéndose por Inglaterra, Francia, Nápoles, Sicilia y Hungría, llegaron á florecer en casi todos los tronos de la Europa latina, enlazándose además con el imperial de Oriente. Bella por extremo, habíala además dotado la naturaleza de relevantes prendas morales que no la enaltecieron menos que sus muchas desgracias; su ingenio fué claro, su ánimo emprendedor, audaz, tan pronto en las imaginaciones como en la ejecucion terrible; su intrepidez tal que ante ella vaciló mas de una vez el valor mas altivo. Muger la hizo la naturaleza, mas encerrando en ella el complemento de un hombre; y á reemplazar en efecto á uno, por entero, fué por la suerte llamada.

Reinaba en Inglaterra Enrique VI, el que niño aun se vió consagrar

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

Monarca de Francia en la Catedral de París, de donde inmediatamente le llevaron á Londres; y que contando ya 21 años de edad, en la época á que vamos á referirnos, gobernaba nominalmente sus Estados bajo la tutela de su tio el Duque de Glocester, á quien disputaba el poder el Cardenal de Winchester. Convencidos los enemigos del Duque de que de la debilidad ó, para decirlo cierto, de la nulidad del jóven Rey era poco menos que inútil esperar que sacudiese el yugo de la tutela, trataron de buscarle á Enrique una esposa que pudiera estimular al menguado Príncipe, ó en otro caso pensar y obrar en su nombre. Margarita de Anjou era la muger que necesitaban y en ella se fijaron los descontentos: pero como entre Francia é Inglaterra ardia entonces una exterminadora guerra, en la cual la primera estuvo á punto de perder su nacionalidad, difícil y peligroso fuera proponer desembozadamente el enlace del Rey de la segunda con una Princesa de tan cerca como la de Anjou enlazada con la casa de Valois.

Mas los conspiradores, que así puede llamárseles, aprovechando ó promoviendo el pretexto de una tregua por Glocester rechazada, y que el Cardenal sostuvo con éxito completo en el Consejo, enviaron á Francia en calidad de Embajador, y con la aparente mision de negociar la suspension de hostilidades, al Conde Suffolk que ajustó en realidad el deseado matrimonio, cuya celebracion tuvo lugar en Tours el año 1443, segun unos autores, y el siguiente de 1444 segun otros. En premio de sus servicios en aquella ocasion obtuvo Suffolk el título de Marqués primero, y el de Duque luego; y sin embargo, como negociador se mostró mas apasionado contra el Cardenal, mas hombre de partido, que celoso de los intereses de su país, pues que no solo tomó á Margarita sin dote, que eso explicáralo la situacion del Rey Renato tan rico en títulos como pobre de dominios; sino que, además, estipuló en el contrato matrimonial que la Inglaterra quedaba obligada á devolverle á la casa de Anjou la ciudad de Mans y la provincia de que era capital, ambas entonces al cetro británico sometidas. En la primavera del año siguiente pasó la Reina á Inglaterra, y presto su belleza y superior ingenio rindieron á discrecion al débil Enrique: por manera que, saliéndoles las cosas á los enemigos de Glocester á medida del deseo, y preparadas contra aquel las baterías, restaba solo exterminar al

favorito bajo sus fuegos. Así fué; y fué instantánea aunque no muy moralmente ejecutado. Primero la infeliz Duquesa de Glocester, acusada de *hechicería* y mágicas conjuraciones contra la vida del Rey, fué, como por via de misericordia, á prision perpetua sentenciada; luego el Duque mismo, tambien de traicion acusado ante el Parlamento, reducido á prision en la cual *se le halló* á los dos dias cadáver en su lecho.

Margarita al satisfacer con tal presteza las esperanzas de los que al trono la llevaran lanzó la flecha mucho mas allá del blanco á que dirigirla debiera, alarmando á sus cómplices con lo rápido de sus decisiones, el rigor de sus actos y la energía de una voluntad que no parecia conocer obstáculos. Quisieran los conspiradores un instrumento inteligente pero dócil; y encontrándose con que la espada dirigia á la mano, tomó el miedo para disfrazarse la máscara de la piedad, produciendo en la opinion pública una favorable reaccion para la causa de Glocester. Era imposible además, que una muger, jóven, hermosa, del carácter de Margarita y sin experiencia del mundo, viéndose como por encanto soberana y omnipotente en tan gran monarquía, no se embriagara con el poder, y dejase de incurrir en todas las faltas que de tal embriaguez son ordinarias consecuencias. Bastábale con ser extrangera, y sobre todo francesa, para que no la mirasen bien los Ingleses; mas la cesion de la provincia del Mans, por una parte, justificó el descontento; y luego al ver la Inglaterra que Carlos VII, de Francia, reconquistaba la Normandía y casi tambien la Guyena, arrebatándole al Leopardo una presa fruto de infinitos combates y de torrentes de su propia sangre, la exasperacion llegó súbito á su apogeo, faltándole solo para estallar en rebelion declarada un caracterizado jefe. Ricardo, Duque de York, se presentó á serlo, determinando su ambicion los primeros ostensibles actos de la famosa prolongada y carnicera lucha entre las dos *Rosas*, la Blanca y la Roja, cuyo orígen sin embargo de mas antiguo fechaba.

Tuvo Eduardo III,—el que, reinando Felipe de Valois, invadió la Francia poniéndola en inminente riesgo de sucumbir para siempre, — cinco hijos de los cuales fué el primero *Eduardo*, Príncipe de Gales, llamado el *Negro*, por el color habitual de su armadura, famoso por sus hazañas, célebre por su cortesía, venerado por sus virtudes, el vencedor de Poitiers

en fin; el segundo murió niño; el tercero fué Lionel, Duque de Clarence; Juan, Duque de Lancáster, el cuarto; y el quinto Edmundo, Duque de York. Muerto el *Príncipe Negro* antes que su padre, su hijo, Ricardo II, heredó la corona del abuelo; mas destronóle y dióle muerte su primo carnal Enrique IV, hijo del Duque de Lancáster, dando así el funesto ejemplo de la usurpacion en la familia, y fundando la dinastía *de Lancáster* llamada, que dió por Reyes sucesivamente á la Inglaterra á los Enriques IV y V, y tambien al VI, esposo de nuestra Margarita de Anjou. — De Edmundo, Duque de York, el hijo quinto de Eduardo III, recibió el ser Ricardo, primero de su nombre en aquella rama, el cual hubo en su prima y esposa *Ana Mortimer*, hija de Lionel, Duque de Clarence, á Ricardo II de York, jefe de la rebelion contra Enrique VI que va á ocuparnos. Dando por firme y valedero el derecho de la rama de Lancáster, no podia Ricardo alegar ninguno á la corona como procedente de su paterna ascendencia; mas como por la línea materna descendia directamente de Lionel de Clarence, hermano mayor de Juan, primer Duque de Lancáster, en los derechos de su madre heredados fundó sus pretensiones al trono de Inglaterra. Blasonaba las armas de Lancáster *Rosa encarnada* ó *roja*, y las de York una flor de la misma especie pero *blanca*: de ahí las denominaciones y divisas de entrambos partidos.

Aunque valeroso como soldado, era el Duque de Yorck un hombre hábil, prudente hasta los límites de la irresolucion, y mas ambicioso que á satisfacer su ambicion resuelto. Merecíanle alta consideracion en Inglaterra su elevado nacimiento y personales prendas, como tambien inmensas riquezas: pero á mayor abundamiento enlazóse con Cecilia Nevil, dama de la poderosa familia de que era gefe el famoso Conde de Warwick, llamado el *Hacedor de Reyes* (*King maker*) y de quien pronto haremos mencion en este relato.

Ricardo sin embargo, no comenzó reclamando la corona; su plan era simplemente traer las cosas á punto de que los demás se la ofrecieran y limitarse á aceptarla. A ejemplo, pues, de todos ó los mas de los usurpadores, tomando por pretexto el bien público, declaró que no se alzaba contra el Rey, sino contra su mal gobierno, del cual estaba á la sazon al frente el Duque de Suffolk. El fatal matrimonio de que habia sido negociador, y cuya primera

consecuencia fué, no la pérdida, sino el regalo al extrangero de una provincia; el asesinato de Glocester en que se le suponia cómplice; sus grandes riquezas; el favor de la Reina que, de nieto que era de un simple comerciante, le habia elevado á la mas alta categoría de la nobleza; eran á los ojos del público otros tantos crímenes del favorito. Prevenidos así contra él los ánimos, todas sus providencias parecian desacertadas, el mas pequeño vejámen de ellas procedente un acto de insoportable tiranía. La tempestad pues, creciendo por momentos, acercábase, y amenazaba ya con sus rayos la cabeza de Suffolk; otro, acaso se arredrara; mas él, saliéndole valerosamente al encuentro al peligro, presentóse ante el Parlamento y anticipándose á la acusacion, intentó resuelto refutarla. Tanta audacia, empero, no fué por el éxito coronada: apenas por él mismo abierta en su autoridad la brecha, por ella se precipitaron sus enemigos, acusándole de *traicion* y de administrador infiel de los negocios públicos. En tal conflicto entregóse Suffolk á merced del Rey; y Enrique, desechando el cargo de traicion, pero declarándole convicto de mala administracion, condenóle á cinco años de extrañamiento del reino. Procedimiento á la verdad irregular, pero que salvaba la vida al acusado, reservándole además su accion para mejores tiempos: la suerte empero lo habia de otra manera dispuesto. En la travesía de Inglaterra á Francia, el bajel que llevaba al desterrado cayó en poder de un corsario enemigo, inglés tambien, cuyo capitan hizo cortar en el acto la cabeza al infeliz ministro, en una chalupa. En prueba de lo débil ya entonces de la autoridad real, baste decir que no se procedió siquiera á la averiguacion del autor y cómplices de tan horrendo crímen.

De poco provecho lo fué á Margarita su concesion sacrificando á Suffolk: el Duque de Sommerset á quien cupo en suerte la sucesion política de este, no fué menos odiado del público que su antecesor. Sospechábase ya entonces, y con harto fundamento, que el Duque de York era en gran parte autor de las dificultades con que el Gobierno luchaba, mas conduciase el Príncipe con tal cautela, que no habia medio de acreditárselo con pruebas, hasta que un imprevisto acontecimiento vino, si no á suministrarlas directamente, á robustecer por lo menos los indicios. Un hombre del vulgo, en efecto, suponiéndose descendiente de la casa de *Mortimer*,

sublevó el cordado de Kent, y marchando, al frente de una multitud fascinada, sobre Londres, penetró en aquella capital precedido por el terror de sus armas, y trató allí de potencia á potencia con el Gobierno mismo. Mas la indisciplina, los robos y la violencia de la facciosa turba, irritando al pueblo de Londres, provocáronle á tomar las armas, y á que unido á la granicion de la *Torre* cargara sobre los rebeldes, haciendo en ellos gran carnicería, y arrojándolos de la ciudad con muerte de su caudillo. No era ese mas que un impostor vulgar; pero su intentona sirvió los proyectos del Duque, haciéndole ver la inmensa influencia que sobre el pueblo ejercia el nombre de *Mortimer,* su ascendiente por la línea materna.

De Irlanda, donde se hallaba entonces, trasladóse Yorck á Inglaterra, y desde aquella época misma ya todo el mundo comenzó á discutir pública y continuamente sus derechos á la corona, extendiéndose el poder de la opinion al Parlamento que, cayendo en los lazos de la astuta política del Duque, ó cómplice de ella, presentó al Rey una peticion contra Sommerset y las demás ministros.

Entonces ya, pareciéndole oportuno el momento al Duque de York, alzóse, y al frente de diez mil hombres marchó sobre Londres, cuyas puertas le fueron contra todas sus esperanzas cerradas, obligándole tan imprevisto revés á retirarse, perseguido por los realistas al condado de Kent.

Nunca habia sido para ambos partidos tan peligrosa la situacion, puesto que se trataba ya de pasar de una lucha sorda á una declarada guerra. Margarita y York empeñaron, entonces, una partida de aquellas en que solo el éxito decide quién fué el mas hábil de los dos jugadores. Abocáronse, en efecto, Enrique VI y el Duque; y preguntándole á este el Rey, por su muger aleccionado, cuáles eran sus pretensiones, respondió Yorck con grandes protestas de lealtad al Monarca, y de sana intencion, fulminando implacable censura contra los ministros, y pidiendo que fuesen inmediatamente destituidos todos ellos. Cuál seria su sorpresa viéndose en el acto conceder cuanto pedia, se comprende con facilidad y lo pinta cándidamente un coronista diciéndonos que se *quedó con la boca abierta:* pero cogido en el lazo, y mal que le pesara, hubo de licenciar tambien en

el acto sus tropas, y de retirarse á sus Estados, á esperar allí los acontecimientos: fiándolo todo de la suerte y del celo de sus partidarios, á la sazon mas que nunca exaltados, á consecuencia del reciente nacimiento del Príncipe de Gales (1454), que añadia un obstáculo mas á los que ya mediaban entre el trono y el cauto pretendiente.—Con celo, en efecto, trabajó el partido, con actividad y con éxito además, pues que habiendo el Rey enfermado arrancósele el nombramiento de *Protector del Reino* para el Duque de York. Confirmó el Parlamento aquella eleccion como era de esperar; mas el favorecido, cediendo á su característica indecision, en vez de asegurar la presa que la fortuna le ponia tan de valde entre las manos, todo lo que hizo fué la apología de su conducta ante las Cámaras; y aplazando así la ejecucion de sus designios, puede decirse que entonces perdió la corona que ambicionaba y que nunca ciñó sus sienes, porque nunca osó tampoco con la mano asirla.

Restablecióse en tanto el Rey, y los partidarios de Margarita recobrando, al mismo tiempo que la salud aquel representante apenas animado del poder monárquico, su antigua energía, comenzaron no solo á tratar públicamente de la reintegracion en el ministerio del Duque de Sommerset, sino de la inutilidad del cargo de Protector estando ya el Monarca tan sano de espíritu como de cuerpo.

York, para no verse despojar ignominiosamente de su título y autoridad, tuvo que abandonarlos ambos y correr á las armas. Hasta aquel momento traiciones, perfidias, y miserables cobardías de una guerra de intrigas cortesanas lo habian hecho todo: razon era ya que la sangre lavara tanta mengua, y lavóla, en efecto, en la batalla de San Albano, donde murieron hasta cinco mil hombres, entre los cuales Sommerset y otros grandes señores, y fué el Rey hecho prisionero. Tratóle el Duque con todo género de respetuosas consideraciones; hasta *con ternura,* dice un historiador: mas sin embargo retúvole en su poder y con él hizo su entrada triunfal en Londres, donde volvió naturalmente á ocupar su antiguo puesto de Protector del Reino. ¿Porqué no fué mas lejos? ¿Porqué, al menos, no aseguró su delegada autoridad? Por irresolucion, por timidez como siempre. Verdad es que el Parlamento le confirmó de nuevo en la Regencia, mas *amnistiando* al mismo tiempo á sus partidarios;

por manera que á un tiempo mismo recompensaba al jefe del bando de York con el poder supremo, y declaraba culpables, en el mero hecho de perdonarlos, á sus secuaces y defensores.

Acordóse por las Cámaras que el Protectorado se prolongase hasta la mayor edad del Príncipe de Gales; pero Margarita, cuyo mas formidable enemigo no fué nunca York ciertamente, sino la Fortuna, Margarita aprovechándose hábil cuanto resuelta de una fortuita ausencia del Regente, condujo á su marido á la Alta Cámara, é hízole ante ella declarar *que ya no necesitaba de tutela alguna*. Por el momento, tan audaz golpe de mano fué por el éxito mas completo coronado, decretándose en el acto la abolicion de la Regencia; y lo que es casi increible, prestando el mismo Duque de York su asentimiento al decreto que de toda su autoridad le despojaba. Pronto, sin embargo, una conjuracion, cierta ó falsa, contra su vida resucitando los al parecer amortiguados rencores, produjera un nuevo y terrible rompimiento, si el Arzobispo de Cantorbery, interponiendo su santo apostólico ministerio, no procurase y obtuviera una aparente reconciliacion entre los dos partidos. De acampados que estaban ambos en Londres mismo, uno frente á otro, y á punto de venir á las manos, súbito juntáronse en uno y celebraron la paz con una gran procesion, presidida por la Reina Margarita y el Duque de York, fraternalmente de las manos asidos. El lector que observe con alguna atencion los acontecimientos contemporáneos, echará de ver que para eludir á los pueblos no hay necesidad de inventar cosa alguna; la historia nos ofrece un copioso repertorio de comedias políticas fáciles de arreglar á nuestras costumbres, y de efecto seguro en la escena.

Mas tales demostraciones de recíproca mentida amistad, buenas siempre para deleitar á las almas cándidas, ni entonces calmaron, ni calman nunca los odios de partido: antes por el contrario, los envenenan. Duelos y riñas particulares primero, escaramuzas entre partidas sueltas luego, sorpresas y represalias mas tarde, volvieron presto á renovar la civil contienda, provocando, en fin, la intervencion de un personage que ya hemos anunciado, mas no todavía tenido ocasion de poner en relieve hasta ahora.

York estaba, segun lo tenia de costumbre, después de todos sus mas que merecidos reveses, retirado en Irlanda: mas en cambio sus partida-

rios siempre en accion, y su hijo el Conde de la Marca, era ido en busca del célebre Conde de Warwick, entonces gobernador de Calais, y en sus ratos perdidos pirata de aquellas aguas. Sin perder el tiempo en sutilezas ni imaginaciones el intrépido guerrero, á quien no sin razon ha llamado un distinguido escritor inglés (Bulwer) el *último de los Barones;* desertando su gobierno, desembarcó con algunos de sus terribles soldados y el Conde de la Marca en las costas del Condado de Kent, y á marchas forzadas cayó en seguida sobre Londres, que entre sorprendida y no muy realista, abrióle sus puertas y recibióle con gozosas aclamaciones de triunfo. Por segunda vez cautivo, fué Enrique VI aun aquella vez tratado con miramiento.

En cuanto al Duque, apresuróse á reunirse en la capital del reino con sus parciales vencedores; y tambien á convocar el Parlamento, ante el cual, por vez primera, proclamó en fin sus derechos á la corona; pero hízolo con tal desmayo, con formas de leguleyo tan impropias en sus labios, que hasta en sus mas ardientes partidarios paralizó el celo, oyéndole el resto de la asamblea en sepulcral silencio. El resultado fué el que debia esperarse : un término medio de los que á todos ofenden y á nadie contentan. Por un resto de consideracion, por lástima, ó por desprecio acaso, conservósele á Enrique su título nominal de Rey; mas diósele por forzoso heredero al *Protector,* hiriendo así en el corazon á Margarita, cuyo hijo quedaba en consecuencia desheredado.

Estremecióse indignada la Reina al saber tal resolucion, y desde aquel momento, preparándose resuelta al combate, mostró siempre un carácter verdaderamente heróico. Intimáronle los de York que regresará al lado del Rey : — « Iré, los contestó, pero será al frente de un egército » — Y en efecto, desplegando la actividad, el valor, la resolucion, el genio, cuantas dotes, en fin, constituyen á los grandes hombres, recorrió Margarita todas las provincias septentrionales de Inglaterra, sirviéndose como de bandera de recluta, cual lo hizo mas tarde á su egemplo María Teresa, de su propio hijo, niño entonces de seis años, que en sus brazos levantaba apellidando á las armas á los fieles realistas. Notoria y célebre es la conducta de María Teresa mientras que casi ignorada la de Margarita, mas no por culpa de esta, sino

por la de los Barones ingleses, que, menos elocuentes y apasionados que los Húngaros, no supieron como estos contestar á su Reina con un grito de generoso entusiasmo, que la historia ha consignado en sus páginas. Hase dicho que las palabras gobiernan el mundo; la verdad es que solo con palabras puede eternizarse la memoria de los hechos heróicos; y que rara vez la expresion elocuente de un sentimiento sincero deja de enternecer á los hombres. Como quiera que sea, la belleza de la Reina, sus desgracias y denuedo, y tambien la constante aunque secreta rivalidad existente entre las provincias del Norte y las del Mediodía de Inglaterra, produjéronle á Margarita sin tardar mucho un ejército de veinte mil hombres, á cuyo encuentro salió York, mas con excasas fuerzas en la equivocada inteligencia de que solo se le oponian algunos paisanos rebeldes. Desengañado por sus ojos mismos, acogióse el Protector prudentemente con sus tropas á una plaza fuerte; mas asedióle en ella Margarita, y poniendo en juego toda la provocativa astucia de las artes femeninas, tantos fueron los amargos sarcasmos que supo prodigarle, tanta la hiel con que de villana cobardía le acusó de acogerse al amparo de muros y torreones para huir de una Muger, que al cabo el Duque, tan irresoluto de ánimo, como sanguíneamente valeroso, aceptó el combate en los campos de Wakefield. Allí fué derrotado y muerto Ricardo 1° Duque de York, ambicioso hipócrita, que es el peor género de ambicion posible. — Su hijo y heredero Eduardo, Conde de la Marca, era entonces un galan de seductora presencia, por extremo amante del bello sexo, tan valiente y activo como el autor de sus dias, y ageno á la irresolucion de aquel completamente: mas la dureza de su corazon y la inflexibilidad de su espíritu hacian de él un hombre sin entrañas ni misericordia para las desdichas de sus semejantes. — « La naturaleza, dice Voltaire hablando de Eduardo, le habia hecho el mas enamorado de los hombres, y con caprichosa contradiccion, sin embargo, dotado un corazon tan sensible de tal barbarie que horroriza, » — Voltaire confunde la sensualidad con el amor, y solo así pudo olvidarse de cuán frecuentes egemplos no suministra la historia de la mas que natural alianza entre la crueldad y el libertinage.

Tal como lo hemos descrito era el nuevo enemigo de Margarita; quien dividiendo inmediatamente después de la batalla de Wachefield sus tropas en dos cuerpos, de los cuales fué pronto el uno batido por Eduardo, marchó al frente del otro la via de Londres, de donde le salió de Conde de Warwich al encuentro hasta los campos mismos de San Albano, teatro de la derrota de los realistas al comenzarse la guerra. La suerte, en el segundo encuentro, trocando sus decretos dió á la Reina la victoria, en consecuencia de la cual recobró el Rey su libertad, ó pasó de manos de los de York á las de su muger, que es lo cierto.

Aquí la imparcialidad histórica nos obliga á mencionar un hecho que quisiéramos, pero no podemos omitir, por mas que redunde en mengua del buen nombre de nuestra heroina. Lord Bonville, encargado por los parciales de la Rosa blanca de la guarda de la persona del Rey, permaneció á su lado después del triunfo de la Reina en San Albano, fiando en la palabra que le empeñó el Monarca de respetar su vida; pero Margarita, hollando la fe jurada, hizole cortar la cabeza por mano del verdugo. Verdad es que entrambos partidos se entregaban sin escrúpulo á la práctica de tales atrocidades, decorándolas con el especioso nombre de *Represalias;* verdad tambien que Eduardo fué quien dió en aquella guerra el primer egemplo de esos asesinatos jurídicos á sangre fria: pero si esas consideraciones atenúan acaso la culpa, no borran ni mucho menos la falta de fe y la dureza en aquella ocasion de Margarita.

Su triunfo no fué de larga duracion en todo caso. Eduardo incorporando á sus tropas las dispersos restos de las de Warwick, marchó sobre Londres que la Reina ocupaba á consecuencia de su victoria de San Albano; y Margarita, desconfiando no sin causa del afecto de los moradores de aquella ciudad, abandonóla retirándose á sus fieles provincias del Norte. Sin tirar, pues, la espada entró Eduardo en la capital del reino; y una vez en ella sin andarse en tergiversaciones como su padre, sin perder el tiempo siquiera en convocar un Parlamento, y dando él mismo por buenos y valederos sus derechos, reunió en pública asamblea á los ciudadanos de Londres con sus propios soldados, é hizo que Warwick les interpelara á todos en alta voz de este modo:

— ¿A quién quereis por Rey: á Enrique de Lancáster?

— No; respondió el concurso.

— ¿A Eduardo de York?

— Sí, sí; dijeron á una los circunstantes.

Con cuya sumaria fórmula quedó instalada en el trono de Inglaterra la dinastía de York, en la persona del nuevo Rey Eduardo IV, cuya cruel violencia de carácter no tardó en manifestarse, prodigando los cadalsos y en ellos la sangre de sus adversarios.

En tanto Margarita procedia en el Norte con actividad tan sorprendente que en pocos dias reunió un ejército de sesenta mil hombres, contra el cual Eduardo y Warwick se pusieron inmediatamente en campaña al frente de cuarenta mil combatientes. Las huestes enemigas se hallaron en presencia una de otra en Tawton; mas numerosa, como sabemos la de la Reina; animada por el nuevo Rey la otra, de toda su tremenda energía. Sin embargo la batalla comenzó bajo malos auspicios para los de Yorck, uno de cuyos destacamentos enviado á ocupar cierta posicion fué por el enemigo puesto en fuga: mas Warwick entonces dando públicamente muerte á su caballo, en señal de su resolucion de vencer ó morir, juró además sobre la cruz de su espada que su suerte no seria otra que la que á sus soldados cupiese, devolviendo así á las tropas la confianza en la suerte y en sus jefes. Dícese que en gran parte debieron aquel dia los de York la victoria á una estratajema del Conde, que se comprende produjera su efecto en aquellos tiempos en que se peleaba cuerpo á cuerpo. Dirémosla, valga por lo que valiere su eficacia, pero antes conviene advertir que los arqueros constituian en los ejércitos ingleses de aquella época, un arma importante y las mas veces decisiva por sus mortíferos efectos. Sucedió pues, que en el momento de trabarse la pelea descargara el cielo sobre el campo de batalla una espesa nevada, que por un recio viento de frente á los realistas impelida, azotábales el rostro y la vista naturalmente les impedia. Dió Warwick por medio de los clarines la señal de ataque; mas conteniendo sus escuadrones, destacó solo algunos arqueros sueltos contra el enemigo, que al recibir sus tiros, y no viendo lo que pasaba, apresuróse á contestarlos descarga sobre descarga, hasta apurar en vano sus propias flechas. Una vez los realistas asi privados de su principal defensa, cargaron los de York

espada en mano sobre ellos derrotándolos fácilmente á pesar de la desigualdad del número, y haciendo en sus filas tan espantosa carnicería que segun algunos autores no fueron menos de treinta y seis mil hombres los que del Ejército Real perecieron en la jornada ó en el alcance. Si Enrique VI no cayó aquella vez tambien en poder de sus enemigos debióselo á no hallarse en el campo, pues se habia quedado con su esposa en la ciudad de York. De regreso á Londres ocupóse Eduardo en ordenar su gobierno, pero mas aun en satisfacer sus rencores y saciar sus venganzas, haciendo rodar en los cadalsos las mas ilustres cabezas del reino. Dijérase que cada partido habia jurado el exterminio del contrario.

Por lo que á Margarita respecta, vencida sí pero no desalentada, nunca desplegó mas infatigable actividad que entonces. Puestos en seguro su marido y su hijo en la corte de Escocia, cuyo Rey *Jacobo* rehusó sin embargo prudentemente dar los socorros positivos que de él solicitaba la Reina, pasó esta á Francia á probar fortuna, tratando de interesar en favor suyo al político Luis el onceno. A fuerza de perseverancia y de habilidad obtuvo al cabo un ejército de veinte mil hombres mandado por el Senescal de Normandía, á cuyas fuerzas se agregaron algunos voluntarios escoceses, y no pocos parciales ingleses de la *Rosa encarnada*; habilitando así á la heróica Margarita para probar de nuevo la suerte de las armas en los campos de Hexham.

Derrotóla, empero, y dispersó sus huestes Lord Montague, hermano de Warwick: el Duque de Sommerset, hijo del aquel ministro del mismo nombre que pereció en la primer batalla de San Albano, cayó en poder del enemigo y perdió la cabeza en el cadalso; y Margarita misma, tan completa fué la dispersion y tan profundo el pánico, separada de su marido, y apenas escoltada por algunos fieles partidarios, perdióse con su hijo en la espesura de una inmediata selva. Buscando en vano la salida de aquel natural laberinto, cayeron los fugitivos en manos de una banda de foragidos de los que, merced á la turbulencia y desórden de los tiempos, vivian á expensas de todos los partidos, sin respetar ni servir á ninguno. Las consecuencias de tan mal encuentro fueron las que debian ser: la escolta de la Reina fué violentamente dispersada, su tesoro saqueado, su propia persona insultada, y muerto La Varenne, el comandante de las

tropas francesas, por obstinarse en defenderla á toda trance. Por dicha, deslumbrados por la vista del oro y de las joyas del regio tesoro los bandidos, por una parte, olvidáronse presto de su cautiva, y por otra riñendo como de costumbre por la reparticion del botin, favorecieron ellos mismos la evasion de Margarita y de su hijo. Pocos pasos habia Margarita caminado, sin embargo, cuando sus ilusiones de libertad fueron cruelmente disipadas por la aparicion inesperada de uno de los bandidos mismos de quienes iba huyendo. Ni la fuga ni la resistencia eran posibles — ¿Qué hacer? — Obedeciendo Margarita entonces á una de las generosas inspiraciones que tan frecuentes fueron en ella, tomó en los brazos á su hijo y acercándose al salteador, púsoselo en las manos diciéndole resuelta: — « Salva al hijo de tu Rey! » — Conmovido, turbado, incapaz de resistencia el bandido, prometió y cumplió, sirviendo de guia á la Reina, sacándola de la selva, y conduciéndola hasta la orilla del mar, donde se embarcó Margarita con rumbo á Flandes, para pasar desde allí á la corte del Rey su padre.

Menos feliz el desdichado Enrique, después de pasar un año oculto en el condado de Lancáster, cayò al cabo, como solia, en manos de sus enemigos, y fué de órden de Eduardo puesto en prision en la Torre de Londres. Enrique al parecer era como particular un hombre virtuoso, de buen carácter, honrado, compasivo, cándidamente recto: pero sin energia de ninguna especie, y aun á veces atacado de enagenacion mental, funesta herencia sin duda de su abuelo materno Carlos VI de Francia. Poco faltó para canonizarle, cuando le tocó su vez de ser vencida á la dinastía de York: mas lo cierto es que los historiadores en vez de llamarle *Buen Rey*, debieron de llamarle *Buen Hombre*; que de ahí positivamente no pasaba.

Al parecer la lucha entre las dos Rosas habiase definitivamente terminado, pues que el Rey lancasteriano estaba preso; emigrada y oscurecida la Reina; impotente como un niño el Príncipe de Gales; y segadas por la cuchilla del verdugo las cabezas de los mas altos é intransigentes enemigos de la casa de York. Mas quedábale á Eduardo que ajustar cuentas con el *Hacedor de Reyes*, el terrible Conde de Warwick, á quien ofendió el impetuoso Monarca, viendo en consecuencia puestos de nuevo en duda inmediatamente sus derechos. — Fué el caso que mientras el Conde, su

Embajador en Francia, solicitaba y obtenia la mano de la Princesa *Bonne de Savoya*, cuñada de Luis XI, para el Rey de Inglaterra, este prendándose de Isabel de Woodville, viuda jóven y hermosa, pero hija de un simple caballero, casó con ella. No se contentó sin embargo con afrentar y comprometer así á su Embajador; Eduardo ofendió personalmente además al hombre, intentando seducir, sin perjuicio de su amor á Isabel, que para aquel Monarca no eran incompatibles dos galanteos; intentando seducir, decíamos, una sobrina, ó segun otros autores á la hermana misma de Warwick. Seis años sin embargo tardó todavia en declararse el rompimiento, no se sabe á punto hijo con qué pretexto, entre el Soberano y su General: pero estalló al cabo, y como no tenemos la pretension de aclarar los misterios, á juicio de los mas de los historiadores impenetrables, de aquella época de las guerras civiles de Inglaterra: aceptando los hechos como los encontramos, y renunciando á explicarlos, iremos derechos al desenlace de nuestro drama. Warwick, una vez ofendido, ocupóse exclusivamente en reclutar parciales, en preparar elementos para vengarse. Diestro, elocuente, de franco carácter, liberal é inmensamente rico, vióse pronto rodeado de amigos, entre los cuales debemos en primera línea contar al Duque de Clarence, hermano del Rey Eduardo, y yerno del Conde ya casi faccioso. Este no obstante, amenazada tal vez su vida por alguna conspiracion palaciega, y no pudiendo por el momento promover en Inglaterra una revolucion á mano armada, hubo de emigrar á Francia, donde el Rey Luis XI, cuya política consistia principalmente en sembrar la discordia entre sus vecinos, no solo le acogió con la mas señalada distincion, sino, lo que es mas extraño, con tal arte se condujo, que supo reconciliar á Margarita de Anjou, con aquel Conde mismo, hasta entonces el mas implacable enemigo de la casa de Lancáster.

Pactóse en aquella monstruosa alianza, fruto de la Necesidad que para los partidos suele servir de moral criterio, que Warwick, declarándose por Enrique VI, procuraria su libertad y restauracion, conseguidas las cuales, gobernarian el reino el mismo Conde y el Duque de Clarence. Ajustóse además el enlace del Príncipe de Gales con Ana, hija segunda de Warwick; y se convino que á falta de la descendencia de estos, pasara la

corona á las sienes del Duque de Clarence y de sus naturales legítimos descendientes.

Concluido y ratificado ese convenio, Luis XI equipó una flota, y Warwick con ella y con las fuerzas y recursos pecuniarios por el mismo Rey suministrados aportó á Dartmouth. Advertido de su desembarco, Eduardo que á la sazon se hallaba en el Norte reprimiendo la sedicion de aquellas provincias, marchó inmediatamente sobre el Conde, con cuyas fuerzas se halló en las inmediaciones de Nottingam. La batalla era inminente, mas antes de que se trabase, las tropas mandadas por Lord Montague, hermano de Warwick, pero parcial hasta entonces del Rey, y secretamente por sus contrarios ganado, tomaron una noche las armas inopinadamente, y con grandes alaridos cercaron la tienda de campaña de Eduardo de York. Sosprendido este en medio del mas profundo sueño; mal despierto al estrepitoso clamoreo de : Traicion! ¡Traicion! de cuantos le rodeaban; víctima en fin, una vez en su vida, de un pánico y no del todo infundado, apenas tuvo tiempo para mal vestirse y peor armarse artes de saltar sobre el primer caballo que encontró á mano, y soltándole las riendas, huir á la carrera hasta Norffolk, y allí embarcarse. Desembarazado así de aquel Rey, mas fácilmente *deshecho*, que tambien por él hecho, Warwik dirijióse á Londres, paso en libertad á Enrique VI, y gobernando en su nombre convocó un Parlamento, para que declarase, como declaró en efecto, que el Lancasteriano era el Rey legítimo, Eduardo un usurpador, y firme y valedero el tratado entre el Conde y Margarita de Anjou. Apresuménonos á decir que todos convienen en que el partido de Lancáster fué menos vengativo que antes habia mostrado serlo el de York; y que los Templos y los Monasterios, lugares entonces de *Asilo*, acogieron, segun se dice, en Londres solamente mas de dos mil personas, entre las cuales Isabel de Woodville, esposa de Eduardo, que en tal situacion dió á luz un hijo de aquel.

El inesperado triunfo de sus armas, la maravillosa resurreccion de una causa, poco antes al parecer completamente perdida, devolvieron á Margarita su un momento postrada actividad, y á sus parciales el vigor que perdido habian. Presurosos acudieron los proscritos en torno de su Reina, señalándose entre ellos, el Duque Sommerset, hijo y hermano de los que

en San Albano, y en Hexham, sellaron con su sangre el juramento de fidelidad á la bandera de Lancáster; Margarita, en fin, agotando los restos de su caudal, terminaba el equipo y armamento de la flota en que se proponia regresar con su hijo á Londres, cuando Eduardo, volviendo en sí del terror pasado, y cediendo á las súplicas de sus partidarios, con dos mil hombres que reclutar pudo tomó tierra en las playas del condado de York. No fué, empero, allí recibido como esperaba, pues los magistrados que en nombre de Enrique y por nombramiento de Warwick gobernaban la provincia, opusiéronse á todos sus proyectos, hasta que bajo juramento solemne afirmó que no volvia á Inglaterra para reconquistar el trono, sino á reclamar la herencia de su madre. Creyéndole ó aparentando creerle, entonces, los magistrados que tal vez todo lo que deseaban era pasar por engañados, cesaron de oponérsele y diéronle en consecuencia tiempo para reforzarse con la gente de la tierra á su partido afecta. Reunido, en efecto, el número de hombres que para sus designios le pareció bastante, púsose Eduardo en movimiento, y engañando á Warwick que le esperaba en el camino de Londres, púsosele á retaguardia, y marchó sin obstáculo sobre la capital indefensa que le abrió inmediatamente sus puertas. Facilitáronle la entrada en la ciudad, dice un historiador, no solo sus parciales, sino sus acreedores con la esperanza de cobrar sus créditos, y sus infinitas *queridas*, que supieron conquistarle el afecto de las respectivas familias, inclusos los mismos sacrificados maridos.

Tarde advertido de los movimientos de su enemigo, pero sin renunciar á la esperanza del desquite, contramarchó Warwick inmediatamente sobre Londres y tomó posicion en Barnet, no lejos de aquella metrópoli, con sus propias fuerzas juntamente con las de su hermano Lord Montague, y de su yerno el Duque de Clarence, aliado á la verdad poco seguro, como hermano que era de Eduardo de York, y desleal por naturaleza á mayor abundamiento. En efecto, la noche víspera del dia de la batalla decisiva, desertó Clarence al Real enemigo al frente de un cuerpo de mil doscientos hombres, creyendo que así redimia sus pasadas culpas: pero Eduardo que entonces le recibió con los brazos abiertos, se prometia ya deshacerse de él, como lo hizo á su tiempo, cuando á mansalva hacerlo pudiera. Warwick no obstante el mal presagio, y el mal efecto en el espíritu de los

suyos, de la infame desercion de Clarence, obstinóse en combatir á todo trance : quizá su conciencia estaba tambien turbada ; acaso no quiso que, demorándose la lucha, llegara Margarita con sus esfuerzos á terminarla, privándole así de la gloria, y del título de ser el único restaurador de la dinastía Lancasteriana.

Por lo que quiera que fuese dió en efecto la batalla, y perdióla y con ella la vida haciendo inútiles cuanto heróicos esfuerzos, para salvar la causa de que fué un tiempo el mas formidable enemigo, y muriendo su campeon obstinado. Enrique VI, como de costumbre, cayó prisionero.

El mismo dia del desastre de su causa en Barnet desembarcaba, dicen, en Weymouth Margarita, desoyendo los consejos de cuantos la acompañaban, que quisieran que á Francia se recogiera para rehacer su escuadrilla, por la furia de una tempestad dispersa y maltratada. Aquel ánimo indomable, sin embargo, pareció un momento decididamente subyugado y rendido, al recibir la noticia de la derrota y muerte de Warwick : Margarita, confesando que reducida á sus propias fuerzas nada podia emprender que temerario no fuese, corrió á refugiarse en el monasterio de Beaulieu, uno de los que entonces gozaban derecho de asilo en Inglaterra. Mas el abatimiento de tan gran corazon no podia ser y no fué mas que pasagero : á poco llamando la Reina cerca de sí á sus mas importantes caudillos acordó con ellos hacer el último esfuerzo, y tremolando otra vez el pendon de Lancáster, tentar de nuevo la fortuna de las armas.

Y sin embargo, funestos presentimientos agitaban el espíritu de Margarita ; su varonil corazon á todo género de riesgos personales insensible, flaqueó ante los que á su hijo amenazaban ; y sobreponiéndose la madre á la heroina, propuso á sus parciales que, antes de todo, se pusiera en lugar seguro la persona del Príncipe de Gales. En nombre del partido todo opúsose el Duque de Sommerset á aquella mas prudente que heróica proposicion ; y tuvo razon en hacerlo, por mas que los hechos parezcan probar lo contrario, pues el Príncipe, que á la sazon contaba diez y ocho años de edad, no podia ya sin mengua de su honor permanecer inactivo y extraño á la suprema tentativa en que por su padre y por él iban á perder la vida tantos, tan valerosos y tan leales campeones.

Los dos ejércitos se encontraron el 14 de Mayo de 1471, cerca de

Tewskbury orillas del rio Savern : la batalla fué terrible, la derrota completa.

Margarita, que antes de trabarse el combate, habia recorrido animosa los escuadrones de sus parciales, llevando á su hijo de la mano, y conjurándolos á que nada omitiesen para salvar á aquel último vástago de su ilustre raza; Margarita, que habia seguido con ansiedad mortal los trances de la batalla que iba á decidir de su suerte; Margarita, en fin, que en lo mas recio y fatal de la pelea habia perdido de vista al hijo que tanto amaba, sucumbiendo en fin á tantas y tan dolorosas emociones, rindióse casi agonizante y por completo sin sentido al peso insoportable de sus invencibles desdichas, cayendo en un carro desmayada, cuando el jóven Príncipe de Gales prisionero, era ante Eduardo de York conducido.

— ¿Qué viniste á buscar á mis Estados? preguntóle altanero el vencedor.

— Vine, le respondió con entereza el generoso mancebo, vine á los Estados de mi padre, á protegerlos contra tí, y á defender sus derechos y los mios, contra tí tambien. »

Al oir tal respuesta, síntoma revelador de la materna sangre, el feroz Eduardo hirióle en el rostro con su férrea manopla ; y sirviendo aquel acto de cobarde ferocidad como de señal y ejemplo á los que le acompañaban, entre los cuales Ricardo, Duque de Glocester, su hermano, y mas tarde asesino de sus hijos, que hizo aquel dia su aprendizaje de verdugo, cayeron todos como buitres sobre el Príncipe infeliz tendiéndole cosido á puñaladas á los piés del vencedor.

Prisionera tambien Margarita y conducida á la Torre de Londres al lado de su esposo, vióle allí asesinar poco despues casi en sus propios brazos, y terminarse en él la infeliz lancasteriana dinastía. Salvó la vida de la desdichada la intervencion de Luis XI; mas solo despues de cuatro años de cautividad durísima, en virtud del tratado de Amiens, y rescatada por la suma de cincuenta mil escudos, recobró la libertad aquella heróica muger que asistió en persona á doce batallas campales arriesgando en ellas serena una vida de desdichas sembrada, y que no terminó, sin embargo, hasta el año de 1482.

Al leer la historia de Inglaterra no se puede menos de advertir que la

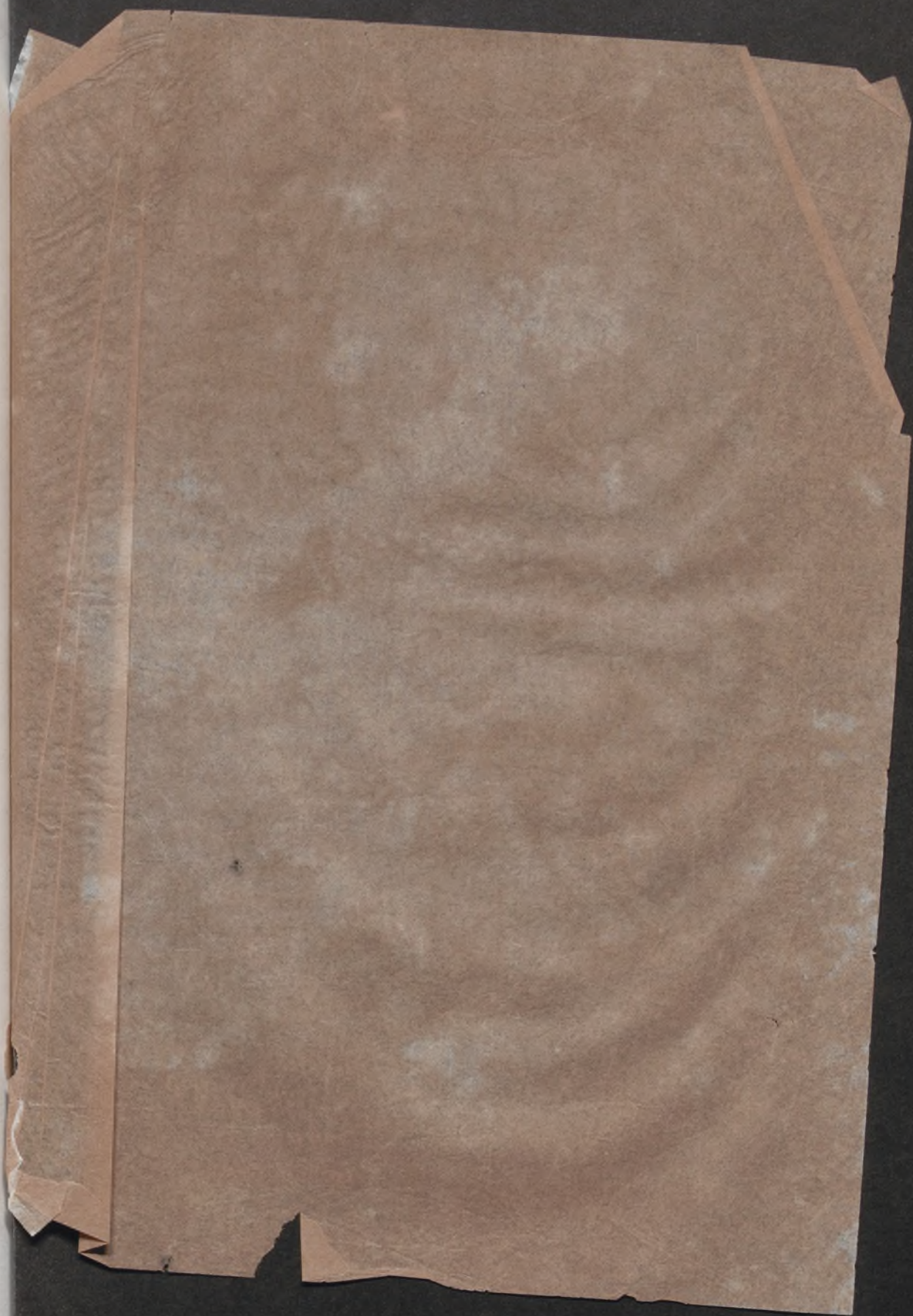
fatalidad parece haber constantemente perseguido á todas las Princesas de Francia en aquel pais casadas. Margarita de Anjou, María de Borbon, María Estuarda en Escocia, Enriqueta la esposa de Carlos 1°, son de esa fatalidad testimonios innegables. Todas ellas, aunque en diferentes grados, poseian, si no todas, las mas de las dotes que el trono requiere; y una de ellas pereció por mano del verdugo, y las restantes fueron causa ó sirvieron de pretexto á los desastres de sus esposos y familias. — ¿ Buscaremos la causa de tan perseverante desdicha en las preocupaciones antipáticas de ambos pueblos uno contra otro, y que la rivalidad, la guerra, las recíprocas injurias han envenenado y mantenido en rigor durante siglos ? No decimos que en gran parte no se explique así el fenómeno que nos ocupa; mas estudiándolo con alguna mas detencion, quizá se hallara el orígen de la impopularidad en Inglaterra de las Princesas de Francia, en las maneras petulantes y turbulentas, tan propias del último país nombrado, como para el temperamento británico antipáticas. Y no por eso decimos, que nuestros vecinos tengan un fondo de moderacion superior al nuestro : todos los hombres en la esencia de sus pasiones y de sus debilidades, de sus flaquezas y de sus crímenes se asemejan unos á otros; y por eso todas las historias se parecen desdichadamente tanto unas á otras. Lo que hay es que, haciendo Ingleses y Franceses la misma cosa, buena ó mala, estos proceden vehementes y arrebatos, mientras que aquellos siempre con fria, metódica regularidad. La cuestion es de forma, y puramente de forma.

Eduardo IV, una vez así afianzado en el trono, no tuvo ya mas que dejarse ir á la corriente de la vida, haciendo gala de las fáciles y mas aparentes que sólidas virtudes, que estamos por llamar de instinto, pues que la necesidad y el deseo de usurpar la corona fueron las que al Duque de York se las inspiraron. Abandonado á todos los excesos de la molicie, de la holganza y del libertinage, acabó el usurpador su vida, dejando al morir dos hijos menores bajo la tutela de su hermano Ricardo, Duque de Glocester. Shakespeare y sus imitadores mas ó menos felices, han hecho popular el trágico fin de los Hijos de Eduardo. Comenzó la rama de Lancáster desgarrando el tronco regio de que procedia; Eduardo de York desenvainó la espada contra un Rey de su propia raza,

asesinó al padre y asesinó al hijo, derramando en ellos dos veces la sangre de su abuelo Eduardo III ; los hijos de Eduardo IV fueron por las manos de Ricardo III ahogados. Así los hombres obedeciendo á sus propias pasiones, ejecutan, sin saberlo, aunque libremente, los decretos de Dios, y son á veces, como lo dice *Maistre,* culpables instrumentos de justos castigos.

E. D'ARAQUY.

G. Staal. Imp. F. Chardon aîné, 36, r. Hautefeuille, Paris. F. Holl.



MCD 2022-L5

ASPASIA.

I

Al pronunciar solo el nombre de Aspasia evocamos la imágen de una gran cortesana, bella, discreta, instruida y sagaz, que supo cautivar en sus redes al hombre mas grande de su época, y no solo cautivarlo, sino hacer de él su marido. Singular matrimonio que á primera vista aparece en cuanto á ella como una de esas excepcionales bienandanzas de que la historia ofrece mas de un egemplo, y por lo que á él respecta simplemente un desigual enlace, cual muchos que diariamente presenciamos. Reflexiónese, no obstante, cuánto mas profunda era en la sociedad griega la division de clases que nunca lo fué en la nuestra; recuérdese lo tenaz de las preocupaciones que se interponian entre Aqueos y bárbaros, entre nacionales y extrangeros, y entre los ciudadanos mismos de un solo Estado, separándolos en categorías mas por matices que por colores; tráigase á la memoria, en fin, que Aspasia, lejos de ser una individualidad excepcional, pertenecia en Atenas á una clase femenina, harto numerosa, cuyo elevado representante era tanto por la hermosura cuanto por las habili-

dades y el ingenio, y de la cual no salió sino al casarse ; y comprenderáse fácilmente que asimilarla á la *cortesan* , tal como la vemos y la concebimos hoy, fuera faltar á un tiempo á la verdad y desconocer la historia. Con las costumbres y las necesidades que la engendraron desapareció la especie de que Aspasia fué el acabado tipo ; y basta consultar las eruditas obras de diversos autoces así alemanes como ingleses, raza literaria en las pesquisas históricas infatigable, para convencerse que en ese punto la semejanza entre lo antiguo y lo moderno tiene menos de realidad que de apariencia. La sociedad, sea la que fuere, tiende siempre á eludir á su manera la ley moral que la rige, ley saludable, sin duda, pero al cabo barrera que contiene las pasiones y los instintos enfrena.

En la nuestra, por egemplo, las mugeres que viven fuera y contra la ley conyugal, ¿ qué son en resúmen ? lo que conviene á los hombres á quienes están destinadas á servir de distraccion y recreo ; porque en verdad, y á pesar de las pretensiones de *igualdad* que hoy reclama el sexo femenino, sea que haya en el nuestro en globo considerado un poder de iniciativa, una facultad de trasformacion que al bello le falta ; sea que entrambas dotes se las debamos al derecho mismo que nos hemos arrogado de gobernar esencialmente la sociedad, el hecho es que los hombres son los que moralmente forman á las mugeres. Un siglo, como el que vivimos, por los intereses materiales dominado, á la especulacion entregado, y en las empresas industriales abismado, necesita mugeres que teniendo la belleza, las gracias, los seductores atractivos de los Aspasias, carezcan, sin embargo, de la superioridad intelectual y artística de aquellas. Supóngase una muger, hermosa cuanto se quiera, pero capaz de hablar de astronomía como Arago, de filosofía cual Maistre, de juzgar con inteligencia y doctrina las obras maestras de las bellas artes ; y digasenos cuál seria su suerte, dado que viviese en condiciones sociales como las de Aspasia... Tal vez, y cuando mas, viérase convertida en ídolo de una media docena de ilustres ingenios, albergados en caducos cuerpos ; y acaso fuera por la muchedumbre considerada como una Divininad desconocida.

Otra cosa era en lo antiguo, como puede verse en un notable escritor de nuestros dias que al pormenor nos ha descrito los diferentes estados

por que ha pasado la muger, desde los siglos clásicos á la época presente, para llegar á la condicion en que hoy la vemos.

A la compañera, digna y respetada, del hombre en los tiempos heróicos, sucede el *ama de casa* libre en el nombre, de hecho esclava ; el autor á que acabamos de aludir atribuye en gran parte ese cambio, al advenimiento de la Democracia, mas en verdad no acertamos en qué funde tal opinion como en la coincidencia de entrambos hechos no sea. ¿ No bastan para explicar la decadencia de la muger entre los Griegos, las colonias que estos fundaron en el litoral asiático, y sus consiguientes relaciones con los Orientales?

Hay pueblos que tienen una maravillosa facilidad de asimilacion con las costumbres de los otros á quienes tratan ó combaten; y hoy mismo, los Franceses, modernos Atenienses, por poco que en contacto nos hallemos con los extrangeros, siempre de ellos tomamos mucho mas que de lo nuestro les dejamos, y de allí por donde un Inglés pasa sin perder un solo átomo de su personalidad, salimos nosotros á duras penas sin trasformar del todo la nuestra. Todavía se dice el *Africa francesa :* es muy posible que dentro de un siglo se diga la *Francia africana.*

Mas como quiera que fuese, al Ateniense, por naturaleza elegante, voluptuoso, artista, filósofo, en el decir discreto, aficionado á la intriga, y por ambicion pródigo, ¿ cómo no habia de causarle tedio su legítima esposa, con la eterna conversacion de los negocios domésticos, con su ignorancia fruto de la claustracion misma, con la acrimonía inseparable de la virtud evidente y no obstante desconocida ó menospreciada ? Ni el amor mal llamado *platónico,* y cuyo verdadero nombre debiera ser el *amor cristiano,* existia entonces, ni para los Griegos habia nada fuera de las formas, que á la verdad idealizaban en cuanto al hombre le es posible. Sus dioses mismos eran corporales, tangibles, por decirlo así ; animados de las mismas pasiones del hombre, que últimamente presumia de ser de ellos descendiente ; y así se les veia magestuosos ó ridículos, probos ó ladrones, envidiosos ó magnánimos, parciales ó justicieros, bellos ó deformes, sin que ni de recibir heridas como los simples mortales les preservara su divinidad. ¿ Cómo, pues, habian los Griegos de conocer ese amor de los sentidos independiente, que no es mas que un pálido reflejo

del que debemos al Ser Supremo inmaterial, justo, bueno, omnipotente, creador de los orbes, ante quien desparece el polvo de que somos formados, y cuya santa mano es la que ha de separar del barro de nuestros cuerpos el destello vital que le anima, para abrirnos las puertas de la inmortalidad purísima? — Pero tal es el poderío de ese gérmen depositado por Dios en nuestros corazones, que aun antes de que su palabra le desenvolviera al calor de la revelacion, ya nos turbaba, nos conmovia, nos dominaba y á su impulso lanzábamonos ciegos en pos del error que mas á la verdad se parece entre los que nos iluden.

Sensuales distracciones, no les faltaban ciertamente á los Atenienses, pues las cortesanas tan antiguas son como el mundo: pero ya la belleza física no bastaba á satisfacer aquel pueblo idólatra de las formas. Dilitada la esfera de su inteligencia, y su espíritu elevado á grande altura, llegó el momento en que iluminándose su filosofía con un rayo precursor del cristianismo, fuéle necesario unir á la brutal satisfaccion de los sentidos, los puros goces del ánimo; y como pocas veces cuando la especie humana siente realmente una necesidad nueva, deja de hallar en sí misma recursos para satisfacerla, del vulgo de las cortesanas surgió entonces una deslumbradora clase de mugeres, tal como no ha vuelto ni volverá probablemente á conocerse en el mundo. Nacidas, por decirlo así, para los Atenienses, de su suelo espontáneo fruto, las cortesanas del nuevo género, en Atenas y en Grecia es donde hay que buscar su tipo; pues aunque Roma, por egemplo, donde las costumbres helénicas se propagaron rápidamente después de la conquista de aquella clásica tierra, tuvo sus esclavos notables por el saber y la inteligencia, que ya eran administradores de la hacienda de sus dueños, ya preceptores de sus hijos, ya poetas ó ya filósofos, en punto á mugeres nunca conoció mas que dos clases, la honrada de las matronas, y la despreciable de las vulgares cortesanas. Toda la diferencia entre las de la ciudad eterna, y los comunes de Atenas, reducíase á que las primeras podran *alquilarse* á un hombre por tiempo determinado, en virtud de contrato legal, cuya ejecucion podia por cualquiera de las dos partes reclamarse ante los tribunales. ¿Quién no ve en tan singular procedimiento la rusticidad de las costumbres rómanas, y lo austero de aquel espíritu mas inclinado á la política que á las artes?

Las cortesanas griegas de superior gerarquía, llamadas *Hetairas*, constituian en aquella sociedad una de esas clases neutras que la ley rechaza, y las gentes admiten, cuando no acontece precisamente lo contrario. Así Aspasia profesaba en público el arte de agradar, y no solo concurrian á sus lecciones los mas ricos ciudadanos de Atenas, sino que consigo llevaban á sus mugeres y á sus hijas, lo cual prueba que la supuesta claustracion de las últimas no era tan severa como quieren decirnos.

Generalmente hablando, así las *Hetairas* como las *Pallakais*, ó meretrices vulgares, eran esclavas de orígen, mas no aparece que Aspasia hubiera nunca llevado el yugo de la servidumbre, circunstancia que explica cómo un hombre tal que *Pericles* pudo, sin comprometer su buen nombre, repudiar á su legítima esposa para casarse con la célebre cortesana.

En resúmen, esnos hoy poco menos que imposible determinar á punto la verdadera condicion social de tales mugeres : pues si bien de hallarse excluidas de los sacrificios y de algunas otras ceremonias públicas parece inferirse que estaban por el público muy mal miradas, en compensacion, lo que por una parte perdian por la otra lo ganaban.

Ciertamente nunca ni en parte alguna han gozado las mugeres de la consideracion, de la libertad, y aun del poder efectivo que en Francia; y sin embargo cuando en su asamblea repúblicana de 1848 se propuso admitirlas al ejercicio de ciertos derechos políticos hasta aquí al hombre reservados, un clamor general desechó la mocion como un delirio de los utopistas. A la verdad poco ganara el bello sexo con tal reforma : los poderes ocultos suelen no ser los menos eficaces.

Volviendo á nuestro asunto, la especie de mugeres cuya mas elevada expresion es Aspasia, fué en la historia fenómeno excepcional, sin mas analogía con la clase meretriz de nuestra época, que lo resultante de lo material de la profesion, y de los vicios inherentes á la naturaleza humana, que con mas ó menos intensidad se desarrollan segun los tiempos y las circunstancias. La prostitucion en lo antiguo como en lo moderno, hoy como mañana, tendrá siempre en el fondo unos mismos caracteres : la necesidad del lujo excitando la codicia femenina; el lujo de las mugeres cebo á la vanidad y á la concupiscencia del hombre; la inconstancia, calculada unas veces, represalia otras ; la perfidia como medio para asegu-

gurar los provechos de la infidelidad ; y el cinismo en fin, inevitable consecuencia de una vida á los amores al acaso consagrada, cuando no á la sensualidad sin amor alguno.

II

Breve seria, si á lo que dan de sí documentos que hasta nosotros han llegado se limitase la historia de Aspasia; pues con decir que nació en Mileto, ciudad Jónica, de donde salió para establecerse en Atenas; que fué tan docta como bella ; que dió lecciones á Sócrates de retórica, de política, y de alguna otra ciencia reservada ; que hizo cosas que solo en latin se dicen, casándose con Pericles, previo práctico ensayo de la vida conyugal, y llevando su complacencia con él á punto que callar conviene; que por efecto de esa complacencia misma y quizá mas por haber osado explicar, segun las doctrinas de Anaxágoras, ciertos fenómenos que entonces pasaban por prodigios — los eclipses, por ejemplo — en virtud y como resultado de causas naturales, fué acusada Aspasia de impiedad por la teocracia de su tiempo, y si escapó con vida debióselo á las súplicas y lágrimas de Pericles; y que en fin, viuda del grande hombre, unióse en segundas nupcias con un tratante en ganado vacuno, á quien la cortesana elevó con sus artes á los mas altos puestos de la república, nuestra tarea estaria en realidad desempeñada.

Quedábanos á la verdad todavía para dar á la historia de la muger celebérrima que nos ocupa, un cuerpo aparente al menos, el recurso de buscar en la historia de la antigua Grecia, como si dijéramos un vehículo, ó materia inerte, que sirviéndonos á diluir lo sustancial en el caso, engañara mas que entretuviese la curiosidad del lector. Pudiéramos, en efecto, como Simónides, hacer la milésima edicion de la vida de Pericles, so pretexto de escribir la de Aspasia; plagiar un poco á Barthelemy, y á Bayle, y á Moreri, con un mucho á Plutarco ; tomar lo que mas á cuento nos viniera de Herodoto, Tucídides y Jenofonte (*in OEconomico*); hablar de la guerra del Peloponeso para condenar severamente á los hombres de Es-

tado que por las mugeres gobernar se dejan; con motivo de la acusacion de impiedad, darle al paso una leccioncita á Voltaire, por haber dicho, con su habitual ligereza, que los procedimientos judiciales en materia de religion, completamente desconocidos entre los antiguos, son una de las locas invenciones del Cristianismo; y sumando, por último, combinando y homogeneizando tales elementos, sazonar lo resultante con la dosis competente de consideraciones políticas, literarias y artísticas en limado estilo: producir en resúmen una biografía como cualquiera. Repugnándonos, empero, tales subterfugios, fuímonos á confiar nuestro embarazo, y preguntar si algo mas de lo arriba indicado se sabe de la vida de Aspasia, á cierto amigo nuestro, gran erudito, aunque todavía del público ignorado, que sabe mas idiomas de los que yo enumerar pudiera, que ha consagrado veinte años de su vida y rentas á correr el mundo á caza de manuscritos y monumentos; que prefirió siempre á la sociedad de los sabios de profesion, la del pueblo, siempre viva tradicion de las añejas costumbres; y que en breve dará á luz un curioso libro en que retrata los hombres y pinta las cosas de la antigüedad con colores enteramente nuevos para el público.

« Nada se sabe, me dijo mi erudito; nada en realidad, mas de lo que todo el mundo repite; y sin embargo yo puedo suministraros datos nuevos é inéditos. ¿Sois el encargado de la biografía de Aspasia?

— Sí, amigo; desdichadamente.

— Pues aquí tengo lo que os conviene, en un manuscrito cuyo título dice: *Este es un extracto del libro de Polycastor el Megariense sobre las causas que originaron la guerra del Peloponeso, hecho por Alcimeno de Mileto.* — Tomaré nota de lo que en él me parezca á propósito para la biografía, y os lo comunicaré mañana.

— ¡No sabeis el favor inmenso que vais á hacerme! Pero, decidme: ¿vuestras noticias de Aspasia concuerdan con lo que de ella se escribe generalmente? »

Diciendo así puse en manos de mi amigo lo que el lector ha visto; y él, después de pasar ligeramente la vista por mi escrito, devolviómelo sonriéndose y diciéndome:

« ¿No os asombra el aplomo con que los eruditos á la violeta, y no á la

violeta, nos afirman que una muchacha de diez y siete años le dió lecciones de retórica y de política á un hombre como Sócrates, ya entonces casi en toda su madurez? Indudablemente era Aspasia un superior ingenio, una de esas plantas que con el aire, la luz, el sol y la lluvia tienen lo que les basta para crecer y desarrollarse lozanas, robustas y de vegetacion exhuberantes: pero la verdad es, que nada le enseñó á Sócrates, y tambien que de él aprendió el gran secreto, entonces, de la unidad de Dios. En eso estribó fundamentalmente la acusacion contra ella intentada: pero como el poder de la verdad es tan grande que el error mismo la siente, los fautores del paganismo, no osando ni hablar de aquel luminoso principio que por la base minaba el edificio de su falsa religion, limitáronse prudentemente á decir que Aspasia negaba el poder de los dioses. Por lo que respecta á Pericles, su marido y salvador, debo deciros puesto que de tales y tan eminentes personages tratamos, que á mi juicio fué profundamente ateo. Por una parte el convencimiento de lo vano y ridículo de la religion en su pais exclusiva, su orgullo por otra parte nacido tanto por desprecio de los demás cuanto del sentimiento de su propia superioridad, llevároule sin duda á renunciar á todo género de creencia.

Sin embargo, amigo, guardaos de dar fe ni á una sola palabra de la infame acusacion del comediante Hermipo, vil juglar que haciéndose el eco de vulgares calumnias, pretendia que Aspasia, para conservar sobre Pericles su dominio, tenia siempre en torno de sí un séquito de lindas pero impuras jóvenes, que servian de nefando lazo entre ella y su esposo. ¡Como si Aspasia, que solo contaba entonces veinticinco años, no tuviera lo bastante con su propia hermosura y talento, realzados por el culto casi idólatra de cuanto entonces habia en Atenas de juventud, de belleza y de elegancia, y de opulencia en los extrangeros, para estar segura, ya que no de la absoluta fidelidad de su marido, al menos de su amor, y de su consideracion.

— La misma acusacion, como sabeis, pesó en su tiempo contra Fidias; esperemos que fuese tambien calumniosa.

— Quizá no del todo: mas, volviendo á Aspasia, tengo para mí que así durante su primer matrimonio, como en el segundo y hasta su muerte, fué aquella muger, extrictamente fiel á sus deberes de esposa, fuera de

un solo caso, en el cual á la verdad si no pecó fué porque no pudo. En suma y atendidas las costumbres de su época, Aspasia fué tan virtuosa y tan delicada como bella y docta.

— ¡ Delicada, decís ! ¿ Y Lysicles el tratante en ganado ?

—¡ Otra necedad de las de los sabios eruditos ! Quién de ellos toma el negocio por lo trágico ; quién, lo pone en ridículo : cada cual juzga el tal casamiento á su manera, y segun su temperamento le hace militar bajo las banderas de Heraclio, ó seguir las de Demócrito : pero todos olvidan que siendo Atenas un Estado democrático, bien podia un hombre allí, sin perjuicio de tener distincion y talento, comerciar en reses vacunas. Extasiarse ante Cincinato viéndole arar con sus propias manos, después de ser en Roma dictador, y de triunfar en la guerra ; y se escandalizar de Lysicles que si enviaba al mercado sus rebaños, hacíalo sirviéndose del ministerio de los esclavos ! La presuncion de capacidad está en su favor en el mero hecho de haberse dignado Aspasia darle su mano : pero á mayor abundamiento no hay amor, no hay elocuencia de muger que baste, á hacer un Arconte de un hombre estúpido.

— Quizá, repuse yo tímidamente, quizá Aspasia á quien su primer matrimonio elevó á superior esfera, volvió por el segundo á la natural y propia.

— ¿ Qué es lo que quereis decir con eso ?

— Que Aspasia era una *Hetaira,* clase legalmente inferior, excluida de los sacrificios, de las ceremonias públicas.

— No, no ; exclamó mi erudito con un calor que me dejó atónito. No, y mil veces no ! Voy á probarlo. Las Hetairas asistian á las ceremonias y sacrificios de que hablais ; visitaban á las mugeres casadas, y estas les pagaban las visitas. Tenemos el furor de referirlo todo á nuestras costumbres, y precisamente lo que á nosotros nos indigna y nos rebela, pasaba apenas por culpa venial entre los Griegos. ¡ Excluidas ! ¿ Y porqué ?

— ¡ Por sus muchos amantes ! En compensacion, señor mio, tenian belleza, ingenio y elocuencia, dotes que, á los ojos de aquel culto discreto pueblo, servian de pantalla y salvoconducto al amante, lo mismo que entre nosotros un buen marido.

Cuando se alegan las interdicciones legales de que me hablábais, se confunde á las *Hetairas* con las meretrices vulgares ó *Palakeas*, que en realidad estaban á ellas sujetas, y que se distinguian de las mugeres de la primera clase, tanto ó mas que las Hetairas mismas de las Matronas, llevando siempre como divisa y sambenito de su mal oficio, levantada la túnica por un lado hasta la cadera.

— Bástame á mí vuestro testimonio para creer cuanto me habeis dicho : pero escrita la primera parte de mi trabajo segun las ideas generalmente recibidas, me veo ahora en la alternativa de afirmar sin pruebas, ó de ponerme en contradiccion conmigo mismo.

— Desde luego os autorizo á ponerme en escena : yo cargo con la responsabilidad de mis asertos. Supongo, sin embargo, que no se trata de prolijas y profundas disertaciones, y que os basta con algunas noticias biográficas.

— No necesito mas.

— Pues las tendreis mañana. »

Al dia siguiente, en efecto, recibí algunas breves y sucintas notas, completas no obstante en lo posible, merced á á las cuales se ha escrito la noticia siguiente que osaríamos llamar la *verdadera historia de Aspasia*, si el escritor de Mégara no dejase de cuando en cuando ver en sus páginas que tenia tanto ó mas de libelista que de historiógrafo.

III

Hija de un escultor llamado Rhodos (1), Aspasia á los diez años de su vida leia ya las obras de los poetas y de los filósofos, y muy singularmente las de Pitágoras á quien debió los fundamentos de su profunda ciencia. Su belleza y su discrecion, á dieciseis años, eran tan acabados que en Mileto y en el resto de la Jonia pasaba la hija de Rhodos por un prodigio, deleitándose los mancebos en comtemplar la voluptuosa morbidez de sus

(1) Segun Plutarco, su padre se llamaba Axioco : pero seguimos á Polycastor como escritor contemporáneo. *(N. del A.)*

hechiceras formas, y asombrándose los ancianos al ver reunidas en ella la gracia á la modestia, el reposo y gravedad de las maneras á la suavidad del acento, y la elocuencia de las razones, el juicio recto al ingenio lozano y cultivado, y el candor de la edad juvenil en fin, con la ciencia de la madura.

« Preciso es, solian decir las gentes, que Rhodos, á pesar de la rebeldía de su cincel, tenga en el entendimiento impresos juntamente los dos tipos de la belleza y de la sabiduría, pues que tal hija ha engendrado, que seguramente no fuera si de consuno la dotasen Minerva y Venus á un tiempo. »

Brillaba en su cenit el sol de la celebridad de Aspasia cuando acertando á desembarcar en Mileto Sofron, antiguo Arconte de Atenas, y oyendo, como no podia menos, hablar de aquel prodigio femenino, entró en curiosidad de verla, visitó al efecto el taller de Rhodos, cuyas obras no se detuvo en comparar lisongero á las del mismo Fidias. Poco menos que enloquecido con tales alabanzas en boca de tan notorio inteligente en obras de arte, como en el mero hecho de admirar las suyas le pareció ser el Ateniense, obstinóse el bueno de Rhodos en ofrecer la hospitalidad en su propia casa á Sofron, quien habiendo visto mas á Aspasia que á las estatuas del taller, y ya enamorado de la jóven, aceptó sin hacerse mucho de rogar las cordiales ofertas de su padre.

Ciertamente un galan de cuarenta y cinco años no tenia grandes probabilidades de enamorar á una niña de diecises ó diecisiete : pero Sofron supo encarecer de tal modo las maravillas de Atenas, y pintar con tan lisongeros colores la vida allí de las Hetairas, enalteciendo el poder que ejercian, ponderando su lujo, exagerando sus riquezas, y poetizando el culto que los Atenienses tributaban al saber y al ingenio, con habilidad tan exquisita, que sus palabras hicieron en el pecho de Aspasia mas honda impresion que nunca en él causar pudieran las gracias personales del mas galan mancebo. Encendida pues la llama del deseo en las entrañas de la hermosa doncella, y advirtiéndolo oportunamente el diestro seductor, consiguió por medio de una esclava, que el oro le hizo amiga, que sobre su lecho hallase lo que era objeto de sus deseos : el siguiente billete por él escrito :

« Oh tú, Aspasia, á quien los Dioses colmaron de sus dones! ¿No te basta haber consagrado los años de tu adolescencia á la austera Diosa de la castidad? — Tiempo ya es de sacrificar á la Afrodita, cuyo es el fuego de esos bellos ojos con que los corazones inflamas, y á quien debes la hermosura cabal de su propio cuerpo. Tiempo es ya de que el capullo de tu pubertad se abra y dilate como el de las flores. Vente á la ciudad predilecta de los Dioses, Atenas, que Minerva protege, donde preside Apolo, y á quien la Grecia y el Asia con sus tesoros enriquecen. Descollarás tú brillante en medio de todas nuestras bellas *Hetairas*, como Venus entre las Gracias; y tambien allí hallarás un escultor llamado Fidias, único en el mundo, digno de inmortalizar, en mármol, tu incomparable hermosura. »

No se engañó Sofron; ambiciosa mucho mas que enamorada, Aspasia abandonando furtivamente el hogar paterno, media hora antes que su seductor para regresar á su patria, corrió á ocultarse en la galera, donde la halló al zarpar oculta el antiguo Arconte.—En Atenas, generoso como enamorado, y rico lo bastante para dar vado á su generosidad, regaló Sofron á su Hetaira una casa en cierta calle vecina al templo de Isis (1), compróle esclavos, é hízole don además de una crecida suma en metálico. Durante los siete meses que, próximamente, duraron aquellas relaciones, fué la morada de Aspasia el cuartel general, por decirlo así, de los hombres mas notables de Atenas por su elevacion y por su talento, entre los cuales mereció la preferencia de la jóven Hetaira, Sócrates, no por sus gracias personales ciertamente, pues que era feo y contaba cerca de treinta y seis años, sino por su elocuente manera de decir, sublime y familiar á un tiempo, por la agudeza de su ingenio, y por su inagotable facundia. Esas dotes hicieron que su presencia llegara á ser tan necesaria para Aspasia, que al cabo tuvo el filósofo, aceptando sus ofertas, que instalarse con Xantipa en su casa; á lo cual se prestó sin dificultad, porque algo tenia de parásito, y la perspectiva de un opíparo banquete no dejaba de ser un poderoso estímulo para su filosófica vena. Sócrates y su esposa Xantipa vivian en su propia casa frugalmente de higos pasos, aceitunas y puerros: mientras que

(1) La misma que después de la conquista de Atenas llamaron los Romanos *Via Appia*. (*N. del Erudito.*)

al lado de la bella cortesana, y merced á la munificencia de Sofron, regalábanse con tiernos guisantes y suculentos embuchados, sin hacerles ascos á las comodidades, ni escrupulizar los refinamientos.

En pos de Sócrates, entró su discípulo Alcibíades en aquella casa, y como sus prodigalidades le tenian entonces casi arruinado, tardó poco á establecerse allí con su maestro.

Con tal compañía, siendo ya la presencia de Sofron importuna, notificósele, como hubiera debido preveerlo, que estaba allí de mas, siendo la encargada de hacérselo saber la digna Xantipa, para tales oficios como de próposito cortada.

Quedaron pues la juventud y la belleza representadas por Alcibíades, frente á frente con la filosofía y el bien decir personificados en Sócrates; y como era fácil de preveer fué vencido el filósofo: pero tenia este tan grande paciencia y tan profunda longanimidad, cogíanle tan poco de sorpresa los golpes de fortuna, era su resignacion tan resistente; y por otra parte Xantipa profesaba una adhesion tan tenaz á la mesa de Aspasia, que no veian esta ni su nuevo amante, medio decoroso de deshacerse de aquellos huéspedes. Alcibíades por respeto á su maestro, Aspasia por miedo á las uñas de Xantipa, que era una verdadera furia, no querian llegar á términos de violencia declarada; ¿cómo salir del paso? Una noche, visto que los huespedes no se iban, fuéronse ellos de su propia casa, refugiándose en la antigua de Alcibíades, y llevándose consigo cuantos víveres en la de Aspasia encontraron. Sitiado así por hambre el filósofo no tuvo mas arbitrio que abandonar el puesto; Xantipa, furiosa con tan imprevisto cruel desastre para su estómago, juró vengarse de Aspasia, como trató de cumplirlo mas tarde, consiguiendo en vez de arruinarla cual se prometia, hacer su fortuna.

Llegó la época habitual de celebrar las fiestas á Baco consagradas, y en casa del filósofo no habia un óbolo siquiera, segun su acostumbrada dulzura se lo notificó su esposa. Sócrates, prometiendo un poco aventuradamente proveer al banquete nocturno, salió á su hora, y después de correr calles y plazas conversando con cuantos hallaba al paso, regresó á su casa llevando en la mano y con el manto oculto cierto bulto. Por primera vez de su vida acaso, recibióle Xantipa con la sonrisa en los labios; puesta la

mesa y en ella los higos pasos y las aceitunas de siempre, como esperando el famoso plato, que sin duda era lo que el filósofo ocultaba. Mas ¡oh cruel decepcion! Sócrates no traia mas que un manojo de cebollas tiernas, don de la cortesana Teodota, á quien habia explicado la teoría de la *caza del hombre*, insinuándole delicadamente que trabajo merece salario.

A vista de tan ascético manjar, el engañado estómago de Xantipa prendiendo fuego á la mina de su violento iráscible carácter, hízola exclamar en destempladas voces:

« ¡A qué miserable mortal he ido yo á unirme! En vez de correr calles y plazas seguido de una turba de mancebos holgazanes, de predicarles moral y otra cosa tambien á las cortesanas, y de charlar en la tienda del armero Pistias: mejor hicieras en tomar la lima y trabajar bajo su direccion, ó en manejar la lanzadera del tejedor, ó la lezna del zapatero. Si al menos valieran algunas *dracmas* esas tus arengas, nada te diria, pero tan poco te valen como te cuestan! Para celebrar un dia como este ni un cuarto de cabrito, ni un mal embuchado siquiera.... ¡un manojo de cebollas! ¿No se te cae la cara de vergüenza al alimentarte como un esclavo, y tratar así miserablemente á tu muger?... ¿Y quién da hijos á la patria?—Nosotras. — ¿Quién los cria y los instruye hasta que los echais á perder los hombres con vuestras habladurías? — Nosotras.. ¿Quién da egemplo de moderacion, de castidad, de templaza, de discrecion, de dulzura, de órden, de economía y de todas las demás virtudes? — Nosotras; nosotras! Vergonzosamente recluidas en casa y á pobreza reducidas, mientras las cortesanas ostentan libres ricas telas y preciosas joyas. — En cuanto á los *señores nuestros*, gobiernan el Estado con palabras y enseñan á las descocadas el modo de robarnos nuestros maridos! — La cosa no puede seguir asi: yo tengo mi plan, y si lo consigo realizar, de otra manera celebraremos las fiestas de Baco el año próximo: mas para mí sola será el banquete, y aquella noche me harás el favor de irte á pasear al Pireo, y de cenar la brisa de los mares. »

Dejó el filósofo tronar, prudente y resignado, la tempestad; y sentándose á su demasiado frugal mesa, limitóse á decir, entre suspirando al recuerdo de las pasadas delicias, y sonriéndose al pensar en la leccion que á dar iba: — ¡Pluguiera al cielo, Xantipa, que fueras tan econó-

mica de invectivas, como ansiosa te nuestras de delicados manjares! »

Sócrates atribuia tal vez la fuga de Aspasia con Alcibíades al insoportable mal carácter de su muger (1).

Aunque Alcibiades era el hombre mas seductor no solo de Atenas sino de toda Grecia, Aspasia no tuvo nunca por él mas que lo que suele llamarse un *capricho*. Satisfecho el antojo, y disipado el entusiasmo, vióle tal como era : pródigo, libertino, arruinado, y como Narciso de sí propio enamorado. Digamos además que aquel hombre eminente seguia con demasiado empeño las doctrinas de Sócrates en ciertas materias, para que la bella Hetaira no se curara presto y radicalmente del amor efímero que le tenia. Hallóse á punto, dichosamente, para reemplazarlo Fálaris, poeta lírico y erótico; pero sobre ser el reemplazante todavía mas pobre que el reemplazado, si no presumia de buen mozo, hacíalo demasiado de su ingenio. Moneda á moneda iba desapareciendo el tesoro debido á la liberalidad de Sofron; y Aspasia que ya no hallaba en el amor compensacion á la pobreza, estuvo además á punto de caer del todo en la miseria, por efecto de los manejos de la amable Xantipa.

Aquella furia, en efecto, como quedara por señora de la casa de Aspasia cuando esta, por salir de sus incomodos huéspedes, se fugó con Alcibíades, y no abandonara el campo sino al cabo de dos meses; creyendo oportuno tomar sus medidas para reparar la brecha que preveia en sus víveres y economías, y aparentando creer que la usurpada posesion le daba derechos de propiedad, resolvió vender y vendió en efecto la casa como si ella fuera su dueña, y Aspasia una simple inquilina. Ignorante de la estafa, la célebre cortesana regresó á sus lares así que se los dejó libres la pareja filosófica, y vivió en ellos tranquila primero con Alcibíades y con Fálaris luego, hasta que al cabo de un año presentóse el nuevo supuesto propietario á reclamar el importe de los alquileres. Pleito en consecuencia entre Aspasia y Xantipa, ganado como de justicia por aquella: pero lo importante fué que habiéndole un quidam referido el caso á Peri-

(1) Segun nuestro amigo el erudito, corresponde de derecho esta anécdota al §XI. de la 8ª. de las *Noches antiguas*, de Aulo Gelio, de las cuales, como es sabido, los *sumarios* solos quedan :—« Quam festive responderit Xanthippæ uxori Socrates, petenti, ut per » Dionysia largiore sumptu cœnitarent. »

cles, este comenzó por reirse de la aventura, y luego excitada su curiosidad por los elogios que el narrador le hizo de la belleza y demás perfecciones de la Hetaira, entró en deseos de verla, pues aunque ya llevaba Aspasia seis años en Atenas, la casualidad habia querido que le fuese hasta entonces desconocida. Visitóla Pericles, y hallándola superior á los encarecidos elogios que de ella le habian hecho, amóla luego y perdidamente.

Pericles era hermoso, y no tenia, como neciamente se ha querido decir, la cabeza en forma de cebolla, sirviendo de pretexto á tal error propagado por los poetas cómicos y satíricos, la calidad y cantidad de sus cabellos algo crespos en verdad y lateralmente superabundantes. Popular y considerado por su elocuencia, su dulzura, su gravedad, y su retirada vida, era Pericles entonces el primer ciudadano de aquella república. Económico además consigo mismo, para poder ser liberal con los demás, sus riquezas eran grandes, y sabia de ellas usar oportunamente; ¿cómo habia de ser desairado?

Tres años amó apasionadamente á Aspasia, y al cabo hízola su esposa, al cumplir ella los veinticinco.

Como la vida privada de los hombres que gobernaron Estados (dice el autor griego á quien seguimos) es tanto mas interesante, cuanto mayor contraste ofrece con la austeridad de su conducta pública, cuando llenos de decoro en ella, ceden sin embargo como particulares á las humanas flaquezas; no creo faltar á la gravedad histórica refiriendo que nunca Pericles salia de su casa, ó á la misma regresaba sin abrazar á su muger y besarla, y que, sabiendo que uno de los mayores placeres de su esposa tambien, era que le rascaran blandamente la cabeza, prestábase á hacerlo él con todo el condescendiente cariño de una madre á su hijo. Verdad es tambien que Aspasia le fué muy útil para ayudarle á dirigir la república, que gobernó Pericles con toda la autoridad de un tirano; y que nunca le pesó de seguir sus atinados consejos, si bien ella fué la causa aunque no directa de la funesta guerra del Peloponeso, en que la Grecia se desgarró las entrañas con sus propias manos, y en cuya consecuencia se hundió el poderío de Atenas misma.

La preponderancia de la última citada ciudad y su ambicion apenas dis-

frazada alarmaron al resto de la Grecia, que antes de tomar las armas, comenzó la guerra con una nube de sangrientos libelos. De Megara, foco de la oposicion, salian incesantemente satíricos escritos, ridiculizando á Atenas, sus costumbres, sus mas eminentes ciudadanos, su gobierno mismo, contra el cual llegó á lanzarse la grave acusacion do que, malversando los caudales destinados á reedificacion del Templo de Delfos, hacia tributaria á toda la Grecia para embellecer con fastuosos monumentos su ciudad propia. Pericles soportaba en silencio, ó aparentaba despreciar tales injurias; mas un partido de jóvenes ambiciosos, á cuyo frente figuraba Alcibíades, con la mira de obligarle á que con un golpe severamente descargado imprimiese al resto de la Grecia un terror saludable, acusó pública y solemnemente á los Megarienses, del delito de introducir fraudulentamente en el Atica, los mantos y otros tegidos de lana, que constituian el principal producto de su industria. — Un decreto del pueblo prohibió á los de Megara el acceso al puerto como á los mercados de Atenas y á los de todos los demás pueblos y lugares de su dependencia; con cuya medida creyó sin duda Pericles, que satisfecha la popular animosidad, podia cuando menos retardarse una guerra cuyos funestos resultados no se le ocultaban. Mas ni Alcibíades ni su partido estaban satisfechos, ni renunciaron al propósito de provocar un rompimiento de hostilidades en la primera ocasion para ello oportuna; y Megara por su parte protestando contra el decreto como contrario al derecho comun, y atentorio á la paz entre todos los Griegos jurada, envió á Lycanthos, uno de sus ciudadanos para negociar en Atenas la derogacion, ó cuando menos la modificacion de tan severa providencia. — Entonces Alcibíades, cuyo ingenio rebosaba en astucia, desesperando ya de convencer á Pericles, resolvió con mejor consejo provocar sus celos, y por ellos determinarle á la guerra; con cuyo fin supo persuadir á Aspasia á que secretamente recibiese á Lycanthos, asegurándola que rendido á sus hechichos, haria presto traicion á la causa que representaba. Aspasia en efecto recibió secretamente al Embajador de Megara, por motivos políticos exclusivamente: pero Alcibiades cuidó de que Pericles lo supiera, y de hacerle creer que no se trataba menos que de un rapto de su esposa por Lycanthos proyectado.

Creyendo calumniar, decia la intriga, la verdad sin embargo. Lycanthos desde la primera entrevista, habló poco de negocios, bastante de sí y mucho de Aspasia; y esta, cediendo á la fuerza del natural y de la costumbre, estuvo á punto de perderse para siempre, dejando, como al entrar á la vida de Hetaira, á su padre y á Mileto por amor á Atenas, entonces á Atenas y á su esposo por amor á Lycanthos. Mas Pericles, vigilante como celoso, supo á tiempo el proyecto de fuga con todas sus circunstancias de tiempo y lugar, y que Aspasia debia llevar consigo á dos de sus esclavas; con cuyos datos y oponiendo astucia contra astucia formó su plan fácilmente ejecutado después. Tres mendigos egipcios por poco dinero alquilados, vistiéronse de mugeres, y calzadas las sandalias, cubiertos de blancos velos, acudieron poco antes de caer la noche al puerto donde presto á zarpar esperaba el bajel de Lycanthos. Hecha allí la señal convenida, un esquife los condujo á bordo en medio del clamoreo de los marineros atenienses que ponian el grito en el cielo acusando al Embajador de Megara de raptor de mugeres. ¡Pobre Embajador! Júzguese cuál seria su sorpresa al estrechar en sus brazos á un viejo egipcio; porque, para mayor escarnio, viejos y asquerosos eran los tres que le enviaron.

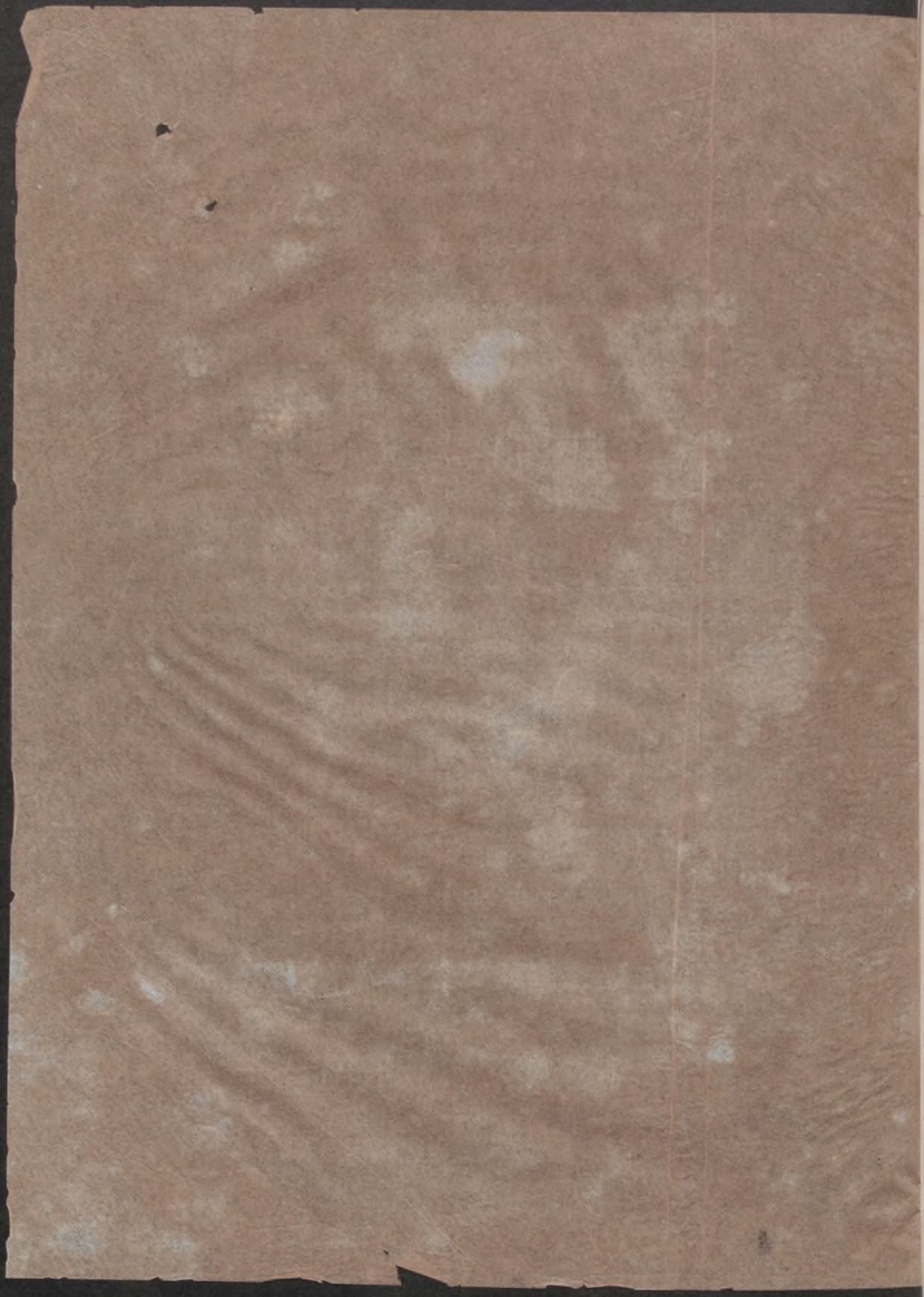
Entretanto y para la muchedumbre fué notorio que Lycanthos habia robado tres de las esclavas de Aspasia; rumor que Pericles no tuvo para que desmentir, pues lo que castigar quiso no fué el hecho, sino la intencion declarada de ofenderlo. Dejó pues al Megariense guardar cuidadosamente á los tres menguados egipcios, para probar su inocencia en caso de acusacion legal, que no llegó á verificarse; y observando en cuanto á su bella, frágil esposa, la filosófica máxima que en siglos muy posteriores formuló Castilla en el proverbio que dice: « Los agravios ó bien vengados ó bien callados, » trátola de allí en adelante como si nada supiera de su proyectada culpa. Pericles habia seguido las lecciones de Sócrates, y su conducta en aquella ocasion demostró que con aprovechamiento, en lo aparente y doméstico al menos; pues con respecto á lo político, hay que confesar que la aventura de Lycanthos contribuyó poderosamente á que el tirano de Atenas no diese oidos á los Embajadores de Esparta que pedian la derogacion de los decretos contra los Megarienses.

A la muerte de Pericles, Aspasia, ya entonces muger de cuarenta años,

unióse á Lysicles, tratante en ganado, á quien el influjo de su mera esposa elevó á la dignidad de Arconte. Murió la incomparable Hetaira de Mileto el quinquagésimo octavo año de su edad; nunca tuvo hijos, ni quedó de su belleza mas copia del natural que un busto por Fidias cincelado, y que, segun nos advierte el erudito á quien debemos estas notas, trasportado á Roma, fué allí casualmente destruido el año 211 de la Era cristiana.

E. D'ARAQUY.

MCD 2022-L5



HELOISA.

Imposible fuera hablar de Heloisa sin referir la historia de Abelardo: tan estrechamente los enlazó durante su vida el vínculo de un indestructible afecto, que la muerte misma no ha podido separarlos; y así vemos hoy las efigies de entrambos reclinadas sobre el sepulcro una al lado de la otra en el cementerio de París llamado del Padre Lachaise. — ¿Quién de ellos precipitó al otro en su gloria? — Problema es ese aun no resuelto. Unos han hecho de Abelardo un genio universal y sobrehumano, presentándonoslo como gramático, teólogo, matemático, astrónomo y jurisconsulto eminente; como el primero de los oradores, de los filósofos, de los poetas y de los músicos de su tiempo, como si en su persona se hubieran reunido y amalgamado las entidades de Ciceron y Antinoo, de Petrarca y de Schubert; y en fin, como príncipe de la juventud por su elocuencia, ídolo de las mugeres por su belleza, y á todos los corazones sensibles simpático por sus canciones á que llaman odas. Otros, por el contrario, y no sin visos de razon, no ven en Abelardo mas que un alambicado sofista, sutil argumentante, mediano poeta, orador sin inspiracion, superficial erudito, y

teólogo de contrabando que, á no ser por el tierno amor y eminentes dotes de Heloisa, á quien debe todo el brillo de su vida, seria hoy como otros muchos de sus contemporáneos completamente ignorado del mundo. La verdad es que, en efecto, la singular hermosura de Heloisa, su vasto ingenio, el conocimiento que poseia de los idiomas hebreo, griego, y latino, y hasta la alta nobleza de los Montmorency, de cuyo linage es fama que descendia, reflejáronse naturalmente sobre el feliz mortal que mereció su preferencia, y han hecho de él un personage célebre. Por mi parte, pesadas las cenizas de ambos, y hallando mas ligeras las de Abelardo, declárome contra él, y parcial de Heloisa, por razones que expondré en las páginas siguientes.

Nació Pedro Abelardo el año de 1079, en el lugar de Palais á tres leguas de Nantes, de Berenguer y Lucía, ambos de ilustres familias de aquella tierra, y ambos igualmente piadosos, pues luego que hubieron provisto á la educacion y establecimiento de sus hijos, así varones como hembras, retiráronse cada cual á un convento, y acabaron uno y otro en religion la vida. Literato en su juventud y soldado en su edad madura, Berenguer dirigió en igual sentido la educacion de sus hijos, esmerándose en la de Abelardo, su primogénito y predilecto, como el interesado mismo nos lo dice. Preparábase pues el mancebo al ejercicio de las armas, con el estudio de las humanidades, haciendo en ellos rápidos progresos que modestamente atribuye á la natural viveza y claridad del ingenio breton; y de tal modo le cautivó la ciencia que, como él mismo lo escribe, « cuanto mas sensibles eran sus adelantos, tanto mas al estudio se aficionaba, hasta que de ellos ardientemente apasionado y cediendo á sus hermanos así la gloria de las armas, como sus derechos de primogenitura, sacrificó Marte á Minerva. » — Lleno, pues, de literarias ilusiones, abandonó Abelardo su país natal á la edad de diez y seis años, y en busca de tesis y con ilusiones púsose á recorrer el mundo, deteniéndose do quiera que con dialécticos argumentantes tropezaba, para trabar con ellos aquellas ardientes luchas de silogismos y disertaciones, á que debieron las aulas de la edad media su animacion y su celebridad. En honor de la verdad sea dicho : Abelardo asombró mas de una vez á su auditorio por los brillantes destellos de su fácil talento, porque, realmente su ingenio era flexible, agresivo, y á la contradiccion y sutilezas inclinado.

Al cabo de cinco años de filosóficas correrías y literarias aventuras nuestro científico andante se mostró en París, ya entonces uno de los centros del mundo intelectual, merced al impulso que debió á Carlo Magno, y que desde tan remota época hasta el dia no ha cesado de producir sus naturales beneficiosos efectos. De todas partes de Europa acudia ya la juventud á buscar en la capital de Francia una instruccion que comprendia todos los ramos del saber humano, y las bellas artes señaladamente; y entre los profesores que mas se distinguian en aquel científico teatro, brillaba conspicuo Guillermo de Champeaux, cuyas lecciones siguió Abelardo durante algun tiempo. No fué mucho sin embargo, ni menos de manera que el maestro pudiera alabarse de su discípulo: antes por el contrario, presto nuestro audaz Breton, declaróse rival y antagonista del hasta entonces universalmente venerado profesor. — « Traté, nos dice Abelardo, de refutar algunas de sus proposiciones, arguyéndole á veces de manera que mi superioridad quedó evidente; lo cual enojando á muchos de sus mejores discípulos, que no pudieron soportar el triunfo de un mancebo como yo, mas jóven y menos docto que su maestro, fué el orígen de todos mis infortunios. La envidia iba creciendo y envenenándose contra mí, á medida que mi fama haciéndose notoria. »

Elevado á su vez al magisterio, estableció Abelardo su primera escuela en la ciudad de Melun (1), que la corte solia entonces visitar con frecuencia, y donde el éxito de sus lecciones fué tal que los antiguos profesores se vieron por el nuevo eclipsados: mas ni aun se dió por satisfecha la ambicion del altivo jóven, que aspiraba nada menos que á dominar en París. Allí, empero, Guillermo de Champeaux tenia, cuando menos, todas las ventajas de la posesion y de la antigüedad; hubo pues Abelardo de limitarse por el momento á aproximarse á la capital, estableciéndose como lo hizo en Corbeil (2). Debilitada su salud, al cabo de algun tiempo por el exceso del trabajo mental, fuéle forzoso retirarse á recuperarla, respirando el aire natal en Bretaña; mas pocos años después reapareció en la escena con nuevo vigor, y mas ardiente espíritu que nunca, y como nunca tambien encarnizado contra Guillermo á quien, segun dice, obligó á re-

(1) Distante unas ocho ó nueve leguas de París. (*N. del T.*)
(2) Dista unas seis leguas de París. (*N. del T.*)

tractarse en mas de un punto importante. Como quiera que eso fuera, el hecho es que, recogidos nuevos lauros en Melun, trasladóse al cabo á París, estableciendo su escuela — mejor dijeramos acaso sus *reales* — en el monte de Santa Genoveva.

Era Abelardo, nos dice uno de sus contemporáneos, un verdadero Ismael : contra todos estaba armada su diestra, y contra él tambien las de todos. Háblanos él solamente de sus triunfos, en la carta donde refiere la historia de sus desgracias : pero escritores mas desinteresados nos cuentan tambien algunas de sus derrotas, entre las cuales merece mencionarse la que le hizo sufrir cierto escolar llamado Goswin, cuya lógica concisa pero indestructible, redujo á silencio la facundia de Abelardo, que apenas pudo responderle balbuciente. Sin embargo, nuestro orgulloso Breton aplicábase á sí mismo cierto verso de Ovidio, en el cual, no recuerdo qué guerrero, da cuenta de sus victorias.

Satisfecho de sí propio y de sus triunfos en la dialéctica, resolvió Abelardo entonces dedicarse al estudio de la teología, y al efecto trasladóse á Laon, á fin de oir las lecciones del profesor Anselmo, célebre entonces como profesor de las divinas letras. — Pero ¡con qué fatuidad y presuncion nos habla el discípulo de aquel su nuevo maestro! Oigámosle : « Me he hallado, dice, en resúmen, con un viejo que debe su fama, no al genio, sino á la experiencia. Quien en sus dudas le consulta, queda con la respuesta mas dudoso que antes. Su lenguage es maravilloso, pero carece de sentido y de razon. La llama que enciende, en vez de iluminar confunde con el humo que despide. Es un árbol de profuso follage revestido, que encanta visto de lejos, mas que de cerca examinado se encuentra sin fruto. Para mí es la higuera estéril que el Señor maldijo, ó bien la decrépita encina con la que Lucano compara á Pompeyo en su infortunio :

. . . . . *Stat magni nominis umbra,*
Qualis frugifero quercus sublimis in agro.

Como se comprende, ni tal maestro podia dejar de ser vencido por tan altivo discípulo, ni era tampoco posible que se vengara de otro modo que persiguiéndolo.

Abelardo regresó á París cargado de laureles y mas amante que nunca

de la discusion pública, y de las luchas orales; á poco obtuvo en fin la cátedra llamada del *Claustro de Nuestra Señora* (en la Catedral); y tuvo la satisfaccion de que hasta del fondo de la Alemania acudiesen los escolares á oirle y admirarle. Hallábase á la sazon, en efecto, en la plena madurez de su edad, pues contaba ya 38 años de vida, y en la de su talento igualmente: eran afables sus maneras, eufónica su voz, fácil, animada y epigramática su palabra, reunia en fin cuantas dotes se requieren para fascinar la juventud. Verdad es que no aprendian con él gran cosa sus discípulos, pero aficionábansele, y su afecto esmerábase á un tiempo en enriquecerle, y popularizar su nombre.

Entonces, en el apogeo y embriaguez de sus triunfos, fué cuando comenzaron sus relaciones con Heloisa, viéndose su orgullo, como candidamente lo confiesa, en el mas apretado lance de cuantos imaginarse pueden. Dejemos al interasado mismo referirnos tan dramático episodio de su vida.

« Habia en París una jóven llamada Heloisa, sobrina del canónigo Fulberto quien, amándola tiernamente, atendió á su educacion con notable esmero. No de las últimas en las gracias personales, era Heloisa de las primeras por la cultura del entendimiento; y por lo mismo que el estudio de las humanidades es raro en su sexo, distinguíase ella notablemente por su saber y alcanzaba gran celebridad en el reino. Cuanto puede cautivar la imaginacion de un hombre, se me ofreció reunido en aquella jóven, de cuyo corazon me prometí la conquista, porque sobre estar yo entonces en toda la flor de mi juventud y belleza, era tal mi nombradía, que no debia temer un desaire de muger alguna en quien pensar me dignara. Con respecto á Heloisa, además, militaban á mi favor de una parte su aficion á las bellas letras así como su vasta instruccion, y de otra la correspondencia ya entre nosotros entablada, y en la cual osé explicarme mucho mas terminantemente que de palabra me atreviera á hacerlo. Abandonándome, pues, á la pasion, ocupéme desde entonces en arbitrar medios para ver á Heloisa familiar y frecuentemente, lo cual logré interesando la codicia y el deseo de completar la instruccion de su sobrina, en el canónio Fulberto. Vivia este en la vecindad de mi escuela; hícele proponer por medio de algunos amigos comunes que me recibiera en su

casa en calidad de huésped, á cualquier precio, pretextando la incompatibilidad de mis ocupaciones literarias con los cuidados del hogar doméstico, y los excesivos gastos á que en consecuencia me veia obligado; y en efecto, por las dos razones que ya dije, prestóse el canónigo á mis deseos, y aun á ellos se adelantó confiándome la direccion de los estudios de Heloisa, á quien me hacia dar lecciones de dia y de noche, aconsejándome siempre que su ardor por el estudio estimulase.

Confieso que no me sorprendió mas tal candidez que si la custodia de algun inocente cordero confiase el canónigo á un hambriento lobo. Confiándome aquella encantadora jóven para instruirla y *corregirla* en caso necesario, ¿que hacia, en efecto, mas que poner en mis manos la codiciada presa, y proporcionarme la ocasion, aunque en ello yo antes no pensara, de obtener con amenazas y golpes, lo que á conseguir no alcanzaran mis caricias? — Pero Fulberto estaba tranquilo, ya por el grande amor que á su sobrina tenia; ya por la fe que mi reputacion de hombre virtuoso supo inspirarle. »

Heloisa que, contando entonces solos dieciocho años, estaba dotada de una imaginacion viva, de un espíritu tan ardiente como curioso, y de un corazon capaz de perseverantes desinteresados afectos, dejóse fácilmente fascinar por Abelardo, y cediendo al mágico ascendiente que este sobre ella ejercia, llegó, por decirlo á sí, á no pertenecerse á sí misma; llegó, segun en sus cartas nos dice, á tal estado que por agradarle fuera capaz de mudar de corazon como quien cambia de vestido. Amándole por él y no mas, considerándole como á un Dios, Heloisa estaba siempre dispuesta á sacrificárselo todo, su dicha como su fama, su bienestar como su vida: mas Abelardo, incapaz de comprender la sublime abnegacion de aquella muger, á un tiempo superior y frágil, simultáneamente heróica y delicada, en vez de participar de los generosos sentimientos de tan noble corazon, ni supo, ni pudo, ni quiso elevarse sobre la prosáica esfera del sensualismo á la poética region de una amistad platónica. Así, mas tarde, se lo echa en cara la misma Heloisa, escribiéndole: « No buscásteis mas que la satisfaccion de los sentidos; el amor no acertó á cautivaros. Y esa no es solamente mi opinion particular, sino la de todo el mundo. ¡Pluguiera á Dios que yo sola pensara así; al menos que pudiera imaginar

circunstancias capaces de disculparos y de cohonestar mi abandono! »

Con todo eso y á pesar del egoismo de que tan claramente le acusa, Heloisa no acertó á resistir á la tentacion continua del frecuente y familiar trato con un hombre ilustre; mientras que Abelardo luchaba hasta cierto punto con su pasion, ya por verguenza de aparecer vencido por femeniles encantos, ya por temor de perder su fama de virtud, ya tambien acaso previendo que su brillante porvenir comprometia. Mas ¿quién oye la voz de la razon cuando tan alto hacen oir la suya los sentidos?—« Rendido estaba á mi pasion, dice Abelardo, hasta el punto de no hacer ya caso de la filosofía ni de mis estudios. Nada me era tan odioso como acudir á mi cátedra y permanecer en ella; mi negligencia, mi enervacion eran tales que, no hallando ya medio de improvisar, tenia que valerme de la memoria, y repetir pasadas lecciones de mis oyentes conocidas. Si algo nuevo se me ocurria eran tiernas endechas, no filosóficos secretos. »— Verdad es: las poesías á que Abelardo alude, ricas de ternura y de estilo graciosas, y cantadas además en armónico suave ritmo, extendiéronse presto por la Francia, llenándola de la fama de los encantos de Heloisa.

Los oyentes, empero, de Abelardo, no habian menester ni su confesion ni sus versos, para estar al cabo de la tempestad en su corazon desencadenada: bastándoles y sobrándoles para ello comparar al profesor eminente, que poco antes los tuviera como encadenados al pié de su cátedra, con el triste mortal que estaban viendo por la pasion despojado de su elocuencia y de su ingenio. Tal metamorfosis desesperaba á los amigos de Abelardo; mas á sus discípulos, gente como toda la estudiantil mas alegre que misericordiosa con las flaquezas del prógimo, inspiróles la decadencia del profesor un raudal de canciones cruelmente satíricas, que repetidas no muy tarde por la ciudad entera, llevaron al fin á los oidos del canónigo la fulminante nueva de la deshonra de su sobrina, y del aleve abuso de confianza de su huésped. La paternal ternura con que á Heloisa amaba, la opinion de virtud en que á Abelardo tenia, cegaron largo tiempo á Fulberto; y de tal manera le cegaron, que la voz pública misma no consiguió sino á duras penas hacerle abrir los ojos. Abriólos, sin embargo; abriólos aunque tarde; y moderado todavía á pesar de su dolor intenso

MUSEO ROMANTICO MADRID

MCD 2022-L5

y de su justa ira, limitóse en el primer momento á arrojar de su casa, prohibiéndole que á pisarla volviera, al seductor que alevemente se la habia deshonrado. ¡Moderacion inútil! ¡Remedio ya intempestivo! Heloisa no podia separarse de su maestro, á quien de otro modo llamaba ya... Abelardo tuvo que hacerla partir secretamente para la Bretaña; y la infeliz hermosura que permanecer en aquel país algunos meses.

« Cuáles fueron entonces el furor, la pena, y la vergüenza de Fulberto, es imposible imaginarlo. No sabia ni qué hacer conmigo, ni qué asechanzas, ni qué lazos tenderme. Matarme ó maltratarme gravemente no lo osaba por temor de herir en el corazon á su amada sobrina; apoderarse de mi persona y secuestrarla en un encierro, bien lo quisiera; mas no podia, porque yo me guardaba, sabiendo que una vez en sus manos, no debia esperar misericordia. Al fin, movido yo á compasion de sus angustias, y reconviniéndome á mí mismo de la indigna traicion que con el canónigo habia cometido, fuíle á buscar con súplicas de arrepentimiento, y promesas de darle la reparacion que exigir quisiera; llegando, para desarmarle por completo, hasta á ofrecer que me casaria con Heloisa, tarde ó temprano, con tal de que fuera en secreto y de modo que mi reputacion no padeciese. Vino en ello Fulberto, empeñóme su palabra, y separámonos abrazándonos y besándonos en señal de reconciliacion. »

Partió entonces Abelardo á la Bretaña en busca de Heloisa, y con ánimo de unirse á ella: mas la apasionada jóven lo repugnó, tanto por presumir que tan tardía reparacion no bastara á satisfacer á su tio, cuanto por ver en aquel matrimonio su propia humillacion y el desdoro de su amante. — « Va, pues (decia), á eclipsar en los vulgares afanes de la vida doméstica el brillo de su elevado ingenio hoy luminar del siglo y de la Iglesia! — ¡Va, con deplorable sacrificio, á rehusarse á todos para entregarse á mí! — Un filósofo no debe casarse. ¿Qué hay de comun entre el estudio y el tocador; entre la pluma y el huso? ¿Cómo puede el hombre abismado en religiosas ó filosóficas meditaciones soportar el acompasado vaiven de la cuna, los soñolientos estribillos de la nodriza, el tumulto indiscreto de los criados, y los enojosos cuidados que los niños requieren? » Hasta del recuerdo de lo infinito que á Sócrates mortificó Xantipa, llegó

Heloisa á valerse para disuadir á Abelardo de su empeño; mas obstinándose él, hubo ella de ceder mal que le pesara.

« Volvimos, pues, á París, prosigue Abelardo, y á pocos dias, previa una noche entera de oracion en la iglesia, recibimos en ella al despuntar el alba la bendicion nupcial, en presencia de Fulberto, y de algunos de sus amigos y de los mios. Terminada la ceremonia retirámonos cada uno por su lado, y de allí adelante, para que el matrimonio quedara secreto, vímonos poco y eso furtivamente. Mas Fulberto y sus criados, quebrantando la promesa que me hicieran, divulgaron mi casamiento; lo cual dió ocasion á que Heloisa, inmolando su fama á mi porvenir, y queriendo dejarme expedito el camino á las dignidades eclesiásticas, jurase que era falso cuanto decia su tio. Irritado este con aquella generosa impostura que su nombre deshonraba, comenzó á tratar severamente á su sobrina; y yo entonces, informado de ello, condújela á Argenteuil, lugar á París vecino, al Monasterio de Religiosas en que habia pasado sus primeros años. Yo mismo le di todo el *hábito*, menos el velo. »

Así desapareció Heloisa del siglo, en obediencia no á la vocacion divina sino á la voluntad egoista de Abelardo, objeto entonces, sin embargo, y después, y siempre, de toda su ternura como de todos sus pensamientos. — « Mi corazon, le escribia quince años mas tarde, no está conmigo, sino con vos, y sin vos estar no puede. Pésame de mi hipocresía; porque siempre he temido mas que ofender á Dios el ofenderos, y mas procuré agradaros que agradarle á él. Vuestras órdenes son, y no un divino llamamiento, las que al monasterio me han traido. »

Pronto una trágica peripecia hizo sentir á Abelardo que con el retiro de Heloisa no habia hecho mas que envenenar y acrecer el odio de sus enemigos. Una noche, abierta su casa por traicion de un servidor mercenario, introdúcense en ella y le sorprenden algunos parientes de Fulberto: primero le escarnecen y le insultan violentos; luego su vengativa saña ejecuta en la persona de Abelardo el mas feroz, el mas degradante de los castigos... « ¡La humillacion, dice la víctima, me era infinitamente mas dolorosa que la herida! Representábaseme el esplendor con que la víspera brillaba, para hacerme mas insoportable la súbita imprevista catástrofe que todo venia á destruirlo. ¿Por qué justo decreto de la Providencia, caia sobre mí aquel igno-

minioso azote? ¡Cuán horribles traidoras represalias de mi propia traicion! ¡Cuáles iban á ser los aplausos de mis rivales para el que con tan extraña equidad me castigaba! ¡Cuán larga y dolorosamente iba á resonar aquel golpe en el corazon de mis allegados y amigos! ¡Con qué rapidez á propagarse por el mundo el rumor de mi degradacion! ¿Cómo salir de casa y presentarme en público, á ser blanco universal de las miradas, mostrado con el dedo, y objeto de injuriosa piedad? En tan profunda ruina, la vergüenza y el dolor, yo lo confieso, mas que la devocion fervorosa, me arrojaron en la soledad del claustro. Así vestimos ambos el hábito religioso, yo en la Abadía de San Dionisio, ella en Argenteuil... ¡Ella!... Recuerdo ahora que muchos, viéndola tan jóven y tan bella, advirtiéronle lo insoportable del yugo de la vida monástica : mas Heloisa entonces, respondióles entre lágrimas y sollozos, repitiendo las elocuentes frases con que Cornelia deploraba la muerte del Gran Pompeyo : — « *Oh mi ilustre esposo! ¡oh noble esposo, de quien yo no era digna! Mi destino pesa sobre el tuyo.—¿Porqué, desdichada que soy, te arrastro en mi ruina?... Acepta, al menos, mi voluntaria expiacion...* — Y al terminar esos versos de Lucano, acercándose al altar donde estaba el velo ya por el Obispo bendecido, cubrióse con él consagrándose á la vida monástica en presencia del pueblo allí congregado. »

Heloisa devoraba en silencio sus penas, procurando acomodarse sin estrépito á las reglas de su nueva existencia : pero Abelardo llevó al claustro con su carácter irascible todos los disgustos y contratiempos que en la vida del siglo amargaron antes sus dias, haciendo de sus noches un continuado suplicio. Díscolo y altanero, como lo habia sido en las aulas, mostróse entre los religiosos de San Dionisio, predicándoles la reforma con el atrabiliario intemperante celo frecuente en los conversos, que así creen que harán olvidar sus pasados extravíos. Por dicha para la comunidad, los antiguos discípulos de Abelardo presentáronse en el monasterio á rogar á su Maestro que volviera á ejercer el profesorado ; y el Abad, aprovechando la ocasion, mandóle á establecer su cátedra en el vecino priorato de *Deuil* que de San Dionisio dependia. Brillantes fueron los primeros pasos de Abelardo en Deuil ; pues la magia de su palabra y la novedad de sus doctrinas teológicas, sobre extender su fama, atrajéronle tan gran

número de oyentes, que llegó el caso de que no encontraran ni medios de subsistencia ni dónde alojarse siquiera en el pueblo. Mas la natural insolencia de su espíritu, por el éxito alentada, tardó poco en suscitarle poderosos enemigos que, aprovechando diestros la ocasion que para ello les ofrecia el haber Abelardo publicado un libro sobre las mas altas cuestiones de la Teología, denunciáronle por heterodoxo ante un Concilio, en Soissons congregado, obligándole á defenderse inútilmente, á oirse sentenciar como culpable, á quemar por su propia mano la obra condenada, y á entrar en fin, como recluso, en el Monasterio de San Medardo. La rabia, la desesperacion del altanero teólogo, concíbense fácilmente; pero á mayor abundamiento, él mismo nos las describe diciendo: « El dolor que me abrumaba, la desesperacion que me torturaba, yo los sentí, mas explicarlos no puedo. Comparando lo que *corporalmente* habia padecido con lo que entonces mi alma padecia, creíme entonces el mas desdichado de los hombres; y parecióme hasta insignificante la traicion de Fulberto, puesta en paragon con mi nuevo suplicio. ».

Compadecido de tanto infortunio el Legado del Papa, puso pronto en libertad á Abelardo restituyéndole á su Abadía de San Dionisio: pero no tardó mucho el incorregible escolástico en suscitar allí contra sí una nueva tormenta, sosteniendo que San Dionisio Areopagita, y San Dionisio, Obispo de París y apóstol de las Galias, eran dos personas distintas, y no una misma como la comunidad lo pretendia. Los Monges tomaron el negocio tan á pechos, que no contentos con obligar á su compañero á retractarse, como lo hizo, preparábanle sin duda un mal cuarto de hora, puesto que el malaventurado tuvo que huir del convento para refugiarse, nos dice él mismo, « en cierta soledad del obispado de Troyes, que de mucho antes conocia. »

« Allí, prosigue Abelardo, en una tierra de que se me hizo don, y previa licencia del Obispo, hice de cañas una hermita, bajo cuyo pajizo techo, y con un solo discípulo por compañero, pude por algun tiempo decir con el Profeta: *Hui, alejéme, y moro en la soledad*. Mas una vez mi retiro conocido, comenzaron mis discípulos á venir á mí de todas partes, trocando ciudades y castillos, por las pobres chozas que en aquel desierto edificaban ellos mismos. Allí, en vez de exquisitos manjares, alimentábanse solo de

negro pan, y silvestres verduras; la paja era su único lecho. Como los antiguos filósofos de que nos habla San Gerónimo, huyendo las ciudades estrepitosas, las amenas quintas, las fértiles campañas, las selvas sombrías, el dulce canto de las aves, la frescura de las fuentes, el suave murmurar de los arroyos, y en fin cuantas seducciones asaltan la virtud por medio de los sentidos corporales; ó mas bien como aquellos hijos de los Profetas que, segun la Escritura, levantaban sus chozas á orillas del Jordan y lejos del tumulto de la muchedumbre y de las pasiones, vivian de harina de cebada y de amargas raices, mis discípulos reducidos voluntariamente á condicion análoga en las márgenes del rio *Arduza*, mas parecian ermitaños que estudiantes. Crecia de continuo su número, y con él crecian igualmente la santidad de la vida en aquellos jóvenes, y en mis rivales el despecho consiguiente á la gloria que de todo ello me redundaba. Yo, provisto por mis discípulos de cuanto necesitaba para alimento y vestido, así como para la cultura de la tierra, pude libre de cuidados domésticos, entregarme al estudio sin reserva, en primer lugar; y en segundo á convertir mi humilde primitivo oratorio, ya insuficiente para los que en él se congregaban, en un edificio de mas vastas proporciones y sólida construccion, reemplazando las cañas y la paja con la madera y la piedra. Al fundar la ermita dediquésela á la Santísima Trinidad, y díle su nombre; mas este, al reedificarla, troquéle en el de *Paracleto*, en memoria de haber allí encontrado, en mi desesperacion y fuga, el reposo y divinos consuelos que tanto habia menester. » — Mientras que Abelardo permaneció oculto en aquella soledad, su fama se extendia por el mundo, á la manera del eco invisible (son sus palabras) que resuena y se propaga por todas partes sin fijarse en ninguna: mas al propio tiempo, sus aventuradas doctrinas, alarmando la opinion pública, concitábanla contra él tan poderosa y activamente, que hubo un momento en que llegó el desdichado á pensar en huir de todo país cristiano, en busca de una paz que en ellos encontrar le era imposible. Por entonces, sin embargo, los Monges de San Gildas de Ruis, en la Diócesis de Vannes, eligiéronle para su superior, impetrando y obteniendo la aprobacion del Conde de Bretaña; y Abelardo, ya infeliz en el Paracleto, apresuróse á servirse de la ocasion que le deparaba la suerte para huir una vez mas de sus perseguidores. ¡Inútil tras-

lacion! Nadie se huye á sí mismo; y aquel que en ninguna parte se encuentra bien, difícilmente nos persuadirá de que siempre la culpa de su malestar es agena.

Abelardo nos pinta la Abadía de San Gildas, sus monges, y el país como le convenia para justificarse de haberla abandonado, como lo hizo en efecto, no pudiendo sopartar, dice, ni aquella bárbara tierra, ni el idioma que allí se hablaba, ni el indomable carácter de los monges, ni su desprecio de la Regla de la Orden, ni las salvages costumbres de las gentes. Si las olas del mar no le detuvieran, sabe el cielo hasta dónde prosiguiera en su fuga.

Quince años consumió Abelardo en tales luchas á propósito de la Teología, de las ciencias, y de su gloria, encontrándose al cabo de ellos, no con lo que buscaba, sino con Heloisa. Durante tan largo período no sabemos que se vieran, ni aun que se escribiesen los dos esposos, y su reunion misma fué mas bien efecto de las circunstancias que de otra cosa. Sugerio, Abad de San Dionisio, resucitando antiguos derechos ó pretensiones, apoderóse por entonces del convento de Argenteuil, y declarándole dependiente de su Abadía, arrojó de él á las religiosas que lo ocupaban, y de las cuales, como el lector sabe, era una la infeliz Heloisa.

Vióse aquella en consecuencia lanzada violentamente al mundo donde ya ningun protector, ningun asilo tenia; mas Abelardo, así que á él llegaron tan desastrosas nuevas, dejando su monasterio de Bretaña, acudió como debia al lado de su esposa, de su *hermana en Cristo*, como él la llamaba, y poniendo á su disposicion el *Paracleto*, instalóla personalmente allí con otras varias religiosas sus compañeras. Pobremente vivió en aquel claustro la nueva comunidad, durante el año; mas pronto la paciencia, virtudes y talento de Heloisa hicieron prosperar el convento. « Dios, dice Abelardo, hizo á *mi hermana* tan grata á los ojos de todos, que los Obispos la querian como á hija, los Superiores de los monasterios como hermana, las gentes del siglo como madre, admirando todos su piedad, su prudencia, y su incomparable dulzura. Retirábase con frecuencia para entregarse á la meditacion y orar en la soledad; pero cuanto menos se dejaba ver, tanto mas anhelaban las gentes del mundo ser admitidas en su presencia y escuchar sus consejos. »

Abelardo condujo á Heloisa á puerto contra la tempestad seguro llevándola al Paracleto ; lo que no pudo hacer fué ponerse á sí mismo al abrigo de los vientos : juzgaron unos severamente sus relaciones con la que fué su esposa; otros dando rienda á la malicia clamaron sin rebozo y con amargo sarcasmo que el mal apagado fuego renacia de sus cenizas. ¡ Amargo destino el suyo ! Como él mismo lo dice, rechazando colérico tales calumnias, no sabia ni dónde fijarse, ni qué hacer para sustraerse á la especie de maldicion que le perseguia, reduciéndole á la mísera condicion de Cain, siempre errante y fugitivo, siempre acosado por internas angustias, que no bastaban á preservarle de los tiros de sus enemigos.

De todos sus padecimientos nos da cuenta Abelardo en una larga cuanto desolada epístola, que ya mas de una vez hemos citado textualmente ; epístola que llegando por casualidad á manos de Heloisa, conmovió hondamente con su amargo duelo aquella alma amante siempre, y arrancó á su destrozado corazon los elocuentes acentos que á reproducir vamos.

« A su Señor, ó mas bien á su Padre, á su Esposo, ó mas bien á su hermano, esta su sierva, mejor dicho, su hija, su esposa, mas bien su hermana ; á su Abelardo, Heloisa :

— No ha mucho y por casualidad llegó á mis manos la carta en que referís nuestras desdichas á un amigo. Así que en el sobrescrito vi que era vuestra, púseme á leerla con el ardor natural en quien tan tiernamente ama al autor, al que he perdido, al que en aquellos caracteres buscaba en su palabra como le busco en su imágen, para consuelo de mi alma. ¡ Ay me, y cómo rebosa en quebranto y amargura, amado mio, esa carta en que haceis la historia de vuestra conversion, y de vuestras intolerables desdichas ! No es posible oir ó leer tales cosas sin prorumpir en llanto; y vuestras frases han abierto de nuevo mis antiguas heridas, precisamente porque retratan fielmente lo pasado ; pero lo que mas acrecienta nuestra pena, es lo que decís de vuestros riesgos cada vez mayores, porque nuestros corazones, desesperando de conservaros, se estremecen de continuo, imaginando que á cada instante podemos recibir la noticia de vuestra muerte. En el nombre de Cristo, cuya divina proteccion os ampara todavía, os rogamos encarecidamente que no dejeis de informarnos á nosotras que somos sus humildes siervas y las vuestras, de vuestra

suerte en los naufragios en que pasais la vida, á fin de que al menos nosotras, que siempre somos vuestras, tengamos parte en vuestros gozos como en vuestros dolores. Porque los pésames son para los afligidos un consuelo, y la carga que con otros se divide llévase mas fácilmente. Si la tempestad cede por un momento, apresuraos á escribirnoslo tanto, cuanto mas gratas sean las nuevas que tengais que darnos: mas sean como fueren, recibirémoslas como una preciosa muestra de vuestra memoria. ¡Cuán deliciosas son las cartas de los amigos ausentes! — Séneca nos lo revela diciéndole á Lucilio: « Si los retratos de los amigos ausentes, nos » recuerdan su memoria, y engañan el dolor de no verlos con aparente » engañador consuelo, ¡cuánto mas no deben hacerlo las cartas que son » la verdadera expresion de aquel de quien la distancia nos separa! » — Loado sea Dios de que al menos no alcanzan los odios á impedirnos que de ese modo nos veamos presentes el uno al otro, y plegue al cielo que con frecuencia sea. »

Heloisa pide en seguida á su Abelardo que así como no les niega un recuerdo á sus amigos, se lo otorgue y con él sus consejos y amonestaciones á sus Religiosas del Paracleto, insistiendo en que si á todas ellas les debe esa espiritual asistencia, mucho mas especialmente tiene derecho á reclamarla aquella que un tiempo le fué tan cara.

« Vuestro olvido, le dice, después de vuestra conversion, me asombró dolorosamente cuando ví que en medio de mis angustias y padecimientos, ni el amor de Dios, ni el amor mio os movian á consolarme, presente con la palabra, y ausente con vuestras cartas. Obligado estábais á hacerlo muy especialmente conmigo, puesto que nos liga el vínculo del matrimonio; y vuestra culpa se agrava con ser como es notorio á todo el universo que os amé siempre con incomensurable amor. Bien sabeis, caro amigo, y todos saben, cuánto perdí al perderos; y que la deplorable catástrofe de que fuísteis víctima, me ha despojado á mí, por decirlo así, de mi propia. Por lo mismo, pues, que mi dolor es grande, grande tambien debe ser el remedio, y ese de vos y no de otro alguno lo espero; porque la parte que en mis penas os cabe, justo es que la tengais tambien en mi consuelo. Vos sois el único que puede entristecerme, regocijarme ó consolarme. ¿Cómo pudiérais dudarlo viendo que en todo y siempre hice vuestra voluntad

ciegamente ; y que condenada á perderos, he renunciado á mí misma, porque asi lo ordenásteis ? Mas hay : mi amor exaltándose hasta el delirio, ha llegado á punto de separarse para siempre de lo mismo que era su único deseo. — Por vuestra voluntad y precepto he mudado de hábito y de corazon haciendo ver que todo en mí es absolutamente y solo vuestro. Nunca, ¡ Dios me es testigo ! nunca en vos he buscado mas que á vos mismo, y no nada de lo que era vuestro. Yo no ambicioné ni el honor ni la dote del matrimonio ; y olvidándome á mí — ¿ lo ignorais, por ventura ? — solo de vuestro placer y voluntad me he cuidado. Aunque el nombre de *esposa* sea, como es, el mas santo y fuerte, cualquier otro me fuera grato ; porque cuanto mas por vos me humillara, tanto mas digna me hiciera de vuestra ternura, y tanto menos le estorbara el vuelo á vuestro glorioso ingenio. Y eso no lo habeis olvidado, no, puesto que en la carta á vuestro amigo recordais algunos de los motivos que os hice presentes para apartaros de la idea del matrimonio, si bien omitis algunas de las razones que en defensa de vuestra libertad produje. Dios sabe que aun cuando un Emperador, dueño del mundo entero, me llamara á ser su compañera, elevándome así al pináculo de las grandezas humanas, el título de esclava vuestra me pareciera á mí mas ilustre, mas dulce que el de Emperatriz. »

Y despues de enumerar, con mas erudicion acaso que la propia de la agitacion de su espíritu en aquel momento, las prendas que deben buscarse en su esposo, vuelve Heloisa á tratar, con énfasis elocuente, del mérito de su Abelardo: « ¿ Qué Monarca, ni qué filósofo puede igualar vuestra nombradía ? ¿ Qué país, qué ciudad, qué aldea no aspira á contemplaros ? Cuando en público os presentábais, ¿ quién no se apresuraba para veros ? Y cuando salíais de las asambleas, ¿ quién no os seguia con perseverante curiosa mirada ? ¿ Qué muger, qué doncella, no os echaba de menos ausente, ó negaba á vuestra presencia una sonrisa ? ¿ Qué gran Señora, que Reina no envidiaba mi gozo y mi gloria ? Dos circunstancias, sobre todas, os rendian el corazon de las mugeres : la elocuencia y el canto, prendas de que los demás filósofos carecian. Merced á esas dotes, en vuestros momentos de ocio, y para descanso de las filosóficas tareas, compusisteis las enamoradas canciones que volando de labio en labio, en alas de

su dulce poesía y armónicos tonos, hicieron familiar vuestro nombre hasta en boca de los mas rudos ignorantes. Y como en vuestros versos hablábais de entrambos, tambien mi nombre ha volado á remotas regiones, provocando la envidia y celos de muchas mugeres, contra aquella que era señora de los tesoros de cuerpo y alma, en vuestra adolescente persona reunidos. ¿Podrán las que me envidiaban entonces, negarme su compasion ahora que tales tesoros he perdido? En presencia de mi inmensa desgracia ¿no se extinguirá todo sentimiento hostil á mi persona? »

Aquí es donde la ardiente Heloisa acusa á su Abelardo de egoismo y de un ingrato olvido. « ¡Ni una visita! (exclama) ¡ni una carta! »—Pídele en seguida qne la escriba, cosa para él fácil, para ella de precio y provecho : « Por el Dios á quien os habeis consagrado os conjuro que me devolvais vuestra presencia, en cuanto es posible, escribiéndome algunas cartas de consuelo, á fin de que fortificada con su lectura, pueda dedicarme con mas ardor al servicio de Dios. Cuando en otro tiempo esperábais de mí profanas delicias, visitábaisme con frecuentes epístolas, y vuestros versos ponian mi nombre en labios de todos, haciéndolo resonar en todos lugares, en todas casas. ¡Cuánto mas valiera hacer hoy por Dios lo que hacíais entonces por el placer! Pensad en lo que debeis, y mirad lo que os pido. Termino mi larga carta con esta breve frase : Adios, *único* mio. »

¡Unico! ¿Podia Abelardo decir otro tanto? Hay que confesar lo contrario en vista de las reconvenciones que le hacia el Padre Foulques, Prior de Deuil, consolándole en sus infortunios. — ¿Tuvo Abelardo realmente mas de una Heloisa? ¿Era su corazon egoista y seco, como se pudiera interir de la carta que precede; ó bien debemos pensar — y mas valiera que así fuese — que, renunciando á inclinaciones y afectos tan duramente por la desgracia contrariados, habia elevado su corazon al cielo con la resolucion de no volver á ocuparle en cosas de la tierra? — Como quiera que fuese, contestó á Heloisa filosófica y friamente, manteniéndola á respetuosa distancia de sí, y escribiendo tanto ó mas que para ella, para la comunidad toda. — « Si no os he escrito, ni para exhortaros ni para consolaros, desde que á Dios hemos vuelto, apartándonos del siglo, atribuídselo no á indiferencia mia, sino al conocimiento que tengo de vuestra prudencia y á la seguridad que ella me inspira. Porque no he creido que tales auxilios os

fueran necesarios á vos que, colmada de los dones de la divina gracia, podeis traer á buen camino á los que se extravían, consolar á los que desfallecen, y alentar á los tibios, como ya lo hacíais no siendo mas que Priora á una Abadesa subordinada. Si hoy teneis, pues, la misma solicitud por vuestras hijas, con que entonces atendísteis á vuestras hermanas, parécenos que es bastante, y serian superfluos nuestros discursos como nuestros consejos. Mas si de otro modo lo juzgais en vuestra humildad, y en las cosas de Dios creeis que pueden seros útiles nuestras advertencias, decidnos lo que deseais y os responderemos lo que Dios nos inspire. » Escrito eso, prosigue Abelardo encomendándose á las oraciones de las Religiosas, cuya eficacia prueba con textos de la Escritura; y concluye, despues de hablar, segun su costumbre, de los males que padece y de los riesgos con que el odio de sus enemigos le amenaza, con estas palabras :

« Si Dios me pone en sus manos (las de los enemigos) y me dan muerte, ó si de cualquier otro modo muero lejos de vos, encarecidamente os ruego que hagais trasportar nuestro cadáver, ya inhumado ya insepulto en cualquier otro punto, á vuestro cementerio, á fin de que mis hijas, ó mas bien mis hermanas en Cristo, teniendo siempre á la vista mi tumba, sean por su presencia de continuo movidas á prodigar los ruegos y oraciones á Dios por mi eterno descanso. Porque para un alma doliente y al arrepentimiento consagrada, no hay morada aquí abajo tan saludable como un lugar dedicado al *Paracleto*, es decir, al *Consolador*, y que tan bien merece tal nombre. Y para una sepultura cristiana no es posible elegir sitio mas á propósito que un monasterio de mugeres consagradas á Cristo. Mugeres fueron las que, con piadosa solicitud, prepararon el enterramiento del Ungido, perfumaron y embalsamaron su cadáver, velaron en llanto anegadas en torno del sepulcro.... Os ruego, pues, sobre todo que, así como ahora excitan vuestra solicitud los peligros que corre mi cuerpo, atendais entonces particularmente á la salvacion de mi alma; y que, amándome en la muerte tanto como en vida, me otorgueis el especial sufragio de vuestras oraciones. »

Tal carta pudo tener por objeto consolar á Heloisa; mas su conclusion no podia menos de producir el efecto contrario, envenenando como envenenó su dolor, en efecto. La desolada esposa, viéndose así amenazada

de próxima viudez, prorumpe naturalmente en nuevas y mas amargas quejas que nunca; y la pasion, durante quinze años violentamente en su pecho comprimida, estalla al fin rompiendo todos los diques, y revelando al mundo el deplorable verdadero estado de su alma. Duélese primero de que Abelardo la trate como á extraña y aun superior, comenzando por su nombre (el de ella) el membrete ó direccion de la carta que acaba de ocuparnos; y acúsale, con razon, en seguida de complacerse en abrumarla, no solamente con el relato de los males que le afligen, sino con la prediccion de una desgracia, cuya sola idea le parece ya insoportable. — « Acreceis nuestra desolacion, en vez de consolarnos, y provocais el llanto que enjugar debiérais. ¿ Quién de nosotras puede sin lágrimas oiros hablar de vuestro próximo fin ? ¡ Oh amadísimo ! ¿ cómo osais pensar y decir tal cosa ? ¡ Dios no olvidará á sus humildes siervas hasta el punto de permitir que os sobrevivan ! ¡ Dios no querrá condenarnos á una vida que nos seria infinitamente mas dura que cualquier género de muerte ! Pedís para vuestras cenizas el sufragio de nuestras oraciones... ¿ Pudiérais suponer que seamos capaces de olvidaros jamás ?

« ¡ Ay de mí, triste ! ¡ Ay de mí, mas bien ! ¿ Qué tiempo le daríamos á la oracion cuando el estupor nos privara entonces de todo dominio sobre nosotras mismas, á nuestro espíritu de juicio, á nuestra boca de palabra ? ¿ cuando nuestra alma por el dolor enloquecida, y rebelde en vez de sumisa, mas bien irritaria al Señor con sus quejas, que pudiera con sus oraciones aplacerle ? »

Laméntase además Heloisa de la catástrofe que arrojó á Abelardo en el cláustro, y del aislamiento en que ella se encontró en consecuencia. « Desgraciada entre todas las mas desgraciadas, yo soy la suma infelicidad de las mugeres ! Cuanta mayor superioridad sobre todas ellas debí á vuestro amor, tanto mas profunda ha sido mi ruina en el inmenso desastre que nos alcanzó á entrambos. Por la grandeza de la elevacion, se mide la de la caida. »

Finalmente, después de recordar lo pasado con un calor en la reminiscencia, con una viveza en las imágenes, mas que suficientes para conmover á Abelardo, acúsase Heloisa de ser mas religiosa en el hábito que de corazon, y de inspirar á los que la frecuentan una estimacion y confianza,

de que en realidad no se cree digna. « ¿No soy, vuelvo otra vez á preguntároslo; no soy, en efecto, la mas desdichada de las criaturas si, despues de padecer tanto en la tierra, no tengo que esperar recompensa alguna en el cielo? Largo tiempo os ha engañado, como á todos, mi disimulacion, y habeis creido que era piedad mi hipocresía: por eso, recomendándoos á mis oraciones, me pedís precisamente lo que yo de vos espero. No tengais, pues, tan buena opinion de mí; y no dejeis de auxiliarme con vuestras oraciones. »

Por la edad y el infortunio ya calmado, y protegido además por su índole razonadora, si no contra los extravíos sensuales, sí al menos contra la accion del sentimentalismo, Abelardo contestó á Heloisa con cierta frialdad, procurando sin embargo atenuar con el bálsamo del consuelo el ardor de las profundas llagas de aquella alma enamorada. Nuevos disgustos personales vinieron, por otra parte, á ocuparle activamente. Pasando ya de los cincuenta y siete años, abrió de nuevo su cátedra en la Montaña de Santa Genoneva: como siempre eclipsó entonces á sus rivales, tanto por las brillantes cualidades de su ingenio, como por la afluencia de oyentes; y á mayor abundamiento dió á luz por entonces algunos escritos cuya doctrina fué calificada, cuando menos, de temeraria por los hombres mas notables de la época, y singularmente por San Bernardo en quien se juntaban la ciencia de un doctor y la elocuencia de un tribuno. De ahí que, prescribiéndosele explicar las mas aventuradas de sus últimas proposiciones, fuese al efecto citado ante el Concilio para Sens convocado: mas no osando medirse, á pesar de las audaces sutilezas de su dialéctica con el genio positivo de San Bernardo, rehusó el esposo de Heloisa responder categóricamente á preguntas categóricas, y salió de la asamblea declarando que apelaba de sus resoluciones para ante el Papa. No obstante, el Concilio de Sens condenó los errores de Abelardo, y en su nombre escribió á Roma el santo Abad de Clairvaux impetrando del Pontífice la confirmacion de la sentencia. Otorgóla, en efecto, el Padre Santo, con tanta presteza que el fulminado estaba todavía en Lyon de tránsito para la metrópoli del Orbe Católico, cuando llegó á sus oidos, y llenó de consternacion su espíritu, aquella nueva tan funesta como inesperada. Atónito, como el hombre á quien el rayo hiere sin extinguir en

él la vida, Abelardo no sabiendo qué hacer ni á qué determinarse, corrió á pedir amparo en tanta desdicha, á un antiguo amigo, al Abad de Cluny, Pedro el Venerable, quien no solo le dió por el momento asilo, sino que á su lado le retuvo, y en su favor escribió al Papa Inocencio II la siguiente carta :

« El ilustre doctor Pedro Abelardo, á quien presumo que V. S. conoce bien, ha llegado poco hace á Cluny, procedente de Francia. Preguntéle á dónde iba, y respondióme que, odiosamente perseguido por hombres que le acusan de heregía, apelaba de ellos á la Sede Apostólica, á cuya sombra se proponia guarecerse. Alabéle el pensamiento instándole á que sin demora lo realice, en la seguridad de encontrar en el alto comun tribunal á que acude, no solamente la justicia que nunca dejó de hacer ni al mas humilde de los extraños ó de los peregrinos, sino tambien la indulgencia de la misericordia, dado el caso de necesitarla.

» Durante la permanencia de mi huésped en la Abadía, hala tambien visitado el Sr. Abad del Cister, y con él he conferenciado largamente sobre los medios de restablecer la paz entre Abelardo y el Abad de Clairvaux, causante de esta apelacion á la Santa Sede. En mi solicitud por conseguir la reconciliacion, he aconsejado á mi huésped que se abocara con su rival, y que si, en sus discursos ó en sus escritos se le ha escapado alguna proposicion poco ortodoxa, no vacilara en retractarla, ya por instigacion de Fr. Bernardo mismo, ya por acuerdo de otros prudentes varones. Hase hecho como lo propuse : Abelardo se ha visto con su adversario, é informádome de que, merced á la intervencion del Abad Cisterciense, la disension cesó, y la paz está firmada.

» Por mi consejo, además, ó mas bien por inspiracion del Altísimo, Abelardo diciéndoles adios á los afanes del estudio, y á las luchas escolásticas, ha escogido esta vuestra casa de Cluny, por su postrero perpetuo asilo.

» Ahora, persuadido yo de que, realmente, este es el asilo que conviene á su edad, á sus achaques, y á su piedad; y tambien de que su ciencia, que no os es desconocida, puede ser útil á la gran muchedumbre de nuestros religiosos, he accedido á sus deseos, en el supuesto de que vuestra bondad no lo contradiga, consentido gozoso en que se quede entre nosotros, que

en todo somos vuestros. Ruégoos, pues, en mi pequeñez, como vuestro fiel Monasterio de Cluny y Abelardo mismo os lo suplican, tanto por medio de nuestros mensageros, como por el de estas letras que ellos han de entregaros, que le autoriceis á pasar en Cluny los últimos dias, bien pocos quizá, de su vejez y de su vida, y que os plazca prohibir que nadie ose ni intentar arrojarle fuera del amparo de nuestro techo, donde se regocija de haber encontrado un nido seguro como solitario jilguero, ó atemorizada tórtola. — Tomadle, Padre Santo, bajo el amparo y custodia de vuestra proteccion apostólica, escuchando la voz de vuestros sentimientos benévolos para todos los hombres virtuosos, y tambien los recuerdos del amor con que un tiempo le honrásteis. »

La reconciliacion se consumó sin nuevas dificultades : San Bernardo, cuyo aguijon era como el de la abeja, inocente, depuso todo rencor contra Abelardo desde el instante mismo en que este le tranquilizó en cuanto á su ortodoxia; y el Papa por su parte condescendió en el acto á cuanto en favor de su huésped le pedia Pedro el Venerable. Pasó pues Abelardo los cinco años últimos de su vida en el monasterio de Cluny, en una paz tan profunda, cuanto agitado fuera hasta entonces el curso de su desdichada existencia. El tiempo que sus deberes le dejaban libre repartíalo entre la oracion, el estudio, y las conferencias que de órden del Abad tenia con los religiosos : mas no alcanzando el sosiego presente á neutralizar los efectos de las pasadas tempestades, y decayendo su salud visiblemente, mandáronle á respirar mas puros aires al Priorato de San Marcelo en Chalon-sur-Saone. Allí al principio pareció mejorarse notablemente : pero á poco graduándose rápidamente la enfermedad, espiró al cabo el dia 21 de Abril de 1142 á los sesenta y tres de su edad. Inhumáronle los religiosos en su iglesia, grabando su elogio en la losa bajo que descansaban sus restos mortales; y todavía en las ruinas de Cluny, se enseña hoy al viagero, al fin de una desierta alameda, cierto árbol secular, un tilo, á cuya sombra acostumbraba Abelardo acogerse para meditar, comparando quizá melancólicamente su tempestuosa pasada vida, con el tranquilo aspecto del valle asiento del monasterio, con la paz de sus profundos bosques, y con lo apacible de sus verdes prados que un rio bienhechor regaba.

MCD 2022-L5

Hondamente afligida por la pérdida de su amado, Heloisa, sin embargo, no dejó por eso de cumplir entonces con sus deberes; antes por el contrario, ansiosa de cumplir á un tiempo la voluntad postrera del llorado esposo, y de honrar su memoria, solicitó simultáneamente del Abad de Cluny, la traslacion del cadáver de Abelardo al Paracleto, y la absolucion de su esposo. A entrambas peticiones accedió misericordioso Pedro el Venerable, sustrayendo nocturnamente los restos del difunto á los Religiosos de San Marcelo, y enviando juntamente con ellos al Paracleto, su carta ó Cédula de absolucion: mas no contento aun con tal complacencia, llevóla á punto de consolar directamente á la triste viuda, como lo hizo, contestando á una carta de Heloisa que no ha llegado á nuestros dias, en los siguientes caritativos y tiernos términos:

« A mi venerable y muy amada hermana en Cristo la Abadesa Heloisa: Pedro, humilde Abad de Cluny, salud.

» Al recibir vuestras preciadas letras, las que últimamente me enviásteis, regocijéme, y besélas por amor á la mano que las habia trazado. Quisiera deciros luego los sentimientos de mi corazon: pero me lo ha estorbado la urgencia de negocios que con frecuencia, ó mas bien casi siempre, me dominan. Al cabo he podido robarles un dia á esos afanes, y conságrolo á realizar mi deseo.

» Pláceme agradecer, con palabras al menos, el afecto que me mostrais en vuestra carta, y de que ya me habíais con presentes dado señales; y esme grato deciros el lugar que en mi corazon os da la caridad cristiana. Y no es de hoy este afecto: acuérdome de que os amo hace mucho tiempo. Todavía no pisaba yo los límites de la virilidad saliendo de la adolescencia; todavía era un niño, cuando llegó hasta mí la fama, no de vuestra piedad, sino de vuestras inclinaciones estudiosas y distinguidas. Referíase que una muger de las que en la ordinaria senda de la vida caminan, cultivaba, contra la costumbre de su sexo, la filosofía, las ciencias y las artes, sin que para apartarla de tan noble propósito bastaran los placeres, seducciones, y frivolidades del siglo. Cuando el universo yace indolente en la mas vil y deplorable ignorancia; cuando no encuentra la ciencia dónde asentar la planta, no solo entre las mugeres que la rechazan, sino en las asambleas mismas de los hombres, vos habeis sobrepujado en

amor á los estudios profundos, á todas las mugeres, y á la mayor parte de los hombres de nuestra época. Pronto, para servirme de las palabras del Apóstol, pronto el que en el seno mismo de vuestra madre os habia elegido para suya, os llamó por su gracia á mas alto destino : trocásteis la ciencia por el cielo, á Platon por Cristo, y la Academia por el cláustro. »

Aquí sigue un elogio de las mugeres célebres así en la historia santa como en la profana, después de lo cual añade Pedro el Venerable :

« Grato me fuera, hermana mia, prolongar con vos este discurso, porque admiro vuestra sabiduría notoria, y amo sobretodo vuestra piedad que tantas bocas me alaban. ¡ Pluguiera á Dios que Cluny os poseyera ! ¡ Pluguiérale que estuviérais encerrada en la dulce cautividad de Marcigny con las otras siervas de Cristo que allí aspiran á la celeste libertad ! — Pero si la Providencia, que ordena todos los acontecimientos, nos ha rehusado esa gracia, ofreciónos compensacion al menos en el que fué vuestro ; en aquel, digo, cuyo nombre hay que pronunciar frecuentemente y en su honra ; en aquel Abelardo, verdadero servidor y filósofo de Cristo, á quien el cielo mandó á terminar sus dias en Cluny, y que ha cubierto de gloria el monasterio. En pocas palabras pudiera decirse cuán santa, humilde y piadosa fué su vida. Yo no recuerdo haber conocido quien se le igualara en humildad y amor de la pobreza. Dile entre los religiosos un puesto eminente; mas él se esforzaba en aparecer como el último de ellos, por la sencillez de su trage; y otro tanto hacia con respecto á los alimentos y al cuidado de su cuerpo, no limitándose á la exclusion de lo superfluo, sino extendiéndola á todo lo que no es absolutamente indispensable para la conservacion de la vida, y reprobando el resto mas con el ejemplo todavía que con la palabra.

« Leia de continuo, oraba con frecuencia, y no hablaba nunca mas que para las lecciones y conferencias de la comunidad... ¿ Qué mas he de decir ? Su espíritu, su voz, su estudio, meditaban, enseñaban, proclamaban las verdades literarias, filosóficas, divinas. Así, sencillo, recto, temeroso de Dios y del mal huyendo, le consagraba al Señor los últimos dias de su laboriosa vida. Cuando la enfermedad le asaltó, y agravándose le hizo sentir que se acercaba su última hora, ¡ con qué religion, con qué fervor, con qué exactitud, hizo primero su profesion de fe, y luego la confesion

de sus culpas! ¡con cuán ardiente aspiracion recibió el viático de la peregrinacion postrera, prenda á un tiempo de la vida eterna! ¡Con qué confianza en Dios recomendó él mismo su cuerpo y su alma al Redentor! Todos los religiosos de San Marcelo pueden decirlo. Así murió aquel maestro, célebre en el mundo entero por el brillo de su saber y de su elocuencia; así, humilde y dulce, volvió al seno de *Aquel* que á sí propio se ha llamado humilde y dulce de corazon.

« En cuanto á vos, mi muy cara y venerada hermana en Dios, que con él estuvísteis enlazada primero por vínculos carnales y luego por el de la caridad, que es mas fuerte porque es mejor que aquellos; en cuanto á vos, que con él y bajo su direccion habeis largo tiempo servido á Dios, pensad que Dios le guarda en su seno, para devolvéroslo cuando llegado el supremo dia resuene la pavorosa trompeta del Arcángel. Acordaos de él en el Señor, y acordaos tambien de mí. »

Veinte años después depositaron las Religiosas del *Paracleto* los restos de Heloisa al lado de los de Abelardo, y escribieron en el registro conventual estas sencillas palabras: « Año de 1162 á 16 de Mayo: Nuestra pri- » mera Madre en la Religion, la Abadesa Heloisa, ilustre por su piedad » y por su ciencia, ha pasado al Señor por efecto de una muerte que su » vida nos permite llamar dichosa. »

Durante cinco siglos permanecieron tranquilamente en sus tumbas las cenizas de ambos esposos, hasta que, vendido como propiedad nacional el Paracleto en 1792, comprólas la villa inmediata de Nogent-sur-Seine, de cuyo poder pasaron luego al Museo del Louvre, y su sala de Monumentos franceses, para terminar en fin su peregrinacion en el cementerio del Padre Lachaise, donde hoy figuran, y se ven por desconocidas, pero sin duda enamoradas manos, constantemente de flores coronadas.

G. DUFAYL.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

LUCRECIA.

No examinaremos aquí si la antigua leyenda de Lucrecia es histórica ó fabulosa, un hecho ó un mito ; no investigaremos si Lucrecia por Sexto violada, es ó no la Libertad de Roma violada por Tarquino. La leyenda es poética, interesante su heroina : tomemos, pues, la una y la otra tales como nos las trasmitió el Paduano Tito Livio.

Cuando Tarquino *el Soberbio*, ó el Insolente, subió al trono de Roma, habíanle ya ocupado seis Monarcas, á saber : Rómulo el bandido, Numa el filósofo, Tulio el justiciero, el marcial Anco, el Etrusco Tarquino Prisco, y el esclavo Servio.

Procedente de Grecia, y pasando por la Etruria, aparece en Roma la familia de los *Tarquinos* durante el reinado de Anco Marcio. Demarato, tronco de aquel linage, que desterrado de Corinto se refugió en Tarquinia, enlazóse allí con una dama llamada *Tanaquila*, docta en augurios, ciencia esencialmente etrusca, y hubo en ella dos hijos. Al primogénito llámale Tito Livio *Lucumon*, confundiendo la dignidad con el apellido, ó

mas bien con un nombre propio, porque en aquella primitiva época cada cual llevaba el suyo y muy pocos el de sus ascendientes.

Lucumon Tarquino, pues, significa el Patricio Tarquino, haciéndonos ver que entonces, como ahora, el primogénito era quien llevaba el título en las familias aristocráticas; su menor hermano llamóse simplemente Aruns, y murió muy jóven.

En realidad el apellido mismo de la familia no fué en su orígen mas que un apodo personal; pues los Romanos llamaron *Tarquino* al hijo de *Demarato* porque era de Tarquinia procedente, como luego le dieron el sobrenombre de *Prisco*, que vale tanto como el antiguo ó primero, para distinguirle de su descendiente el *soberbio*, que es de quien vamos exclusivamente á tratar ahora. Antes, sin embargo, habremos de decir dos palabras en cuanto á la manera con que el cetro entró en la tal familia, asunto no extraño, ni mucho menos á nuestra leyenda de Lucrecia.

Entraba Lucumon en Roma por vez primera, juntamente con su esposa Tanaquila, en un carro que contenia todo el caudal de entrambos, y pasaban al pié del monte Janículo cuando un águila que en las nubes se cernia, dejándose caer como flechada sobre ellos, hizo presa en el *pileo*, ó gorra característica de su condicion libre, del viagero, volviendo á elevarse súbito, y súbito tambien, como si para ello tuviera de los dioses especial mision, tornando á ponerle en la cabeza de Tarquino.

— La corona te anuncia este fausto agüero, » le dijo entonces al oido la sabia Tanaquila; y en efecto, Lucumon por Anco Marcio nombrado tutor de sus hijos, muerto aquel Monarca mandólos á caza cierto dia, y convocando en su ausencia los Comicios hízose por ellos elegir Rey de Roma, adoptando además por suyo y como para consumar la usurpacion al hijo de una prisionera de guerra ó mas bien de una esclava, que en los barbaros tiempos á que nos referimos sinónimas eran las voces é idénticas las condiciones. Briseida no fué mas que la esclava de Aquiles, como Andrómaca la de Pirro.

Inevitable era que los hijos de Anco Marcio procurasen é intentaran vengarse de Tarquino que no contento con usurparles el paterno trono, llamaba además á él á un extrangero, á un siervo en resúmen.... ¿Porqué

así ? Porque tambien para el extrangero siervo tuvo el hado prodigios de predestinacion.

Muy niño aun *Servio* (el esclavo), que tal era el nombre del que despues fué Rey, y durmiendo cierto dia en el palacio, viósele súbito con la frente coronada de una ardiente diadema de encendidas llamas: asombrados y temerosos los áulicos y servidores comenzaron unos á dar voces, y otros con agua se preparaban ya para apagar el sobrenatural incendio, cuando acudiendo Tanaquila no solo se opuso al sacrílego intento, sino que, diciendo á su esposo : « Altos destinos esperan á este » niño ! » determinóle á que con ella le adoptase por heredero.

Tales fueron los pretextos de que se valió la política de Tarquino Prisco, para la adopcion del esclavo Servio, y las razones que motivaron de parte de los hijos de Anco Marcio, una conspiracion en la cual veremos retratado muy al vivo el agreste incivilizado carácter de su época.

Ganados por los desposeidos príncipes, dos pastores, armados el uno de un hacha, y de una azada el otro, traban entre sí una acalorada pendencia en el patio del real palacio. — ¡ Qué palacio aquel en que dos rústicos pueden penetrar libremente con los instrumentos agrícolas en la mano ! — En medio de su contienda los dos apelan en altas voces al Rey, quien saliendo de su cuarto comienza á informarse de la causa de aquella riña, y para enterarse bien de ella, primero les impone silencio á los dos contendientes, luego les ordena que hablen cada cual por su torno. Toma en consecuencia la palabra el de la azada, y mientras el Monarca le escucha atentamente, el del hacha le descarga con ella un tremebundo golpe sobre la cabeza, y dejando el arma en la herida, huye con su cómplice del palacio.

Mas su crímen mismo apartó del trono á los que lo tramaron. Servio, como la ardiente auréola lo habia presagiado, sucedió á Tarquino Prisco, para morir á su vez como habian muerto Numa, y Anco Marcio el mas popular de los Reyes del primer período de la historia de Roma.

Tarquino Prisco dejó dos hijos ó dos nietos, no se sabe á punto fijo si lo uno ó lo otro : pero hijos ó nietos, ambos fueron suplantados por Servio Tulio, como los hijos de Anco lo habian sido por su padre ó por su abuelo. Servio, mas político ó menos exclusivo que su antecesor, casó con sus dos

hijas, *las dos Tulias*, á los desheredados príncipes, cuyos nombres eran Lucio y Aruns. Este, poco ambicioso, era de afable y pacífico carácter; Lucio, por el contrario, codicioso de poder y riquezas, capaz de todo en el mundo por conquistar uno y otro. Capricho ó cálculo, la suerte quiso que las dos Tulias fueran entre sí tan desemejantes, como los hijos del Prisco: ambiciosa y capaz de todo la una, la otra afable y buena: pero casáronse cada cual con el hombre á sus inclinaciones menos conforme.

A Tarquino el pacífico, tocóle en suerte Tulia la soberbia. A Tulia la bondadosa, Tarquino el insolente.

Pasaron los años, y con ellos iba Servio envejeciendo, mas no se moria, con gran dolor de la soberbia Tulia, no menos mortificada por la tenacidad de la vida de su padre, que por la indiferencia apática con que miraba su esposo el trono. Tarquino el soberbio, sin embargo, no aguardaba con menos impaciencia que su ambiciosa cuñada, la hora del poder y de la riqueza.

Pronto, aunque apartados el uno del otro, se comprendieron aquellos dos perversos corazones: uniólos primero un amor á un tiempo adúltero é incestuoso, y un crímen coronó dignamente la obra que en el vicio criminal comenzara. El pacífico Aruns y la dulce Tulia dejaron de existir simultáneamente casi, y los dos soberbios Tarquino y Tulia desposáronse luego. Sin osar oponerse á ellos, Servio veia y toleraba tales crímenes, tan sacrílega union: pero obstinábase siempre en vivir, que era precisamente lo que ni á su hija ni á su yerno convenia.

Lucio, pues, ya cansado de esperar, penetra un dia en el Senado, con una tropa de jóvenes libertinos sus amigos y cómplices, y curándose poco del resto de la asamblea, toma asiento en el trono del anciano Monarca. Advertido este de tal escándalo corre al Senado y desde el vestíbulo exclama:

— ¿Qué es eso, Tarquino? ¿Qué audacia es la tuya, para osar viviendo yo, sentarte en mi trono?

Lucio Tarquinio entonces, comprendiendo que es llegada la hora de la suprema desesperada lucha, y que si retrocede un solo paso, es hombre para siempre perdido, sale apresuradamente al encuentro de Servio, le-

vántale en sus brazos á cuanta altura puede, y luego le arroja con fuerza al pié de la escalinata del palacio del Senado, con lo cual y creyendo consumado el crímen, vuelve á entrar tranquilamente en la asamblea para presidirla.

Servio no obstante aun vivia, y levantándose con ayuda de algunos fieles servidores, habíase puesto en camino para su palacio, concitando al paso en su favor al pueblo á quien mostraba las sangrientas llagas que todo su cuerpo cubrian : pero no faltando quien diera inmediatamente aviso á Tarquino de lo que pasaba, el usurpador mandó una tropa de asesinos que alcanzando al Rey le dieron alevosa muerte en lo alto de la via ó calle *Cypria*. Pocos momentos despues de consumado el crímen, un estrepitoso clamoreo en el Foro llama la atencion de Tarquino, que acude presuroso á inquirir la causa. No tarda mucho en distinguir la voz de su esposa, y al cabo preséntasele en efecto la hija del asesinado Servio, en un carro triunfal, gritándole :

« ¡Salve, Tarquino, Rey de Roma! »

Horrible fué el efecto que en la multitud produjo el cruel cinismo de aquella desnaturalizada hija, felicitando públicamente al asesino de su padre; tan horrible, que Tarquino mismo echándolo fácilmente de ver, bajó del Capitolio para obtener de ella, no sin trabajo, que á su hogar se retirase y le dejara á él terminar la comenzada obra.

Condescendiendo al cabo Tulia con los deseos de su digno marido, mandó á su auriga que se encaminara directamente al palacio : mas como para hacerlo así le fué preciso pasar por la Via Cypria, al llegar en ella cerca del altar de Diana, donde hay que girar á la derecha para bajar primero á la cuesta Urbia, y subir luego al cerro Esquilino, detuvo súbitamente el cochero los caballos, y pálido y trémulo mostró á su señora el cadáver de Servio que allí abandonado le estorbaba el paso.

¿Detúvose la esposa de Tarquino? — No : la infame parricida arrebatando riendas y látigo de manos del aterrado esclavo, lanzó los caballos á la carrera obligándolos á hollar con planta y ruedas el cadáver del mismo que en mal hora la engendrara, y curándose poco de la sangre que, brotando de las paternas venas por el peso del carro rotas y comprimidas, le salpicó el pecho y hasta el rostro.

MCD 2022-L5

De entonces mas, se llamó con razon sobrada aquella calle la *Via Scelerata*, ó de la infamia, y de la impiedad, y del crímen.

Tarquino en tanto se habia del trono apoderado.

Como de él habíamos de tratar, forzoso nos ha sido explicar cómo empezó su reinado, pues solo así puede comprenderse bien porqué tuvo el fin que veremos.

Terrible intróito fué el de Tarquino, cuyo primer acto de soberanía fué negarle hasta los honores de la sepultura á su víctima, pretextando para mayor escarnio que en eso le trataba como á *Rómulo* se habia tratado, esto es, como á un dios, no como á un hombre.

No pudiendo contar con el pueblo, que le abominaba, rodeóse de soldados mercenarios.

Queriendo matar y proscribir á su capricho, instituyóse único juez, hasta sin consejeros, en toda causa capital; y como al proscribir y sentenciar daba la preferencia á las mas altas cabezas, pronto el Senado, merced al verdugo que le cercenaba los miembros, y al Rey que se guardaba muy bien de reemplazarlos, vióse reducido en mas de un tercio en cuanto al número, al silencio y el mas servil temor en el espíritu.

Tarquino entonces, dejando hasta de consultar pro-forma como otras veces, al mudo inútil fantasma que á sus piés se arrastraba, comenzó á gobernar solo desde el fondo de su palacio resolviendo soberanamente de paz y guerra, de tratados y alianzas, de leyes y de vidas. Hubo un momento en que pudiera creerse que no solo el Senado, sino el pueblo mismo habia cesado de existir en Roma.

Apresurémonos, porque nos falta espacio para decirlo todo, á poner en escena á *Sexto*, el menor de los tres hijos de Tarquino, y cuyo nombre tiene una celebridad á la de Eróstrato muy parecida.

Estaba el Rey entonces en guerra con los *Gabios*, ciudad latina; y como sus armas no prosperasen en aquella lucha, propúsole Sexto una estratagema á que prontamente se prestó Tarquino. — Inmediatamente huye el Príncipe de Roma y refúgiase en Gabio, como de los rigores de su padre huyendo: acógenle generosos los Gabienses, le admiten en sus consejos,

le confían primero algunas tropas con las cuales Sexto vence siempre á los Romanos, que tienen probablemente la órden de dejarse vencer; en fin los confiados Latinos entregan al cauteloso jóven el mando de todo su ejército y con él la autoridad suprema. Llegadas las cosas á tal punto Sexto envía á preguntar á su padre qué es lo que debe hacer, por medio de un mensagero; mas Tarquino en vez de contestar por escrito ó de palabra, toma consigo al nuncio de su hijo, le lleva á un jardin, y allí delante de él, con su propio báculo, abate las mas altas de las cabezas de adormidera que eran de todas las plantas tambien las mas altas.

« Dile á mi hijo lo que has visto : no tengo otra respuesta que darle, » concluyó el Rey despidiendo al mensagero.

Fiel é inteligente intérprete del apólogo tarquinio, Sexto segó tan sin misericordia las cabezas de los mas eminentes Gabienses, como su padre habia con el báculo abatido las de adormideras; y la ciudad de Gabio sucumbió entonces.

Como Roma vivia exclusivamente de la guerra, iba Tarquino á emprenderla contra los Rútulos cuando un presagio le detuvo. ¿ Tarquino temeroso de agüeros? ¿Porqué no? Un presagio habia predicho el engrandecimiento de su linage : bien podia otro anunciar su ruina.

Fué, pues, el caso, que de una de las columnas en que el palacio estribaba, salió inopinadamente una serpiente, sin embargo de ser el pilar macizo, y con la circunstancia de no haber quedado en él ni rastro del agujero indispensable para que el fatídico reptil de su centro saliera.

Tan grave le pareció el negocio á Tarquino que no satisfecho con el parecer de los Adivinos Etruscos, sus habituales consultores en tales materias, quiso que sus dos hijos mayores Aruns y Tito, fuesen á consultar el oráculo de Delfos, juntamente con su sobrino Lucio Junio Bruto. Porque el primero, el grande, el glorioso tronco del linage de los Brutos, nació hijo de Tarquinia, hermana del Soberbio.

Lucio Junio que desde sus primeros años estaba viendo sucumbir á cuantos en Roma se distinguian por su cuna, su riqueza, ó su elevado espíritu, tuvo ingenio y fuerza de voluntad suficientes para ponerse á cubierto de la ferocidad del tirano, sin embargo de su alto nacimiento, de su caudal y de su alma incomparable. Fingióse, en efecto, el loco, ó para

decir la verdad, estúpido, con tal perfeccion ó perseverancia que nadie ni en la ciudad ni en la corte le llamaba mas que *Brutus*, esto es, el *idiota*, el *bruto* como decimos en castellano. — Así pues al elegirle para acompañar á sus hijos hízolo no por consideracion al elegido, sino para que los Príncipes tuviesen solaz y entretenimiento en su larga jornada por tierras y mares para ellos desconocidos.

Segun el rito y costumbre establecidos entonces proveyéronse los peregrinos todos de dones que ofrecer al oráculo, ó mas bien á los sacerdotes que hablar le hacian : pero mientras los dos Príncipes se proveian de trípodes y bandejas de bronce, Bruto se contentaba con llevar un baston de cerezo silvestre por su propia mano cortado. Verdad es que en secreto abrió un taladro en toda la longitud del palo, y llenó de oro el hueco, haciendo de su baston el símbolo de su ilustre espíritu, por groseras formas encubierto.

Llegados á Delfos los tres mancebos ofrecieron sus dones respectivamente al oráculo é interrogáronle después al tenor de lo que Tarquino les habia prescrito, sin que la historia nos diga ni lo que preguntaron ni lo que les fué respondido. Refiérenos en cambio que, curiosos de su propia suerte los regios mensageros, y preguntándole al oráculo á quién de ellos cabria en suerte el *poder soberano*, respondióles de esta manera :

« Al primero de vosotros que besare á su madre. »

Con esto regresó la embajada á Roma, y precisamente al pisar los límites de su naciente imperio, tropezando Bruto en una piedra, cayó ó dejóse caer, aprovechando la ocasion de besar antes que ninguno el suelo de la patria su madre comun ; porque solo él, *Bruto*, habia penetrado el misterioso sentido de la respuesta del Númen.

Favorable, en suma, debió de mostrarse el oráculo á Tarquino pues que al regreso de sus dos hijos mayores emprendió inmediatamente la guerra contra los Rútulos, asediándolos en la ciudad de Ardea. Mas como la plaza era fuerte, y el campo mandado por los Príncipes mas era teatro de orgías que de belicosa actividad, hízose crónico el sitio, como fácilmente se colige de los antecedentes.

Cenaban cierta noche en la tienda de Sexto, sus hermanos y los demás guerreros de cuenta del ejército, entre los cuales *Colatino*, así llamado por haber sido su padre, Egenio, gobernador en otro tiempo de la ciudad y territorio de *Colacia* en el país latino; y recayendo la conversacion sobre el mérito de sus respectivas esposas, cada cual como de razon sostuvo la superioridad de la propia, degenerando pronto la discusion en acalorada disputa.

« ¡Por Jupiter! — exclamo Colatino — ¿A qué tanto hablar? Jóvenes somos y vigorosos; á muy contadas leguas estamos de Roma: montemos pues á caballo en el instante, y presentándonos de improviso en nuestras casas, veamos en qué se ocupa la muger de cada uno. La que mas honradamente lo haga, esa merece la palma!

— ¡Partamos! — gritaron á uno todos aquellos jóvenes; y una hora después estaban en Roma.

Unos encontraron á sus mugeres bailando, otros adornándose, este cantando, el otro ociosa: ninguno en lo que vulgarmente se llama malos pasos. Llenos de gozo los Príncipes reclamaban ya el premio para sus consortes, cuando Colatino les dijo:

— Poco á poco: vuestras esposas no hacen nada malo: pero veamos antes de fallar el pleito lo que hace Lucrecia. »

No hubo medio de negarse: la alegre tropa montando de nuevo á caballo, galopó en efecto hasta *Colacia*, y aunque allá llegaron ya muy adelantada la noche, encontraron á Lucrecia en medio de sus criadas, hilando con ellas la lana destinada á tejer los vestidos de su esposo.

Lucrecia pues fué con justicia reconocida y aclamada unánimemente como la mas bella y la mas virtuosa de las romanas Princesas; y ella por su parte gozosa con la inesperada vuelta de un marido á quien tiernamente amaba, no solo se mostró con él castamente enamorada, sino con sus compañeros amable y hospitalaria instándoles á restaurar las fuerzas en improvisado banquete. A las cuatro de la mañana la alegre tropa volvió á montar á caballo regresando al campamento: pero desdichadamente la belleza de Lucrecia habia encendido la mas impúdica violenta llama en el pecho de Sexto, el digno Benjamin de Tarquino el Soberbio, el que

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

tan bien descifraba los apólogos paternos, y tan hábilmente cortaba las cabezas de sus mas fieles servidores.

Una noche Sexto, sin mas compañía que la de un esclavo, y ocultándose de todos, deja los reales, cabalga la vuelta de Colacia en alas del deseo, preséntase en casa de Lucrecia como quien lleva nuevas del amado esposo, y es por la ilustre sencilla matrona recibido como cumple al hijo predilecto del Rey, al pariente, y al amigo, con la mas cordial hospitalidad.

Durante la cena el pérfido mancebo conserva intacta su máscara; ni una palabra de amor, ni una mirada de deseo le hacen traicion. Llega la hora del reposo y Sexto ocupa tranquilamente el cuarto á los huéspedes destinado: pero así que calcula que ya todos en la casa están en el primer sueño sepultados, salta del lecho, viste una ligera túnica, toma su espada debajo del brazo, y con cautelosa planta llega á la estancia de Lucrecia, que la confianza en su virtud, y la fe en las leyes de la hospitalidad, la han hecho dejar franca á los designios del traidor infame.

Dormia la hermosa y casta matrona, bajo el seguro de su inocencia, medio desnuda: Sexto profana, para empezar su crimen, aquel generoso pecho con el contacto de su impura mano; y la esposa de Colatino, despertando despavorida, puede apenas creer á sus ojos que la incierta luz de la nocturna lámpara le muestran un hombre de pié á la cabecera de su cama. ¿Sueña, ó es en efecto su huésped, el hijo de Tarquino el que está viendo? Quiere hablar, y la voz se niega á servirla: Sexto anticipándose á un nuevo esfuerzo y témeroso de que su víctima pida socorro, prorumpe diciendo en ronco acento:

— Silencio, Lucrecia: Sexto Tarquino soy; si lanzas un grito, si profieres una palabra, eres muerta! »

Quiere Lucrecia incorporarse: pero la punta de la espada del villano se lo estorba; y Sexto prosigue:

— Escucha: yo te amo; sé que eres casta; sé que me resistirás; sé que prefieres morir á rendirte; mas con todo eso, óyeme. No es la muerte sola la que te amenaza, sino la deshonra: si te me resistes y me veo obligado á matarte, mato en seguida al mas jóven y bello de tus esclavos, pongo su desnudo cadáver en tus brazos, y digo que habiéndote con

él sorprendido en adulterio, os castigué á emtrambos con la muerte vengando el honor de Colatino, mi primo y mi amigo. »

En vano Lucrecia ruega, implora, discute, se revuelve desesperada en el infernal férreo lazo en que ha caido : Sexto, inexorable como la Fatalidad, le hace ver siempre y con evidencia que resistirse es morir ; morir, quedar para siempre deshonrada.

Triunfó la iniquidad por el momento : Lucrecia ha cedido, si bien resuelta á ser en su desdicha ejemplo de virtud á los futuros siglos ; y el infame forzador deja al rayar el alba el tálamo á que la mas brutal y villana de las violencias pudo sola darle acceso.

En pos de Sexto despacha Lucrecia dos mensageros, uno á Roma en busca de su padre ; otro al campamento de Ardea llamando á su marido ; á entrambos previene que cada cual lleve en su compañía un amigo de confianza.

Con Lucrecio en efecto llegó á Colacia Publio Valerio, hijo de Voleso ; con Colatino, Lucio Junio Bruto que por casualidad estaba con él cuando recibió el mensage. Casualidades como aquella, los dioses las ordenan.

Lucrecio y Publio Valerio llegaron antes que Colatino y Bruto, mas conforme á lo que Lucrecia tenia ordenado, nadie la vió hasta que ya juntos los cuatro, fueron en su estancia simultáneamente introducidos.

Al contemplarla pálida y llorosa, Colatino alarmado, acércasele y tendiendo la mano le dice :

— Estás bien, supongo.

— No, contesta Lucrecia, no. ¿ Qué bien cabe en muger que ha perdido su honra ? Colatino : la huella del cuerpo de un extraño infama tu tálamo : pero si mi cuerpo está mancillado, mi alma es pura, como lo probará mi muerte !

— ¡ Tu muerte !

— Sí ; mi muerte : pero dadme vuestra palabra, empeñadme vuestra honra, en fe de que no quedará impune el infame adúltero. »

Los cuatro atónitos oyentes tendieron á un tiempo enérgicamente las diestras en señal de juramento.

— Pues bien, — prosiguió diciendo Lucrecia; — Sexto Tarquino es quien ocultando el enemigo bajo la máscara del huésped, ha penetrado la noche última en mi hogar, en mi estancia, en mi lecho, en busca de placeres que no le serán menos funestos que á mi propia, si es que vosotros en realidad sois hombres! »

Padre y marido, amigo y pariente, todos renovaron en el acto la solemne promesa de vengarla: pero todos tambien con generosa emulacion afanáronse en consolar aquel generoso inconsolable dolor, haciendo ver que la culpa toda era de Sexto, insistiendo en que Lucrecia era simplemente la víctima mientras que aquel el asesino; y esforzándose en probar que no hay flaqueza donde el corazon no ha consentido en ella, donde la violencia irresistible lo hizo todo, y donde en fin la infamia cae exclusivamente sobre quien abusó brutalmente de la fuerza. Suplicas y argumentos, consuelos y raciocinios, fueron inútiles contra la enérgica resolucion de Lucrecia.

— Puesto, les dijo á los que la escuchaban, que en él encontrais la culpa, ved cómo le castigais cumplidamente. En cuanto á mí, si del delito me absuelvo, no quiero eximirme del castigo, ni que haya en lo futuro muger que para sobrevivir á su deshonra, se autorice con el egemplo de Lucrecia. !

Acabando apenas de pronunciar estas palabras, y sin que á estorbarlo alcanzase la amante desesperada prisa de su esposo y de su padre, clavóse la heroina en el corazon un puñal que bajo el manto tenia oculto.

Lanzaron Colatino y Lucrecio un grito desgarrador de agonía: ella un solo suspiro; porque el hierro le habia partido el corazon por medio. ¡Con tan segura mano supo herirse!

Inmóviles, mudos, sin fuerza, aniquilados por el dolor, y apoyándose el uno en el otro, contemplan padre y esposo, arrasados en amargo llanto los ojos, el bello y ya inanimado cuerpo de la que fué su hija y consorte; y en tanto Lucio Junio, el loco, el idiota, el bruto, arrojando por vez primera de su vida la máscara de su supuesta demencia, acércase al

heróico cadáver, arranca de él sangriento el puñal que acaba de terminar la vida de Lucrecia, y erguida la cabeza, y destellando genio en la mirada exclama :

— Juro por esta sangre tan noble antes del villano atentado que la hizo correr, y tomo por testigos de mi juramento á los mas altos Dioses ; Juro perseguir con el hierro y con el fuego y por cuantos medios pueda á Tarquino el Soberbio, á Tulia su fatal esposa, y á toda su posteridad ; y juro no tolerar, mientras yo viva, que ni ellos, ni otros reinen nunca en Roma !

Y concluyendo de hablar Lucio Junio, brinda con el sanguiento acero á Colatino y Lucrecio, que contemplan atónitos al idiota á quien hasta entonces no oyeron nunca dos palabras sensatas, una después de otra, y á quien sin darse crédito á sí propios escuchaban entonces racional, sublime y terrible.

— Jurad ! clama Bruto sin curarse de su asombro ; jurad ! »

Y los antes reputados por cuerdos, ceden al irresistible ascendiente del supuesto loco, cuyo genio comienza á revelarse ; y juran como él ; y juran repitiendo literalmente sus palabras.

Desde aquel momento Bruto lo dirije todo ; Bruto se ha constituido en jefe y cabeza ; y los demás sienten que está en su derecho, y le obedecen sumisos.

Puesto sobre unas andas el cadáver de Lucrecia es inmediatamente trasportado por disposicion de Bruto al foro de Colacia. La novedad del trágico espectáculo atrae pronto la muchedumbre ; la vista de la sangre que cubre á la hermosa víctima de su honra, mueve los corazones á lástima ; los lamentos del padre y del esposo desgarran las almas ; el relato del crímen infame de Sexto enciende, en fin, la ira popular, que con voz estridente clama tonante: ¡ A las armas ! ¡ á las armas !

Antes de pasada una hora ya quinientos mancebos armados y valerosos rodean el cadáver, blandiendo los aceros : la mitad de ellos queda en custodia de la ciudad, y para impedir que la nueva de la insurreccion no llegue á los oidos de Tarquino ; la otra mitad marcha á las órdenes de Bruto sobre Roma.

En el primer momento alarmáronse los Romanos imaginándose víctimas de una sorpresa enemiga; mas pronto viendo al frente de la inesperada hueste á los mas nobles ciudadanos de Colacia y aun de Roma misma, dijéronse que hombres de tal importancia ni obran sin causa, ni deben dejar de ser, cuando menos, oidos.

Lucrecio entonces refiere el crímen, no escuchado en Roma con menos indignacion que en Colacia; un heraldo convoca al pueblo, y Bruto es quien de arengarle se encarga.

El asombro fué inmenso, el entusiasmo tocó en sus últimos límites, apoderándose de la multitud la idea de que Júpiter obraba en su favor un prodigio, volviéndole á un loco la razon expresantemente para que al tirano maldijese.

La asamblea pronuncia en el acto la destitucion de Tarquino, el destierro de sus hijos, el de la infame Tulia, que llena de pavor huye atravesando las calles de Roma en medio de las imprecaciones de hombres y mugeres, que unánimes consagran la hija parricida á las furias vengadoras.

Mientras, Bruto, armando la juventud marcha sobre el campamento, con el propósito de sublevar las tropas que lo componen: pero á su vez Tarquino, advertido ya de la insurreccion, habíase puesto en marcha sobre Roma al frente de una pequeña parte del ejército. Bruto, avisado á tiempo de aquel movimiento, dejó al Rey pasar tranquilamente, y prosiguiendo su marcha hasta los reales fué en ellos acogido con gritos de alegría.

Tarquino, pues, abandonado hasta por sus propios mercenarios tuvo que refugiarse á la Etruria, donde fueron á reunirse con él sus dos hijos mayores, Aruns y Tito. Por lo que hace á Sexto, ocasion de la catástrofe de toda su familia, imaginándose Soberano de Gabio, creyó encontrar refugio en aquella ciudad, pero al verle llegar fugitivo, la memoria de sus rapiñas y matanzas encendió los corazones de los ciudadanos que, haciéndose instrumentos de la justicia de los dioses, inmolaron en su rebelion, al que todo lo habia inmolado á sus feroces pasiones.

— Lucio Tarquino el Soberbio reinó veinticinco años; y Roma al expulsarlo y suprimir la monarquía, conformándose á un proyecto de

Servio Tulio creó dos Cónsules, cargo que obtuvieron por vez primera Lucio Junio Bruto, y Lucio Tarquinio Colatino, realizándose así la prediccion del oráculo de que el poder soberano le tocaria en suerte al primero de los tres jóvenes que le interrogaban, que besara á su madre.

Tal es la leyenda de Lucrecia, que tuvo lugar, segun Tito Livio, el año doscientos cuarenta y cuatro de la fundacion de Roma.

ALEJANDRO DUMAS.

G. Staal

Imp. F. Chardon aîné, 30 r. Hautefeuille, Paris

W. H. Mote

MCD 2022-L5

MARIA TERESA DE AUSTRIA

No se ocultaba á la penetracion de María Teresa cuán indispensable es á la historia la poesía. ¿Quién recordara, en efecto, la guerra de Troya á no ser por Homero? ¿Qué fuera de la gloria de Augusto sin Horacio y sin Virgilio? ¿Quedara recuerdo de Leon X si la poesía de Rafael no le inmortalizase? A la verdad que no se diera importancia alguna al paso del Rin por Luis XIV, sin los versos de Boileau; lo cual prueba que la poesía, aun tan prosáica como la de Boileau, tiene mas voz que la historia. Por eso María Teresa lo que mas estimaba en la herencia de su padre era á Metastasio, poeta que habiendo comenzado su vida en la pobreza, y corrido las calles de Roma improvisando versos para ganar á un tiempo el pan cotidiano y el laurel del Taso, no podia menos de comprender simpáticamente á la jóven Emperatriz sin imperio. Y sin embargo engañóse María Teresa en su entusiasmo por un poeta que, incapaz de la corona de los inspirados vates, fué completamente inútil á la fama de su ilustre protectora. Quizás si la imágen de María Teresa brilla hoy menos que otra en la galería de las mas célebres Soberanas, consista en que Me-

tastasio á su vez está muy lejos de ser comparable á Taso ó á Shakespeare.

¿Qué vida, sin embargo, qué carácter mas poéticamente guerrero que el de aquella Princesa nacida para reinar, y que desde sus primeros años lucha con la Europa entera, para conquistar el trono que le pertenece y se le disputa?

A la muerte de su padre dijérase que el cielo la abandonaba, viendo que hasta sus propios hijos le faltaban. En vano á fuerza de amor quiso infundirle la grandeza de su alma á su esposo: Francisco, Duque de Lorena, era un hombre que nunca supo elevarse á mas altura que la de un buen marido; y que reconociéndolo solia decir cándidamente: « La corte » se compone de la Emperatriz y de mis hijos: yo no soy aquí mas que » un simple particular. »

Tres *Carnavales* fueron los célebres durante el siglo XVIII: el de Venecia, el de Viena, y el del Palais-Royal de París: mas el último vióse por los filósofos desnaturalizado, mientras que el primero pecaba ya de viejo, por manera que el verdadero carnaval, donde habia que ir á buscarlo era en Viena, en las alamedas del *Prater*, en los cantos y danzas de los amenos *Ridotos* (1) de las márgenes del Danubio, y hasta en el palacio de los Césares, donde el amor, innovando audaz las costumbres bajo el tierno disfraz de un sentimentalismo que mas tarde habia de ser el matador de Werther, tenia establecida una alegre cátedra de igualdad social.

Ya entonces, como de una época mas reciente nos lo dice Mme Staël, « No querian los Soberanos ser considerados en los placeres mas que » como simples particulares, reservando el uso de sus derechos solo para » cuando sus obligaciones desempeñaban. »

(1) El *Prater* es un paseo célebre de Viena, el clásico, por decirlo así, de aquella capital, como en Londres Hyde-Park, en París el Bois de Boulogne, en Madrid el Prado ó el Retiro, etc., etc. Con respecto á los *Ridotos*, que los Franceses llaman *Redoutes* como su italiano nombre lo está diciendo, son jardines públicos, de mas ó menos, pero siempre de *reducida* extension donde las gentes del pueblo, y las que se pretenden mas altas muchas veces, se reunen á solazarse con el canto y el baile, amen de mas nutritivas ó mas excitantes diversiones. En Alemania la aficion á la música y su cultivo son universales: todo el mundo canta, y no es para el extrangero lo menos curioso del viage, oir los magníficos coros que en los dias festivos improvisan los trabajadores y aun los labradores en los *Ridotos*, á donde acuden á olvidar algunas horas, cuánto sudor de su rostro les cuesta el escaso pan que con él ganan. *(N. del T.)*

A partir de Fernando III los Césares Germánicos, sin perjuicio de procurar siempre la realizacion de la ambiciosa divisa de las cinco vocales A. E. I. O. U. « *Austriæ est imperare orbi universo* (Al Austria el imperio del mundo entero), » mostráronse codiciosos además de aparecer tan doctos latinos como los profesores de sus universidades, mas diestros en los anagramas que su propio laureado poeta, y sobre todo superiores en el arte músico á sus maestros de capilla. Leopoldo I° quiso morir escuchando una cancion, cuyas notas eran suyas; José I° era muy docto en el contrapunto; y Carlos VI, en fin, padre de María Teresa, fué en sus tiempos el mayor melómano del universo, llegando á tal punto su pasion, mas efectiva que platónica, que con frecuencia dejaba el consejo áulico, para acudir al clave à corregir ó terminar las partituras de sus operas, cantadas luego en las grandes solemnidades por los Mariscales, los Gentiles-hombres de Cámara, y tal vez por los Príncipes y Princesas de la imperial familia misma. En ocasion del nacimiento de uno de sus hijos representóse en la corte un drama lírico titulado *Don Apostolo*, escrito por el libretista veneciano, Zeno, y puesto en música por la Sacra Cesárea Real Magestad en persona. El Emperador dirigia la orquesta, cuyos instrumentistas eran, como de razon, los mas altos personages de la corte; y en la escena la jóven María Teresa, cantaba con gentil desembarazo, y artísticamente depuesta la magestad, un papel mitológico de *prima Donna*. Tal vez fué entonces y en el momento en que ardientes aplausos exaltaban el triunfo del coronado Maestro, cuando dejándose arrebatar por el entusiasmo Fux, el viéjo maestro de capilla antecesor de Hoffman, exclamó con increible sencillez: — « ¡Qué lástima que Vuestra Mages» tad no sea Maestro de capilla! — Gracias, amigo Fux, le replicó el » Emperador; pero tengo que resignarme con mi suerte! »

¿Porqué no se atuvo siempre María Teresa á los fáciles goces de su juventud? ¡Cuántas veces la augusta actriz debió suspirar bajo el peso de la púrpura y el armiño de su manto imperial, por el ligero fantástico trage pagano que tan alegremente habia llevado! — Como mas tarde su hija, María Antonieta de Francia, quiso olvidar que era Reina representando en cierta ópera cómica de Sedaine el papel de labradora, complacíase María Teresa en retroceder con la imaginacion y resucitar en ella

aquellos felices años en que dejándose llevar por la corriente de la vida, curábase solo del ex-partito que le tocaba en suerte y de su casto amor á Francisco de Lorena, sin mas preocupacion que la de algunos dorados ensueños en que solian aparecérsele las magestuosas sombras de Isabel y de Blanca de Castilla.

La música, en la juventud su amiga, fué para ella en la edad madura un consuelo. ¡ Cuánto se deleitaba asistiendo á las lecciones en que Mancini enseñaba á sus hijas María Isabel y María Beatriz, las deliciosas cantatas de Pórpora ! ¡ Cómo se interesaba en los últimos cantos de la Faustina, á quien casi conoció al aparecer en la escena ! ¡ Cómo olvidaba, instantáneamente al menos, con el encanto de la armonía su pesada ordinaria tarea de guerras que dirigir, y tratados que hacer !

En 1672, Leopoldo Mozart, antes músico servidor del Conde de Thun, llegó á Viena con sus dos hijos, de los cuales el menor, era el predestinado inmortal autor del *Don Juan*, entonces niño de seis años de edad. Ya sin embargo su precoz talento en la música le hacia célebre : en las puertas de la ciudad tocando un minuet ablandaba las emperdenidas entrañas de los aduaneros ; y la corte quiso tambien admirar sus prodigios. Francisco 1°, en efecto, se digna salir al encuentro hasta su antecámara al niño extraordinario, y le lleva de la mano á la Emperatriz, quien á su vez le toma en brazos, sin que Wolfang Mozart muestre ni cortedad ni asombro. Al bajar de los brazos de la Emperatriz deslizóse el artista miniatura y cayó al suelo ; María Antonieta corre á levantarle y besarle al hacerlo cariñosamente. — « Gracias, Señora, dice el niño : sois muy » buena y quiriera casarme con vos — ¡ Casarte con ella ! exclama la » Emperatriz riéndose. ¿ Porqué ? — Para probarla lo agradecido que » estoy á su bondad ; » replica sereno el niño.

Suave pastoral escena que al cabo de un siglo no puede menos de conmovernos, si bien melancólicamente ; porque, en efecto, aquella Emperatriz murió contemplando con tristeza su despoblada casa, su maternal corazon solitario, su grandeza ni cabal ni segura ; aquella Archiduquesa, luego Reina, estaba predestinada á que la cuchilla del verdugo segara su hermosa cabeza que parecia entonces consagrada á cuanto la vida encierra de inocentes goces ; y el mismo extraordinario niño, en quien ya enton-

ces pudo preveerse el coloso de la armonía, murió luego á los treinta y cinco años de su edad, en extrema pobreza, en profunda soledad y cansado, si no de la rápida produccion de sus muchas obras maestras, sí de ver en torno de sí crecer y multiplicarse al infinito los implacables odios de la ignorancia y de la envidia. Mozart dejó de ser, precisamente al terminar aquel su magnífico religioso canto que involuntariamente repite nuestro espíritu al recordar á las augustas señoras con él tan hospitalarias en Viena : su última obra fué la *Misa de Requiem.*

El *Reposo* debió ser realmente la suprema aspiracion de María Teresa; el *Reposo,* bienaventuranza de los difuntos, como decia Lutero, envidiándolos al pasar por el cementerio de Worms : y el reposo no le fué dado, en efecto, á María Teresa, mas que en la tumba.

Dichosamente para ella, nunca temió, como Catalina II, el hundirse en el seno de la nada, porque no era bastante filósofa para orar en los libros de Voltaire, ó confiar, como Federico II de Prusia, la direccion de su conciencia á Holbach y Lamettrie. Sabiendo pues que morir en Dios es renacer á eterna vida, sacudiendo las áureas pero pesadas cadenas del reinar, María Teresa, en vez de afanarse como otros Soberanos en erigir magníficos palacios que, antes acaso de acabarse, han de serles inútiles, hizo edificar con piadosa solicitud la morada de granito en que su cuerpo debia descansar hasta el fin de los siglos.

« En el panteon de Capuchinos (nos dice Mme. Staël), lugar de la » sepultura de los Emperadores de Alemania, oyó misa María Teresa du- » rante treinta años consecutivos, al pié del sepulcro que para sí propia » habia hecho erigir al lado del de su esposo. Tanto sufrió la ilustre María » Teresa en los primeros años de su juventud, que el piadoso sentimiento » de la instabilidad de la vida nunca pudo borrarse de su espíritu, ni en » medio de su misma grandeza. Muchos egemplos se ven de seria y » constante devocion entre los Soberanos de la tierra : acaso porque » solamente á la muerte obedecen, su poder irresistible les parece mas » formidable que á otros. Entre nosotros y la tumba se interponen las » dificultades de la vida : mas para los Soberanos el camino es llano » hasta su fin, y este por lo mismo harto visible. »

Las fiestas nos hacen naturalmente meditar en la tumba. En todos

tiempos la poesía se complació en contrastar acercándolas esas imágenes; y la suerte es un terrible poeta que tambien con sobrada frecuencia las ha reunido.

El matrimonio de María Teresa, primera prueba de su fuerza de voluntad, pues que tuvo lugar mal que al Emperador le pesara, fué para el Austria un gran regocijo, tanto por ser matrimonio, cuanto porque, sin saberse porqué, se preveia que aquella union de la cual procedieron doce Príncipes nada menos, le daba sí marido, pero no dueño y señor á la Archiduquesa. Viena, pues, se entregaba al encanto de las nupciales fiestas, cuando murió el Príncipe Eugenio, como si la Providencia hubiera diferido llamar á sí al veterano campeon del Austria, hasta el momento en que el genio de María Teresa, desenvolviéndose, iba á crearle cien mil jóvenes defensores á su patria.

Impaciente estaba María Teresa de utilizar su instinto de gobierno, cuando la línea masculina de la casa de Hapsburgo, reinante cuatro siglos hacia, se extinguió al espirar Carlos VI el 20 de Octubre de 1720 á las dos de la madrugada. En virtud de la Pragmática Sancion recayó en las sienes de la Archiduquesa la imperial corona, cuyo peso en otros tiempos hizo mas de una vez inclinar á su arbitrio la balanza de los destinos humanos. El dia del fallecimiento del Emperador, María Teresa enferma, casi agonizante tambien, no pudo ni recibir la postrera bendicion de su padre: y sin embargo el dia siguiente, haciéndose superior á sus padecimientos, daba audiencia á los altos funcionarios, atendiendo solícita al desempeño de sus nuevos deberes. Firme su corazon supo así sobreponerse á las debilidades de su cuerpo enfermo; y queriendo probar desde el primer instante al Austria que podia contar con ella, comenzó demostrando en sí propia la soberanía de su voluntad.

¡Cuántos peligros y cuántos obstáculos en torno de aquella jóven Princesa de veintidos años, que la víspera aun se entregaba de lleno y sin previsiones á los gratos delirios de óperas y de máscaras! Cien mil florines era toda la suma que el tesoro imperial contenia; las tropas apenas llegaban á treinta mil hombres; y ya, segun nos dice el inglés Robinson, testigo ocular, ya los ministros veian á los Turcos en Hungría, á los Húngaros en rebelion, á los Sajones en Bohemia, á los Bávaros á las puertas

de Viena, y á la Francia excitándolos á todos. No se desalentó María Teresa, aunque los presagios eran funestos, pues las potencias europeas en general se mantenian en la actitud de la reserva, y á poco un enemigo inesperado se presentó á completar la desastrosa situacion del imperio.

Federico II que, acabando de subir al trono, ansiaba una ocasion en que acreditar que era preciso contarle muy de veras en el número de las testas coronadas, aprovechándose del estado del Austria, invadió súbito la Silesia. Quebrantó el Monarca prusiano la fe de los tratados : mas la fortuna se puso de su parte como pronto lo demostró la batalla de Molwitz.

María Teresa, teniendo de su parte el honor, la conciencia y su genio, desechó con indignacion cuantos expedientes le propuso Jorge II de Inglaterra para reconciliarla con la Prusia; y mas previsora, y con mas altas miras que sus ministros el visionario Staremberg, el inerte Kœnigsekh, el intrigante Zinzindorf, y el medianísimo Harach, permaneció heróicamente en su puesto y en defensa de una causa que parecia de todo punto desesperada. No se hacia ilusiones á la verdad en cuanto á los riesgos que la amenazaban, puesto que escribia á su madre política la Duquesa de Lorena : « No sé si me quedará una ciudad para dar á luz segura el » hijo que llevo en las entrañas. » Pero al propio tiempo decidia á los Húngaros á seguir su bandera, arrastrando en pos de sí todos los corazones en la Dieta de Presburgo. Dejemos hablar al historiador de la casa de Austria, William Coxe; porque para referir las austeras bellezas de la historia, necesítase reunir, como en luminosa antorcha, todos los testimonios de la tradicion :

« La Emperatriz, vestida de luto, pero á la moda húngara, llevando en las sienes la corona de San Estéban, y ceñida la espada regia, objetos ambos de gran veneracion para los pueblos de Hungría, apareció súbito en medio de la asamblea; y atravesando el salon con lento magestuoso paso, subió á la tribuna desde la cual acostumbraban los Soberanos á arengar á los Estados. Después de un breve silencio, pintó el Canciller lo triste de la situacion, encareciendo la necesidad de prontos auxilios; y en seguida tomó María Teresa la palabra, dirigiendo un enérgico discurso á la asamblea, en latin lengua casi vulgar en Hungría, y en la cual se redactan todos los acuerdos de la Dieta. — « El deplorable estado de nuestros ne-

» gocios, dijo, nos ha movido á recordar á nuestros caros y leales Estados » de Hungría, la reciente invasion del Austria y los riesgos á que este » reino se halla expuesto, invitándolos á buscar remedio á tan graves » males. La existencia misma del reino de Hungría, la de nuestros hijos, » la de nuestra propia persona se miran amenazadas. Abandonada por » todos nuestros aliados, solo confiamos en la fidelidad y favor de que » tantas pruebas nos tienen dadas los Húngaros en todos tiempos. En tan » extremado peligro, os exhortamos á vos, los Estados y Clases del reino, » á deliberar con urgencia sobre los medios mas ápropósito para asegurar » nuestra persona, nuestros hijos, nuestra corona, y á ponerlos desde » luego en práctica. En cuanto á Nos, pueden nuestros Fieles Estados y » Clases de la Hungría, contar con nuestra cooperacion, para todo aquello » que contribuya al restablecimiento de su pública felicidad y á devolver » á este reino su explendor antiguo. » — Aun no habia cesado de hablar la Emperatriz, y ya los Magnates, desnudando los sables, exclamaban entusiastas : « *Moriamur pro rege nostro Maria Theresia.* » (muramos por nuestro Rey María Teresa) ; votando al mismo tiempo los necesarios subsidios en hombres y dinero. Tambien los generosos Nobles aclamaron entonces, muy gratamente para su Soberana, co-regente de Hungría, al Duque de Lorena, esposo de la Emperatriz. María Teresa levantó despues en sus brazos al Archiduque que habia de ser un dia José II, para que el pueblo bendijese al hijo como á la madre habia bendecido. Tantas y tan sinceras muestras de simpatía, lograron al cabo que sobreponiéndose la naturaleza á la Magestad, prorumpiese la Emperatriz en tan tierno llanto, como pudiera si fuesen sus hermanos cuantos la rodeaban.

« Todo cambió de aspecto desde entonces : de las orillas del Sava y del Theiss á las del Drava y del Danubio, Cróatas, Esclavones y Panduros, volaron á alistarse valerosos y ardiendo en ira bajo el imperial estandarte. Mientras el Elector de Baviera ocupaba primero á Praga, y se hacia luego coronar Emperador en Francfort, los soldados de María Teresa invadian la Baviera misma. Las tropas húngaras amenazaban la Silesia ; Federico II tenia que abandonar la Moravia, y en la batalla de Chotusitz, el Austria se lavaba de la afrenta de Molwitz. Un año después, progresando de vic-

toria en victoria, haciase María Teresa coronar en Praga Reina de Bohemia; mas para llegar á tan importante resultado fuerza le fué reclutar su ejército, y contraer alianzas, no cómo y con quien quisiera, sino cómo y con quien pudo. Así se cuentan entre sus mejores capitanes al Coronel Mentzel y al Baron de Trenck, medio héroes y medio bandidos: mas para apreciar debidamente aquella campaña, atengámonos al juicio, que no se tachará ciertamente de parcial, de su mas encarnizado enemigo: « Para » recobrar la Bohemia (dice Federico), la firmeza de la Emperatriz ha » sido mas valerosa que la fuerza de sus armas. »

Todo favorecia á María Teresa, y los Franceses hallaban en Praga una imágen anticipada de la desastrosa retirada de 1812, gloriosamente compensada sin embargo por el Mariscal de Sajonia en Tournay, Rocoux y Fontenoy. Vencidas nos pocas dificultades diplomáticas firmóse un tratado en Aquisgran en virtud del cual recobró María Teresa los Paises Bajos, de que Luis XIV se habia apoderado, mas renunciando á las conquistas hechas en Italia, y por consiguiente á su grandeza. Desde entonces dedicóse durante siete años consecutivos á la administracion interior de sus Estados, durante los cuales y los nueve anteriores, como lo dice Federico II, « una muger realizó designios dignos de un grande hombre. » Acreciéronse, bajo su cetro, las rentas de la casa de Austria mas de lo que pudiera esperarse; la justicia se vió regularizada; disciplinado el ejército, y lo que es mas importante todavía, María Teresa aprendió á conocer á sus cortesanos, y á elegir sus consejeros. En 1756, llamó al ministerio al Conde de Kaunitz, « tan frívolo en sus gustos como en los negocios profundo, » para servirnos de la frase del Real historiador prusiano; y que era el hombre que habia menester á su lado para habérselas de nuevo con la Europa. El fin que Kaunitz se propuso fué humillar á la Prusia, « proponiéndose para conseguirlo, como lo dice muy bien William Coxe, el osado y casi extravagante de aliarse con la Francia; proyecto que tuvo la dicha de hacer comprender á María Teresa. » — « Informado de lo que en Versalles pasaba, nos dice Duclos, juzgó que Madame de Pompadour, aunque al parecer en su favor decadente, era sin embargo todavía el instrumento mas seguro para influir en la voluntad de Luis XV; y entrando con ella en negociaciones hízole lo que á él le convenia que

fuese, y lo que ella misma no hubiera osado pretender : dueña de la Francia. »

Pudo temer el Conde que la dignidad de la Emperatriz repugnase á entablar relaciones con la manceba del Monarca francés : mas á pesar de su devocion, María Teresa consintió en llamar á Juana Poisson, *su Princesa y su prima;* y como el ministro se excusara de haber exigido tal sacrificio, respondióle : « ¿No he adulado á Farinelli? » El tal Farinelli era un *soprano*, favorito y omnipotente en Madrid durante la no muy moral época de la Reina Doña Bárbara. Celebráronse pues secretas conferencias en *Babioles*, casa de campo de la Pompadour ; el abate de Bernis, enemigo del Rey de Prusia porque aquel Monarca se habia burlado de sus versos, se declaró por el Austria; y entre una muger de malas costumbres y un clérigo mal poeta, fraguóse en fin el tratado de Versalles, orígen y fundamento de la guerra de *siete años*.

Conocidos son los resultados de tan mezquinas intrigas útiles únicamente á la Emperatriz. *Rosbach* acrecentó para la monarquía de los Borbones la calamitosa lista de sus desastres en la historia antigua, famosos en Poitiers, Azincourt y Crecy. En suma el Austria hizo con la Francia un tratado leonino, cada dia mas caro á la última en todos conceptos, y que convirtió al nieto de Luis XIV, en una especie de humilde tributario de la hija de Carlos VI. — ¡Dónde estabas, oh Richelieu! — Todo lo que de tu nombre quedaba entonces era un Mariscal mas cortesano que soldado, mas libertino que político.

Y ahora ¿para qué hemos de seguir paso á paso á María Teresa en sus voluntarias degradaciones?

A la muerte de su marido hizo proclamar Emperador á José II, y durante quince años tuvo que contemplar melancólicamente, cómo una sociedad de filósofos iba surgiendo allí mismo donde fuera su propósito resucitar un mundo católico. — Un momento se habia lisongeado con la esperanza de que el enlace de su hija María Antonieta devolveria al Austria su antigua supremacía en Europa : mas pronto el ministerio de Maurepas disipó tales ilusiones; y á mayor abundamiento, ya por entonces empezaba el pueblo en Francia á ser mas que la corte el árbitro de los negocios públicos.

MCD 2022-L5

María Teresa, sin embargo, fué quien firmando con Federico II el tratado definitivo de Teschen, el 28 de Febrero de 1780, y restableciendo las antiguas afectuosas relaciones de su dinastía con Catalina II, terminó su reinado, cual lo comenzara, con actos de prudencia y prevision que aseguraron la tranquilidad del imperio. Podia, pues, ya dejar el mundo, y dejólo en efecto, muriendo con su corona de Emperatriz el 29 de Noviembre de 1780, á los sesenta y tres años de su edad, y cuarenta y uno de reinado.

No todas las hijas de María Teresa fueron en sus sentimientos y conducta dignas hermanas de la mártir María Antonieta. No : que Archiduquesa era tambien de Austria la Carolina de Nápoles, coronada Bacante, que, si como las de Lesbos no quiso precipitarse de la roca de Léucade, asistió con ávidos carniceros ojos, en compañía de su cómplice Emma Hamilton, al sacrificio de las generosas víctimas que, mártires de la libertad italiana, enrojecieron con su noble sangre las aguas del golfo proceloso. En aquel funesto dia secóse en el monte Posilipo el laurel de Virgilio ; y en las áridas rocas de Capria se estremeció de gozo la sombra de Tiberio ; porque Tiberio habia en fin hallado en Carolina una digna hermana.

Tuvo María Teresa su dia de ser bella : uno y no mas, pero al cabo fué bella tanto al ceñirse la imperial como la nupcial corona ; y fuélo al presentar magnánima su hijo en la Dieta húngara, y arrebatar con su presencia y palabras á la generosa nacion, tan dura é ingratamente por sus sucesores pagada. La hermosura de la Emperatriz era del género naturalmente magestuoso ; la grandeza estaba mas en su persona que en el trono que ocupaba ; y el porte de su cabeza pudiera pasar hasta por altanero, si lo afectuoso de su límpida mirada, no templara el exceso del nativo orgullo.

La inteligencia irradiaba sobre su frente ; en sus ojos, en su sonrisa, la mágica luz que gentiles y cristianos llamamos todos *gracia*. Ni la moda ni el estudio de agradar entraron nunca para nada en los atractivos de la Emperatriz, obra solo de la naturaleza. En los bailes pantomímicos mismos, y cuando en Venus ó Marfisa se disfrazaba, María Teresa era siempre ella misma.

Poco tuvo que hacer con ella su peluquero, porque rebelde el cabello se burlaba del peine, y nunca parecia mejor que cuando libremente le dejaba ondear sobre la espalda. Mas dar á luz dieciseis hijos, y tenerlos siempre en el seno, no se hace impunemente para la hermosura : María Teresa pues, perdió pronto la flexibilidad del talle y á mayor abundamiento las viruelas desfiguraron su rostro, completándose la catástrofe con una grave caida de un coche. ¿ Qué vino á quedar de la Doncella gentil, envidia un tiempo de las encantadoras del Danubio, y en las selvas húngaras digna de presidir á los juegos de los Elfos y de las Wilis ? Una cristiana matrona muy obesa, muy pesada, la piel destrozada, flacas las piernas, y apagados los ojos. Cuando murió, segun la etiqueta debian sus Gentiles-hombres haber conducido en hombros su cadáver : mas ella misma dejó dispuesto que se la trasladara al panteon en un carro, previendo sin duda que habian de faltarles fuerzas físicas á sus súbditos para llevar su cuerpo, como antes les faltaran las morales para comprender sus altos designios.

Poco nos importa hoy la ya desvanecida beldad de María Teresa que, para nosotros sin embargo, y gracias al talento de algunos pintores fieles retratistas, aparece en la actualidad todavía, mas grata de contemplar que imágen de muchos de aquellos de sus contemporáneos que se negaron á reconocer como hermosa á la Emperatriz en la primavera de su vida. Lo importante para nosotros, espectadores de la posteridad, es la moral belleza de la virtud que desafia los ultrages del tiempo ; y en esa, María Teresa progresó constantemente adquiriendo cada dia nuevos encantos que con la edad se acrecentaban. Asi pocos instantes antes de espirar, exclamaba con generosa entereza : « Si yo deseara la inmortalidad, seria » para consuelo y alivio de los infelices... » Y, en efecto, las limosnas y pensiones que de su bolsillo particular hacia no bajaban anualmente de la suma de ocho millones de reales ; tanto y tan constantemente se ocupaba en mejorar la suerte de los pobres. Ni la agricultura, « arte matriz » y fecundador de todas las demás artes, » como en cierta medalla de su órden acuñada lo hizo grabar, le mereció menos cuidados, antes por el contrario dedicóse con afan y fruto á tranquilizar los espíritus, agitados en aquella época, de los labradores, y á interesarlos en el cultivo, supri-

miendo la pesada carga del diezmo con que los abrumaban prelados poco imitadores de Jesucristo, y promulgando edictos para evitar que la caza, placer de los Grandes, no continuara siendo un motivo de opresion para los pequeños. María Teresa tiene tambien la gloria de haber obligado á los Señores Feudales de Bohemia á renunciar en gran parte á sus tiránicos hábitos con respecto á sus desdichados vasallos; y la no menor de haber contribuido poderosamente á la propagacion de la vacuna en sus dominios. Víctima personalmente de los estragos del terrible azote que durante siglos diezmó la humanidad, la Emperatriz llevó á tal punto su celo para extender el providencial preservativo á que *Jenner* tiene la gloria de haber unido su nombre, que hizo comer en su propia mesa á los primeros pobres del imperio que se prestaron á recibir la vacuna, sirviéndolos ella misma en compañía de sus hijos, y enriqueciéndolos casi además, en recompensa del beneficio recibido ya, y de ser mas felices que su propia bienhechora. Así al dejar este valle de lágrimas llegó María Teresa á las plantas de Dios, acompañada sin duda alguna por aquellos á quienes habia socorrido, consolado, alimentándolos con su propio pan, y mezclando sus lágrimas con las de ellos: cortejo, en verdad mas digno y útil que el que acompaña á las florecientes bellezas que al sepulcro bajan en todo el explendor de sus hechizos, y los pintores nos retratan en las mas encantadoras actitudes. — ¡ Ah, sí ! cuando luzca el tremendo dia de la justicia final, que ha de ser el de la resurreccion igualmente, entonces veremos pálidas y deshechas á cuantas Lais y Aspasias, Safos y Lesbias, antiguas y modernas, dejaron la vida hermosas y frescas como la rosa que, nacida por la mañana, arrebata súbito huracan antes de la tarde. Mas cuando le toque su vez de comparecer ante el soberano calificador, Monarca del Cielo, cuyo supremo criterio juzga definitivamente á los Monarcas de la Tierra, Maria Teresa no será de las que tengan porqué esconder á los rayos de un sol sin nubes, su cuerpo verdaderamente glorioso; porque en la tierra amó á sus hijos, como María Santísima amaba á Jesús; porque Soberana en el mundo, protegió á los afligidos y del mundo desheredados, como Jesús amparó á Lázaro.

Sombras tienen sin embargo las evangélicas luces de la imágen de María Teresa; porque no fué muy cristiano, abusando de la victoria,

arrancarle á la Francia la enorme suma de treinta y seis millones de francos, para sufragar los gastos de las austriacas conquistas.

¡Quizá treinta años mas tarde expiaba en el cadalso la infeliz María Antonieta, la egoista dureza de su madre para con la Francia! ¡Quizá la hija era víctima expiatoria de los sufrimientos con tan poco generosidad impuestos á los Franceses prisioneros en Praga, á quienes María Teresa negaba hasta el triste placer de darles un postrer abrazo (como lo solicitaron) á los cañones que en la batalla, no su falta de valor, sino su mala fortuna perder les hicieran!

ARSENIO HOUSSAYE.

G. Staal. Imp. F. Chardon aîné, 30, r. Montpensier, Paris. H. Robinson.

JUANA GRAY.

El 6 de Julio de 1563 murió en Greenwich Eduardo VI, Rey de Inglaterra, á los diez y seis años de su vida, edad temprana en que ni sus facultades ni sus pasiones podian haberse desarrollado completamente. Por eso ni es posible formar juicio cabal de lo que aquel Príncipe hubiera podido ser, ni atribuirle en realidad como propios, hechos y creencias que, racionalmente discurriendo, deben suponerse producidos por las influencias que sobre su juventud pesaron, por mas que la naturaleza le dotara de un ingenio claro y de un carácter que de vigor no carecia. En todo caso es evidente que el decreto en virtud del cual declaró á Juana Gray sucesora á su corona, le fué inspirado por uno de los menos delicados entre sus cortesanos: el Duque de Northumberland.

Era aquel gran señor el mas poderoso personage de la corte, y tambien, merced á su rapacidad, el mas rico del reino. Tan ambicioso como sediento de riquezas, monopolizaba á un tiempo cargos y tesoro, cuidando no menos de acrecentar el número de sus partidarios con los empleos públicos, que la suma de su caudal llenando sus arcas. Mas lo precario de su

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

eminente elevacion no podia ocultársele, pues si bien ejercia sobre el valetudinario Monarca el mas absoluto imperio, la vida de Eduardo estaba, por decirlo así, pendiente de un hilo que al quebrarse habia de dar en tierra con la fortuna del favorito. Northumberland, no solo para precaverse contra aquel peligro, sino imaginando además que iba á perpetuar su valimiento, resolvió nada menos que colocar en el trono á su propio hijo Guilford Dudley.

A la verdad en virtud de un acuerdo del Parlamento y del testamento de Enrique VIII, padre y antecesor de Eduardo, á falta de hijos de este, estaban llamadas á la sucesion de la corona sus dos hermanas, María, hija de Catalina de Aragon, é Isabel cuya madre fué Ana Boylen, ó *Bolena*, como la llaman los escritores españoles de su época : pero María primero, é Isabel á su vez, habian sido declaradas ilegítimas al pronunciarse los divorcios contra sus respectivas madres, por decretos del Parlamento, nunca hasta entonces expresamente revocados : por manera que Northumberland pudo lisongearse con la esperanza de excluirlas de la sucesion alegando la notoria legal incapacidad de las dos Princesas. Excluidas estas, el derecho al cetro recaia naturalmente en los representantes de las dos hermanas de Enrique VIII, á saber : Margarita, Reina de Escocia, y María, Reina de Francia. Desechada la línea escocesa, aunque primogénita, como evidentemente odiosa á la Inglaterra, vino á quedar sola la francesa, cuyo representante, la Duquesa de Suffolk (hija de la Reina María) renunció sin dificultad sus derechos eventuales á la corona en su hija mayor, Juana Gray, esposa de Guilford Dudley, cuarto hijo de Northumberland.

Preparado así el terreno, y evidente el riesgo de muerte para el interesado mismo, poco le costó al ambicioso Duque hacer entrar al jóven Rey en sus miras, sirviéndose de la religion como pretexto. María era católica como su madre, cuyo divorcio dió lugar al cisma ; Juana Gray protestante, como Eduardo mismo : la hija de Catalina de Aragon, altiva y seca, y agriada desde los primeros años ; la de la Duquesa de Suffolk, jóven, linda, y afable y tierna ; ¡qué mucho pues, que Eduardo consintiera en desheredar á la primera, á sus ojos bastarda, y enemiga con evidencia de la Reforma, en beneficio de Juana, legítima, protestante y simpática! Cedió el Príncipe á los interesados consejos de su valido, creyéndose con

el mismo derecho que su padre para alterar el órden de sucesion á la corona en virtud de una simple disposicion testamentaria; y sin duda alguna movido principalmente por el espíritu de secta, previendo, como lo probaron los hechos, que al advenimiento al trono de María no podia menos de seguirse la ruina del Protestantismo. Redactado en consecuencia el testamento del Rey, fueron llamados á su presencia para revestirlo de las formas legales el Lord jefe de la justicia con los demás miembros de la alta magistratura; y si bien no faltó quien vacilase, ni tambien quien hiciera algun amago de resistencia, todo ello se redujo á escasa pérdida de tiempo, porque al cabo el documento fué legalizado en la cancilleria con el *Gran Sello* del reino, y en seguida lo firmaron todos los Grandes del Consejo Privado y los mas de los jueces y jurisconsultos de la corona.

Acontecia eso en los últimos dias del mes de Junio; y ya por entonces el estado interior de la Gran Bretaña llamaba grandemente la atencion de toda Europa, y muy en particular la de Carlos V, Emperador de Alemania y Rey de España, y la de Enrique II de Francia. Naturalmente el primero, como jefe del partido católico, y primo carnal de María (1), era su declarado partidario, de donde se inferia claramente que desde el momento en que ocupase el trono de Inglaterra aquella Princesa, todo el poder británico habia de ponerse de parte del Emperador contra la Francia, siendo tambien fácil de presumir que si la hija de Enrique VIII llegaba á enlazarse en matrimonio con Felipe, primogénito del Rey de España, la casa de Austria pudiera consolidar su preponderencia, de una manera acaso indestructible. Tales consideraciones determinaron lógicamente á Enrique de Francia, á ofrecer al Consejo Privado inglés, el auxilio de sus armas, si cualquiera potencia extrangera trataba de turbar la paz del reino, entrometiéndose en sus negocios. La política del Rey de Francia, en aquella ocasion, sirvió maravillosamente las miras personales de Northumberland; mas él sin descuidarse por eso, trató apenas legalizado el testamento, el 30 de Junio, de asegurarse de la persona de la Princesa María, cuyas pretensiones eran las únicas que á su parecer podian oponerle eficaz resistencia.

(1) Doña Juana la loca, madre de Carlos V, y Catalina, primera muger de Enrique VIII, eran hermanas, como hijas ambas de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel. *(N. del T.)*

Proponiase el Duque poner á buen recaudo en la Torre de Londres á la Princesa; mas para llegar á sus fines sin escándalo, mandóle una órden firmada por el Rey, en la cual solo se le prescribia que inmediatamente se presentara á la corte. Por dicha, un secreto aviso del Conde de Arundel advirtió á la futura Reina del lazo que se le tendia; y ella entonces, abandonando presurosa su residencia de Hoddesdon, partió á caballo con todo su séquito y servidumbre para Kenning-Hall en el condado ó provincia de Norffolk.

Entretanto el 6 de Julio espiró Eduardo, acontecimiento que su Consejo Privado reservó oculto durante tres dias, que se creyeron necesarios para el buen éxito del plan de Northumberland, quien al cabo al cuarto dia, y contando ya con los Jefes de la Guardia y Real Servidumbre, con el *Lord Mayor* (Alcalde de Londres de eleccion municipal), y de los principales ciudadanos, á un mismo tiempo hizo pública la muerte del Rey, y acompañado de formidable séquito, trasladóse á *Sion-House*, residencia de Juana Gray, para notificarle á su desdichada nuera que ella era la llamada á suceder á su primo.

Juana Gray, como el Monarca que de fallecer acababa, solo tenia á la sazon dieciseis años de edad; y sus contemporáneos nos la pintan de agradables maneras, superior talento, amante del estudio de los clásicos y aficionada á la lectura de la Biblia, si bien con mas aficion á componerse y adornarse de lo compatible con el ascetismo exagerado de los predicadores de su sexo.

Algunos historiadores modernos y protestantes, olvidándose de la edad de Juana, le prestan unas ideas, un lenguage, una elocuencia y un estoicismo inverosimiles, haciéndola no solo desdeñar el cetro, sino abogar resuelta y entendida en favor de los derechos de María: pero todo eso no pasa de ser una ficcion inspirada en gran parte por el espíritu de partido, y en otra ni pequeña, ni censurable, por la simpatia que natural y legítimamente inspira una Reina de dieciseis años que paga, llevando su cabeza al cadalso, nueve augustiosos dias de reinado.

La verdad es que Juana Gray ignoraba completamente los proyectos y maquinaciones de su padre político; y que amante del retiro y de los inocentes goces de la vida privada, habia solicitado y obtenido, precisamente

en los últimos dias de Eduardo, una licencia para dejar á Londres y trasladarse á Chelsea, entonces campo, y no como hoy parte de la ciudad. De allí fué á sacarla el 9 de Julio su cuñada Lady Sidney, con una órden del Consejo Privado, en que á nombre del Rey se la mandaba regresar inmediatamente á su morada en la capital, Sion-House; á donde se trasladó en efecto, y fué visitada al dia siguiente por el Duque de Northumberland, su propia madre Lady Suffolk, y los principales personages del Consejo y de la corte. Reunidos que fueron y después de algunos momentos de conversacion sobre asuntos indiferentes, Northumberland declaró á la Princesa que el Rey su primo era muerto, mas que en su testamento habia tomado las disposiciones convenientes á mantener en Inglaterra el establecimiento de la nueva religion, preservando al mismo tiempo el reino del mal gobierno de María y de Isabel, incapaces ambas del cetro como bastardas que eran. En consecuencia, concluyó el Duque, el Rey difunto le habia legado su confianza y cetro á ella (Juana Gray), ordenando á su Consejo que la proclamara Reina de Inglaterra. Al pronunciar Northumbeland la última frase, él y todos los circunstantes doblaron ante Juana la rodilla, reconociéndola como Soberana, y jurando que estaban prontos á morir en defensa de sus derechos á la corona.

Tímida y delicada por naturaleza, y con razon afectada ya por la nueva de la muerte del Rey á quien sinceramente queria, ya por lo inesperado y menos apetecido de tan súbita elevacion, Juana, poseida de una emocion invencible, lanzó un grito de terror que presentia el cadalso, y perdió el conocimiento. Recobrado empero el ánimo poco tiempo después y cuando ya los sollozos dieron lugar á las palabras, « Declaré á todos los circunstantes (dice en la carta que desde la Torre de Londres escribió luego á María) que me sentia incapaz de gobernar, dolíme de la muerte de tan noble Príncipe, y volvíme al propio tiempo á Dios, humildemente rogándole y suplicándole que si lo que se me daba era equitativo y legítimamente mio, su Divina Magestad me inspirase con su gracia y me diera espíritu para poderlo gobernar en gloria y servicio suyo, y en bien de este reino. »

Aquel mismo dia fué Juana trasladada á la Torre de Londres, lugar donde acostumbran los Reyes de Inglaterra á pasar los dias que inmedia-

tamente á su coronacion preceden. Su entrada en la Torre fué triunfal y magnífica ; su propia madre la Duquesa de Suffolk, le llevaba la cola del manto; el Lord gran Tesorero le presentó la corona; y sus parientes le besaron de rodillas la mano. — A las seis de la tarde los Heraldos proclamaron á un tiempo la muerte de Eduardo y el advenimiento de Juana; y en un manifiesto por ella firmado, y que se repartió profusamente al pueblo, explicáronse los derechos de la nueva Soberana, conforme Northumberland pretendia entenderlos.

El pueblo, habituado de largo tiempo á considerar á María como futura Soberana, escuchó la proclamacion con el significativo silencio, que sirve, ó debiera servir de leccion á los poderes de sobra audaces. Ni una sola voz se alzó aplaudiendo ; pero nos engañamos, si hubo una voz de aplauso : la de un mozo de posada, que al dia siguiente fué expuesto en el *pilori*, es decir, en un cadalso á la vergüenza y perdió además las orejas.

El 11 de Julio llegó á la Torre de Londres un mensagero de María portador de una proclama de aquella Princesa á los Lores del Consejo que decia así : « Nos, la Reina María : Sabed todos los fieles súbditos de » este reino, que vuestro Soberano y Señor ha dejado este mundo por » otro mejor el jueves último 6 de Julio, y que ahora la excelentísima » Princesa, su hermana, es por la gracia de Dios Reina de Inglaterra y de » Irlanda, y posee realmente la corona, gobierno y títulos de Inglaterra » y de Irlanda, y cuanto de ahí depende, para gloria de Dios, honor del » reino inglés, y bienandanza de todos vosotros. Y su Alteza no se ha fu- » gado del reino, ni tiene intencion de dejarlo como falsamente se ha pro- » pagado. » Al enterarse el Consejo de tal protesta de una muger aislada, sin dinero ni partido, sorprendida y sin tiempo para prepararse á defender sus derechos, pareció mas poseido de lástima que de temor; y así era natural, pues que los partidarios de Juana tenian á su disposicion todos los recursos de un gobierno organizado, en sus manos las arcas reales, la Guardia Real les habia prestado juramento de fidelidad, veinte bajeles armados esperaban sus órdenes en el Támesis, y un cuerpo de tropas terrestres estaba pronto á marchar donde necesario fuese.

Mas no tardó la situacion en variar de aspecto, tomándolo amenazador para el ambicioso Duque, á quien el público conocia demasiado, al

paso que nada conocia de su nuera. La opinion en efecto le acusaba de haberse criminalmente deshecho de hombres muy importantes entre los partidarios mismos de Eduardo VI y aun de haber acelerado, ó tal vez determinado con venenos, la prematura muerte de aquel desdichado Monarca: y ciertos ó no esos rumores, el hecho es que en el pueblo se acreditaron y que en consecuencia su voz se pronunció por María donde quiera que pudo hacerlo impunemente. Mas á mayor abundamiento ya el dia 12 de Julio los Condes de Bath y de Sussex y los primogénitos de Lord Wharton y de Lord Mordaunt, así como toda la nobleza de los condados vecinos con sus feudatarios, habian acudido á reunirse á María para defender sus derechos, pudiendo preveerse desde entonces que sin tardar mucho reuniria bajo su estandarte un numeroso ejército.

Fácilmente comprendió el Duque de Northumberland lo urgente de evitar tal reunion de tropas y de conjurar la tempestad en su orígen: pero ¿ á quién fiarse ? Personalmente no le era posible abandonar la capital, donde sola su presencia podia conservar unidos á sus parciales y hacer frente á los descontentos: anunció pues la intencion de confiar el mando de las tropas al Duque de Suffolk, padre de Juana Gray, y de cuya lealtad á esta por consiguiente dudar no era lícito. A la verdad el Duque era notoriamente inexperto en asuntos de guerra, mas esa falta podia suplirse dándole por auxiliares algunos hombres de reconocida capacidad militar.

Veíase su perplexidad, no obstante, al través de tales combinaciones; y cuando en circunstancias como aquella vacila un jefe de partido, precisamente en los momentos en que conviniera obrar con vigor y decisivamente, comunícase su vacilacion á sus parciales debilitándolos, y acrece en consecuencia la confianza del enemigo. Así en el Consejo levantáronse muchos ensalzando el valor y pericia militar de Northumberland, su práctica de la guerra y su fortuna en toda empresa; y al mismo tiempo rebajando á Suffolk y exagerando las desastrosas consecuencias de una derrota, hasta persuadir á Juana para que insistiese en que su padre político tomara en persona el mando de las tropas. Hubo pues Northumberland de ceder bien á pesar suyo; despidióse de sus colegas en términos que revelaban su agitacion; y salió en fin de Londres al frente de sus

soldados. Silencioso asistió el pueblo á la partida de las tropas expedicionarias, y el Duque, lleno de tristes presentimientos, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á John Gates, uno de los que le acompañaban : « Las gentes acuden á vernos, pero no hay nadie que nos diga siquiera : » Dios vaya con vosotros. »

Confiando poco en el éxito de la lucha que iba á empeñarse, Northumberland antes de emprenderla, llamó en su auxilio á los predicadores protestantes, para que desde el púlpito excitaran los sentimientos religiosos de su auditorio, demostrándole cuánto debia prometerse la secta á que pertenecian del triunfo de Juana Gray, y de la derrota de María. Su excitacion no fué vana, dando á todos ejemplo de ardiente celo el Obispo anglicano de Londres, Ridley, quien en el sermon que predicó en la Catedral de San Pablo, en presencia del Lord Mayor, de los Regidores de la ciudad, y de un innumerable concurso de gentes, primero estableció que las hijas de Enrique VIII estaban excluidas de la sucesion á la corona por la ilegitimidad de su nacimiento; y luego poniendo en parangon las dos Princesas que el trono se disputaban, después de exaltar la dulzura, la piedad y la ortodoxia (protestante) de Juana, pintó á María como insoportablemente orgullosa, de inteligencia con las cortes extrangeras, y peligrosa por su fe en la Iglesia católica.

Veamos cómo pretendió probar el herético Obispo que María era una muger supersticiosa y á la idolatría entregada:

« El año último (dijo) presentéme á María que me recibió cortesmente; y le propuse predicar en su presencia en la iglesia á fin de convencerla de sus errores. Respondiéndome evasivamente, insistí diciéndola que extrañaba que no quisiera oir la palabra de Dios, á lo cual me contestó : « No sé lo que entendeis por palabra de Dios; la cual parece que no es ahora la misma que en tiempo de mi padre. » — La palabra de Dios, repliqué, es siempre la misma, solamente que en unas épocas se entiende y practica mejor que en otras. — « Por amor á vuestras orejas, repuso la Princesa, no hubiérais osado, viviendo mi padre, eso que hoy quereis hacer pasar por la palabra de Dios. Por lo que respecta á vuestros nuevos libros, á Dios gracias, ni los he leido, ni los leo, ni los leeré nunca. Os doy gracias, Milord, por la cortesía que habeis tenido de

venir á verme ; pero de ningun modo os agradezco la oferta de vuestra predicacion (1).

El Obispo de Londres no fué mas feliz en su sermon de San Pablo que lo habia sido en su conferencia con María : pues muchos entre sus oyentes eran neutrales en materia de religion, los protestantes no habian todavía aprendido de Jacobo II la influencia de las doctrinas teológicas en los principios políticos, y para los católicos las acusaciones de Ridley fueron naturalmente una poderosa recomendacion en favor de María.

Ella, entretanto, trabajaba activamente en atraerse las simpatías y agrupar en torno de sí las fuerzas necesarias para conseguir su objeto ; y previendo que los consejos y acaso los socorros del Emperador, á la sazon en Flandes, pudieran serle indispensables, trasladóse rápidamente de Kenninghall á Framlingham, corriendo cuarenta millas (cerca de 14 leguas) en una sola jornada. Al propio tiempo María apellidaba á la nobleza de las provincias, cuyos individuos unos acudian personalmente con sus dependientes al llamamiento, y otros no pudiendo hacerlo en el acto, mandábanle subsidios en dinero, y ofrecíanle con celo ardiente su pronta cooperacion. De ese modo en pocos dias se reunieron de los solos condados de Oxford, Middlesex, Berks, y Buckingham, hasta diez mil hombres, que impacientes querian marchar sobre Westminster y el palacio : pero en breve, triplicada aquella fuerza, vióse María al frente de un ejército de treinta mil voluntarios, que rehusando toda paga, servian su causa con generosa caballerosidad. Seis bajeles enemigos aportaron á Yarmouth, y habiéndolos Enrique Jerningham reducido á la obediencia de María, ellos abastecieron de armas y municiones á muchos de los soldados de María, mal provistos de unas y otras, como era natural en gente allegadiza.

Mientras eso acontecia, marchaba Northumberland desde Cambridge

(1) Fox refiere que, segun la costumbre de aquel tiempo, Ridley antes de salir de la morada de la Princesa bebió con Tomás Wharton su Senescal, pero que alarmada súbitamente su conciencia no pudo menos de exclamar : « En verdad que hice mal bebiendo en una casa donde ha sido desechada la palabra de Dios ; y que para cumplir con mi obligacion debiera haber sacudido el polvo de mis zapatos en testimonio contra ella. » — Tanto esta anécdota, como el sermon de Ridley prueban que no era él menos fanático que María. (*N. del A.*)

sobre Framlingham, al frente de ocho mil infantes, y dos mil caballos, ejército inferior en número, pero muy superior en calidad y disciplina al de María, y que mandado por un general enérgico y resuelto, hubiera podido con un ataque súbito, dispersar las tumultuarias huestes de la Princesa, y tal vez obligarla á ella misma á buscar asilo en las costas flamencas. Mas por una parte la duda y la desconfianza se habian apoderado del espíritu del Duque, y por otra la evidencia héchole ver en su marcha misma que el nombre de Juana no encontraba eco en el pueblo, mientras que el de María excitaba el entusiasmo universal. Desanimado ya, supo primero que acababa de declarársele rebelde y de poner á precio su cabeza; luego, que Sir Eduardo Hastings, al frente de un poderoso destacamento, maniobraba á su retaguardia, como para interceptarle toda comunicacion con la capital; y apoderándose de él en consecnencia ese pánico terror que presagia los reveses y los prepara acaso, pronunciόse en retirada sobre Cambridge, y escribió al Consejo una pavorosa carta pidiendo pronto socorros. Como no podia menos, la irresolucion del general fué para su ejército contagiosa; los soldados perdieron la fe en aquel laberinto de marchas y contramarchas, y la desercion comenzó á hacerse sentir en las filas.

Conmovidos al parecer por los clamores de la desesperacion de Northumberland, los Lores del Consejo mostrando unánime celo, decidieron hacer venir de Picardía un cuerpo de tropas mercenarias, reclutar en la metrópoli fuerzas mas considerables, y fomentar en las cercanias de Londres los alistamientos voluntarios con la oferta de cuantiosos premios. Mas la urgencia de las circunstancias se avenia mal con tales expedientes, á la sazon ya tardíos; y por otra parte la aparente energía del Consejo no era en realidad otra cosa que una hipócrita máscara. Ignorante de la trama, ó temeroso de oponerse á ella, el Duque de Suffolk, cuando sus colegas le significaron que querian unirse al ejército para combatir al lado de sus amigos y parciales, consintió en que partieran, sin embargo de la órden que tenia de no dejarlos salir de ningun modo del recinto de la Torre de Londres, los Lores de la Tesorería y del Sello privado, Condes de Arundel y de Pembroke, acompañados de otros dos caballeros, y bajo pretexto de salirle al encuentro al Embajador francés hasta el castillo

de Baynard, donde se les reunieron luego el Lord Mayor, el Archivero de la ciudad, y algunos de sus regidores, convocados secretamente por medio de un fiel mensagero.

Segun la costumbre inglesa, los que no sabemos si llamar desertores ó leales, constituyéronse en asamblea, y pusieron á discusion lo que hacer convenia, entablando la cuestion Arundel con un discurso encaminado en primer lugar contra la ambicion de Northumberland, y en seguida á vindicar los ultrajados derechos de las hijas de Enrique VIII. Mas los honores de la sesion fueron de Pembroke, quien, acabando de hablar su colega del Consejo, exclamó tirando la espada: « Y si las razones de Arundel no os han convencido, con esta (su tizona) daré la corona á María, ó moriré en la demanda! » — Inútil eloquencia, superflua amenaza; la junta, que estaba de antemano resuelta, prorumpió en un grito unánime de aprobacion; llamóse á Suffolk, y el padre mismo de Juana Gray firmó como todos los demás una proclama á favor de María, y destituyendo por consiguiente á su hija.

La junta en cuerpo se trasladó solemne y procesionalmente á San Pablo, donde hizo notoria su resolucion y proclamó á María Reina de Inglaterra y de Irlanda, á la faz de innumerable muchedumbre, cuyos gritos entusiastas apenas dejaban oir la voz de los heraldos, y que espontánea y unánime prorumpió cantando el salmo *Te Deum laudamus*. Durante aquel dia distribuyóse al pueblo algun dinero, y profusamente la cerveza; y por la noche la gozosa multitud se entregó á sus habituales demostraciones de alegría, llenándose las calles de *hogueras*, como las que en España solemnizan la fiesta de San Juan, é iluminándose la ciudad toda espontáneamente.

Mientras el Conde de Arundel y Lord Paget corrian presurosos á Framlingham para dar cuenta á María de la consumada revolucion de Londres, Pembroke á la cabeza de su compañía de guardias tomaba posesion de la *Torre* en nombre de aquella Princesa, y la infeliz Juana Gray salia de ella para regresar á Sion-House, después de nueve dias de reinado, que fueron para ella nueve siglos de ansiedades políticas, y de tormentos domésticos. Porque, en efecto, á los síntomas que la anunciaban un tristísimo y pronto desenlace del drama en que era inocente protagonista, hay que añadir los

coléricos arrebatos de su marido, é imperiosa altivez de su madre política. Guilford Dudley, en vez de atender á la defensa del fantástico trono de su esposa, dejándose llevar de una insensata ambicion ocupábase solo en arrancar de ella con amenazas y violencias de lenguage, la concesion del título y autoridad de Rey, de que al fin llegó á obtener una vez la promesa, con el consentimiento de ciertas medidas preliminares indispensables. Mas Juana al dia siguiente mostrábase pesarosa de su debilidad, y entonces marido y suegra la maltrataron de modo, que la infeliz llegó á imaginar que la habian envenenado, segun lo refiere ella misma en una carta que ya antes citamos, y de la cual, perdido el original inglés, queda solamente la traduccion italiana de Pollini en su *Historia eclesiástica de la Revolucion de Inglaterra*, á que en la suya se refiere el Doctor Lingard.

« Por lo demás, dice Juana, yo por mi no sé lo que el Consejo habia determinado hacer, pero sí sé de cierto que dos veces durante aquel tiempo me dieron veneno : la primera en casa de la Duquesa de Northumberland, y después aquí en la Torre (que en ella escribia prisionera) ; de lo cual tengo excelentes y muy verídicos testimonios, además de que desde entonces acá se me ha caido todo el cabello. Y todas estas cosas he querido decirlas en testimonio de mi inocencia y en descargo tambien de mi conciencia. »

Inmediatamente después del regreso de Juana á Sion-House, el Consejo dió órden á Northumberland de licenciar sus tropas y someterse á la autoridad de la Reina : pero por mas prisa que se dieran los de Londres habiáseles anticipado su mas que singular jefe y general, habiendo en compañía de cierto Doctor Sands, que ocho dias antes predicara un violento sermon contra las hijas de Enrique VIII, presentádose en la plaza del Mercado, y con lágrimas de desesperacion en los ojos proclamado á María, arrojando al aire la gorra en señal de regocijo. ¡Inútil bajeza! Vigilado de cerca durante la noche por sus propios criados, fué á la mañana preso por su antiguo cómplice Arundel, y como reo de alta traicion conducido á la Torre de Londres, juntamente con sus hijos, con Suffolk, y con otros de sus parciales. La ira del pueblo contra todos ellos era tal que fué preciso acudir á la fuerza para evitar que pereciesen antes de llegar á su encierro. Tal es la ordinaria suerte de los vencidos en las contiendas políticas.

Isabel, la hija de Ana Boylen, permaneció hábilmente alejada de la lucha mientras su éxito pudo parecer dudoso : á Northumberland que le propuso ceder sus derechos eventuales á la corona, á precio de una crecida suma en metálico y de muy considerables fincas, respondióle que mientras su hermana viviese ella no tenia derechos que ceder ; y sin declararse por Juana ni por María tampoco, encerróse en su casa á pretexto de una falta de salud singularmente oportuna. Mas así que el negocio dejó de ser problemático, alivióse Isabel de su dolencia, y sintiendo la necesidad de pronunciarse en fin, acudió escoltada por quinientos caballeros á reunirse con su hermana y felicitarla por su victoria (1). Juntas, pues, hicieron su triunfal entrada en Londres las dos Princesas, cautivando por la magnificencia de su trage la atencion general, y excitando por las circunstancias el personal entusiasmo. María, en verdad, carecia del aire magestuoso de su padre, y no habia heredado la belleza y gracia de su madre, al decir de los que conociendo á Enrique y á Catalina de Aragon, la miraban entonces : pero aunque pequeña de estatura y flaca de carnes, y á pesar de que las penas de su infancia y juventud dejaron hondo y visible rastro en su delicada complexion, todavía á nadie le era dado soportar sin respeto y temor, la enérgica expresion de las miradas de sus negros ojos. Mas favorecida por la naturaleza y entonces en la flor de su juventud, Isabel era una muger con mas gracia que hermosura, alta y bien formada, de enérgico aspecto como morena, con bellos ojos, y sobre todo — decia á su corte pintorescamente el Embajador Veneciano en Londres — « sobre todo con bellísima mano, de la cual *hace profe-* » *sion.* »

María, que al subir al trono se encontró sin consejeros á quienes creyera poder fiarse, acudió al Emperador su primo en demanda de consejo

(1) El autor que sigue ó mas bien copia al Doctor Lingard, en su *Historia de Inglaterra*, parece acusar aquí á Isabel, bien injustamente por cierto, por su conducta en aquella ocasion. Juana no tenia derecho á contar con una Princesa, á quien se declaraba bastarda, para ponerla á ella en el trono; y que la hija de Ana recelase de la hija de Catalina, era mas que lógico, inevitable y forzoso. Estuvo, pues, Isabel en su derecho siendo neutral, durante una contienda en que no podia ganar gran cosa y si perder mucho. Decidida la victoria por su hermana ¿qué habia de hacer? ó levantar bandera, lo cual siquiera no podia, ó someterse, reservándose su derecho; eso hizo, y en eso no vemos nada censurable. Pero Isabel fué protestante y el Doctor Lingard es católico. *(N. del T.)*

sobre las cuestiones importantes, y singularmente sobre la de la venganza que conviniera tomar de la reciente vencida conspiracion. La respuesta de Carlos V fué, que en interés del principio monárquico, no debia dejarse impune aquel crímen, pero que castigados los jefes pareciale conveniente conceder espontánea y completa amnistía al resto de los conspiradores. En punto á amnistías hizo bien Carlos V en no remitir á María para que le sirviese de modelo la que él mismo concedió á los Comuneros de Castilla en los primeros años de su reinado: pero la Reina de Inglaterra, por otra parte, no necesitaba lecciones en la materia.

Como quiera, de una lista de 27 jefes de la conspiracion que se le presentó, María designó siete nombres para víctimas propiciatorias; y en consecuencia comenzáronse inmediatamente los procedimientos por delito de alta traicion, contra el Duque de Northumberland y su hijo el Conde de Warwick, el Marqués de Northampton, los hermanos John y Enrique Gates, Tomás Palmer, y Andrés Dudley, consejero y confidente del principal culpable.

No faltaron políticos, cruelmente aduladores, que aconsejaran á la Reina que hiciese tambien morir á Juana Gray, alegando que, si vivir la dejaba, seria su persona una bandera siempre á mano para las facciones; que el reino nunca estaria completamente tranquilo, y que, por otra parte, al cabo se habia prestado á servir de instrumento á un criminal complot que tendia á colocarla en el trono, delito que indudablemente debia castigarse con la pena de muerte. María, sin embargo, rechazó por entonces consejos de tan excesiva dureza; ya fuese que considerara á Juana como víctima por su inexperiencia de los ambiciosos proyectos de Northumberland; ya que la voz del parentesco sonara en su corazon poderosa; ya en fin que no creyese que dejarla vivir ofreciera riesgo alguno, puesto que teniéndola en su poder, quedábale siempre el arbitrio de suprimir con sola una palabra la supuesta bandera de rebelion.

Comenzado entre tanto el procedimiento contra los vencidos, Northumberland entabló su defensa proponiendo las siguientes cuestiones: —« ¿Es culpable de traicion el hombre que obra solo en virtud de la autoridad del Consejo, y de la garantía oficial del Gran Sello de Inglaterra? — ¿Pueden actuar como jueces, aquellos que intervinieron en los hechos que motivan

la acusacion, como individuos del Consejo, y cómplices del acusado? »

Ni el Consejo, se le respondió, pudo autorizar, ni el Gran Sello legalizar acto alguno, porque ni el Sello ni el Consejo eran los de la legítima Soberana, sino de una usurpadora de la corona; y en cuanto á los Lores recusados, solo en el caso de pesar sobre ellos un acto de acusacion, ó una sentencia ejecutoria, puede privárseles del derecho constitucional.

La legalidad, y sobre todo la moral equidad de la segunda parte de esa respuesta, nos parece mas que controvertible; pero en los procesos políticos lo importante es matar al vencido, y la justicia no cuenta por gran cosa.

Northumberland cesó de insistir, é hizo bien, en su inútil defensa: lo que no se comprende es que viendo inevitable la muerte, no tratara de morir dignamente siquiera; pero tuvo miedo sin duda á comparecer ante el Juez Supremo, y manifestólo lastimosamente. Empezando por reconocerse culpable, y sentenciado á la horrible pena que entonces imponian á la traicion las leyes inglesas, solicitó primero que se mitigase, obteniendo la simple decapitacion como una gracia. Luego pidió una conferencia con dos Lores para revelarles secretos de Estado que supo como primer ministro; después quiso un teólogo que á morir cristianamente le preparase; en seguida hizo rogar á la Reina que le perdonase la vida, y dícese que estuvo á punto de conseguirlo, pues María se inclinaba á la misericordia, y fué precisa la intervencion enérgica de sus ministros para disuadirla; y en fin, la víspera del dia señalado para su ejecucion escribió al Conde Arundel solicitando que interpusiera su valimiento para que se le concediese, *aunque fuera la vida de un perro, con tal de vivir y de poderle besar los piés á la Reina*. Todo fué inútil, y el 21 de Agosto fueron decapitados en la Torre el Duque de Northumberland, Sir John Gates, y Tomás Palmer.

Los demás reos fueron indultados; pero algunos meses mas tarde propuso el gobierno y acordó el Parlamento una nueva ley de proscripcion contra los principales fautores, se decia, de la conspiracion, pero en realidad contra los jefes del partido protestante, á saber, el Arzobispo de Cantorbery, Tomás Cranmer, Sir Ambrosio Dudley, Lord Guilford Dudley, y su esposa la desdichada Juana Gray.

María, pretenden sus apologistas, no queria que muriesen los proscri-

tos, proponiéndose únicamente con tener así la cuchilla suspendida sobre sus cabezas, evitar que ellos se prestaran á proyectos facciosos, y contener á los conspiradores. Cruel política en todo caso, y además imprudente; porque en un país por discordias religiosas agitado, ¿quien puede responder de que pondrá límites á la furia de los partidos?

La verdad es que María alarmó profundamente los intereses y las conciencias de sus súbditos, con sus no disimulados designios de restablecer por una parte el catolicismo, religion como ella decia, y era verdad, de sus padres — y de enlazarse con el Príncipe Don Felipe, hijo y sucesor de Carlos V.

Que á la restauracion católica habia de seguir muy de cerca la restitucion de los bienes al clero, fácil era de presumir; y como aquellos bienes, por Enrique VIII distribuidos en gran parte á sus favoritos, por efecto natural de sucesiones y ventas, estaban ya á la sazon repartidos en millares de manos, no habia una familia medianamente acomodada que no temblase verse despojada en todo ó en parte de sus propiedades. — La alianza española, antipática realmente entonces al pueblo inglés, era además muy mal vista por la diplomacia europea, que no podia menos de ver en ella un gran elemento de preponderancia para la casa de Austria, entonces objeto de odio ó de envidia para todas las potencias del continente. — Combinados pues el fanatismo protestante, los recelos de los poseedores de bienes de procedencia eclesiástica, y las intrigas de los embajadores extrangeros, graduóse rápida y sucesivamente hasta degenerar en conspiracion, produciendo por resultado una nueva rebelion en sus primeros momentos formidable.

María hizo frente al riesgo con tranquila energía, y vigorosa resolucion: la victoria coronó sus sienes aquella vez como la primera.

Hemos dicho que á consecuencia de la conspiracion de Northumberland, se contentó la Reina con hacer rodar en el cadalso tres cabezas, moderacion para las costumbres del país y de la época, calificada de excesivamente misericordiosa, y no sin causa; porque en efecto, en cualquiera otro país tales crímenes se expiaban entonces cruelmente. Así vencida la segunda rebelion, todo el partido vencedor á una, clamó diciendo que á la impunidad de la primera debia en gran parte atribuirse el conflicto;

y aquel argumento de la pasion vengativa apareció con visos de razon á los ojos del público, por la circunstancia de haber tomado parte muy activa en la rebelion varios individuos de la familia de Northumberland, y señaladamente el Duque de Suffolk, padre de Juana, y Lord Tomás Gray, su tio. Convínose pues en que la severidad del castigo hiciese comprender á los facciosos, que no les era lícito atentar á la autoridad del Soberano sino á riesgo de su hacienda y vida; y María, abjurando su antigua indulgencia, como causa de la reciente insurreccion, firmó una órden mandando decapitar á Guilford Dudley y á su esposa Juana Gray, antes de que se comenzara el proceso siquiera contra los demás rebeldes, y sin dar mas tregua que la de tres dias á la ejecucion del suplicio.

Poco antes del fatal momento, María envió á decir á los dos sentenciados que se dignaba permitirles que se dieran el supremo adios: mas Juana rehusó la gracia diciendo: « Dentro de pocas horas nos reuniremos ante Dios en el cielo. » — Con estóica serenidad vió conducir á su marido al suplicio, y con imperturbable constancia el cadáver sangriento que algunos instantes después fué llevado á enterrar en la capilla de la Torre. En la colina que lleva el nombre de aquella fortaleza y en presencia de innumerable concurso fué ejecutada en Dudley la cruel sentencia; mas á Juana en consideracion á su regia extirpe, ahorrósela la afrenta de morir en público, levantando para terminar su vida, dentro de la Torre misma, y casi frente á su calabozo, un cadalso á que la bella víctima subió con paso firme y modesto continente.

« Reconozco, dijo en voz clara, haber cometido una falta asintiendo á la traicion de Northumberland, en cuyos designios, sin embargo, ninguna parte tomé en su orígen. El plan no fué mio, sino de aquellos que parecian entender mejor que yo tales negocios. Que yo haya deseado ó buscado la dignidad real, es lo que niego, y de lo que labo las manos (haciendo ademan de labárselas en efecto) ante Dios y el pueblo cristiano aquí congregado. » Rogó en seguida á los espectadores que la auxiliaran con sus oraciones en el lúgubre trance; y recitado que hubo un salmo con el pastor Feckenham, antes cura católico de Westminster, puso la cabeza en el tajo. Cuando de un solo golpe le dividió el verdugo la cabeza de los hombros, no habia cumplido aun diecisiete años la infeliz Princesa.

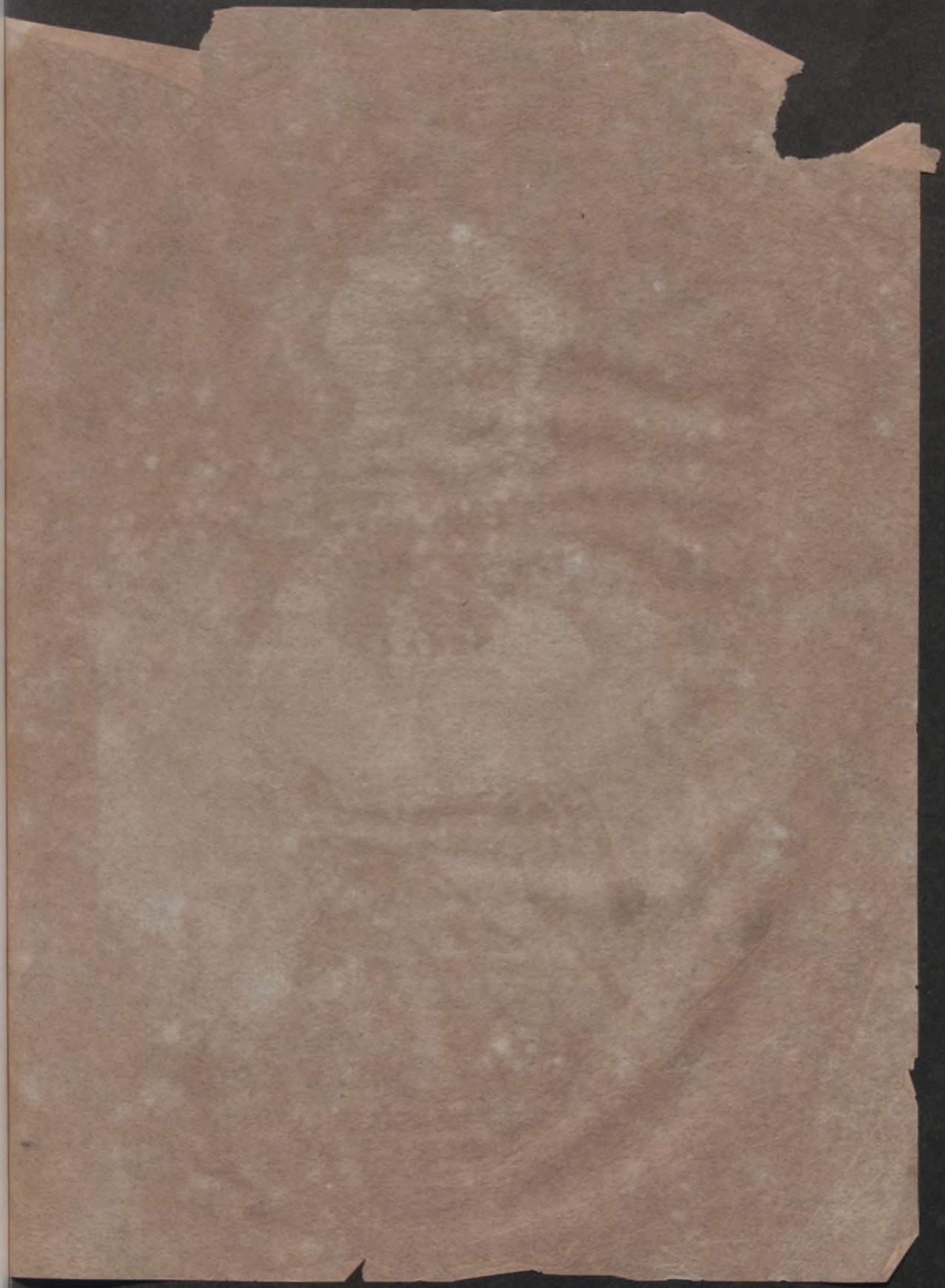
Si la primera vez fué Juana indultada, creyéndose tal vez afianzar así la lealtad de la poderosa casa de Suffolk y de su ambicioso gefe, la ingratitud, la traicion del padre nunca debieron caer sobre su desdichada hija, cuya muerte es acaso el mas justo de los negros títulos á que la primogénita de Enrique VIII debe que la llame la historia *la sangrienta María*. Cayó Suffolk, sin excitar compasion, porque hasta para morir careció de las dotes que cautivan las simpatías de las gentes honradas; su hermano Tomás Gray, víctima de su ambicion, supo aceptar la muerte con valeroso orgullo.

¿Qué culpa habia cometido Juana, desde que fué perdonada? ¿Qué acusacion cabia contra su extremada juventud? ¿Qué podia temerse de ella, dos veces huérfana, y viuda, y sin amigos, y en una prision de estado cautiva?

Su sentencia y muerte fueron una superflua crueldad de María, que puede explicarse acaso, pero no disculparse ciertamente, por las duras sanguinarias costumbres de aquella época. María Tudor será siempre *María la sangrienta*, mientras haya en el mundo memoria del nombre de Juana Gray.

G. DUFAYL.

G. Staal. Imp. F. Chardon aîné, 34 r. Hautefeuille, Paris. W. J. Edwards.



MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

VALENTINA DE MILAN.

A un cuerdo reinado, pasagero alivio de sus largas desdichas, sucedió en Francia otro reinado que, inaugurándose bajo los funestos auspicios de la demencia, pronosticó desde luego males sin cuento. ¡Sombrío cuanto dramático espectáculo el de los últimos años del XIV° siglo! El historiador no encuentra en él mas que desdichas, donde quiera que torne la vista: en palacio crímenes, en la familia vicios, ignominia en lo público como en lo privado, sangrientas rivalidades, guerras destructoras, la anarquía en su apogeo, el trono degradado, el país yermo, y pesando sobre él á un tiempo la peste, el hambre, y cuantas calamidades son imaginables. Jamás fué la historia tan terrible, ni las revoluciones mas implacables: y sin embargo en medio de aquel trágico torbellino de plagas, vense caminar y desenvolverse ya juntos ya separados, el amor y el crimen, matanzas y fiestas, la historia con todos los desórdenes del mundo real, la novela con las extravagancias del ficticio, la imaginacion idealizando el delito, este pervirtiendo á la imaginacion. Todo por decirlo así, es de la casualidad esclavo; todo se abisma en el caos; y en aquel piélago

de miserias lo que únicamente sobrenada es el libertinage con sus frenéticas orgías.

Presa de invencible repugnancia ó de inmensa piedad en presencia de tan asqueroso cuadro de brutal barbarie y de salvages bacanales, busca el alma contristada ansiosamente algun punto en que reposar los ojos de tales horrores, y fíjalos hasta con gratitud en la suave pura imágen de Valentina de Milan, esposa del Duque de Orleans, como tal infeliz, pero siempre fiel á su marido como á su Rey, y cuyas virtudes y belleza, derraman algunos rayos de nítida luz en el sombrío conjunto de aquella tristísima época.

Pertenecia Valentina á la ilustre familia de Visconti que, durante dos siglos dió Jefes y Señores á Milan, y que largo tiempo fué cabeza del poderoso bando de los Gibelinos, uno de aquellos dos cuyas luchas incesantes ensangrentaron la Italia por espacio de cuatrocientos años. Ya en el XI° siglo hace la historia mencion de algunos notables Viscontis; mas la grandeza de aquella casa data de Othon, que en el año 1268 ocupó la suprema magistratura de Milan.

Como hija del Duque Juan Galeazo Visconti, y de Isabel de Francia, cuya mano otorgó su padre el Rey Juan al Príncipe italiano para obtener de él cuantiosos pecunarios subsidios en uno de sus muchos apuros, era Valentina, por consiguiente, de la real sangre francesa. Pocos datos suministra la historia en cuanto á su vida: pero sus largas desdichas provocan inevitablemente un tierno interés; y al encontrarla figurando en muy dolorosas escenas, sin que ni la calumnia misma osara manchar su nombre con acusaciones como las que oscurecen las mas de las reputaciones de la época, imposible es no confesar que debió su virtud de conservarse inmaculada en medio de aquella atmósfera de vicios y de crímenes.

Carlos V, cuyo reino pasó rápido como bienhechora ráfaga por el desierto, dejó en pos de sí dos hijos y una hija: Carlos, Luis, y Margarita; el primero contaba apenas doce años cuando ciñó la corona bajo el nombre de Carlos VI; el segundo, Luis, tomó el título de Duque de Orleans, y de él y de Valentina de Milan procede la rama de la regia estirpe francesa, que aun conserva por apellido aquel dictado.

Saludaron los pueblos con gritos de júbilo y expresiones de amor el

advenimiento del Rey niño, extendiéndose su entusiasmo igualmente á su menor hermano. En ambos se complacia la nacion en ver dechados de virtud y gracias; los coronistas no acaban nunca de estampar la multitud de faustos presagios que el nuevo reinado inauguraban; y con aplauso universal era notorio el tierno cariño que á los dos Príncipes entre sí unia. ¿Quién dijera entonces que mas tarde habia Luis de profanar torpemente la santidad del fraternal amor?

Durante la menor edad de Carlos VI asolaron el reino con sus depredaciones y rivalidades, sus tres tutores y tios paternos los Duques de Anjou, de Berry, y de Borgoña, sin que el de Borbon, tio tambien del Rey aunque por la línea materna, y hombre de estimables dotes, tuviera poder bastante para impedir ó compensar los males de un gobierno faccioso y de una administracion tan injusta como poco inteligente. A los diecisiete años de edad fué Carlos unido en matrimonio á Isabel, hija del Duque Estéban de Baviera, Princesa que solo contaba entonces catorce años, y cuyo advenimiento al trono francés fué para la nacion uno de los mas funestos acontecimientos de su historia.

Celebróse, empero, la coronacion del jóven Monarca con esplendidos festines y magníficos torneos, en los cuales la flor de la Caballería de toda Europa, acudió á disputar en vano el premio del valor y la destreza, á los naturales de la tierra, que, vencedores y por manos de la hermosura coronados, gloriábanse de su ardimiento proclamando que: « Si del infierno » surgiera el mismo Satan, envuelto en sus eternas llamas, y su guante » en la arena arrojara, inmediatamente acudiera algun francés caba- » llero á cruzar el hierro con *el Malo*, aceptando su reto. »

Por entonces tambien quiso Carlos VI casar igualmente á su hermano, á quien previamente tenia dados inequívocos testimonios de amor en gracias y dones generosos cuanto espléndidos, pero mas propios á excitar que á satisfacer la naciente insaciable codicia de aquel Príncipe. Valentina llevó en dote á su esposo cuatrocientos mil florines de oro, el Condado de Asti, y la expectacion del de *Vertus* en la Champaña, procedente de los bienes dotales de Isabel de Valois, madre de la augusta novia. Celebráronse las bodas en Melun con magníficas fiestas y marciales torneos, durante tres dias, en que el Rey mismo y el Duque de Orleans, quebraron

lanzas como simples caballeros, y dando Carlos ya muestras del insensato ardor con que á placeres y violentos ejercicios estaba en su índole entregarse. Segun las crónicas coetáneas, llenas de curiosos pormenores y de animadas descripciones que, por decirlo así, galvanizan el cadáver de aquella época en la fantasía del lector, los pueblos olvidando pasados y presentes males, con la facilidad que acostumbran, dejáronse ir á la corriente de los cortesanos regocijos, y de buena fe vieron en ellos seguros anuncios de una era de felicidad ó cuando menos de esperanza: mas ¡ay! que en el seno de aquella general infundada alegría germinaba ya el manantial de desdichas sin cuento, que iba pronto á inundar la Francia de cenagosos sangrientos raudales! Terminároнse aquellas fiestas, nos dice la crónica, en una noche de máscaras y locura, en que los Grandes del Estado se entregaron á infames goces, « fuente de los sucesivos males. »

La gravedad y la tristeza naturales en el carácter de Valentina eran ya elementos de malestar para ella en una corte tan frívola como voluptuosa, donde tales dotes no podian menos de mirarse como antipáticos contrastes, si no como tácitas reconvenciones: pero á mayor abundamiento poco tardó en revelarse un terrible síntoma de infelicidad doméstica, en la no disimulada inclinacion del Duque de Orleans á su cuñada la Reina. Las primeras voces que revelaron aquel incestuoso amor, anunciaban á la Francia, sin darse de ello cuenta, todos los horrores de la mas sangrienta de las tragedias.

Valentina dió á luz su primer hijo, á quien su padrino el Duque de Bourbon dió el nombre de Carlos; y Luis, aprovechando aquella ocasion, como cuantas se le presentaban, de acrecer á un tiempo sus riquezas y su poder, obtuvo fácilmente de su hermano el Ducado de Orleans á trueque del de la Touraine. Advirtámoslo de una vez para siempre: los placeres y los devaneos, con ser en él continuos, nunca hicieron al Duque olvidar sus dos pasiones capitales, la ambicion y la codicia; y el Rey, ciego en su cariño, jamás dejó tampoco de satisfacerlas ambas en cuanto estuvo á su alcance.

En tanto el abuso de los placeres por una parte, y por otra penas en secreto devoradas, minando rápidamente la salud del Rey produjéronle una grave enfermedad, al salir de la cual y durante su larga convales-

cencia viósele caer en profunda melancolía, cuya fuerza resistió á todo género de distracciones y aun de seducciones. Para distraerle y reanimarle en la apariencia, para otros fines en realidad, renováronse entonces las *Cortes de Amor* de los tiempos ó de los romances caballerescos, y que como es sabido, eran asambleas de ambos sexos, en que el bello predominaba, y en que, no haciéndose mas que discurrir metafísica y conceptuosamente sobre asuntos amorosos, lo que se lograba era, con formas galantes, excitar continuamente los sentidos. La Reina como de razon fué soberana en aquellas cortes; Príncipes y Princesas, con el Duque de Orleans á la cabeza, áulicos y trovadores, completaron aquel singular concilio, en que con la corrupcion mal disfrazada se pretendia curar á un Príncipe por la corrupcion misma estragado. Malo era el remedio, y fué además ineficaz; las raices de la dolencia del Rey estaban en su corazon demasiado hondas para que la frivolidad pudiese arrancarlas.

Habíase recientemente renovado la tregua con la Inglaterra, y desembarazada por el momento la Francia de enemigos extrangeros, quedóles libre el campo en lo interior á las pasiones facciosas; sin que el nacimiento del primogénito de Carlos VI ni las fiestas con que oficialmente fué celebrado, bastaran á conjurar la fatídica tempestad á estallar pronta; y que comenzó, por decirlo así, con la horrible tentativa de asesinato que á referir vamos.

Cierta noche, poco tiempo después de las fiestas por el nacimiento del Príncipe, saliendo del palacio de San *Pol*, el Condestable Clisson que habia asistido á la cena del Rey, vióse acometido súbitamente en la calle de la Culture-Sainte-Catherine, que confiadamente cruzaba, por una banda de asesinos, que le dejaron por muerto desangrándose en el suelo. Hechas las averiguaciones convenientes súpose que el principal culpable era Pedro Craon, amigo del Duque de Bretaña; y que á los estados de este habia huido en busca de un asilo que le fué otorgado. El Rey, en consecuencia y cumplimiento de su palabra á Clisson empeñada, declaró la guerra al de Bretaña, contra el parecer de los Duques de Borgoña y de Berry, sus tios, pero siguiendo el de su hermano el Duque de Orleans.

Desdichadamente ya entonces no habia ni dignidad ni patriotismo en los consejeros del Monarca, y contagiado el pueblo, como siempre acon-

tece con tales gobiernos, tampoco por su parte sentia los estímulos del nacional espíritu. La guerra pues se emprendió sin entusiasmo por parte de la Francia, y el Rey mismo se dejó poner mas que se puso en campaña. Dijérase que, no pudiendo preveerlo, presentíase al menos el rayo desolador que sobre la Francia iba á desplomarse, cuando el ejército caminaba indeciso y desanimado hácia la provincia de Maine.

« Siéntome (dice el coronista conocido con el nombre de Monge de » San Dionisio) siéntome tanto mas incapaz de pintar aquel desastre, » cuanto que hallándome al ocurrir en el ejército, fuí de él testigo ocu- » lar, y no puedo pensar en tan tremenda catástrofe sin nuevo terror, y » turbacion de mis sentidos. »

Ya hemos dicho que de tiempo atrás el entendimiento del Rey venia gradualmente debilitándose : primeramente los placeres enervaron su fibra ; luego disgustos domésticos destrozáronle el corazon : por manera que tendiéndose cada vez mas denso sobre su espíritu un tupido velo de amarga melancolía, visiblemente fueron despareciendo los brios de la razon, y hasta la bondad del carácter mismo. ¡Horribles síntomas de una desgracia mucho mas horrible aun que todos ellos !

Así las cosas, ocurriósele al Rey un dia hacer tocar á caballo á todos los clarines del ejército, y formar este en batalla fuera de los muros de la ciudad del Mans, sin objeto aparente alguno. Obedecióselo no obstante; mas cuando el Monarca á caballo y con su séquito ordinario iba á atravesar la selva inmediata á la ciudad, inopinadamente saliendo de su espesura un hombre á manera de fantasma envuelto en un blanco sudario y desnudo de pié y pierna, arrojóse sobre el caballo del Príncipe, y sujetándole con la brida clamó : « ¡Rey ! No prosigas adelante, porque vas » vendido ! » — Dichas esas palabras el espectro huyó á la selva sin que nadie se lo estorbara ni persiguiera ; y Carlos aunque pálido, trémulo, y descompuesto el semblante continuó silencioso su camino. A poco el page de lanza, hirió con ella por descuido ó torpeza el casco que otro page llevaba, produciendo el choque como era natural un metálico sonido que, como si fuera el de la trompeta del supremo dia, hizo al Rey estremecerse y salir de la especie de letargo en que caminaba, para desenvainar su espada y con ella en la mano acometer furioso á sus pages clamando :

« ¡Sus! ¡sus! contra estos traidores : » — Viendo aquel frenesí acude el Duque de Orleans inmediatamente á interponerse; mas el Rey cierra con él furioso y matárale á no estorbarlo el Duque de Borgoña, aconsejándole que huyese, y dando voces de que acudiesen todos á sujetar al Monarca que la razon habia perdido. Sujetarle, sin embargo, no fué posible hasta que agotadas sus fuerzas por el exceso mismo de la ira, él mismo, rota la espada, se dejó caer en brazos de los suyos quienes, encadenándole, pusiéronle en una carreta de bueyes, y con él dieron así tristemente vuelta á la ciudad. Carlos estenuado de cansancio, y con aspecto de fúnebre idiotismo, permaneció dos dias enteros sumido en tan profundo letargo que con la muerte pudiera confundirse.

De aquel medio cadáver, sin embargo, se nos habla después como de un Rey que tiene hijos, que da órdenes, que está á punto de perecer abrasado en un baile de máscaras, donde de *salvage* disfrazado se le hace figurar ignominiosamente. ¡Augusta sombra, tan infeliz como dolorida, que sirve de fantástico centro á un mundo ,sobradamente real, de sangrientas orgías ! ¡Regio espectro con cuya helada diestra se firmaban decretos de proscripcion, y que inocente de la sangre que en su nombre á la luz del sol se derramaba, aparecíase á los vivos á favor de las sombras de la noche, para deplorar con ellos los males del pueblo !

A la nueva de aquella catástrofe consternóse la Francia ; y cuanto la Religion tiene de mas augusto, cuanto la supersticion puede sugerir de mas absurdo, otro tanto y mas se hizo, aunque en vano, para devolverle al Rey la razon perdida. ¡Dios habia impreso en la frente de la Francia el sello de la desdicha !

Vicios y ambiciones arrojaron la máscara insolentes así que el estado de Carlos vino á quitarles el débil freno que antes los contuviera : los Duques de Orleans y de Borgoña disputándose un cetro que la regia mano empuñaba débil y por la razon no guiada, torcieron para largo tiempo aquel que debiera ser siempre símbolo de la recta justicia ; y la corte entretanto haciendo de la enfermedad del Rey pretexto á su disipacion, entregábase, so color de distraerle y aliviarle, á desordenadas fiestas que, encendiendo las pasiones del infeliz Monarca, hacian horribles para él mismo los escasos lúcidos intérvalos en que recobrando momentáneamente

la razon, le era dado comprender el abismo de abyecta miseria en que vivia.

Entre aquellos fatales pasatiempos recuerda la historia uno que hubo de ser funesto, y cuyo escándalo quiso expiarse con aparentes actos de devocion; por manera que para que nada faltase á la perversidad de la época, juntáronse en impío consorcio la orgía y la penitencia, el libertinage y la oracion; y mientras el Rey arrastraba penosamente su existencia, pasando alternativamente de la razon al delirio, del dolor al frenesí. La historia no recuerda tiempos tan calamitosos como aquellos!

Los emblemas de la monarquía eran insoportables al infeliz Carlos en sus accesos: sobre todo la vista de las flores de lis le ponia furioso, excitándole á destruirlas furiosamente. Por lo que respecta á su muger, tan débil era la impresion que en su ánimo dejara, que al verla solia decir: « ¿Quién es esa? Ved qué quiere, y que me deje en paz. » Negaba además que estuviese casado, y que tuviera hijos: mas de esa aversion universal á sus parientes, exceptuaba sin embargo á Valentina de Milan, cuyas atenciones y consuelos recibia con placer y gratitud. Quizá se explique ese fenómeno, por la analogía de las penas de ambos: pero por lo que quiera que fuese, llamábala siempre « su querida hermana, » calmábase con su presencia, y con ella sola parecian serle menos largas las tristes horas de su melancólica existencia, cuando un relámpago de razon le dejaba contarlas. Nadie, sin embargo, sospechó siquiera que tales preferencias procedieran del impuro orígen que las relaciones entre el Duque de Orleans y la Reina: antes por el contrario, faltó muy poco para que la ciega cólera del vulgo acusara á Valentina de haber con hechizos trastornado el juicio del Rey, fundándose (dice el Monge de San Dionisio) en que la Princesa era natural de Lombardía, país que en aquel tiempo pasaba por clásico en punto á venenos y sortilegios. Tales eran las preocupaciones entonces dominantes: no pudiendo las gentes explicarse lo extraño de sus desdichas acudian al crímen para explicarlas; y no pareciendo tampoco el crímen causa bastante, apelábase á las mas monstruosas quimeras. ¡Pobre Valentina! Todos sus hechizos consistian en los naturales de su persona; la Francia bárbara, viéndola trasportar á su rudo clima las urbanas costumbres, y el amor á las artes de la civilizada

Italia, tomóla en su ignorancia por Mágica, y no fuera extraño que la condenase á la hoguera por su belleza, como lo fué luego Juana d'Arc por su gloria. Dícese que no solamente con su conversacion consolaba al Rey, sino que inventó además para distraerle el juego de naipes, invencion que hace exclamar á Chateaubriand: « ¿Qué testigo nos queda de la » triste enfermedad de uno de nuestros Monarcas? ¿Qué monumento » durable testifica para nosotros las calamidades de un reinado que, » comenzando con la aparicion de un fantasma, se terminó en la de una » pastora? — Una amarga irrision del destino de los imperios, y de la » fortuna de los hombres: una baraja de naipes. »

Dos mugeres disputaban á Valentina de Milan la primacía en la corte: la Reina Isabel de Baviera y la Duquesa de Borgoña, ambas procurando siempre sobreponer la bandera de sus pasiones á la bandera francesa. La primera abandonándose desenfrenadamente á sus sórdidos sentimientos, interponíase constantemente entre las armas de la patria y sus enemigos, añadiendo así nuevos eslabones á la cadena extrangera; la segunda, de poder insaciable, solo aspiraba á colocar en el mas alto puesto los timbres de Borgoña; una y otra con sus rivalidades y rencillas ofrecian indefenso á los golpes del Inglés el seno de la Francia.

Durante algun tiempo, no obstante, vióse libre el país de sacudimientos políticos, ya porque el Duque de Borgoña, dueño del poder supremo y en posesion además del aura popular, supo contener prudente los odios; ya porque el Duque de Orleans gozando, merced á Valentina, de no pequeña parte del favor del Rey, se mantuvo por su parte tranquilo. En realidad, entre las espadas y las envidiosas ambiciones de entrambos Duques, el cetro de la hermosura estuvo siendo el montante largos dias: Valentina de Milan, con el irresistible encanto de su belleza y de sus insinuantes acentos, dióle á su esposo amigos y cortesanos, y suavizó temporalmente el furor de sus contrarios.

Mas una vez notorio que la cura de Carlos VI era imposible, desapareció con la esperanza de su restablecimiento el dique que á duras penas contenia el torrente de males pronto á inundar la Francia. La Reina Isabel despojándose de las fúnebres tocas en que envolverse debiera, y hollándolas impúdica, entregóse con frenético cinismo tanto á los excesos

de un lujo escandaloso, como al impulso de sus desordenadas pasiones. Reina, envileciendo la diadema; muger, violando las leyes del pudor mismo, atrájose con sobrada justicia el odio y el desprecio de un pueblo que, aunque incivilizado, tenia honra y no podia presenciar impasible el espectáculo de tan infames desórdenes.

Dividida la aristocracia en dos facciones, la Borgoñona y la Orleanista, vióse teatro y víctima de una incesante guerra civil, en que cada bando al acusar con razon de los mas impíos excesos á su contrario, cometíalos mayores á su vez por via de represalias. Poco importó para alivio de los pueblos que muriese el Duque de Borgoña, pues sucediéndole *Juan sin Miedo*, Príncipe que carecia de las buenas dotes que en parte compensaban los defectos de su padre, las cosas en vez de mejorar, empeoraron rápidamente. El nuevo Duque, pródigo con el pueblo, llegó á ser ídolo de este y á persuadirle de que su único objeto era libertarle de los males que le atormentaban y cuyo origen atribuia al de Orleans exclusivamente.

Parecia que la furia de entrambos Duques, sirviéndose como de terrible máscara del pretexto de la miseria pública, era ya de por sí calamidad intolerable: pero todavía la suerte en sus rigores inagotable, quiso añadir á los estragos de la civil contienda, todos los enconos de una lucha religiosa, con el cisma producido por la eleccion simultánea al pontificado de Bonifacio IX en Roma, y de Benedicto XIII en Aviñon; cisma en que tomaron parte los Príncipes temporales, y su sangre derramaron copiosamente los agoviados pueblos.

Coincidiendo con tan desastrosos acontecimientos tuvo lugar una grave crisis en la enfermedad del Rey que sirvió de pretexto á que se renovaran las ridículas cuanto absurdas acusaciones de sortilegios contra Valentina de Milan, añadiéndoseles entonces, porque la calumnia es de suyo ascendente, la mas horrible aun de haber querido envenenar al Delfin de Francia con una manzana que por equivocacion comiera, costándole la vida, uno de los hijos de la misma Valentina. Con motivo, ó mas bien aprovechándose de tan atroces calumniosos rumores, el Duque de Orleans mandó á su esposa, « en magnífico tren, » á la villa de Neufchatel sobre el Loira; destierro, casi no disimulado, que Valentina soportó con su acostumbrada dulzura.

Carlos, en los primeros tiempos de su desgracia objeto de su solicitud, vióse pronto al abandono, á la soledad, al mas completo olvido condenado ; porque la piedad en los cortesanos, sobre no ser natural ni de larga duracion, desparece luego que no la fomenta la esperanza del favor, ó la perspectiva del premio. Solo el pueblo se acordaba de su Rey viéndole enfermo y desvalido ; solo el pueblo mas sensible á los naturales impulsos del sentimiento, que á las ambiciosas miras, y aun que á los preceptos de la obligacion misma.

En tanto habíase apoderado la Reina del Rey y del reino, y haciéndose declarar tutora absoluta de sus hijos, creyóse en estado de romper con todo género de consideraciones y respetos. Solo y miserable quedó el Monarca en las desiertas habitaciones del palacio ; miserables y solos los Príncipes sus hijos tambien ; aquel sin capacidad ni para quejarse, estos sin mas fuerza que la de las lágrimas para defenderse. — « No tienen *ni qué comer, ni qué vestir* », díjole un dia sollozando el aya de los Príncipes. — ¡ « Ay de mi ! repuso Carlos con amargo dolor, no estoy yo » mejor tratado. » En tal abismo de miseria y de ignominia se veia la dignidad real entonces sumida.

En cuanto al Duque de Orleans consolábase del odio universal del pueblo, entregándose desenfrenadamente á un libertinage, fruto del cual es de sentir que fuese un glorioso campeon de la Francia, el bastardo Dunois, por el Duque habido en Marieta de Enghien, muger de Auberto de Cany.

Mientras que las guerras incesantes entre Orleans y Borgoña desolaban la Francia, no contribuia poco el abandono en que su Rey se veia, á contristar los corazones ; porque su lamentable situacion por años prolongada, era de todos conocida. Negándose á entrar en el lecho y á mudar nunca de vestidos, llegaron sus fuerzas á extenuarse, su aspecto á ser asqueroso. Veíasele vagar como un espectro en su desierto palacio, sin mas compañía que la de una jóven, que con abnegacion sublime se habia consagrado al infortunio. Esa jóven era *Odeta* , nombre en su tiempo popular, hoy de poética memoria ; Odeta que por la mano impúdica de la criminal Isabel misma, conducida al lecho de su demente esposo, encontró en su corazon fuerzas para redimir su pecado convirtiéndose en

amante guarda y celosa servidora del infelicísimo Monarca. Convertida la regia mansion en cárcel de un loco, una muger por el vicio degradada, mas por la caridad redimida, quedó sola para representar cerca de Carlos VI la corte desertora, y la desleal familia. ¿Quién se atreverá, quién, á tirar la primera piedra contra *Odeta*, por el pueblo apellidada en su tiempo la *Reinecita?* — Seamos indulgentes como lo fueron los contemporáneos, con flaquezas exentas al menos del escándalo y de los crímenes que concitaron contra Isabel de Baviera la saña de su época y las maldiciones de la historia.

Odeta, consagrándose á rescatar con lenta pero segura expiacion sus antiguos pecados, y por la compasion al Rey encadenada, un dia tras otro y todos, empleábalos en procurar oscura y silenciosamente algun alivio, algun mejora, á los males y en la situacion de aquel Príncipe á quien todo se le negaba menos la ilusoria posesion de una corona que de nada le servia.

¡Cuán dichosa era la *Reinecita*, cuando alcanzaba ya un viejo almohadon para que en él reclinara la cabeza el pobre loco, ya algunas migajas de los banquetes de Isabel, para engañar el hambre de su desfallecido esposo!

En vez de las lisonjas y adulaciones que extraviaron su juventud, Odeta entonces no via en torno de sí mas que la triste sonrisa del regio insensato; no tenia otra distraccion que la de espiar, con maternal solicitud, la vaga expresion de los ojos del Rey, para adivinar por ella sus deseos y sus necesidades. De tarde en tarde solia penetrar en aquel lóbrego retiro algun caritativo religioso, á hacer limosna de sus oraciones: repetíales la *Reinecita* las incoherentes frases de Carlos, y los peregrinos conservábanlas en la memoria, para trasmitírselas á la Francia y á la posteridad.

« Por la mañana acicálase ordinariamente al espejo, como si todavía le tocara dar audiencia... A veces, un destello de energía brilla fugaz con falso resplandor en su entendimiento; y entonces la ingratitud de los Grandes y los padecimientos del pueblo son los objetos que, al despertar de su pensamiento, le preocupan. Así suele exclamar á veces: « *A mi* » *voluntad no mas que la mia. No quiero tutor ni regente... Heral-*

» *dos, tocad los clarines! — ¡Largueza! ¡Largueza!... A los pobrecitos* » *dadles trigo... ¡Sangre en todas partes! ¡Lodo!... ¡Armas!... ¡Bajad* » *los puentes levadizos! — ¡A mi los fieles. El pueblo llora .. — ¡Lar-* » *gueza!... ¡Largueza!... ¡Ay, querida mia, qué hambre tengo!* » Y en verdad que muriera el Rey nuestro señor, si yo no fuese á pedir como de limosna algunos mendrugos para entrambos. ¡ Quién no llora, padres, ante tan doloroso desastre ! »

Abandonado, solo, hambriento y demente, Carlos estaba en continuo movimiento dentro de palacio, ya por efecto de la inquietud en su estado característica, ya porque el natural instinto le impulsara á buscar lo que mas necesario le fuese entre lo mucho de que carecia : mas por una causa ó por otra, el hecho es que en una de sus correrías, acertando á penetrar en la cámara de la Reina, sorprendióla en flagrante delito de incontinencia. A vista de su propia infamia, devolvióle súbitamente el honor la razon de que la desdicha le privara; y tal fué la energía de su voluntad, tal la firmeza con que su voluntad de Rey ofendido, de esposo ultrajado, y de juez supremo manifestar supo, que allí mismo en su presencia el ejecutor de la justicia, la hizo de uno de los delincuentes, aunque sin derramamiento de sangre. A la mañana siguiente, los barqueros atravesando el Sena á la altura de la Torre de Nesle vieron flotar un saco de cuero, sobre el cual se leia escrito : « *Dejad pasar la justicia del Rey.* » La Reina fué desterrada á Tours.

Al aparecer así la sombra de la monarquía para castigo de un gran crímen, creyó el pueblo ver en ello, por una parte, la mano de Dios sobre los delincuentes; y por otra la resurreccion intelectual del Rey. Engañóse en lo primero por el momento, y completamente en lo segundo; pues el esfuerzo mismo de la naturaleza para devolver á Carlos moral energía bajo la presion de un grande agravio, hízole caer al dia siguiente en mas profundas tinieblas que nunca; y para Isabel no habia escarmientos posibles. Volvió pues el marido á la soledad, al abandono, y á los cuidados de la *Reinecita ;* como la infiel esposa á los desórdenes; y en tanto el extrangero adelantó un paso mas en el destrozado suelo de la Francia.

Hubo un momento, sin embargo, en que pudo esperarse algun alivio, ya que no fundamental remedio á tantos males; porque, cediendo al pa-

recer á la razon de Estado, ambos jefes de partido, juráronse en el consejo real inviolable amistad, partiendo, segun la costumbre de entonces, las *especias y la copa*, abrazándose y comulgando además juntos. Por parte del Duque de Orleans aquella relacion fué sincera ; no así por la del Duque de Borgoña, que al estrechar la mano que su adversario le tendió francamente, hízolo apoyándose ya en el alevoso puñal que preparado le tenia ; y al aceptar el convite del esposo de Valentina, estaba resuelto á enviarle traidoramente al gran banquete de los muertos, no á partir con él en esta vida el pan terrestre, como el celestial habia partido en la santa mesa.

Seis meses tardó, no obstante, en consumar su crímen : seis meses durante los cuales supo ocultar á todos así el secreto de su ira como el de la atroz venganza que meditaba, y para cuya realizacion no dejó de trabajar un solo dia en todo aquel plazo, comprando al efecto el palacio llamado de *Nuestra Señora* en la calle *Vieja del Temple*, entre el de *San Pol* » mansion del Rey, y el de *Barbette*, lugar destinado á los placeres de la Reina. Situado por decirlo así, en el corazon del campo enemigo, el Duque de Borgoña espiaba de cerca á sus contrarios, conspirando casi á vista de ellos impunemente, y sin mas riesgo que el de llamar demasiado la atencion por efecto del misterio mismo de su conducta; percance que estuvo á punto de acontecerle y que evitó por desdicha.

Estaba escrito que el crímen habia de consumarse, y consumóse en efecto, llegada que fué su hora. — Con motivo de haber dado á luz Isabel de Baviera un infante, que dejó de ser apenas nacido, el Duque de Orleans fiando en la paz jurada acudió sin escolta ni acompañamiento al palacio de *Barbette* á visitar su cuñada, y pasó todo un dia con ella y su propia esposa Valentina de Milan, quien para asistir á la Reina durante su enfermedad habíase allí antes trasladado.

« Las siete acababa de dar la campana del vecino convento (dice la cró-
» nica) y apenas era caido el polvo de un minuto del reloj de arena de
» la cámara de Isabel, cuando un page vestido de la librea de la real casa,
» presentóse á requerir al Duque de Orleans para que prontamente acu-
» diera á donde Carlos VI le llamaba; y en realidad urgente era siempre
» obedecer á tales llamamientos, porque los destellos de razon en el en-
» tendimiento del Monarca nunca eran largos, pero sí útiles siempre,

» como si Dios para eso solamente se los concediese, al alivio y socorro » de sus pueblos. Apresuróse, pues, el Duque de Orleans á salir del pa- » lacio de Barbette para el de San Pol, sin mas compañía que la de dos » lacayos con antorchas encendidas para alumbrarle; porque era ya pa- » sada la hora de la *queda*, y la noche una de las mas nebulosas del mes » de Noviembre. De prisa caminó el pobre Príncipe hasta la esquina de » la calle *vieja del Temple*, mas de allí no pudo pasar, detenido por el » brusco simultáneo ataque de dieziocho malsines, pagados por muy alto » personage, y que al decirles la víctima : « Soy el Duque de Orleans! » » respondiéronle brutalmente : « Bien lo sabemos », y después de haberle » cosido á puñaladas, poniéndole la cabeza sobre una piedra, deshicié- » ronsela con tan violentos golpes de maza, que los sesos saltaron hasta el » lodo. — ¡Muerto es! » clamaron los asesinos; mas primero uno de ellos » acercóse á cerciorarse de ello con una antorcha ; y luego del *palacio de* » *Borgoña* vióse salir á un hombre con *roja caperuza* (el color rojo era » y es el de la casa de Borgoña), el cual acercándose al cadáver, y dado que » le hubo el postrer golpe de maza, exclamó tambien : « *Muerto es!* » Quién era aquel hombre, la historia no lo sabe, y sin embargo lo dice ; y con mas verdad acaso que otras muchas cosas que demostrar pretende.

Uno solo de los servidores del Duque de Orleans, fiel á su señor en aquel supremo trance, tuvo el heroismo de arrojarse sobre su cuerpo para defenderlo de los asesinos, clamando : « ¡Socorro! Señor y dueño mio! » Murió como era inevitable : pero su muerte parece que, con el espectáculo de una fidelidad á toda prueba, alivia el ánimo del horror que en él causa la maldad villana de aquella catástrofe.

Así acabó Luis de Orleans, Príncipe á quien departiera el cielo muy altas dotes, anuladas todas por el libertinage y la avaricia, y que expiando á la temprana edad de treinta y seis años, los males sin cuento que á su país causara, nos ofrece uno de los muchos ejemplos de cómo sabe la divina Providencia en sus inescrutables designios, servirse á veces hasta del crimen mismo, para instrumento de su eterna justicia. Hase considerado el testamento del Duque como una muestra de su gran piedad, por los muchos dones sin duda que en él hizo á la Iglesia ó mas bien al clero : nosotros sin negarle la fe, no podemos concederle la verdadera piedad al

que vivió en perpetua escandalosa contradiccion con todos los preceptos de la moral cristiana, y hasta de la moral de los gentiles mismos. La verdad es que en aquellos tiempos de ignorancia y supersticion, los Grandes llegaron á imaginarse que los pecados se rescataban todos y siempre con el oro; y que no faltaban clérigos que pusieran su absolucion á precio de ricos dones para su comunidad ó para su iglesia. La piedad sin ilustracion, haciendo fanáticos supersticiosos, no es menos peligrosa que la ilustracion sin moralidad, de donde salen los impíos.

El Duque de Borgoña, comenzando por negar su crímen, acabó por alabarse de haberlo cometido, que es siempre lo que por último recurso hacen aquellos que siendo con tal evidencia culpables que la negativa les es inútil, gozan de poder bastante para que el castigo no les alcance. A mayor abundamiento el pueblo que no fué nunca afecto, ni mucho menos, al Duque de Orleans, en vez de indignarse por ella, celebróla en alegres canciones, fenómeno á primera vista incompatible hasta con los mas elementales sentimientos de humanidad, pero que se explica demasiado bien por el estado de normal subversion en que la sociedad se hallaba entonces. Cuando las naciones bien gobernadas viven bajo el amparo de justas leyes y de sus derechos gozan tranquilas, el crímen es naturalmente objeto de horror y universal indignacion: cuando los excesos de la tiranía, sea del género que quiera, convierten el estado social en perpetua lucha; cuando nadie cuenta para mañana con su hacienda ni con su cabeza, ¿qué mucho que á todo lo demás se muestre indiferente?

Poco tardó en esparcirse en París, y en salvar sus muros para trasmitirse al resto de la Francia, la nueva del asesinato del Duque de Orleans, llenando de tal pavor á la adúltera Isabel que, sin perder un instante, hízose trasladar al palacio de *San Pol*, para ponerse allí bajo la proteccion de aquel mismo cuya locura en gran parte procedia de los excesos de la Reina misma.

Mas donde el trágico suceso produjo aun mucho mas efecto que aquel que de los antecedentes pudiera inferirse, fué en el castillo de Blois, lugar entonces de la residencia habitual de Valentina y de su familia. Qué habia sido para ella el asesinado Príncipe, ya lo sabemos: un esposo siempre infiel, nunca siquiera considerado, y sin embargo la hermosa viuda dió

muestras de inmenso dolor mesando sus cabellos y rasgando sus vestiduras con desesperacion tal, que mas por ella que por la pérdida que de hacer acababan y cuyas consecuencias no podian calcular aun, deshacianse tambien en lágrimas y sollozos sus tiernos inconsolables hijos. ¡Pobres niños! A ninguno de ellos les permitian sus años ser de utilidad alguna á su desconsolada madre; á ninguno, ni aun al bastardo Dunois, por Valentina generosamente acogido, y que ya, si no con fuerzas todavía, sentíase con alientos bastantes para responder como lo hizo, cuando la Princesa exclamaba: « ¿Quién, Dios mio, quién me hará justicia? — ¡Yo, señora! » con resuelto acento.

Poco tardó sin embargo aquella valerosa muger en recobrarse; y sintiendo que algo mas que lágrimas exijian de ella las circunstancias, resolvió ir á echarse á los piés del Rey para pedir justicia, á cuyo efecto trasladóse á París con todos sus hijos, en solemne melancólica comitiva, impresionando su duelo tan profundamente los corazones todos, que nadie al contemplar aquella enlutada madre en medio de los desolados huérfanos, acertaba á recordar las culpas de la víctima cuya venganza á reclamar iba. « Salieron, nos dice la crónica, los Príncipes todos á recibirla fuera de los muros de la ciudad; « nunca hasta entonces se viera tan gran luto, » porque la Princesa y todas sus damas iban vestidas y tocadas de negro, » y su carroza, por seis blancos corceles tirada, iba tambien toda con ne- » gros paños cubierta. » Reinaba en torno el mas profundo silencio, y el pueblo, sin renunciar al odio ardiente que siempre á la memoria del Duque de Orleans profesaba, dejábase no obstante ir á compasivo llanto, movido á piedad por las virtudes y desdichas de Valentina, y por la orfandad de sus hijos, que era lo que en la fúnebre ceremonia descollaba.

» Apeóse la Duquesa en el palacio de San Pol, donde Carlos VI, á la sazon en uno de sus cortos lúcidos intérvalos, la recibió con evidentes señales del vivo afecto que siempre la profesara, sin consentir que á sus piés permaneciera, y escuchando con lágrimas en los ojos, el discurso que tambien por el llanto y los sollozos interrumpido, le dirijió en seguida « su » muy querida hermana. »

Aunque débil y desautorizado el infeliz Monarca, que conservó siempre entero en su corazon el sentimiento de la justicia, ofreció sincero vengar

la muerte de un hermano á quien tan tierna, aunque tan infelizmente habia siempre amado : sus propósitos, empero, fueron y no podian menos de ser estériles, faltándole como le faltaba la fuerza necesaria para hacerse respetar y temer de los grandes criminales que á un tiempo deshonraban y destrozaban la monarquía.

Un momento y solo por el miedo de Paris alejado, el Duque de Borgoña reapareció pronto en aquella ciudad al frente de mil hombres de armas, con los cuales se estableció cínicamente en su palacio de Artois, convirtiéndolo en una formidable ciudadela, por sus no menos formidables satélites defendida. Acogióle el pueblo con entusiastas aclamaciones ; y la infeliz Valentina, viéndose sin fuerza para disputarle su impunidad al asesino protegido á un tiempo por sus propias armas, y por el prestigio de la popularidad, hubo de huir de la capital, donde entre otras razones no podia considerarse segura, por la de haberse renovado contra ella, muy interesadamente por el bando borgoñon, la antigua absurda acusacion de sortilegios, con motivo de estar el Rey de nuevo en su habitual estado de demencia.

En tanto el asesino, sembrando el terror en torno de sí, llevó la audacia hasta el punto de hacer que en consejo pleno, presidido por el jóven Delfin, en presencia de los Príncipes y de la Magistratura, un mal fraile franciscano, pronunciase no como quiera una defensa, sino la apología, el elogio de su horrendo crimen. En mudo estupor escucharon el cínico discurso los magistrados del Parlamento, gimiendo los Príncipes, con rubor sin duda el Delfin : pero ni magistrados, ni Príncipes, ni Delfin, osaron replicar una sílaba, y la asamblea se disolvió llevando cada cual al salir de ella un dardo envenenado en el corazon y un sello de infamia en la frente.

La Reina aterrada retiróse con los Príncipes á Melun ; y el de Borgoña dueño entonces único de Paris y de la persona del Rey demente, fácilmente obtuvo de este, de grado ó por fuerza, una Real Cédula de perdon y olvido, ó mas bien de abolicion de todos los procedimientos y querellas contra el Duque hasta entonces intentadas.

Dijérase, y las apariencias lo justificaban, que desde aquel momento la Francia toda estaba á merced del Duque de Borgoña : mas lejos de ser así, la reaccion tardó muy poco en hacerse sentir en el Reino, con tal

fuerza contra el bando asesino pronunciada, que *Juan sin miedo* hubo de tenérselo bastante á la ira universal contra su persona conjurada para retirarse á sus estados de Flandes, y allí convertir sus fuerzas á la guerra que se hacian dos competidores al obispado de Lieja. En consecuencia la Reina pudo regresar triunfante á París, y apenas allí de nuevo establecida llamar á su lado á Valentina de Milan, que acudió en efecto á la corte, mas siempre enlutada, y solo para pedir justicia del asesinato de su esposo. Otra vez el pueblo fué á piedad movido por las lágrimas de la viuda, sin embargo de su odio al muerto que nunca acertó á calmarse. Otra vez Valentina, en Consejo pleno, pidió justa venganza, haciendo refutar victoriosamente los infames argumentos del fraile (Juan Petit) al de Borgoña pedido.

Reina, Delfin, Príncipes y Magistratura, todos estuvieron de acuerdo en favor de Valentina, y para condenar el crímen : el Duque de Orleans fué por solemne edicto proclamado inocente; declaróse asesino, aboliendo la Real Cédula de perdon y olvido, al Duque de Borgoña; convocáronse tropas para marchar contra él, considerándole como un bandido enemigo de la paz pública, traidor y alevoso homicida... La guerra iba á emprenderse decian todos, cuando súbito espárcese la nueva de que Juan-sin-miedo, triunfante en Lieja marcha sobre París al frente de su vencedor ejército, y cambiando la escena de aspecto como por magia, suspende el tribunal los efectos de su sentencia, y la ciudad manifiesta un gozo, fácil de confundir con el primer síntoma de una inminente sedicion. Aterrada la corte acude, como siempre, al quizá seguro pero seguramente cobarde arbitrio de la fuga, llevándose consigo furtivamente á las orillas del Loira, al malaventurado demente Rey, sin duda para que el Duque no pudiera servirse de nuevo de su nombre.

¿Qué podia hacer Valentina? — Huir como los demás, y encerrarse con su dolor dentro de los muros de su único asilo, el castillo de Blois, donde, mientras se negociaba con el gran culpable, dueño otra vez de París, y que á huir obligaba á la justicia misma, la infeliz Princesa llegó al término de sus desgracias solamente al terminar tambien su vida.

Nada nos dice la historia de sus postreros dias, que lo fueron como muchos, como los mas de los anteriores : de dolor desesperado. Triste debió

ser para ella, muy triste, vivir en un país donde las leyes eran impotentes á vengar el asesinato de su esposo; no menos triste acaso verse obligada á defender celosamente la memoria de aquel que ni fué un modelo de virtudes, ni á ella le causó nunca mas que amargos sinsabores durante su vida.

Siguiendo los costumbres de su época, Valentina tenia un blason personal además del de familia, un símbolo gráfico, por decirlo así, de su pensamiento y tendencias, y ese era una *Regadera deshilando lágrimas*, en cuyo orificio se via la letra emblemática *S*, inicial y resúmen de las palabras latinas: « *Solam sæpe seipsam sollicitari suspirareque* (Sola frecuentemente, á sí propia se mueve á dolor y llanto), con esta tiernamente desesperada divisa: » *Nil mihi prœterea; prœterea nil mihi!* (Nada hay para mí en adelante: En adelante para mí todo es nada). En ese blason está todo el carácter de la muger: no nos asombremos pues que en aquella época de crímenes, haya la historia respetado el nombre de Valentina; porque respeto merece, respeto y homenage para la posteridad, la esposa que tan profundo dolor expresa y siente por la pérdida de un marido infiel.

Momentos antes de espirar llamó Valentina al pié de su lecho mortuorio á sus propios hijos, y al bastardo Juan, nacido de la Dama de Cauny, y que bajo el nombre de Dunois debia ser luego el salvador de la Francia. A todos ellos, mas al bastardo principalmente, lególes la venganza de la muerte de su padre, sentimiento que no la abandonó un solo instante hasta perder la vida.

Su primogénito, el Duque de Orleans, heredó de su madre la desdicha, apenas compensada con breves ráfagas de pasagera gloria.

AUGUSTO DE GENRUPT.

SAFO.

Frontera á Scyros, cuna de Aquiles y tumba de Teseo; entre Chio que se alaba de ser patria de Homero, y Lemnos que es asiento de las fraguas de Vulcano; separada, en fin de la Eólide por un reducido estrecho, á levante y mediodía; yace al norte del país de Troya, la isla de Lesbos (hoy llamada Metelina) célebre desde la mas remota antigüedad, tanto por la exquisita calidad de sus vinos, como por la belleza de sus moradores, hábiles además, segun la fama, en el arte música.

Decíase que por la noche y sin que se supiera su procedencia, hacíanse oir en alas de la brisa, por toda la tierra de Lesbos, las mágicas indistintas armonías aun llamadas Eólicas, del país de donde el viento partia, y que la antigüedad explicaba á su manera, como todos los fenómenos de la naturaleza, con la ingeniosa fábula que á referir vamos. Para explicar pues las eólicas armonías, como la melodiosa estatua de Memnon habian explicado, decian los Griegos que, cuando las Bacantes de Tracia hicieron pedazos á Orfeo, arrojaron su lira y su cabeza al rio Hebro, cuya corriente las llevó á las ondas del mar Egeo, que á su vez arrastrólas hasta las costas

de Lesbos : por manera que los vagos armónicos acentos que durante la callada noche se dejaban oir en las playas de Mytilene y en los valles de Arisba, no eran otra cosa mas que las vibraciones de la lira y los suspiros de los yertos labios del infeliz esposo de Eurídice.

Como quiera que fuese, en Lesbos nacieron, antes de la era cristiana, Arion seiscientos veinte años, Alceo seiscientos dieziseis, y *Safo* (en griego *Sappho*) seiscientos doce, los dos primeros en Methymnea, y la última en Mytilene. — Hijo de Neptuno y de la ninfa Oncea, Arion, inventor del Dytirambo, dejó á Lesbos por Corinto y estableciόse en la corte de Periandro, filósofo y tirano á un tiempo, condiciones incompatibles en nuestros dias, mas para los antiguos fácilmente conciliables. Siguiendo á Periandro visitó Arion la Sicilia y continente italiano, donde se detuvo solo al regresar su protector á Corinto, dando conciertos que le reportaron honra y provecho en abundancia ; porque los artistas, y sobre todo los del mérito de Arion, andaban mas escasos en aquella época que en la nuestra, y sin embargo sabido es lo que su habilidad reporta á los Litz, los Rubini, y otros de igual altura. Cargado estaba de oro y laureles, cuando llegó para él aquella hora que á todos nos coge mas tarde ó mas temprano, de suspirar por patria y reposo, por el tranquilo goce, en fin, del fruto de nuestro trabajo; y en efecto, fletando un bajel — no sabemos si en Sibaris ó en Siracusa — zarpó para Corinto, porque deseaba decirle adios al paso á su amigo el tirano Periandro, entonces en sosegar ciertos alborotos por su hijo promovidos, seriamente ocupado. — Mas confiado como todo artista, y poco prudente como suelen serlo los dichosos, hizo tal ostentacion de sus tesoros, ponderó con tal extremo sus riquezas durante la travesía, que excitando la codicia de la tripulacion, en realidad corsaria y desalmada, aunque en la apariencia mercante y honrada, que capitan y marineros de comun acuerdo resolvieron darle muerte para apoderarse de cuanto consigo llevaba.

Poco tardó el aspecto de los piratas en revelarle el peligro que le amenazaba : mas en vez de amilanarse, pidióles resuelto explicaciones, y ellos naturalmente francos, diéronselas sin dificultad y con llaneza, advirtiéndole que le quedaban diez minutos de vida, ni mas ni menos. Oida su sentencia, Arion suplicó que aquellos diez minutos se le dejaran emplear

á su antojo; y como ni la peticion pareció en sí exorbitante, ni en alta mar era de temer que la víctima se les fuese de entre las manos, los bandidos se mostraron generosos otorgando al músico la gracia que pedia. Usando del condescendiente permiso, Arion ciñóse á las sienes una corona de laurel de oro que le habian dado en Siracusa, y con su lira en la mano, subió á la popa del bajel, como á un teatro pudiera. — El Tebano Anfion, segun le habian dicho en Corinto, erigió las murallas de su nativa ciudad sin otra máquina que las armonías de su lira, y si aquel pudo hacer dóciles las piedras ¿porqué no habia él (Arion) de conmover humanos corazones?

Animado, pues, por la esperanza ó el deseo de salvar la vida, Arion, abandonándose á la inspiracion del estro, y volviendo los ojos del espíritu á sus primeros años, cantó, improvisándolo, un himno de despedida propio de quien muere ausente de la madre patria, y sabe como gran poeta expresar sus sentimientos. Methymenea y su templo á Neptuno, Sigrio y su promontorio, Pyrra y su golfo, Arisba y sus montañas; el arroyo que murmura, el aura que suspira, la nube que pasa, todo lo tuvo presente, de todo se despidió, reservando su postrer aliento para decirles adios á su madre y á su amada, el último acorde de su lira para consagrárselo al rubio Apolo... ¡Inútil elocuencia, vanos prodigios del arte! los tigres codiciosos de su presa cerrando los oidos, permanecian inflexibles; y Arion advirtiéndolo, invoca por última vez al número de la armonía, y abrazado con su lira arrójase á la mar desesperado... Multitud de delfines por el encanto de la música atraidos rodeaban felizmente el bajel; y al caer Arion en medio de ellos, ofrecióle uno su lomo, sobre el cual, como sobre un flotante trono sentado, aportó el prodigioso cantor al cabo Tenario.

Como era de noche cuando ocurrió el prodigio, creyeron naturalmente los piratas que su víctima habia perecido en las olas, y siguieron tranquilamente su derrotero, mientras que Arion, atravesando toda la Laconia y toda la Argólide, llegaba á Corinto y referia á su antiguo amigo la aventura del salvador delfin. En verdad el suceso no era en sí verosímil; y Periandro, que en su cualidad de filósofo se negó á creerlo, usando de sus derechos de Tirano, mandó prender á Arion, sin duda para enseñarle á componer en lo sucesivo con mayor verosimilitud.

En tanto los piratas, por una tempestad arrojados á las costas del Peloponeso, esparcieron ellos mismos en Corinto la noticia de la muerte de Arion, diciendo que durante una serena noche, el gran poeta, distraido como lo son todos los poetas grandes y pequeños, habíase asomado con tan poca precaucion á la borda del bajel, que, perdiendo el equilibrio, cayó al mar, sin que fuera posible salvarle vivo, ni recoger su cadáver por mas esfuerzos que para ello se hicieron. Periandro entonces, comenzando á dar crédito al relato de Arion, hizo comparecer ante sí al capitan pirata, quien repitió imperturbable la fábula que dejamos referida : mas en el instante en que bajo juramento afirmaba la verdad de sus palabras, Arion presentándosele como el *Deus ex machina* que desenlaza los antiguos dramas, sobrecogióle de tan invencible temor, que aterrado y confuso, reveló en el acto su crímen y el de sus compañeros.

Periandro, prévia restitucion al poeta de todas sus riquezas, hizo crucificar á los piratas; y Arion justamente agradecido al filarmónico delfin que le salvó la vida, hízole erigir una estatua en el parage mismo del cabo Tenario, donde puso la planta al terminar su maravillosa navegacion.

De las composiciones de Arion, dos solas, y esas ambas dudosas, han llegado á nosotros : una el himno de accion de gracias que se le atribuye en la coleccion de Brunck ; y otra un fragmento lírico que se encuentra en Etieno.

Tratemos ya de Alceo, nacido, segun dijimos, en Mytilene lo mismo que Safo, y que sabemos vivia en la olimpiada cuadragésima cuarta.

Lesbos era entonces regida, como Corinto, por un Tirano filósofo, ó filósofo Tirano, si se quiere, llamado Pitaco. Alceo, que á fuer de poeta, era tan poco amigo de filósofos como de tiranos, escribió contra Pitaco, que le desterró por ende, unos versos que Horacio llama « *Alcæi minaces Carmœnæ* » (amenazadores versos de Alceo), y de cuyo sentido, aunque en prosa humilde procuraremos dar idea (1).

(1) El autor traduce aquí en versos franceses los de Alceo; y hame parecido que para traduccion de traduccion no valia la pena de que yo tambien empleara el metro, siendo, como por desdicha soy, incapaz de interpretar directamente el original griego. Por iguales consideraciones que abstendré de la traduccion en verso de las composiciones de Safo que mas adelante se citan. *(N. del T.)*

« Ocultaré mi acero, bajo el amante mirto : como lo hicieron Harmodio y Aristogiton. — ¡Oh santa igualdad! — iré en pos de tus caras ilusiones, procurando inscribir mi nombre á par de los suyos. — No sois muertos, no, generosos mártires : la tierra os posee todavía aunque en extrangero suelo; y morais con el valeroso Diómedes, y con el hijo de Tetis, Aquiles el de la ligera planta. — Adore el mundo vuestra gloria, noble Aristogiton, valeroso Harmodio, que con vuestra sangre sellásteis la sacra alianza de las leyes equitativas con las santas virtudes. »

Desdichadamente Alceo, mas poeta que soldado, no supo imitar el egemplo de los dos héroes cuya gloria cantaba ; pues si bien, emigrado, llegó á suscitarle una guerra á Pítaco, en el primer encuentro de ella huyó cobarde, sin que tal flaqueza le aprovechara siquiera para no ser prisionero. Perdonóle Pítaco ; y acaso sus contemporáneos y la posteridad le perdonaran tambien su primera flaqueza de soldado en gracia de su gran genio poético, si luego en una guerra contra los Atenienses, no hubiera vuelto á huir, arrojando para hacerlo mas de prisa espada y escudo, de que los vencedores hicieron trofeo en el templo de Minerva en Atenas.

Quinientos años mas tarde, Horacio se mostró tan mal soldado como Alceo ; lo cual no estorba que ambos fuesen dos grandes poetas, y que los versos del segundo ofrezcan en su espléndida sencillez, y numerosa rotundidad, cierto carácter de analogía con los del divino Homero.

Ya dijimos que Horacio los llamaba *amenazadores*, y no estará de mas añadir que en otro lugar escribe de ellos :

« Et te sonantem plenius aureo,
Alcæe, plectro. »

« Y tú, Alceo, que haces resonar tu plectro tan sonoramente con el arco de oro. »

Conocemos ya al poeta que nos ocupa, cuando atacaba á los Tiranos, y la libertad glorificaba : oigámosle ahora cantando á Baco : « Bebamos, amigos, bebamos antes que llegue la hora sombría en que las manos de los esclavos encienden las antorchas. Yo prefiero la luz del dia á las sombras de la noche, como la pradera esmaltada de flores, al frio mármol

» de las tumbas. — Baco, el alegre hijo del Señor de los Rayos, nos ha
» dado el vino para que en él ahoguemos nuestras penas. Llénense las
» copas, amigos, y bebámoslas henchidas, que bien vale el Dios del dia,
» lo que la Diosa de las noches. — Refrigeremos el alma con el néctar de
» Lesbos : el álito ardiente de Cáncer, agosta nuestros campos; no es aire
» lo que respiramos, sino fuego; las yerbas gimen, las ramas de los ar-
» bustos se desgajan.... — Ahora, amigos, es la ocasion de beber sin tasa.
» — ¡Bebamos, pues, bebamos! — ¡Vino, y mas vino! — No plantemos
» mas que viñas en montes y llanos : así seremos gratos á los dioses, por-
» que la vid es planta divina! »

Ir mas lejos con las citas seria salir de los límites que nos están prescritos, y apartarnos además demasiado de nuestro principal objeto que es Safo. — Concluiremos pues con decir que no se sabe cómo ni cuando murió Alceo, y que los pasages traducidos, al acaso á la verdad, proceden de las composiciones del mismo, conservadas por Ateneo y Suidas, y recogidas por Enrique Estienne, para el apéndice á su Píndaro. Con esto, hablemos ya de Safo, de la muger en cuya honra acuñó Lesbos moneda como si fuera Reina, y de quien, como de Homero, siete ciudades se disputan la gloria de haberla visto nacer en sus muros.

No menos varia la tradicion histórica que en punto al lugar de su nacimiento dále nada menos que ocho nombres distintos á su padre, á saber: Simon, Eunomio, Euryguis, Ecrito, Semo, Camon, Etarco, y Escandrónimo. En cambio sabemos que su madre se llamaba Cleis, y que así ella como su esposo, dedicábanse al comercio, segun costumbre general en la isla.

Safo misma contrajo matrimonio con un rico mercader de la isla de Andros, llamado Cercala, que murió jóven dejando en pos de sí una hija al cuidado de su viuda.

La *bella Safo*, llama Sócrates á la gran poetisa; y sin embargo, la tradicion, y aun las probabilidades nos dicen que nunca fué hermosa ni pudo serlo. Quizá, siendo pequeña y morena como Cleopatra, tambien como ella supo suplir la belleza con el hechizo de otras gracias; mas ni eso parece probable cuando en sus propios versos la vemos lamentarse de haber sido mas de una vez desdeñada.

Una vez viuda entregóse, exclusivamente diriamos si no fuera por lo que la verdad va á obligarnos á decir; mas entregóse en todo caso principalmente á la poesía, fundando para enseñarla, con algo mas menos honesto dice la tradicion, una escuela para mugeres jóvenes, de los nombres de las cuales nos ha hecho la historia sabedores.

« Safo amaba (dice Longepierre) de todas las maneras que puede » amarse; » y el hecho es que tenemos á la vista cierta oda por ella escrita *á una muger*, en comparacion de la cual el famoso *Pastor Corydon* de Virgilio, es simplemente una composicion de hielo. — Para que el lector forme juicio en lo posible, procuraremos traduciendo la oda arriba indicada, ajustarnos al original en todo lo posible.

« Quien á tu lado suspira, oyendo los melodiosos acentos de tu voz;
» quien te merece — ¡oh rabia! — una sonrisa, ese — yo lo digo, — ese
» se iguala con los dioses. — Así que te diviso, la voz se ahoga en mi gar-
» ganta, secánse mis fáuces, la lengua procura moverse en vano; la fiebre
» abrasadora desata en mis sienes las arterias; mis sentidos arden y se
» paralizan á un tiempo. — Mas pálida que la flor delicada, por los rayos
» abrasadores de la canícula durante un dia entero atormentada, tiemblo,
» pierdo el color, no puedo alentar, y me siento espirar, sin morirme,
» á impulso del amoroso deseo. »

Sus discipulas predilectas, sus adeptas favoritas, llamábanse Athis, Andrómeda, Telésipa, Megara, Eridna, Cydna, Anactone, Anagara, Gongyla, Eunica, y Damáfila. Eso se sabe positivamente, como se conocen tambien algunas de las poesías de Safo; pero lo demás de su vida, incluso su nombre (Sappho) que se ha escrito mal hasta que se descubrió la medalla de Eresos, todo lo demás es tradicional y dudoso.

Hubo en Eresos otra Safo, no lo negamos; pero como no pasaba de ser una simple cortesana, no parece probable que á su nombre se acuñase moneda. Sin entrar, pues, en discusiones históricas que solo conducen á oscurecer mas el asunto, seguiremos la leyenda sáfica, comunmente admitida.

Segun ella, Venus para vengarse de los admirables versos que la poetisa hacia, trocando el sexo en la dedicatoria, inspiróles al mismo tiempo á ella un irresistible amor á Faon, y á este un antipatía hácia Safo que rayaba

en los límites del odio. Conviene saber ahora no solamente que Faon era el hombre mas bello de Lesbos, sino que además debia á la generosidad de Venus misma el don singular de inspirar amor á todas las mugeres.

Veamos cómo la fábula nos refiere poéticamente el supuesto orígen de aquel don maravilloso. Siendo Faon capitan de una galera, y navegando con ella á la inmediacion del promontorio de Mallera, una pobre vieja, le hizo señas desde la playa para que se acercase y de limosna la trasportara en su bajel al cabo Maleo. Complacióla en todo el galante benévolo capitan, y al desembarcar á la vieja en el punto designado, no solamente la vió con asombro desnudar sus andrajos, y revelársele en todo el esplendor característico de la diosa de la hermosura, sino que en recompensa de su caridad recibió de manos de la diva un vaso de alabastro lleno de cierto maravilloso bálsamo que daba belleza y amor inspiraba.

Faon derramando sobre sí propio aquel singular talisman hízose como ya dijimos el mas bello, y el mas simpático á las mugeres todas, de los bellos y simpáticos mancebos de Lesbos.

Que una Safo estuvo enamorada de Faon, es indudable; lo que se pone en cuestion á veces es si fué la Safo de Mytilene, ó la de Eresos: la poetisa ó la cortesana.

Como quiera que sea los siguientes versos á Safo atribuidos no dejan duda de los desdenes de Faon.

« Hija de Júpiter, Venus inmortal, que gobiernas sobre un áureo trono el » universo: no entregues mi alma al dolor, oh Venus, perla divina, que » del seno de los mares brotaste. — En vez de serme enemiga, oh diosa, » acude como otras veces, acude desde el cielo á mis súplicas, dejando el » azulado cristalino palacio de tu padre; acude sí, tú que conoces todas las » artes del Amor, tu hijo — Véate yo, como te he visto, venir á mi voz » hendiendo el espacio con la rapidez del relámpago, en tu carro tirado por » tiernas palomas de veloces cándidas alas. — ¡Ah! Tan luego como » pusiste en la playa tu divina planta, la encantadora sonrisa de tus pur- » purinos labios secó mi llanto, tal como suele con matutino risueño rayo » evaporar el sol la gota de rocio en el cáliz de las flores. — « ¿Para qué me » llamas? preguntaste con suave acento. ¿En qué nuevos deseos se extra- » vía tu ardor? ¿Qué mortal rehusa la mano que le tiendes? ¿Qué corazon

» se niega á responder al tuyo? — ¡Ay de aquel que tal injuria te hace,
» oh Safo, porque los dones que hoy rechaza, él los solicitará mañana, y
» entonces seras tú, yo te lo juro, quien se negará á otorgarlos!» — ¡Oh!
» Ven pues, Venus mia, diosa protectora, ven: yo recurro de nuevo á tu
» poder divino. Ven, que te invoco en mi augustia desesperada; ven, de
» rodillas te lo ruego; ven á mi socorro, diosa de la hermosura.»

Para distraerse, tal vez, de sus amorosas desdichas, lanzóse nuestra poetisa á las tempestades políticas tomando parte en la conspiracion de Alceo contra Pitaco; y siendo con aquel tan excelente vate cuanto mal soldado, desterrada de Lesbos por el indulgente Tirano. Safo y Alceo buscaron entonces un asilo en la Sicilia.

¿Llama Horacio, *mascula* (la masculina) á la célebre Lesbiense por la parte que en la conspiracion de Alceo tuvo, por su talento en realidad *viril*, ó por sus inclinaciones extraviadas?— No lo sabemos, ni nos parece fácil decirlo: pero no es solo ese punto el dudoso en la historia de nuestra Safo.

¿Fué ella en efecto la desdeñada por Faon, ó la cortesana de Eresos? — ¿A quién copió el escultor Selamon en la célebre estatua robada por Verres al Pritaneo de Siracusa; á la de Myteline, ó á su bella homónima?

Desdichadamente la estatua, que hasta cierto punto pudiera sacarnos de dudas, hase perdido: pero nuestra opinion — opinion acaso mas poética que razonada — es que la encantadora tradicion que nos presenta á la Safo de Mytilene castigada de sus extravíos por los desdenes de Faon, no puede en manera alguna acomodarse á la Safo de Eresos. — La última no hizo en su vida versos ni á Venus, ni á las doncellas, ni á los mancebos tampoco. Sacerdotisa del Amor y á su culto constantemente consagrada, nunca de él se apartó para extraviarse en las oscuras sendas del otro amor, vacío, insensato, delirantemente ideal de que acusan hace dos mil y quinientos años á la Safo de Mytilene, no solamente los versos que hemos traducido, sino otros muchos á mayor abundamiento.

Fragmentos son y no mas los versos á que de aludir acabamos: pero fragmentos llenos de gracia, y harto significativos además para que omitamos su traduccion en prosa.

« Los desdenes de la tierna y delicada Gyrina, han decidido en fin mi » corazon por la bella Mnais...

» El amor agita mi alma como el viento las hojas de la encina en las » montañas...

» Volaré á la cima de los montes, y de allí arrojaréme en tus brazos, » ¡oh tú, por quien suspiro!

» Tú me inflamas... tú me olvidas enteramente, ó amas á algun otro » además que á mí...

» Nunca me parece tan bella y encantadora, una hermosa jóven, como » cuando la miro cogiendo flores.

» Voy ahora á cantar melodiosos tonos que harán las delicias de mis » amadas...

» En sueños he dormido deliciosamente en los brazos de la encanta- » dora Cyterea. »

Agréguense á esas pruebas, para nosotros poco menos que irrecusables, el testimonio de dos grandes poetas, Horacio y Virgilio, que hablaron de Safo ambos á dos mil años menos de distancia que nosotros.

El primero en su *Heróida* le hace decir á Faon :

« Comparadas contigo, ni Anactone, ni Cydna la del blanco cuello, ni Athis la de las seductoras miradas, tienen precio algunos á mis ojos. »

Y nótese además, porque nos parece concluyente, lo inverosímil de que, si en vez de ser la que amara la Safo diminuta y morena, fuera la cortesana de Lesbos, célebre por su belleza en la isla y toda Grecia, se obstinase Faon en matar á desdenes á tan hechicera criatura.

En todo caso, ¿á quien sino á la poetisa fantástica y extravagante, á la muger hombre, podia ocurrírsele acometer la terrible aventura del salto de Léucade, antes que ella solamente intentada por Venus para olvidar á Adonis?

Y, no lo olvidemos : Venus era inmortal, Venus arrojándose al mar volvia al elemento de donde saliera; mientras que Safo estaba expuesta al eterno sueño, y temíalo tanto, como puede inferirse de estas sus palabras que, de paso sea dicho, encierran un profundo pensamiento.

« La muerte es el mayor de los males, y así lo han creido los dioses; » pues si tal no fuera no se hicieran inmortales como lo son. »

El promontorio de Léucade, situado en la costa occidental de Grecia, y que un estrecho separa del continente, yace vecino á Itaca, frente á Cefalonia; y su abrupta vertical altura es tal que pocas veces contemplan los navegantes su cima sin verla de nubes coronada.

¡Magnífico pedestal para Safo! — ¡Magnífico pedestal que ninguna otra muger era capaz de disputarle!

Una tarde, en fin, sobre la cumbre del rico Aceraunio, vióse aparecer á la ya dudosa luz del sol que al Occidente se ocultaba, una muger de blanco vestida, con la túnica hasta la rodilla levantada, y el áurea lira en las manos. Era Safo, que hasta en la muerte buscaba la elegancia, como quien habia dicho :

« ¿Cómo puede esa muger, grosera y sin arte, agradar á tu espíritu y » cautivar tu corazon, cuando no sabe siquiera dejar que con gracia on- » dulen los pliegues de su túnica? »

Vedla : ya se acerca al borde del hondo precipicio, y con la vista midiéndole, tiembla y palidece ; mas no mueve para atrás la planta, antes, afirmándola, alza los ojos al cielo, suspira mas bien que entona su himno á la muerte, canto dulcísimo del cisne moribundo, supremo adios del poeta á la vida.

Antes que el eco de su postrer acento se extinguiera, antes que las últimas vibraciones de su lira cesaran de agitar el aire; Safo, descendiendo suavemente mas que precipitándose del promontorio, caia abrazada con el músico instrumento, su fiel compañero, en el profundo seno de la Mar Egea.

En vano buscaron diligentes su cadáver, los pescadores que al pié del promontorio estaban de ordinario para salvar á los que el terrible salto tentaban : el hondo piélago guardó para siempre el cuerpo de Safo.

Dícese de ella que habia encontrado la lira de Orfeo; la suya, ni el mismo Virgilio acertó á encontrarla.

ALEJANDRO DUMAS.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

POCAHONTAS[1].

En bien, como en mal, el amor es la pasion que en las mugeres ejerce mayor influencia, unas veces inspirándoles grandes virtudes, y precipitándolas otras al vicio y al crimen. Sirva de ejemplo de la pureza y poderío de aquel sentimiento, sobre todo cuando á encenderse llega en un generoso corazon, la historia de la jóven India *Pocahontas*.

Si damos crédito á la tradicion de los desiertos norte-americanos, fué aquella cobriza vírgen un acabado modelo de la belleza humana, tal como su raza la comparta. Esbelto y flexible el cuerpo como el tronco de una elegante palma; pequeña y delicada la cabeza reposando graciosamente en los mórbidos hombros; negros los ojos, y destellando vívida lumbre al través de las pobladas pestañas; facciones de una expresion que á Fidias desesperara: tal se nos retrata á Pocahontas suelta la abundante negra cabellera, sin mas adornos que matizadas flores y pintadas conchas en

(1) Esta y la siguiente biografía, están en el libro que traducimos, traducidas á su vez de las originalmente escritas en inglés por Miss Clarke: sentimos no tener el original á la vista.

MUSEO ROMANTICO MADRID

MCD 2022-L5

Sentado delante de una grande hoguera, segun la costumbre, y envuelto en una especie de larga túnica de pieles, Pawhatan, robusto y bien proporcionado, aunque ya anciano y blanco enteramente el cabello, ostentábase grave y de siniestro aspecto, teniendo á su lado á Pocahontas y otra Princesa su menor hermana, é inmediatamente detrás dos apiñadas filas de guerreros, á espaldas de los cuales se veian otras dos de mugeres, todas con el rostro, hombros y pecho de rojo pintados, algunas con tocados de plumas de varios colores, y sin faltarle á ninguna de ellas la distincion de algun extraño adorno, amen de un magnífico collar de perlas.

Ocupado que hubo cada cual su puesto en el Wigwam, la Reina Appamatuck sirvió al prisionero el agua para lavarse las manos, y otra dama en vez de tohalla para enjugárselas, un manojo de blandas plumas. Inmediatamente después de aquella ceremonia celebróse consejo, y terminada su deliberacion, trajéronse y colocáronse á los piés de Pawhatan, dos grandes piedras ó *pawcoranzas*, llamadas *de los sacrificios*, y cuyo solo nombre bastaba para que el cautivo comprendiese la suerte que le esperaba.

Ya los salvages agrupándose apiñados clamaban en altas voces para que el homicidio se consumara sin demora, cuando inesperadamente Pocahontas á piedad movida, arrojóse á las plantas de su padre, pidiéndole con desesperado acento la vida del cautivo: mas vanas fueron sus elocuentes súplicas, inútiles sus amargas lágrimas; Pawhatan, aquella vez insensible á la agonía de su predilecta hija, hizo una seña á los ejecutores de su voluntad suprema, los cuales obedeciendo prestamente, precipitáronse sobre el prisionero, dando con su cuerpo en las funestas piedras, y alzando en seguida el amenazador tomahawk (hacha de combate).

Vibraba en el aire el arma fatal pronta á herir la garganta de la víctima... Iba á caer... Ya caia: cuando Pocahontas, abriéndose paso desesperadamente por entre la muchedumbre de los verdugos, lanza un grito desolador, y presta como la luz misma, arrójase sobre la piedra del sacrificio, se abraza con el aventurero, y no pudiendo de otra manera escudarle, ofrece desnuda su bellísima garganta al hacha homicida. Llenos de ira los fanáticos sacerdotes del culto pagano, de saña los vengativos

guerreros, de espanto acaso y de indignacion tambien las mugeres mismas, reclaman su presa, y braman, y vocean: todo es inútil: Pocahontas defiende al cautivo como el águila los hijuelos en su nido; y Pawhatan mismo, vencido al fin por el dolor inmenso de su amada hija, es humano una vez en su vida. A la temida voz del Régulo cesa como por encanto el furioso clamoreo, las pasiones mismas parecen rendirse á su yugo, y el silencio y la obediencia vuelven á reinar en el Wigwam. « Viva, » dice Pawhatan; viva el prisionero: ocuparémoslo en fabricarnos ar- » mas, y preparar adornos de perlas y cascabeles para nuestras mu- » geres. »

Advirtamos sin embargo que el sagaz salvage, capitulando con los malos instintos de sus vasallos, como todos los déspotas tienen que hacerlo, concedió á sus sacerdotes y guerreros el placer de experimentar la fortaleza moral y física del indultado, con diversas pruebas, todas crueles por de contado, á que en la selva le sometieron sin misericordia alguna. Dichosamente para Smith, no le abandonó entonces el denuedo de que en combates y desdichas habia ya dado antes inequívocas muestras; y al siguiente dia permitiósele en fin ir á incorporarse con sus compatriotas en el fuerte de James-Town.

La fuerza y el valor personal son de tan superior importancia entre los salvages, que acreditarlas, aun en contra de ellos, es el único medio seguro, pero tambien el infalible de conquistar su estimacion y afecto. Así Smith fué desde aquella su terrible aventura el predilecto de la tribu de Pawhatan, quien no solo permitió á Pocahontas que, acompañada de sus criadas, fuese á visitarle al fuerte, y llevara una gran cantidad de provisiones de que los hambrientos colonos tenian grandísima necesidad, sino que desde entonces le consideró como su mejor amigo.

Establecidas así frecuentes relaciones entre unos y otros, fuese rápidamente acreciendo la influencia sobre la barbarie, hasta que al cabo algunas predicciones de Smith, tan fáciles de hacer como, por egemplo, la llegada de un cierto capitan Newport á James-Town, determinaron á los Indios á rendirse al culto del verdadero Dios abrazando la religion cristiana.

Que el capitan Smith, hombre verdaderamente notable por sus dotes eminentemente simpáticas; que un hombre que la campaña anterior á su

emigracion á la Virginia, supo conquistarse el corazon de una Princesa turca, y de otras muchas damas de aquellas tierras, con no poca gloria y menos provecho suyo; que el aventurero, en fin, en quien concurrian todos los prestigios del valor y de la desgracia, conquistase fácilmente á la jóven é inexperta Pocahontas, inspirándola una ardiente pasion, parécenos fenómeno que por sí mismo se explica. Profundo como la soledad de las impenetrables selvas en que era nacido y criado, y poderoso como el contraste entre la bárbara rudeza de sus salvages compatricios y la civilizada pero heróica audacia del jóven inglés, el amor de Pocahontas, crecia y desarrollábase, y se daba á conocer mas de dia en dia, sin que le alentara la esperanza de ser nunca correspondido. Porque en verdad, Smith, idólatra de la gloria y á la ambicion consagrado, inspiró sí pasiones, mas no aparece de su historia que nunca las sintiera; y por lo que respecta á su bella libertadora, tratóla siempre con tan reverente respeto, que no daba lugar á persumir en su corazon mas tiernos sentimientos.

La energía de su carácter le colocó siempre en primera línea donde y con quien quiera que se hallase: tan hábil en concebir como en ejecutar sus planes, jamás los acontecimientos le sorprendian, nunca los reveses le parecieron irremediables; y si no hizo grandes cosas, no fué porque para ello no tuviera todas las dotes necesarias, sino porque le faltaron la ocasion, las circunstancias, y los instrumentos.

Como quiera que sea, por algun tiempo inmediatamente después de haberse libertado del furor de los Indios, todas las cosas parecian salirle á medida del deseo, pues primero halló medio de dar trabajo á los colonos y alimentólos á sus expensas; y después los vió enriquecerse en el comercio merced á sus buenas relaciones con Pawhatan, que de dia en dia fueron estrechándose, y haciéndose mas útiles para los Europeos.

No desagradará tal vez al lector que le demos idea de la manera que de ejercer la hospitalidad tenian los Indios de Virginia, refiriéndole sucintamente los pormenores de una fiesta á que fueron por el padre de Pocahontas invitados el capitan Smith, su amigo el capitan Newport y todos los demás colonos de James-Town.

Pawhatan sentado en un trono de trenzados juncos, sobre almohadones

de cuero bordados de perlas y blancas simientes, y envuelto en su amplia túnica de pieles tenia á sus piés en el suelo sentadas las dos mos jóvenes y bellas de sus *squaws* (esposas), y al resto de ellas en torno, detrás de los mas eminentes entre sus guerreros. — Fronteros al trono del Régulo, dispusiéronse asientos expresamente para los colonos, á quienes después de sentados arengaron sucesivamente los jefes, en discursos mas ó menos largos, pero todos con tal vehemencia pronunciados, que quien sin entender su idioma atendiera solo á la entonacion y ademanes, los tomara por furiosos energúmenos, y no por hombres que á sus huéspedes daban la bien venida. A espaldas de los blancos veíase formada una guardia de honor de quinientos hombres con órden expresa, antes solemnemente proclamada, de imponer pena de la vida en el acto á cualquiera que en lo mas mínimo injuriase á los colonos; á quienes, después de las arengas, se sirvió un banquete tan abundante y escogido como atendidas las circunstancias eran posible.

« Tres dias pasamos (dice uno de los convidados) en festines, danzas y diversiones de todo género, conduciéndose Pawhatan durante todo ese tiempo con una dignidad y discrecion que nos hicieron admirar á todos su natural grandeza de alma. Tanto aquel jefe, como sus vasallos despreciaban el comercio de tal manera que sin sorpresa le vimos decirle al capitan Newport: « No me conviene traficar en bagatelas: mostradme todo » lo que tengais de útil y de agradable; yo tomaré lo que me agrade, y » os daré en cambio lo que me parezca equivalente. » — El capitan Smith que á todos nos servia de intérprete y que miraba á Newpont como si fuera su padre, aconsejóle, como todos los demás que la mala fe mercantil de los Indios conocíamos, que desconfiase de la generosidad de Pawhatan; pero Newport desatendiendo nuestros consejos, y entregándose á discrecion, obtuvo por sus mercancías únicamente cuatro fanegas de trigo, en vez de las veinte que en realidad valia lo vendido. En compensacion Smith, enseñándole al Indio algunas baratijas de vidrio, y entre otras un collar de cuentas azules, que le dijo ser de cierta exquisita materia del color del cielo, y adorno de los mas poderosos Monarcas de la tierra, deslumbróle de manera que, antojado del collar el bueno de Pawhatan, diónos por una libra ó dos de aquellas cuentas hasta doscientas

ó trescientas fanegas de trigo, con lo cual nos separamos los mejores amigos del mundo. Desde entonces fueron tan estimadas las cuentas azules de vidrio entre los Indios, que solamente sus Reyes, Reinas y Príncipes osaron llevarlas en sus adornos. »

No obstante tales muestras de amistad tardóse poco en que llegara á conocimiento de los colonos un plan fraguado para exterminarlos por el gran jefe, quien á su vez sabedor de que los blancos estaban ya sobre aviso, mandó á su hija Pocahontas, á manera de Embajadora y provista de ricos presentes, para que renovase al capitan Smith las mas expresivas seguridades de su constante afecto. Smith, no menos diplomático que el Príncipe de las Selvas, aparentó quedar tan satisfecho con aquellas protestas, que puso en manos de la bella Pocahontas á ciertos prisioneros que el complot en cuestion le habian revelado.

Conviene advertir aquí, que cuantos historiadores de los primeros tiempos de la Virginia mencionan el nombre de Pocahontas, hácenlo elogiando constantemente su angelical carácter, y mostrándola como inmaculada paloma de paz mensagera, entre las indomables tribus salvages y los apenas civilizados colonos. Todos la llaman la joya, la sin par, la predilecta vírgen,; todos, cada vez que la ponen en escena, es para referirnos algun acto de su ternura ó de su generosidad. Jamás Pocahontas tuvo parte alguna en las horrendas fantásticas matanzas de colonos á que los Indios se entregaban siempre que podian.

« Estabamos todos sentados en derredor de una hoguera y en un campo espacioso, dice el capitan Smith, cuando salieron de la vecina selva treinta mugeres jóvenes, apenas cubiertas con algunas ramas de los árboles, todo el cuerpo pintado de varios colores, rodeada á la cintura una piel de nutria, y otra de la misma especie en el brazo, y por último á la espalda un carcax lleno de flechas, y en la mano el arco. Unas á mayor abundamiento llevaban espadas, y el tomahawk otras, aquellas y estas, blandiendo las armas y con infernal clamoreo, cayeron sobre nosotros, por decirlo así, como una avenida ; y después de bailar frenéticamente en torno de la hoguera, invitándome á que á la selva las siguiera — lo cual hube de hacer por cortesía — llevároнme á sus chozas de donde con nuevas danzas y nuevos gritos de salvage gozo, después de haberme á su manera acari-

ciado, preguntándome todas : « ¿Me amas? — Porqué no me amas? » — volviéronme á llevar à los mios, al resplandor de multitud de resinosas antorchas. »

Aunque las costumbres de su raza lo autorizaran, jamás tomó parte en tales saturnales la bella Pocahontas, que melancólica y enamorada solazábase cantando en la soledad de los bosques, el sencillo romance que la tradicion nos ha conservado fielmente, y á traducir vamos.

Ven, ¡ ay ! rubio guerrero,
Ven á la selva umbría ;
Con danzas mis esclavas
Al gozo te convidan.
¡Ven ! Si tu extraño nombre
Mi labio mal explica,
Te doy el mas amante
Que murmuró la brisa.
« Piedad, noble guerrero,
» Piedad del alma mia! »

¡ Oh, ven ! La clara luna
Ya, de las flores, brilla;
Ya el pájaro celeste, (1)
Su nido haciendo, trina !
¡Oh tú, que en tierra libre
Vinistes á la vida,
Y á un dios amante adoras :
Ven á mi voz amiga !
« Piedad, noble guerrero,
« Piedad del alma mia! »

¿Tienes, allá en tu patria,
Madre, hermana querida ?
¿Con fraternales vínculos
Allá amistad te liga ?
Ven, y en el seno mio
Tus penas deposita,
Ven, que yo, madre, hermana,
Soy para tí y amiga :
« Piedad, noble guerrero,
» Piedad del alma mia ! »

En medio de tanto candor, la encantadora jóven conservó sin embargo constantemente la dignidad del porte de su padre heredada ; porque en

(1) El Owaisa *ó pájaro azul.*

ese punto, Pawhatan era en su clase un acabado modelo, y tan quisquilloso que, habiéndole anunciado que el capitan de Newport habia para él recibido de Inglaterra una corona y un manto real, y que al mismo tiempo le ofrecia su ayuda para vengarse de cierta tribu limítrofe que le habia ofendido, respondió con noble altivez: — « Si vuestro Rey me manda presentes, recibirélos dentro de ocho dias: yo tambien soy Rey aquí, y estoy en mi tierra: venga pues á mí vuestro padre, que no soy yo hombre que me rebaje yendo á buscarle. En cuanto á los Mohicanos, no necesito que nadie me ayude á vengarme de ellos. »

Llegado el dia por él mismo para su coronacion señalado, los colonos le presentaron sus regalos que consistian, además de la corona, manto y ricas vestiduras, en un jarro y palangana, y un lecho completo. Todo lo recibió Pawhatan benévolo, mas antes de vestirse el manto de grana, examinóle cuidadosamente, temiendo sin duda que fuera como la túnica del centauro Neso; y en cuanto á la corona, no hubo medio de que para recibirla se arrodillara, costando no poco trabajo, y aun fuerza, reducirle á que doblara la cabeza lo suficiente para poder ceñírsela á las sienes. Solemnizaron los Ingleses el acto con una descarga general de fusilería, que ya por su estrépito, ya por cogerle de improviso, conmovió á Pawhatan al punto de hacerle perder por un momento su gravedad habitual. Recobrado, empero, y seguro de que nada tenia que temer, dió gracias á sus aliados por el presente, y en muestra de gratitud hizo don gracioso al capitan Newport de sus zapatos viejos, y de una capa de pieles.

Lleno de orgullo el corazon del gran jefe indio, al ver que el Rey de Inglaterra le trataba como su igual, pues que las regias insignias le mandaba, creyóse sin duda un gran potentado, y para probárselo á sí mismo y á los demás, ocurriósele comenzar por deshacerse de los colonos: consiguiéralo indudablemente á no ser por su hija Pocahontas, quien por el amor alentada, osó atravesar de noche y sola la selva para avisar á Smith de los proyectos de Pawhatan, reducidos al sencillísimo plan de enviarles á los blancos abundantes provisiones para que un festin celebrasen, y caer sobre ellos de sorpresa, cuando mas descuidados estuvieran á la mesa, para pasarlos á todos cuchillo, si ya antes no habian podido hacerlo los portadores mismos de las viandas.

Como era mas que natural, quiso Smith agradecer con presentes el servicio inmenso que le hacia Pocahontas; mas ella rehusólos todos, diciéndole que su padre la mataria si tuviese el menor indicio de lo que pasaba; y loca de amor volvióse apresuradamente al wigwam, atravesando de nuevo la soledad pavorosa de las selvas, pero satisfecha con decirse: « Están á salvo pues que los dejo advertidos. »

Cruzáronse con ella en el camino, y tuvo que apartarse para que no la vieran, los ocho ó diez robustos Indios que llevaban á los colonos el traidor regalo, que llegó en efecto á su destino poco mas de una hora después de la salida de Pocahontas.

Smith y los suyos, en tanto, habian tomado las oportunas precauciones para disfrutar de la abundancia que Pawhatan iba á proporcionarles, sin caer en el pérfido lazo que con ella les tendia; por manera que los Indios mensageros los hallaron á todos armados, con tanta sorpresa como disgusto.— « Las armas, se aventuraron á decir los salvages, van á estor- » baros para comer; » pero Smith sin atender á sus razones, hízoles gustar de todos los manjares, y luego despidiólos encargándoles dijeran á Pawhatan que conocia sus proyectos, y le esperaba á todo apercibido.

Aquella tentativa, merced á la amante indiscrecion de Pocahontas, no tuvo consecuencia alguna para los audaces aventureros: mas pocos dias después habiendo ido el capitan Smith á comprar trigo á la residencia de Opechancanough, tio de la jóven princesa, en el lugar de Pamanki, supo que rodeaban el wigwam nada menos que setecientos Indios.

Tal nueva llenó de terror á todos los colonos allí reunidos, menos al intrépido capitan, quien despues de haber alentado con razones y amenazas á sus compañeros dirijió la palabra al jefe indio en estos términos: — Veo, Opechancanough, que tratas de asesinarnos, pero no te temo; mis soldados y compañeros no te han hecho ni te harán ofensa alguna: toma tus armas, yo tomaré las mias, y me desnudaré para que combatamos en todo iguales. Esa isla que estamos viendo en medio del rio, nos ofrece seguro campo; lidiemos en ella y sea el que venza Señor de los vasallos y súbditos del vencido; ó si esa proposicion no te conviene, haz que nos traigan los sacos de trigo que quieras, yo depositaré su valor en moneda de cobre, y sea todo ello el precio de la victoria. »

MCD 2022-L5

El jefe cobrizo que estaba rodeado de cuarenta ó cincuenta hombres de los mas esforzados de su tribu, comenzó á negarlo todo procurando con mentidas razones tranquilizar al capitan inglés, y al mismo tiempo atrayéndolo fuera de la choza, para aproximarse á la que servia de almacen del trigo, que custodiaban doscientos guerreros, sin contar con otros treinta emboscados en los vecinos árboles, y preparados á lanzar una nube de flechas á la señal convenida.

A vista de tan formidables preparativos, aterráronse los colonos, mas Smith, ó desesperado ó furioso, si no ambas cosas á un tiempo, arrojándose sobre el cacique, en medio de su propia guardia, asióle con la una mano por la mecha de largo cabello que en lo alto de la cabeza llevan todos los Indios, y con la otra púsole al pecho una pistola amartillada. Dueño así de la persona del no sin razon aterrado Indio, Smith comenzó por obligar á sus guardias á deponer á sus piés las armas, y luego mezclando hábilmente amenazas y promesas, consiguió cuanto apetecia, amen de salir con todos sus compañeros salvo de tan peligrosa temeraria aventura.

Esa y otras hazañas, con la agudeza constante de su ingenio, y la nunca desmentida habilidad de sus actos, hicieron al cabo del capitan Smith un personage tan influyente en aquella tierra, que merced á él puede asegurarse, que fué posible en la Virginia el establecimiento de las colonias inglesas.

Sin embargo, ni el talento ni la fortuna de Smith lograron nunca extirpar el odio á los blancos en el corazon de Pawhatan, quien poco tiempo después del último lance referido, estuvo á punto de hacer asesinar á un colono importante, Sir Richard Wyffin, y consiguiéralo si otra vez no se interpusiera Pocahontas entre la víctima y el puñal alevoso.

Esa, con otras muchas traiciones de los Indios, y juntamente la ingratitud y mala voluntad de sus propios compatriotas, llegando á cansar al cabo al capitan Smith, decidiéronle en 1609 á abandonar el peligroso puesto en que con tanta resolucion como acierto habia administrado la colonia. Dejóla pues para regresar á la madre patria, y apenas el bajel que le conducia perdió de vista la playa americana, puede decirse que comenzaron á hacerse sentir los funestos efectos de su ausencia. Pawhatan,

en efecto, perseverante en su odio á los blancos, hizo asesinar sin misericordia á treinta de treinta y dos colonos, que sin tomar las precauciones por la experiencia de las pasadas traiciones del Indio necesarias, fueron neciamente confiados á visitarle. De los dos blancos que de aquella matanza se salvaron, uno debió la vida á la fuga, y el otro, llamado Enrique Spillman, á la intercesion de Pocahontas, quien además obtuvo para él un asilo en la tribu de los Patawameks, donde aquel desdichado pasó no pocos años y llegó, aprendido el bárbaro idioma, á servirles de intérprete á los Indios en sus transacciones con los Europeos.

Hasta el año de 1611 no volvemos á tener noticia de Pocahontas, como no sea la de haber tenido tambien que refugiarse en una tribu amiga aquella jóven Princesa, tal vez huyendo de la cólera de su padre: mas como quiera que fuese, emigrada parece que la encontró en la fecha indicada el capitan Argall, al anclar, procedente de Europa, en el rio Potomac. Argall, á quien en Inglaterra hiciera Smith grandes y merecidos elogios de la hermosa India, propúsose apoderarse de su persona, con el objeto de obligar de ese modo á Pawhatan á que le otorgara las concesiones de que menester habia; y al efecto entró en negociaciones con un Indio anciano, su nombre Yapawzaws, y amigo en otro tiempo del mismo Smith. El plan de Argall era sencillo: hacer venir á Pocahontas al bajel, como para enseñárselo, y así que en él pusiera la planta apoderarse de su persona, bajo protesta de tratarla con la mayor consideracion y de ponerla en libertad así que sus políticos fines consiguiera. Yapawzaws hizo al principio el sordo, mas habiéndole el capitan mostrado una cafetera de cobre muy bien pulimentada, no solamente se le abrieron los oidos y se le despejó la inteligencia, sino que dando de mano á impertinentes escrúpulos, aceptó el encargo y puso, sin pérdida de tiempo, manos á la obra. Pocahontas, empero, habia ya visitado mas de un buque, y no siendo fácil por tanto mover su curiosidad entonces, tuvo el traidor Yapawzaws que valerse de su digna esposa, la cual mostrando gran deseo de ver la peregrina nave, comenzó en presencia de la bondadosa Princesa á importunar con encarecidos ruegos á su pérfido consorte para que la permitiera hacer aquella visita. Zapawzaws, después de resistirse lo que le pareció bastante para encubrir su maldad, consintió al cabo, mas con la precisa condicion

de que Pocahontas acompañara á su esposa; y la inocente jóven, por complacencia, cayó en el lazo.

Argall, después de obsequiar en su cámara á los tres Indios con un espléndido banquete, rogó á Pocahontas que por un momento pasara á un vecino camarote, y llamándola á poco, como si en el interválo hubiese notificado á Yapawzaws y su squaw, que así pretendian ocultar su traicion, la resolucion tomada, declaró sin rodeos á la Princesa que desde aquel momento hasta que se hiciese la paz con Pawhatan, quedaba prisionera.

En vano la mísera belleza deploró con amargas lágrimas y sentidos sollozos su desdicha; los malvados que la vendieran emplearon algunos momentos en consolarla con hipócritas frases, apresurándose luego á recoger el vil precio de su traicion; y Argall, no menos pérfido, recompensó los grandes y generosos servicios á sus compatriotas prestados por aquella cándida virgen de las selvas, mandándola en calidad de prisionera á James-Town.

La colonia despachó entonces un mensagero á Pawhatan, para informarle de la captura de su hija, exigiéndole por su rescate, la libertad de cuantos prisioneros tenia en su poder, la entrega de las armas de su tribu, y la restitucion de todo el botin de sus diferentes presas. Terrible fué en el anciano jefe el efecto de tan funesta nueva, pero sobreponiéndose en él, como siempre, el orgullo á todo humano sentimiento, tardó nada menos que tres meses en dar respuesta, mandando al cabo de ellos siete prisioneros ingleses, y un fusil inservible. En consecuencia volvióse á trabar una guerra de escaramuza, que con varia fortuna prolongóse sin resultados mucho tiempo, hasta que al fin el cansancio mutuo decidió la conclusion de una tregua, á cuyo favor dos Príncipes, hermanos de Pocahontas, fueron á visitarla al fuerte de James-Town. Grande fué el consuelo de la ilustre cautiva con aquella breve visita, después de la cual regresaron los Príncipes á su vigwam acompañados de dos Ingleses, Juan Rolfe, y Sparks. Pawhatan dispuso que fueran los últimos honrosamente recibidos, mas negóse á admitirlos en su presencia, sin embargo de que Rolfe locamente enamorado de Pocahontas, le hizo saber que habia resuelto casarse con ella á su regreso al fuerte, como lo verificó en efecto, ante un tio y los dos hermanos de la Princesa, pues de ningun modo fué

posible reducir al gran jefe á que á la ceremonia asistiese personalmente. La vírgen de las selvas, convertida al Cristianismo, tomó desde entonces el nombre de Lady Rebecca; y dícese que al abjurar el paganismo desprendióse enteramente de toda aficion á los Indios y aun á su propio padre. Mas sea eso cierto ó no lo sea, lo que consta es que amó siempre tiernamen á su marido, y que adquiriendo fácilmente los modales y refinamiento de la culta sociedad europea, figuró dignamente en los aristocráticos salones de Londres, que á su vez la dispensaron benévola acogida. Verdad es que habiendo el capitan Smith hecho presente por escrito á la Reina Ana de Dinamarca, esposa de Jacobo I, los grandes servicios á los Ingleses prestados por Pocahontas, apenas su arribo á la metrópoli de la Gran Bretaña, S. M. se dignó admitirla en su presencia y tratarla benignamente, abriéndole así las puertas de la mas alta sociedad y recomendándola á la universal benevolencia.

Quizá el lector haya acusado de inconstancia el corazon de la hermosa americana, al verla enlazarse con Rolfe; mas aparte que nunca Smith pretendió de ella, ó mejor dicho, quiso admitir de ella otra cosa que amistad no fuese, su justificacion en ese punto estriba principalmente en habérsela hecho creer que el capitan era muerto en Inglaterra. Así se lo dijo ella misma en la única entrevista que con él tuvo en Londres, antes de partirse Smith para un nuevo viage.

« Prometísteis á Pawhatan, le dijo, que todo entre nosotros seria comun: yo soy su hija y quiero llamaros mi padre. — ¡Cómo! repuso el capitan — ¡siendo hija de un Rey! — ¿Qué importa? ¿Después de haber ocupado sus tierras y llenado de pavor á sus guerreros hareis escrúpulo de que yo me llame hija vuestra? Pues padre he de llamaros, si quereis que me crea para siempre vuestra compatriota... *Todos me decian que érais muerto y así lo he creido hasta que desembarqué en Plymouth*, sin embargo de que Pawhatan, que nunca se fia de los blancos, dudando del hecho mandó aquí uno de sus vasallos á buscaros. »

Como se ve, la desconfianza del gran jefe no era infundada: pero lo mas curioso del caso es que habiendo en efecto, comisionado á uno de sus guerreros para que, visitando la Inglaterra, le informase de la condicion del pais y del número de sus habitantes, el salvage mensagero desembar-

cado que hubo en la isla británica, proveyóse de un baston, en el cual hacia una señal á cada persona que en la calle encontraba, hasta que mareado y fuera de tino hubo de renunciar no muy tarde á tan singular estadístico expediente. La casualidad, sin embargo, le sirvió haciéndole encontrar y reconocer en las calles de Londres al capitan Smith, á quien inmediatamente pidió que le enseñara *su Dios, su Rey, su Reina, y sus Príncipes*. Por lo que hace al Rey ya el Indio le habia visto, mas aun así y todo, difícil le fué al Smith persuadirle de que Jacobo I podia ser Monarca de tan gran Reino. — « Vos, decia el salvage, le habeis dejado un perro blanco á Pawhatan, que le mantiene como si fuera uno de sus hijos; ¿porqué vuestro Rey, nada me da á mí, que valgo mas que un perro? »

A su regreso á Virginia, preguntóle Pawhatan cuántos eran los moradores de Inglaterra: — « Cuenta, respondió el mensagero, las estrellas del cielo, las hojas de los árboles, ó las arenas del mar, y sabrás cuántos son los Ingleses »

Poco tiempos después de su entrevista con Smith, Pocahontas, hallándose en Gravesend con su marido, y un hijo que de él tenia, pronta á embarcarse para América, sucumbió aun en la primavera de la vida, al rigor de una maligna súbita fiebre.

Jóven, hermosa, amable, generosa y hasta heróica, bajó al sepulcro la tierna Americana: su memoria vivirá eternamente en los corazones de los habitantes de la Virginia, cuyas mas ilustres familias tienen á honra llamarse descendientes de la que fué maravilla en el desierto, y flor preciada en la culta Inglaterra.

El capitan Smith, murió en Londres en 1631 á la edad de cincuenta y dos años, dejando en pos de sí la fama de paladin de una Edad media, todavia mas que de guerrero de los tiempos modernos, con haberlo sido muy esforzado.

B. H. REVOIL.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

MISS NIGHTINGALE.

Séanos lícito antes de comenzar el retrato de la muger célebre que hacer nos proponemos, suplicar al público excuse la libertad que nos tomanos al escribir la biografía de una persona que felizmente vive todavía.

Un escritor francés ha dicho con mucha razon que « á los vivos se le deben miramientos, y á los muertos la verdad y no mas: » pero tan injusto seria con Miss Nightingale, abstenerse de enumerar exactamente todas sus buenas acciones, como, por temor de ofender su modestia, no dejarse ir á la admiracion que inspiran virtudes tales como las suyas. Plegue al cielo que el resultado de tan buen egemplo sea tal en los lectores, que nuestra temeridad justifique !

Miss Florencia Nightingale es la menor de las hijas de Mr. William (Guillermo) Shore Nightingale, y de su muger Mistress Lea Hurst. Su edad, sin indiscrecion podemos decirla, pues que ya en mas de un periódico de Londres se ha escrito que es la misma de la Reina Victoria. Nació pues en 1819, en la bella ciudad de Florencia de donde ha tomado su nombre.

La naturaleza y el arte de consuno han hecho de ella una criatura

encantadora y de una instruccion infinitamente superior á la comun en su sexo. Familiares le son los clásicos antiguos idiomas, como el francés, el italiano y el aleman, que habla tan corrientemente como su lengua patria; en matemáticas posee notables conocimientos; y en literatura y artes como en ciencias todavía mayores. Todas las naciones de Europa las ha visitado, y extendiendo sus viages al Asia menor remontado tambien el Nilo hasta sus mas remotas cataratas; mas conviene advertir que al paso que su curiosidad satisfacia, fuéles á muchos Arabes, durante su permanencia en Egipto, útil con sus consejos y asistencia. Miss Nightingale, rica, amable y bondadosa, ejerce sobre aquellos á quienes sus cuidados dispensa una influencia suave á par que poderosa, y tan persuasiva como blanda. Muchos amigos tiene nuestra heroina en todas las clases de la sociedad: mas la que ella prefiere á todo en el mundo, es la de su propia distinguida y numerosa familia, en el seno de la cual se consagra al cumplimiento de los dulces y santos deberes de la naturaleza.

Llegó sin embargo un dia en que ansiosa de extender la esfera de su beneficencia, hubo de resolverse á dejar el doméstico círculo, á impulsos de su audiente amor á la humanidad, tierno sentimiento que despertándose en su corazon desde los primeros años de la vida, dejó rastros indelebles en los asilos de la pobreza, y las escuelas, de los puntos en que su familia radica.

Comenzó pues por visitar en Londres todas las escuelas, hospitales, y establecimientos de correccion, y pasando luego al continente con igual objeto, viósela en 1851, cuando con motivo de la grande exposicion industrial en la capital de la Gran Bretaña, todo lo que Europa tiene de culto, ó de curioso, y de rico además, viajaba alegremente, vióse á Miss Nightingale encerrarse en el hospital luterano de Maiserworth, cerca de Dusseldorf, para cuidar á los enfermos, y para aprender tambien cómo cuidarse deben. Porque conviene saber que en aquel establecimiento no se declara á nadie capaz del cargo de enfermero, sino después de muy severos exámenes, prueba á que se sujetó nuestra heroina, despues de un largo aprendizage teórico, y práctico, y de la cual salió, segun asegura el pastor protestante Fliedner, mas brillantemente que nadie hasta entonces lo habia logrado.

De regreso á Londres pasó algun tiempo Miss Nigthingale en el seno de la familia cuyas delicias hace : mas pronto volvió á dejarla, como siempre, para hacer bien. Un hospicio fundado en aquella capital para asilo de las ayas pobres y enfermas, estaba á punto de cerrarse por falta de una hábil directora : Miss Nightingale no solamente tómo sobre sí tan delicado encargo, sino que con su habitual generosidad consagró al restablecimiento de aquel piadoso establecimiento todo su tiempo, y de su caudal no pequeña parte.

Semanas y meses pasó así olvidando á la cabecera de aquellas pobres enfermas, que el mundo tenia, para personas de su superior inteligencia y social posicion, distracciones y placeres ; no acordándose siquiera de los amigos que la echaban de menos : mas al cabo, no pudiendo suportar su cuerpo lo continuado y duro de tal fatiga, hubo de regresar á los suyos, buscando en el aire natal, la salud en el ejercicio de la caridad perdida.

Por entonces esparciéronse por la Inglaterra las tristes nuevas de los padecimientos del ejército aliado en Crimea, procedentes en gran parte de que, faltando todo ó siendo insuficientes los objetos necesarios para la cabal asistencia de los enfermos, sufrian estos las inevitables consecuencias. Conmovido el pais, no dió lugar á que el gobierno tomase siquiera la iniciativa; en pocos dias las oficinas del *Times* (periódico) habian reunido por suscricion voluntaria la suma de un millon, ochocientos setenta y cinco mil pesos fuertes, con destino á cubrir las mas urgentes necesidades del ejército de Crimea en punto á víveres, abrigos, y utensilios de menage. La direccion de aquel periódico cumpliendo diligentemente su voluntario encargo, tardó poco en expedir una gran provision de tales objetos, y con ella un comisionado especial (Mr. Macdonald) para su distribucion. Faltaba sin embargo un cuerpo de enfermeras hábiles, capaces de cuidar enfermos y heridos. Celo sin experiencia y capacidad, sirviera solo de nuevo embarazo al ejército; como la capacidad sin celo, nunca llenara los fines á que se aspiraba.

Tales circunstancias naturalmente ofrecian al filantrópico espíritu de Miss Nightingale un vasto campo en que aplicar sus filantrópicas virtudes. Crimea la llamaba, y ella á su vez por Crimea suspiraba ; por manera que, simultáneamente escribia nuestra heroina ofreciéndose, y el

muy honorable Sydney-Herbert proponiéndole ponerse al frente del establecimiento formado allí para atender á los enfermos y á los heridos. Ambas cartas se cruzaron en el camino.

Realmente tanto solicitar como aceptar tan grave como delicada mision, era tomar sobre sí una inmensa responsabilidad, exponiéndose á no pequeños contratiempos. Pero ni responsabilidad ni riesgos, ni el dolor de separarse á tan larga distancia y por tiempo indefinido de su familia y amigos, ni la amenazadora perspectiva de obstáculos y trabajos de todo género, bastaron á que desfalleciese en su corazon un valor digno de la mas alta consideracion y profundo respeto.

Miss Nightingale acompañada del Reverendo M. Bambridge con su esposa, y de treinta y siete enfermeras, partió de Inglaterra el 24 de Octubre de 1854; y atravesando la Francia, donde halló la mas respetuosa simpática acogida, embarcóse con toda su pia comitiva, en Marsella, á bordo del *Vechis*. El 5 de Noviembre después de una penosa navegacion arribaron á Scutari, precisamente en el momento en que se comenzaba á trasportar los heridos á Balaklava.

Con la llegada de Miss Nightingale y sus piadosas compañeras cambió súbitamente el aspecto del vasto hospital de sangre, sucediendo en él á la confusion el órden, al descuido la mas esmerada vigilancia. Antes los heridos tenian que esperar largas horas los cuidados que su triste situacion reclamaba; desde entonces, apenas proferian un lamento, sentian una piadosa mano solícita en su alivio. Lejos de realizarse los vaticinios de algunos empleados de la Administracion, que auguraban mal de la intervencion del sexo femenino en el hospital, aconteció, como hemos dicho, que Miss Nightingale y sus compañeras establecieron en él un órden admirable y les prestaron inmensos servicios, no solo en la asistencia y en la aplicacion de los medicamentos, sino proveyendo á los pacientes de cuanto para su bienestar habian menester, y podia el comisionado del *Times*, Mr. Macdonald, procurarse á precio de dinero en los bazares de Constantinopla. Digamos en honor de la verdad que el celo de Mr. Macdonald en secundar los esfuerzos de Miss Nightingale, es digno de grandes elogios, y contribuyó grandemente á que nuestra heroina venciese, para llegar á sus caritativos fines, multiplicadas y graves dificultades. De estas la mayor

parte procedian, triste es confesarlo, de la viciosa organizacion del servicio del ramo, de cuyo defectuoso sistema bastará tal vez á dar idea una de sus disposiciones, segun la cual nada podia pedirse á Inglaterra mas que por conducto del Comisariato de guerra, y aun despues de llegados y en tierra los artículos era precisa la autorizacion de un consejo establecido *ad hoc*, para obtenerlos.

« No sé (escribia una de las enfermeras) qué nos lastima mas el cora-
» zon, si ver á jóvenes llenos de salud morir de hambre, ó curar á los
» infelices que nos traen destrozados por horribles heridas. Ayer emplea-
» mos el dia en coser colchones, y ayudar á los cirujanos en la cura de
» los heridos ; sirviéndonos de gran consuelo contribuir al alivio de
» aquellos desdichados, durante cinco dias completamente abandonados
» á bordo de un buque. Pero ¡ ay de mi ! sin contar los cuatro infelices
» de que me encargué, murieron de hambre durante la noche otros
» once soldados, y lo que es mas triste todavia, estoy segura de que se
» salvaran si me suministraran los alimentos de que con evidencia nece-
» sitaban. »

Ni eran menores los abusos en materia de distribucion de ropas y abrigos; comenzando porque de la primera remesa quedaban ya tan pocos que, si Miss Nightingale no acudiera al remedio comprándolos con el dinero de la suscricion, la mayor parte de los enfermos no pudieran despojarse de los sangrientos destrozados uniformes, con que en el campo de batalla fueron recogidos. Añádase que la ropa blanca estaba toda en un estado de suciedad indescriptible, y se comprenderá hasta qué punto fué acertado la medida de Miss Nightingale, haciendo provision de agua para el establecimiento de un lavadero en una casa al hospital inmediata. Ni los abusos se la escondian, ni las necesidades se la ocultaban ; y con igual vigor que prevision dedicábase á corregir los unos y satisfacer las otras.

Hasta su llegada, la comida de los enfermos que no bajaban de 800, habíase preparado poco mas ó menos como el rancho ordinario, resultando de ello el doble inconveniente de faltarse á las prescripciones del arte, y de no tomar en cuenta los caprichos del paladar de hombres valetudinarios. Miss Nightingale remedió inmediatamente tan grave incon-

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL MADRID

MCD 2022-L5

veniente, estableciendo para la dieta del hospital una cocina aparte, y proveyéndola de carne de vaca, y de té, que es para los Ingleses un elemento casi esencial de la vida. Durante los dos meses primeros de su direccion fué nuestra heroina, además de una excelente caritativa enfermera del hospital, en realidad su proveedora, supliendo las faltas de la administracion en la materia, que no eran pocas, con un celo y con una inteligencia á que los soldados hicieron pronto cabal justicia.

Véase, para formar completo juicio, lo que M. Macdonald decia en su última carta, antes de que el mal estado de su propia salud le obligase á regresar á Inglaterra, á propósito de Miss Nightingale.

« Donde quiera que la enfermedad aparece, por repugnantes y temi-
» bles que sus síntomas sean, allí acude seguramente esa incomparable
» muger, calmando con su tierno aspecto el dolor de los agonizantes en
» las ansias mismas de la postrera lucha entre la naturaleza y la muerte.
» Su presencia sola á la cabecera del mortuorio lecho, basta para que en el
» rostro del espirante enfermo ó herido, brille una sonrisa de consuelo
» y de esperanza, tal como provocarla pudiera la aparicion allí de un
» Angel de Dios.

» De noche, cuando ya todos los facultativos y practicantes se entrega-
» ban al reposo, ella sola con una lámpara en la mano, corria una tras
» otra todas las espaciosas salas del establecimiento, visitando lecho por
» lecho. Con acertada prevision la saludó el pueblo inglés á su partida,
» con el nombre de *Heroina*, porque nadie en el mundo fué mas digno
» que ella de tal dictado. Frágil de cuerpo y de salud delicada, la caridad
» la dió fuerzas para resistir á increibles penalidades y duros trabajos; y
» sin embargo de la dulzura de su carácter, y de la debilidad de su sexo,
» viósela siempre resolver con claro juicio, y ejecutar con voluntad re-
» suelta. — Sin vacilar afirmo por mi parte que, á no ser por Miss Nigh-
» tingale, el pueblo inglés hubiera tenido el dolor de saber que, á pesar
» de sus sacrificios y solicitud, no hallaban los soldados británicos, ni en
» el hospital mismo, refugio y remedio contra los terribles males á que
» en aquella guerra estaban expuestos. »

Mas las dificultades, por decirlo asi, materiales que de apuntar venimos, no fueron las únicas, ni mucho menos, con que tuvo Miss Nightin-

gale que luchar desde el primer dia de su caritativa empresa ; pues, como ya tambien lo hemos indicado, preocupaciones y desconfianzas de todo género, se acumularon para contrariarla en sus miras desde que la planta puso en Balaklava. La Administracion por una parte, los facultativos por otra ya declaradamente, ya oponiéndole la fuerza de la inercia, redujéronla á tener que luchar para que sus servicios fueran aceptados, como para conquistar el poder y la riqueza luchan otros ; y en realidad solo cuando el médico jefe de sus contrarios regresó á Inglaterra, pudo conseguir que á sus compañeras se confiase el cuidado de los heridos, y que los Generales adoptaran en fin su admirable, previsor y económico sistema.

Desdichadamente cuanto acabamos de escribir está demostrado por hechos públicos y documentos oficiales irrecusables ; pero todavía es mas sensible tener que añadir que, vencidos los enemigos mas bien de la caridad que de nuestra heroina en la esfera práctica, acudieron al infame cuanto expedito recurso de la calumnia, acusando de falta de principios religiosos á la santa muger que con abnegacion mas que humana, y fervoroso celo, se consagraba á la práctica constante de la doctrina de amor y misericordia del Redentor Divino.

¿ Cuál es el pecado, cuál, de Miss Nightingale ? — Primeramente, como con superior tino lo observa en su libro sobre la ciudad de Scutari, el Reverendo Sydney Godolphin Osbone, preferir las huellas del buen Samaritano á las del orgulloso Fariseo ; y en segundo lugar, respetar siempre las particulares creencias de los enfermos que asistia, no obstinándose en que el católico, por ejemplo, escuchara en sus últimos momentos las exortaciones de un pastor protestante, en vez de las de un sacerdote de su misma religion. — ¡ Todas las sectas son igualmente intolerantes! — Todos los fanatismos se parecen !

Oigamos ahora la interesante descripcion que de la persona de Miss Nightingale nos hace el Reverendo Godolphin antes citado.

« Su fisonomía y maneras son igualmente agradables, y aunque su ros-
» tro no sea de los que se llaman bellos, es de los que una vez vistos
» nunca se olvidan. Hay en su sonrisa inefable dulzura, como decision y
» firmeza en su mirada ; y aunque siempre la he visto compuesta y

» grave, mucho me engaño si la alegría no es una de sus dotes características. Con evidencia tiene, la excelente doncella, un alma fuerte » y enérgica, capaz de dominar á los demás como á sí propia; instintiva intuicion de los negocios; y tacto para el mando como para » disciplinar á los que manda: dotes que, combinadas, la hacen superior aun en la misma excepcional posicion en que su vocacion la ha » colocado.

« Hela visto asistir á las mas temibles de la quirúrgicas operaciones sin » perder un solo instante su habitual serenidad; y tambien impávida en » la asistencia de las enfermedades contagiosas, permanecer al lado de » los pacientes, dispensándoles personalmente y con admirable celo sus » cuidados hasta el postrer suspiro, como si para ella no hubiera riesgo » alguno. »

A tan honroso testimonio, cúmplenos sin embargo añadir otros de testigos presenciales, y harémoslo bremente.

« Cuando Miss Nightingale (escribia un soldado enfermo), cruzaba » por las salas del hospital, tenia para uno su dulce sonrisa, para otro » alguna palabra de consuelo: mas como éramos centenares de hombres, » y no habia medio de que á todos alcanzasen á un tiempo sus favores, » contentábamonos los mas con *besar su sombra,* mientras sobre nosotros » se proyectaba, y así consolados, resignábamonos tambien por algun » tiempo en el lecho del dolor!

« Nada mas extraordinario (nos dice otro testigo presencial) que ver » á heridos por el dolor desesperados, negarse iracundos á la operacion » indispensable para salvarlos, hasta que acudiendo á ellos la santa don- » cella, con pocas pero blandas y persuasivas razones á su voluntad como » á corderos los reducia! »

¿Qué pudiéramos añadir nosotros, que impertinente no fuese, á lo que escrito queda?

Las fuerzas humanas, empero, tienen sus límites, y la salud de Miss Nightingale acabó por resentirse, como no podia menos, de aquel exceso de fatigas físicas y morales.

Llegó, pues, un momento en que, no pudiendo ya soportar sus padecimientos, tuvo que acudir al medio de buscar relativo reposo, y aires

mas sanos en marítimas excursiones, sirviéndose de un yacht que al efecto puso Lord Ward á su disposicion.

La primera vez que nuestra heroina hizo uso de aquel necesario expediente recibió en el acto de embarcarse una expontánea sincerísima muestra del afecto universal, en las aclamaciones y bendiciones unánimes y sentidas de la muchedumbre.

Tambien queria el gobierno británico dar á la valerosa hija de Albion un solemne testimonio de la pública gratitud : pero ¿cómo hacerlo? Ofrecer dinero á persona de su clase y riqueza, no era ni para imaginado ; regalar joyas á la que por eleccion pasaba la vida entre pobres y muribundos, fuera un despropósito.... Servicios como los de Miss Nightingale, son por su naturaleza superiores á toda recompensa : la abnegacion que va hasta el sacrificio de la vida en obsequio de la humanidad, en el cielo solo puede premiarse dignamente ; y á mayor abundamiento, nuestra heroina tenia ya declarado que estaba resuelta á no admitir para sí cosa alguna.

¿Cómo, volvemos á preguntarlo, cómo resolver tan difícil problema?— El generoso espíritu de la nacion inglesa halló, sin embargo, la única solucion posible, desistiendo de recompensar lo que á Dios solo toca, y al propio tiempo entrando en las generosas miras de Miss Nightingale. Una numerosa junta (Meetings) compuesta de personas de todas clases, desde el Par de la Gran Bretaña hasta el modesto industrial, y presidida por un Príncipe de la Real familia, testigo en Oriente de los eminentes servicios á la humanidad prestados por la santa doncella, acordó abrir suscripcion, para fundar con su producto un establecimiento consagrado á la enseñanza, manutencion y proteccion de una comunidad de enfermeras, poniéndolo bajo los auspicios de la heróica muger á quien de otro modo no se hallaba manera de recompensar dignamente.

En la siguiente carta de Miss Nightingale, verá el lector con qué gratitud modesta recibia tan señalada muestra de la gratitud nacional.

« Hospital militar de Scutari, 6 de Enero 1856.

« Mi querida mistriss Herbert.

« No hallo palabras con qué explicaros los sentimientos que en mí ha » producido el testimonio de confianza y de simpatía que de recibir acabo. » Expuesta, como lo estoy, á la malevolencia, al organizar una empresa » cuyos pormenores todos parece que son otros tantos manantiales de » complicaciones y dificultades; juzgada, de lejos, y con frecuencia seve- » ramente; la prueba de estimacion que mi país acaba de darme, no puede » menos de serme preciosa. Debo añadir, sin embargo, que por difícil » que sea la obra á que me he consagrado, estoy resuelta á no abando- » narla por nada en este mundo, mientras crea, como hoy lo creo, que lle- » vándola á cabo puedo ser útil á mis semejantes. Me atrevo á rogaros que » os tomeis la molestia de manifestar á la Junta que acepto con gratitud » sus proposiciones, sin mas limitacion que la de mis fuerzas para con- » tribuir á realizar un proyecto, útil sin duda alguna en sus resultados, » si á consumarse llega. — Soy etc.

» Florencia Nightingale. »

Esa carta, como todas las de nuestra heroina, revelan en ella sus dos grandes dotes características: la perseverancia en el bien, fruto de sólidas convicciones y de un espíritu eminentemente práctico; y la coincidencia de la instabilidad de los hombres en sus proyectos, que sucesos recientes y repetidos habian de sobra demostrado á Miss Nightingale.

Mientras Inglaterra procura honrar como dejamos escrito á su caritativa hija, los Soberanos de la tierra, como á porfía, dábanle tambien las mas señaladas muestras del alto aprecio que justamente profesaban á sus virtudes. — Del Sultan recibió la que, cual lo dice M. Osborne, supo unir en sí como pocos, la energía á la sana razon, un magnífico brazalete de diamantes; y de la Reina Victoria, además de una carta autógrafa, un don mas precioso aun por su emblemática forma, que las muchas piedras preciosas que le enriquecian. Era una Cruz de San Jorge, en campo

blanco, esmaltada de rubíes, y por la personificacion de la Inglaterra sustentada; en torno de ella, una banda negra (1) con esta leyenda en letras de oro; « *Blessed are the merciful* » (Bienaventurados los misericordiosos); en el centro de la cruz misma un sol de oro, y en él las iniciales V. R. (Victoria Reina) coronadas con una diadema de diamantes; todo ello orlado de palmas de oro y verde esmalte, á cuyos troncos se via una cinta azul con el solo nombre de *Crimea* por divisa. Tres estrellas de diamantes, coronando la joya, simbolizaban la luz del cielo destellando en obras de misericordia, de paz, y de caridad; y en el anverso, una inscripcion por la regia mano de S. M. trazada, manifestaba que aquel era un don por la Reina de Inglaterra ofrecido en reconocimiento y memoria de los servicios por Miss Nightingale prestados á su valeroso ejército.

En tanto, ni honores ni ovaciones distrajeron un solo punto el ánimo de la caritativa doncella de la santa empresa á que cada vez con mas ardiente celo se consagraba; encontrando tiempo, no se sabe cómo verdaderamente, no solo para atender al cuidado de los enfermos y heridos, y para administrar el hospital, sino además para procurar con tierna solicitud la comodidad y alivio de los convalecientes, con mapas, libros y juegos, y tambien para contestar minuciosamente y en términos dulcísimos, á las infinitas cartas de esposas, madres, y huérfanos que continuamente recibia, en demanda de un marido, de un hijo, ó de un padre, las mas veces en brazos de nuestra heroina muertos.

Para construir un café en Inkermann, Miss Nightingale adelantó fondos de los de la suscriccion del *Times;* para formar una biblioteca, ella auxilió eficazmente al capellan del establecimiento. No solo enfermera, sino amiga además y agente de los heridos, ella se encargaba de su correspondencia, de trasmitir á Inglaterra sus ahorros, de servirles de albacea, de cuanto en vida ó en muerte necesitar pudieran y en su mano estaba. « Era tal su actividad (dice el Doctor Pincaff) que estoy por asegurar que » no ha entrado nunca en el hospital enfermo ó herido alguno, sin que » ella lo supiera, y al instante le acudiese, antes que nadie en el establecimiento. »

(1) Ese color es en Inglaterra el de la caridad. (*N. del T.*)

La paz llegó en fin á poner término á tan nobles afanes; y Miss Nightingale, modesta como lo es siempre la verdadera virtud, tuvo tal esmero en evitar toda publicidad que, sobre ocultar cuidadosamente el dia de su partida, embarcóse en un buque extrangero, atravesó la Francia en el mas rigoroso incógnito, y consiguió, en efecto, llegar al seno de su familia el 15 de Agosto de 1856, sin que nadie en tan larga jornada sospechase quién era.

La prensa periódica de Londres celebró, como debia, en prosa y verso aquel acto de sincerísima cristiana humildad, digno remate de los muchos de caridad tambien cristiana con que nuestra heroina acababa de inmortalizarse en Crimea.

Poco tiempo después de su regreso mereció Miss Nightingale á la Reina la alta honra de ser por S. M. convidada á pasar en su compañía en el palacio de Balmoral algunos dias, durante los cuales recibió todo género de honoríficos testimonios del Real aprecio.

De entonces acá, silenciosamente, Miss Nightingale prosigue siempre haciendo bien, siempre evitando toda publicidad, de lo cual daremos prueba irrecusable en el solo siguiente ejemplo.

Queriendo los trabajadores de Sheffield erigir un monumento á la memoria de sus compatriotas muertos en los campos de batalla de la Crimea, suplicaron á Miss Nightingale, por conducto de una amiga suya, Miss Lidia Shone, que se dignase ser ella quien pusiera la primera piedra de aquella pia memoria. Nuestra heroina dió las mas sentidas gracias por tal honra, aprobó mucho el proyecto, suscribióse á él por cien pesos fuertes: mas declinó tambien positivamente la distincion de colocar por su mano la primera piedra del monumento, diciendo: « Paréceme que sirvo mejor » la causa de los valientes cuya pérdida deploramos, absteniéndome de » una *publicidad que es para mi el mayor de los grandes obstáculos que* » *he tenido que vencer por amor á la humanidad.* »

Todo el carácter de Miss Nightingale está en esas frases: firmeza de convicciones y modestia de corazon; ternura de sentimientos y exactitud de raciocinios, dotes á que debemos añadir un perspicaz observador espíritu, que comprendiendo con facilidad las circunstancias, sean las que fueren, sabe de ellas sacar siempre partido, en pro de su grande caritativo

objeto, al cual camina siempre con voluntad perseverante y resolucion incontrastable.

Alta, importante, desusada y santa es la mision que voluntariamente se impuso nuestra heroina; y para llenarla necesaria fué la singular coincidencia en un solo sujeto, con que la ha favorecido el cielo, que siempre en su sabiduría proporciona los medios á los fines, y á la obra el instrumento.

Por eso el nombre de Miss Florencia Nightingale pasará glorioso á la posteridad, inscribiéndole en el catálogo de los privilegiados seres que aciertan con sus hechos á glorificar á la Divinidad segun la mas alta pura significacion del Cristianismo, á saber: la Caridad que al consuelo de los desvalidos se consagra.

B.-H. REVOIL.

FIN DEL GALERIA HISTORICA.

MCD 2022-L5

INDICE.

		Pág.
Introduccion,	(d'Araquy).	1
Laura de Novés,	(d'Araquy).	15
Luisa de La Valliere,	(Arsenio Houssaye).	33
Doña Isabel la Católica,	(Augusto de Genrupt).	65
Cleopatra, Reina de Egipto,	(Alejandro Dumas).	101
Catalina Segunda,	(Arsenio Houssaye).	117
Juana de Arc,	(Alejandro Dumas).	135
Santa Cecilia,	(G. Dufayl).	157
Margarita de Anjou,	(d'Araquy).	175
Aspasia,	(d'Araquy).	197
Heloisa,	(G. Dufayl).	217
Lucrecia,	(Alejandro Dumas).	243
María Teresa de Austria,	(Arsenio Houssaye).	259
Juana Gray,	(G. Dufayl).	273
Valentina de Milan,	(Augusto de Genrupt).	291
Safo,	(Alejandro Dumas).	311
Pocahontas,	(Miss Clarke).	323
Miss Nightingale,	(Miss Clarke).	339

FIN.